

4

VIAJE POR LOS PAISES BÍBLICOS

EXCURSIÓN

AL TRAVÉS DE LA PENÍNSULA SINAÍTICA

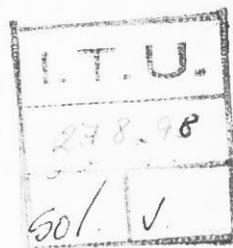
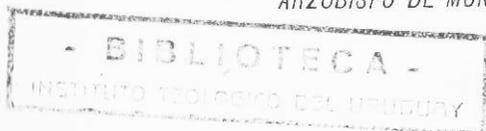
DE LA ARABIA PETREA Y DESIERTA

DE LA FILISTEA Y DEL PAIS DE MOAB

POR

EL DR. D. MARIANO SOLER

ARZOBISPO DE MONTEVIDEO



CON MAPAS y GRABADOS



4037 - A

⇒ MONTEVIDEO ⇐

Tipografía Uruguaya de MARCOS MARTINEZ
CALLE BUENOS AIRES NUM. 155, ESQUINA MISIONES

1897

Seminario CRISTO REY
Biblioteca

278.95
SOLV



INTRODUCCIÓN

Me encontraba en el Cairo, llegado de Roma por Alejandría, para ir por la cuarta vez á la santa ciudad de Jerusalem, á visitar el Santo Sepulero, atracción suprema del corazón cristiano.

No quise ir esta vez por el camino trillado y vulgar de Port-Said y Jaffa, sino por donde había ido el pueblo de Israel conducido por Moisés, al través de la Península Sináitica por la Arabia Petrea, cabalgando sobre la gibosa torre del pausado camello, por el profundo y solitario desierto. Quise ir por las viejas y casi abandonadas rutas, por donde treinta y cuatro siglos há pasara el pueblo de Dios en su éxodo inmortal de Egipto y recrear mi alma con sublimes contemplaciones en el camino de las soledades desiertas, lejos del mundanal bullicio.

Por más que personas bien intencionadas me quisieron arredrar, observándome que la prolongada ruta por el Sináí, Akabah y el desierto de la Arabia Petrea tenía sus peligros por los asaltos de tribus nómadas, peligros en los que por mero presentimiento no quería creer, así como tambien por las grandes incomodidades de una continúa vida nómada de treinta y ocho días bajo las tiendas como los beduinos del desierto; á todo me resignaba, sin embargo, á trueque de gozar de aquellos panoramas nunca vistos y de aquellos magníficos y agrestes paisajes

ostentados por una naturaleza virgen, como en el primer día de la creación, sin ningún rastro de la industria y arte del hombre.

Yo estaba determinado á todo, porque resonaba en mi mente esta observación feliz de un insigne explorador de las tierras bíblicas: «El coraje y la resolución del viajero que desde antiquísimo tiempo no ha titubeado en forzar el paso al través de las montañas para encontrar un camino entre las solitarias tribus, se explica muy bien, porque en ese desierto y en esas montañas han tenido lugar acontecimientos del más alto interés en sí mismos, y de las más grandes consecuencias para el porvenir del género humano; y porque refiriéndonos especialmente á la península sinaítica, esta ha sido teatro de hechos del más alto carácter, recibiendo de estos, por decirlo así, una santidad y una consagración que la han convertido en el sagrado vestíbulo de la historia de nuestra fé cristiana.»

No acepté, por tanto, el calificativo de temerario que se daba á mi proyectado viaje, mucho menos ante el ejemplo de célebres exploradores que desde principios de este siglo, como Burekhard, Seetzen, Du Camp, De Sauley, De Vogüé, Luynes, E. G. Rey, L. Lartet, Dr. Lortet, Bertou, L. de Laborde, E. de Salle, Robinson, Stanley, Palmer, Porter, Brugsch, Tristram y muchos otros, han recorrido esas regiones bíblicas, aun exponiendo muchas veces sus vidas, para realizar investigaciones exactas y sistemáticas en esos países sobre la arqueología, la topografía, la geología, la historia natural, y la etnografía en sus relaciones con la Biblia, como se lo propone de una manera permanente la sociedad inglesa denominada «Palestine exploration Fund» fundada en 1865; pues, tan grande es la importancia que se dá á las excursiones bíblicas por esas regiones.

Si estos antecedentes despertaron en mi ánimo el deseo de recorrer esos países, que, al decir de M. Stanley, tienen un puesto eminente en la historia del mundo, no era por cierto con el propósito de realizar una exploración científica propiamente dicha, ya que no tenía la aptitud ni la erudición requeridas, sino

simplemente como turista cristiano, seguir sus huellas y aprovechar sus conquistas y conocimientos para darme la cristiana y noble satisfacción de contemplar tan célebres lugares y tierras tan legendarias; sin que fueran parte para apartarme de la empresa las dificultades del desierto, ya en parte conocidas por mis anteriores ensayos en los desiertos de Siria y de Mesopotamia. Sobre todo, iba á recorrer el itinerario inmortal del pueblo hebreo descrito por Moisés en el Pentateuco.

*
*
*

Añadamos ahora algunas palabras sobre la importancia é interés histórico de esta peregrinación.

Como la tierra de Canaan, fecunda en prodigios, las riberas del Mar Rojo, los Montes del Sinaí, y los desiertos de la Arabia Petrea, fueron teatro de los más memorables acontecimientos de la historia del pueblo escogido, y transcurridos que son más de treinta y cuatro siglos, es una de las satisfacciones mas grandes que puede uno experimentar, seguir en pos, digámoslo así, de los irraelistas, saliendo de Egipto, el viaje del Sinaí, la Arabia Petrea y el oriente del Mar Muerto hasta Jericó.

Hace pocos años este viaje, con sus fatigas y variados percances, como de panoramas sublimes, comenzaba en el Cairo; allí se tomaban los camellos de la caravana del desierto, y despues de tres largas y mortales jornadas, se llegaba á las fronteras de Egipto hácia el Mar Rojo; pero, en el día el camino de hierro de Suez allana al viajero este primer inconveniente aunque se haga idéntica travesía.

El aspecto del país hasta Suez es por demás triste y monótono; los frescos oasis, las caravanas de beduinos, los campamentos y rebaños que dan alguna animación y vida á otros desiertos, búscanse en vano en aquellas inmensas planicies donde torrentes de fuego en la atmósfera y la reverberación del suelo

en verano forman como incandescente horno, en que todo aparece seco y calcinado. Pero si árida es la tierra, no puede quedarlo la fantasía en una región que bien merece el nombre de camino real de la gloria y de los grandes hombres. En aquel desierto, que va á confinar con las montañas de Moab, en aquel paso del Africa al Asia, representáanse á la mente las admirables emigraciones de los reyes y pueblos de remotos tiempos, y por él parece que se ven desfilar los héroes todos de la antigüedad sagrada y profana. Pero debemos concretarnos á lo que se refiere á la historia de Israel.

Cuatrocientos y más años habían transcurrido desde la gran catástrofe del diluvio, y los pueblos, engolfados en vías de perdición, daban al olvido de cada vez más la verdadera idea de la divinidad; para conservarla pura, para que no pereciese entre los hombres la antigua creencia, así en la creación del universo como en la alta providencia que lo gobierna y dirige, eligió Dios al caldeo Abraham, rico en servidores y ganados y poderoso como un rey; mandóle para ello dejar su patria, Ur de Caldea, y establecerse en la tierra de Canaan con promesa de darla á sus descendientes, que habían de ser tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas del mar; viniendo á ser así la vocación de Abraham la base histórica del pueblo de Israel.

Abraham tuvo dos hijos; Ismael, tronco de la nación árabe, é Isaac que fué padre de Jacob, tronco de Israel. Todos ellos vivieron en el país de Canaan, aunque como extranjeros y sin poseer en él un palmo de tierra.

*
* *

Conocida es la historia de los doce hijos de Jacob, padres de las doce tribus, y en especial la del más interesante entre ellos, la de José, que llevado á Egipto, llegó á ocupar en aquella corte el primer puesto. El hambre conduce allí

á Jacob y á su familia en número de setenta personas, y al amparo del poderoso José, gran Virey de Egipto, se establecen en el país de Gesen, cuya capital era Rameses.

Jacob vivió aún diez y siete años y murió á los ciento cuarenta y siete bendiciendo á sus hijos. José hizo embalsamar su cuerpo, según la usanza egipcia, y en seguida, fiel ejecutor del postrer encargo de su padre, fué con régio cortejo á darle sepultura con Abraham é Isaac en una gruta de Hebrón, que aun hoy veneran cristianos y musulmanes.

De regreso á la tierra de Gesen, la familia de Jacob tuvo gran crecimiento, y en cuatrocientos y treinta años, llegó á ser un verdadero pueblo; y tanto que hubo soberanos de Egipto que asustados de su gran número lo oprimieron y vejaron, reduciéndolo á triste esclavitud; pero cuanto mayor era la opresión más los Israelitas aumentaban. Moisés, cuya dramática historia nadie ignora, los salva del vergonzoso cautiverio; movido por Dios, puede al fin quebrantar á fuerza de reiterados prodigios la obstinada crueldad de Faraón, y por él guiados salen de Egipto atravesando el desierto los futuros conquistadores de la Tierra prometida.

Después que los Israelitas recibieron la ley en el Sinaí y peregrinaron cuarenta años en el desierto, ya muerto Moisés y acaudillados por su sucesor Josué, pasaron el río Jordán y penetraron en són de guerra por el país objeto de su constante anhelo y de las divinas promesas. La plaza de Jericó cae en su poder, y portentosas victorias hacen suya la mayor parte del territorio, el cual fué repartido entre las doce tribus, hallando en él profundas huellas y grandes memorias del paso y de la estancia de sus mayores. Esta historia está narrada en el Pentateuco de Moisés, que mas adelante expondrémos, como base del itinerario de nuestra excursión al través del desierto.

Así, pues, la peregrinación por los desiertos de la Arabia Petrea y del Sinaí es para los cristianos el más bello y más

adecuado principio de su viaje á Tierra Santa. Y aún en los hombres descreídos ha de despertar el Sinaí vivísimo interés, ya que alzándose en el centro de las tres partes del mundo más considerables, domina, por decirlo así, el teatro de la historia de la humanidad. A los ojos de la fé es el Sinaí una montaña Santa, que será devotamente visitada hasta la consumación de los tiempos; para el filósofo y el hombre pensador es un sitio que inspira graves y profundas meditaciones; para el turista, en fin, es una de las comarcas más pintorescas del globo y más dignas de ser conocidas y admiradas.

Queda, por tanto, expuesta, aunque brevemente, la importancia histórica de nuestra peregrinación y del interés sagrado que para nosotros tenía la atrevida empresa de dirigirnos á Tierra Santa por el camino del desierto tras las huellas del pueblo de Israel, guiado por Moisés.

Por lo demás cumpíenos advertir que la presente narración está muy lejos de tener la pretención de un trabajo literario; pues careciendo de tiempo para ello, nos hemos determinado á publicar simplemente nuestros apuntes de viaje, apenas retocados para darles trabazon y órden, quedando con todas las desventajas de un simple itinerario.

Sin embargo, para suplir en parte la falta de unidad y satisfacer la curiosidad del lector, nos proponemos dar una rápida y sintética idea del viaje, antes de entrar en los detalles mas amplios del mismo, como lo exige la importancia de la materia.

NOTA—Para la mejor comprensión del itinerario indicamos al lector la conveniencia de consultar el mapa puesto al final. El N.º I contiene el itinerario completo, debiendo advertir que la dirección indicada con la línea *negra* marca el viaje del pueblo hebreo, siendo la línea *roja*, casi paralela, la ruta seguida por nosotros. Los mapas N.º II y N.º III son especiales, cuyo objeto indicaremos en el lugar correspondiente

Itinerario sintético

Los preparativos del viaje se completaron en el Cairo, habiéndome ayudado mucho los Franciscanos del Gran Convento.

La Compañía «Gaze et Sons» me proporcionó el dragoman-intérprete, Hanna Abu-Saab, quien se encargó de arreglar la caravana de camellos, así como de proveer los víveres y todo lo demás necesario para el viaje, mediante el pago de una cantidad establecida por cada día de viaje.

La caravana, además de la escolta, consistía en doce camellos con un número igual de guías ó camelleros beduinos, bajo las órdenes del *cheikh* ó jeque Suleyman, estando todos ellos armados «hasta los dientes», sin faltarles el indispensable arcabuz.

Llevábamos dos tiendas ó pabellones; teniendo la mía una cama de hierro á la crimea, dos mesas y un par de sillas; pues la otra la ocupaban el dragoman y el cocinero Ismail Fayres, algunos útiles de cocina y las provisiones de vitualla así como dos barriles para agua dulce. Además de una brújula para las orientaciones en el desierto, dos mapas, un termómetro y un barómetro aneroide con el correspondiente aparato para medir alturas, llevaba una pequeña máquina fotográfica de viaje, que me sirvió para sacar diversas vistas de los lugares, algunas de las cuales he utilizado para ilustrar la presente obra.

El cheikh y los guías árabes, así como los otros beduinos, que al pasar por cada tribu servían de escolta, dormían al aire libre, en campamento separado, aunque alrededor de las tiendas para servir de guardia, pues en el desierto suelen acontecer ciertos percances y hasta asaltos malevolentes cuando no se toman estas precauciones. Me es grato declarar que, debido al salvoc onducto y recomendación del embajador turco en Roma á todas las autoridades del Imperio otomano, que me consiguiera el señor Ministro

del Uruguay don Daniel Muñoz, los gobernadores y kaimakanes que encontré al través de mi viaje, como el de Akabah, Petra, Nakhel, Kerak, Gaza, Hebron, etc., me dispensaban toda clase de atenciones y me hacían acompañar en sus respectivos territorios por soldados turcos de la guarnición á sus órdenes, y por cierto que servían mucho para imponer respeto á las tribus de beduinos; aunque los cheikhs ó jeques de éstas se consideran independientes, siendo su compañía la mejor garantía, mediante siempre la correspondiente contribución de travesía por su territorio, especialmente fuera de la península sinaítica. Las órdenes del Sultán son nulas si no las apoya el recomendado con el consabido regalo, ó *bagchichs*, en dinero: en el desierto el Sultán es el cheikh de la tribu.

*
* *

Del Cairo me trasladé en ferrocarril á Suez para juntarme con la caravana, que me habia precedido de tres días por el desierto. Despues de una vuelta por la costa, atravesó ésta el puente del Canal de Suez, llegando al caer de la tarde á *Ayun Musa*, las Fuentes de Moisés, primera etapa del desierto de Etham ó Shur de la Biblia; mientras yo me uní á ella yendo embarcado desde Suez para dormir en este pequeño oásis y continuar al otro día la peregrinación por el desierto tras las huellas del pueblo de Israel en dirección al Sinaí. Empezaba pues, la temerosa excursión; pero, los recuerdos bíblicos, dando sumo interés á tan penosa y árida travesía, comunican el coraje y la resolución suficiente para hacerse muy superior á todo, incluso á la primer impresión pavorosa del desierto, al contemplarse uno fuera de la protección de las autoridades regulares y á merced de los beduinos. Sin embargo, al momento se establecen relaciones casi íntimas con la caravana por medio del dragoman-intérprete, que así sabe el árabe como varias lenguas europeas, especialmente el francés, el inglés y el italiano, y los

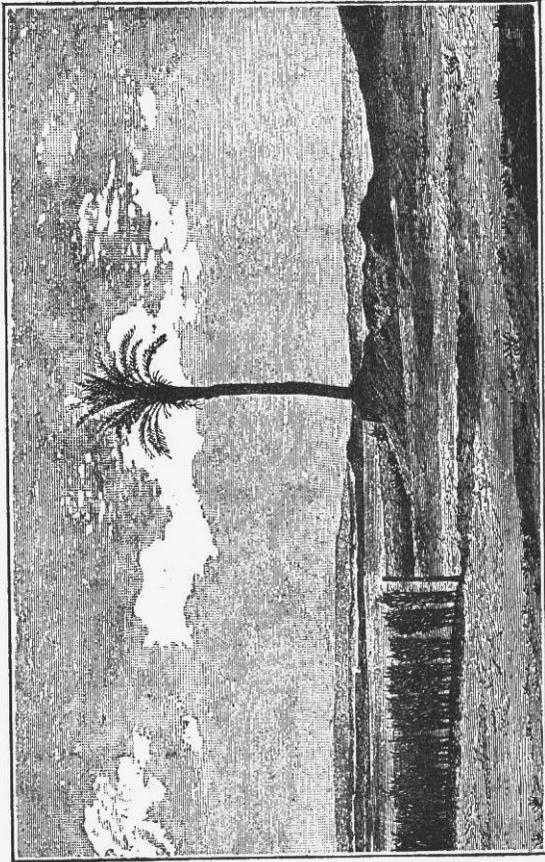
beduinos de la caravana, como los de la escolta, y especialmente el cheikh, se esfuerzan por agazajar al viajero con la esperanza del *bagchichs* ó propina, pues es gente sumamente interesada.

¡Los recuerdos bíblicos! El nombre de Moisés, *Musa*, en árabe, resuena en todas partes desde tantos siglos en la tradición de los beduinos del desierto: *Ayun Musa*, las Fuentes de Moisés; *Hajar Musa*, la Piedra de Moisés; *Yebel Musa*, la montaña de Moisés; *Uady Musa*, el Valle de Moisés, etc. Aunque los nombres de los montes, valles, llanuras y poblaciones de esta región han sido de tal modo cambiados desde tiempo atrás despues de treinta y cuatro siglos, que es casi imposible establecer la identidad de gran parte de ellos con los que llevaban en la época del Exodo de los Hebreos; sin embargo está uno cierto de recorrer el itinerario de Moisés, importando poco no saber el lugar preciso de los campamentos del pueblo de Israel: y de tal modo se aviva la imaginación, que uno se figura ver desfilar aquel inmenso ejército de unos tres millones de israelitas con sus tiendas y rebaños dirigiéndose hácia la tierra de promisión.

*
* *

Ninguna región presenta igual extensión de terreno, en donde rocas áridas, llanuras y valles torrenciales, casi enteramente desprovistos de vegetación, se suceden con una desesperante profusión; así que es indudable que sin un auxilio especial del Señor, que obró tantos prodigios en favor de su pueblo, jamás los Israelitas hubiesen podido superar los obstáculos que se oponían á su paso hácia la tierra de promisión.

El Oásis de *Ayun Musa*, debido á sus numerosas fuentes, posee una vegetación casi exuberante de palmeras, tamarindos y acacias; y es notable el panorama que desde allí se divisa. Dirigiendo la vista hácia el O. al otro lado del Mar

EL DESIERTO Y LAS FUENTES DE MOISÉS (*Ayoun Musa*)

Rojo, se descubre la cadena de los Atakah y el Puerto de Suez, que une el Mediterráneo al Mar Rojo por medio del gran Canal, maravilla de nuestro siglo; al N. vastas soledades amarillas y colinas estériles, aunque sumamente variadas y caprichosas; al S. el desierto y el mar, formando el conjunto un cuadro, cuyo recuerdo es imborrable. Y despues; ¡qué bellas son las noches serenas y silenciosas en estos campamentos del desierto, y qué magestuoso el cariz del firmamento, que parece entonar mejor que en ninguna otra parte la gloria y magnificencia del Creador!

Al otro día nos abocamos con el interminable y pavoroso desierto, conduciéndonos la segunda etapa del valle Wardan al Sudur. Levantados al amanecer, se prepara el frugal desayuno, mientras los beduinos desmontan las tiendas y deshacen la población improvisada de una noche, para arreglar el bagage y emprender de nuevo la marcha monótona, silenciosa y acompañada de los camellos. Entre estas gentes árabes se arma gran pleito sobre quien ha de hacer menos trabajo y quien llevará el fardo menor. En cuanto á los camellos, echados por tierra, dan mugidos lamentables al recibir la carga, y manifiestan la mayor adversión para comenzar el trabajo del día: son animales útiles é indispensables en el desierto, pero sumamente remolones é impacientes.

Los camellos de carga, llevan su respectivo conductor, que ordinariamente es un beduino joven. Estos árabes camelleros son muy caminadores y ágiles y tambien muy obedientes á las órdenes del jeque durante el viaje; pero, cuando, despues del reposo de la noche, hay que ponerse en camino, es otro asunto, pues son sumamente remolones y se forma una algarabía cada vez que se levanta el campamento y arreglan el bagage bajo la férula del irritable jeque y del imperioso dragoman, gefe de la expedición. El traje ordinario de estos pobres beduinos consiste en una larga camisa de algodón, una túnica del mismo género estriada con rayas de color, un

cinturón de cuero y un gran manto negro de lana ó piel de oveja; en la cabeza el inevitable turbante con su casquete de fieltro ó un simple pañuelo largo sugeto con un lazo de cuerda al rededor de la cabeza.

El dragoman, el cheikh y la escolta caminábamos cada uno sobre su camello, pues los guías los acompañan á pié. Se sube sobre el camello estando éste echado, pues con la montura equivale á una torre estando de pié. Los viajeros que no son árabes generalmente tienen mucho que sufrir en esta clase de excursión por el balanceo perenne y acompasado que produce el andar del camello, cuyo trote es más desastroso aún; y además, porque durante el camino los camellos tienen costumbre de alargar el pescuezo para arrancar las pequeñas hierbas que encuentran á su paso, pues no tienen freno, sino un simple cabestro; y este movimiento comunica una sacudida incómoda al viajero poco acostumbrado á esta clase de cabalgadura.

Por lo demás, es necesario resignarse, porque es imposible servirse del caballo al través del desierto, pues se deben pasar á veces varios días sin encontrar agua potable, y mientras el caballo tiene que beber todos los días, el camello pasa hasta siete días sin tomarla.

Al medio día, una parte de la caravana hace alto para tomar un almuerzo de fiambres y descansar la siesta; mientras la de los camellos de carga continúa la marcha para llegar á tiempo al lugar en donde se debe hacer campamento, armar las tiendas y hacer los preparativos para la comida caliente y pasar la noche. ¡Y cómo es deseada por todos la hora de acampar después de una marcha prolija de ocho á doce horas de un caminar lento y continuo, que no tiene mas atractivos que los variados paisajes y el canto triste y monótono de los beduinos! Puedo declarar que se necesita una verdadera resolución, mantenida por el propósito de seguir las huellas de los Israelitas, para poder superar las incomodidades de una

excursión continuada por el desierto, llevando una vida perpetuamente nómada; aunque di por bien empleados y felices los días que vivimos en el desierto, errantes, de tribu en tribu, con el interés



EL CAMELLO DE MONTURA Y EL JÓVEN CAMELLERO

supremo de investigar todo lo que decía relación al itinerario de Moisés, sobre todo cuando se van leyendo los libros del Penta-

teuco que se refieren á la peregrinación de los Hebreos por estos mismos lugares.

*
* *

Nos tocó acampar cerca de la montaña El-Biche, que es para los turistas de triste recuerdo y para muchos causa de desistir del viaje por el desierto. Fué sobre esta montaña que en 1880 murió asesinado el explorador inglés M. Palmer, quien al penetrar entre los beduinos para comprar camellos, traicionado por su guía, que conspiró con el cheikh árabe, fué arrastrado hasta la cumbre del monte Biche y desde allí arrojado al precipicio. Después de él, en 1882, otro explorador Carlos Huber pereció de la misma manera. Como se nos habían hecho estos recuerdos para probarnos que era temerario el viaje, en aquella noche nos trabajó algo la imaginación hasta obligarnos á observar desde nuestra tienda la actitud de los beduinos del campamento; pero aunque las paredes de la tienda hubiesen podido ser abiertas con una cuchillada por una guardia, que también pudo ser traidora, no hubo nada, como lo había presentado al emprender el viaje.

Al otro día, sin miedo ó recelo ni de los beduinos, ni de los reptiles venenosos, que también nos advirtieron podrían intentar abrigarse con nuestras cobijas, aunque impresionados por las pisadas perdidas de panteras, combinadas con el ahullido de los que se nos dijo eran chacales famélicos que husmean los deshechos de los campamentos volantes, seguimos la marcha triste y mecida de nuestros camellos siempre flanqueando el desierto por las inmediaciones del Mar Rojo, hasta el oasis del Hawarah, pasado el cual nos encontramos con un memento de los Hebreos: la fuente que el explorador G. Ebers cree ser la *Marah* de la Biblia.

Este día fué afortunado, pues al caer de la tarde acampamos en el oasis Garandel que se identifica generalmente con

el *Elim* del Éxodo, encontrándose en él las fuentes y las palmeras que indica la Escritura. El sitio es de los más frecuentados por los viajeros y en medio del desierto es una hermosura salvaje.

Desgraciadamente la noche fué un tanto desagradable por las sacudidas que daban nuestras tiendas agitadas, no por el temido kamsin, que sólo amenaza desde el mes de abril, sino por el viento ó brisa fuerte del Mar Rojo; ya que en las primeras horas poco faltó para quedar destruido nuestro campamento, lo que era tanto más de temer cuanto que las estacas que aseguraban el cordelaje de las tiendas estaban enterradas en terreno arenoso, aunque por fortuna pudieron ser aseguradas con grandes piedras que en un momento acarrearón los beduinos.

Emprendida de nuevo la tarea cotidiana, pasamos por la montaña de Beni-Lenine al norte del Garandel, desde donde se descubre un hermoso panorama. Véanse alrededor rocas inmensas que presentan múltiples formas y colores, pues las hay blancas, negras, rojas, verdes y brunas, con un laberinto de valles torrenciales ó torrenteras, entre montañas de aspectos caprichosos. Si no fuera por la aridez que ha calcinado aquellos montes y valles, el diorama además de magnífico sería pintoresco.

La senda, que pasando al través de estas colinas conduce hasta las montañas de Magharah, fué construida por un ingeniero inglés con el objeto de facilitar ciertos trabajos de explotación minera; pues existen en estos lugares antiguas minas de cobre y turquesas que fueron explotadas por los antiguos Faraones de Egipto. Llegados á las galerías de estas minas plantamos nuestro campamento en el pequeño valle para dormir allí y al otro día visitar tanto las minas de Magharah como las de Servat-el-Kadim, pasando por la llanura arenosa de El-Ramleh hasta la cumbre de la cordillera del Tih, desde donde se goza de una vista espléndida, como de un mar inmenso

cubierto de islas, que es la Arabia desierta; fué una excursión de dos días.

Al atravesar estas montañas se encuentran algunas cisternas y pequeñas moradas fortificadas donde los obreros egipcios de las minas se ponían al abrigo de los ataques de los árabes del desierto. Parece que las montañas de esta región deben su color verde á un óxido de cobre formado con la malaquita pulverizada.

En pequeños oasis solitarios véanse hermosas acacias que llegan á crecer hasta en medio de rocas gigantescas, y sus viejos troncos ostentan las trazas de numerosas incisiones hechas para sacar la goma en estado líquido: una prodigiosa cantidad se exportaba antiguamente á Egipto y forma aun hoy día un gran recurso para los habitantes del desierto.

* *

Entramos despues en el notable oasis Mokatteb, cuyas montañas de granito contienen en sus laderas innumerables inscripciones y dibujos, formando la parte más importante de las llamadas *inscripciones sinaíticas*. No puede dudarse que han sido ejecutadas con la punta de un cuchillo, clavo ó algún instrumento de sílex, y es todo de forma bastante grosera. Aunque el célebre monge Cosme Indicopleustis, que viajó por la Península sinaítica en 535, fué el primero que habló de ellas, creyendo que eran obra de algunos de los Israelitas que habían acompañado á Moisés; hoy ya está demostrado que datan del siglo II antes y del II despues de Jesucristo y que fueron grabadas por peregrinos Nabateos de las regiones de Petrea, que tributaban culto á sus deidades en la cima del Serbal.

Despues de atravesar el estenso valle Mokatteb, entramos en el célebre valle ó uady Feiran, siempre flanqueados por montañas, como sucede en estos valles torrenciales. Siguiendo en dirección al gigantesco y hermoso monte Serbal se encuentra

en la parte árida del valle una gran roca, algo desprendida de la montaña, conocida con el nombre árabe de Hesi-el-Kattatin, que la tradicion árabe señala como la piedra de donde Moisés hizo brotar agua para saciar á los Israelitas del desierto. Poco despues entramos en la parte fértil del valle Feiran, ó Faran, que segun Ebers es el *Rephidim* de la Biblia, y en donde quisimos acampar para gozar mejor de los recuerdos bíblicos que dicen relación á este lugar y de que hablaremos mas prolijamente al hacer el relato extenso del viage.

Cerca de nuestro campamento en una colina pedregosa en medio del valle, denominado el Moharrad, véanse numerosos vestigios de construcciones cristianas, siendo las más notables las ruinas de un antiguo Convento en la cima; lo que no es de extrañar desde que bajo el reinado de Trajano la religión cristiana se propagó en la Arabia. En la primera mitad del tercer siglo los cenobitas, que hasta entonces habían vivido aisladamente, formaron comunidades y edificaron sus primeros claustros cerca de las grutas. Estas antiguas celdas formadas en la roca prueban el espíritu de piedad y de penitencia que animaba á estos atletas de la fé. Pero el haber preferido este lugar cercano al Monte Serbal ¿no demuestra ó significa que era para ellos el Monte santo de la Ley dada á Moisés y no el Safsafeh, considerado hoy como el Sinaí de la Escritura? Pero de esto nos ocuparemos más adelante en el texto de la obra. Solo añadiremos que al día siguiente hicimos desde Faran la ascención al espléndido monte *Serbal*, que consideramos como el verdadero Sinaí de la Biblia. Allí encontramos también restos y ruinas de antiguas iglesias y conventos, confirmándonos asi en nuestra indicada opinión. El panorama es sublime y su contemplación estática: la Arabia petrea, sus montañas, sus desiertos, sus valles; la costa desde Suez hasta Atakah, entre dos brazos del Mar Rojo; la inmensa llanura del Tih, las alturas de Petra y la rivera de

patios y escaleras; siendo el honor del Convento una notable Iglesia de la época de Justiniano, al lado de cuya torre se eleva el minarete de una mezquita, que exigió construir el Sultán para consentir en la existencia del Monasterio.

A excepción de la Iglesia, todas estas construcciones se encuentran en un estado bastante deplorable, aunque son sumamente antiguas, pues el Convento-fortaleza fué edificado hácia la mitad del sexto siglo, habiendo colocado la piedra fundamental el emperador Justiniano en el año 527 como lo confirma una inscripción que allí se conserva.

Sobre el altar mayor se vé un mosaico que representa la transfiguración y que debe ser tan antiguo como la Iglesia. Según la tradición, detrás del altar mayor, *la capilla de la zarza ardiente*, ocupa el lugar en que el Señor se reveló á Moisés para conferirle la misión de sacar de Egipto al pueblo de Israel. Los peregrinos la visitan con los pies descalzos, recordando la orden de hacerlo así, que dió el Señor á Moisés. El pozo ó cisterna que se encuentra detrás de esta Capilla, es, según la misma tradición la fuente en donde Moisés daba agua al rebaño de su suegro Jetró; pues en esa inmediación está el valle de Jetró que los árabes llaman *uady Cho'aib*.

Un grande y hermoso jardín amurallado, y pasmo de aquellos áridos desiertos, sirve de límite al costado que dá entrada al Convento, y en él colocamos nuestras tiendas durante los cuatro días que permanecemos en el Sinaí, no aceptando la oferta de habitar la hospedería, como lo habían hecho otros viajeros llegados antes que nosotros, porque la posición es más poética y se goza de absoluta libertad para las escursiones de los alrededores.

La ascensión á la Montaña del Sinaí se hace por una senda estrecha y rápida por una especie de escalinata formada en la misma roca y que conduce hasta la cumbre del *Yebel Musa* (Sinaí) y al *Safsafeh* (Horeb), atribuyendo algunos su construcción á Santa Elena, aunque no parece remontarse más allá del sexto

ó séptimo siglo, y está bastante deteriorada. Siguiendo esta senda se llega á una modesta Capilla de la Virgen; así como á la izquierda y á alguna distancia de ésta, se encuentra otra capilla dedicada á Elías y Eliseo. A todas estas localidades se refieren ciertas tradiciones árabes que no pueden ser admitidas. La gigantesca escalera termina en una pequeña planicie en donde se ha construido una Capilla y una Mezquita. Esta es la cumbre del Sinaí, desde donde se contempla un soberbio panorama.

A medio día descendimos de Yebel Musa, Monte de Moisés, bajando á un pequeño valle del magnífico Safsafeh; las hierbas aromáticas crecen allí con abundancia, como la menta y el hisopo mencionados en el Éxodo. Despues se pasa á otra Capilla de la Virgen, que no está á menos de cinco mil pies sobre el nivel del mar, llegando poco despues con bastante dificultad á la cumbre del Safsafeh, que fué desde donde, según Robinsón, Palmer y otros, el Señor dictó á Moisés los diez mandamientos del Decálogo.

*
**

No harémos ahora mas que indicar á grandes rasgos la continuación de nuestro viaje hasta Jesuralem, siempre al través del desierto, para realizar nuestro deseo de seguir las huellas de Israel en su marcha hácia la Tierra de promisión; pues la descripción detallada la darémos mas adelante con todo el interés que ella merece. Por lo demás advertimos que para aprovechar con esta ocasión las escursiones de los sabios exploradores que hicieron la travesía en diversas direcciones, nos servimos de sus datos para formar una ruta especial, basada en lo posible en su experiencia, y así en una excursión realizar la totalidad de las anteriores, de modo que la nuestra resultase *única*, aunque sin ser científica como la de aquellos sabios.

Siguiendo, pues, sus trazas, como podrá notar el lector inspeccionando el mapa número I por la línea roja, atravesamos toda la península sinaítica desde Yebel Musa hasta Akabah, extremo del golfo de este nombre; desde aquí nos dirigimos hacia Petra por el valle Ithm, Delageh y el Monte Hor, donde murió Aaron. Desde Petra por el valle el-Arabah, atravesamos el desierto de Tih pasando por Ain-Garandel hacia Khan-Nakhel, remontando desde aquí por el mismo desierto hacia el-Arisch por Lussan y Kalasat hacia Gaza para recorrer la antigua Filistea hasta Hebron; desde donde bajamos hacia el S. O. del Mar Muerto por Enggadi, Masada y el Arabah en las inmediaciones de Chobek, remontando hacia Kerak por la costa oriental del Mar Muerto hasta Hesbân, para atravesar el Jordan frente á Jericó, que fué por donde tomó posesión de la Tierra prometida el pueblo de Israel.

Fué pues, suma mi satisfacción al realizar este viaje, que era mi sueño dorado, en mis aficiones de excursionista por los países bíblicos; y añadiré con toda felicidad, pudiendo desmentir todas las odiosidades que se refieren á los pobres beduinos del desierto, pues recibí de ellos y de sus jeques las mayores atenciones, especialmente del jeque Fellah-el-Nimri. Tampoco tuve quebranto alguno en la salud; y el tiempo generalmente bueno y templado, aunque si dos veces tuvimos tormenta deshecha, fué ocasión para gozar de ese imponente espectáculo en el desierto.

Si se me pregunta, pues *quid existis videre in desertum?* «qué fuistes á contemplar en el desierto?» Yo responderé: lo que ha formado la atracción de tantos sabios exploradores; y amén de gozar de panoramas admirables, no vistos en ninguna otra parte por la sublimidad de una naturaleza virgen, he contemplado los restos de una maravillosa civilización en el desierto, Petra, y visitado los parajes á que la travesía de Israel guiado por Moisés, ha dado un renombre imperecedero en los recuerdos de la humanidad.

Texto mosaico del itinerario de Israel

El viaje que emprendí al traves del desierto tiene su itinerario clásico en el Pentateuco de Moisés, incomparablemente superior y más interesante bajo todos los aspectos, que el itinerario tan celebrado de la «Retirada de los diez mil» descrito por Jenofonte, y que leí con interés en mi excursión á Mesopotamia.

Naturalmente, antes de emprender el viaje al Sinaí, el mejor modo de prepararme era estudiar detenidamente el itinerario de Moisés, que con avidéz releí durante el viaje, y que ahora transcribo para satisfacer la justa curiosidad de los lectores que en su mayoría no habrán leído el Pentateuco, ó muy por encima en la parte relativa al éxodo de Israel de la tierra de Gesén.

Sin embargo, para evitar proligidad y porque sería muy voluminoso, solo extractaré lo referente al trayecto del pueblo hebreo, aunque añadiendo al texto las anotaciones que sirven para ilustración del mismo. El que deseara leerlo íntegro, no tiene mas que acudir á la Biblia.

Además he querido hacer preceder este memorándum bíblico á la descripción del viaje, porque á cada paso me referiré al lugar correspondiente del Pentateuco, y el lector, sin tener que acudir á cada paso á la Biblia, puede así tener á mano el texto correspondiente.

Debo advertir también que habiendo sido el Sinaí el punto culminante del viaje de Israel y considerando que el Exodo describe el itinerario hebreo desde la salida de Egipto hasta la promulgación de la Ley en el Sinaí, en esta primera parte no pondré el itinerario íntegro, sino que dejaré la segunda parte desde la salida del desierto del Sinaí, contenida en el Libro de los Números, para cuando de ella me ocupe, y que será la segunda parte del viaje.

ADVERTENCIA PRELIMINAR SOBRE EL ÉXODO

Este libro del Pentateuco se llama Éxodo, de la palabra griega que significa *salida*, por referirse en él las maravillas que Dios obró para sacar de Egipto á su pueblo.

Se describe en él la triste y dura esclavitud que sufrieron los israelitas bajo la tiranía de Faraón; la portentosa libertad que el Señor les concedió por la mano y conducto de Moisés; cómo les mandó que celebraran la Pascua; y cómo triunfantes y gloriosos pasaron el Mar Rojo; su entrada y morada en el Desierto, y sus murmuraciones contra Dios, que por espacio de cuarenta años los alimentó con el maná que hacía llover del cielo; la guerra con los amalecitas, y victoria que de ellos consiguieron; la institución de los magistrados, y como fué dada, promulgada y recibida la ley, la fórmula del Tabernáculo y del Arca del Testamento; la idolatría de los Israelitas en el becerro de oro, y la severidad con que fueron castigados; la religión y culto de Dios, y el orden de sus ministros, de los sacrificios, ceremonias y observancias.

Comprende este libro los hechos de ciento cuarenta y cinco años.

Desde la muerte de José hasta el nacimiento de Moisés pasaron sesenta y cuatro años; Moisés puso en libertad al pueblo á los ochenta de su edad, y al siguiente erigió el Tabernáculo, que es donde se da fin al Exodo; por lo que si se añaden estos ochenta á los sesenta y cuatro, y el año que se sigue, resultan los ciento cuarenta y cinco que decimos.

Moisés hace presente, como por último se cumplió lo que Dios había prometido á este pueblo cuatrocientos años antes; puesto que en el Libro precedente del Génesis, refiere las repetidas promesas que había hecho á Abraham, diciéndole, que su posteridad viviría en tierra extraña, y que sería esclava

y oprimida largo tiempo; pero que al cabo enviaria terribles plagas contra los que la oprimiesen, y que saldría llena de gloria y de riquezas, para entrar en posesión de la tierra que les prometía. En los primeros capítulos hasta el v. 37 del capítulo XII, se comprenden las disposiciones que dió el Señor para librar á su pueblo de la injusta esclavitud en que gemía, y las maravillas que obró para sacarle de ella.

Desde el citado verso hasta el capítulo XIX, se trata de su salida; de cómo Faraon quedó anegado con todo su ejército en el Mar Rojo; de las alabanzas que cantaron al Señor por la victoria que les había dado; de sus marchas por el desierto y de las diversas mansiones que en él hicieron. Y por último desde el capítulo XIX hasta el fin del Libro se describen varias leyes y ceremonias, que pertenecen á las cosas divinas y sagradas, como á las humanas y políticas, y que debían servir para el gobierno de un pueblo, que Dios se formaba bajo su especial protección y providencia.

Es admirable que hoy podamos leer un itinerario escrito treinta y cuatro siglos hace; y además de ser el mejor preámbulo del viaje emprendido en pos de los Hebreos, así se comprenderá también todo el interés bíblico que tiene.

* * *

I.—DEL ÉXODO—*Número de los Israelitas que entraron á Egipto. Un nuevo rey, viendo como se habian multiplicado, intenta oprimirlos y acabarlos con penosas tareas y fatigas; da orden á las parteras que maten á los niños al nacer, y finalmente que arrojen al Nilo.*

1. Estos son los nombres de los hijos de Israel que con Jacob entraron en Egipto, cada uno con su familia.
2. Ruben, Simeón, Levi, Judá,
3. Isacar, Zabulón y Benjamin,

4. Dan, Neftalí, Gad y Aser.
5. Eran, pues, todas las almas de los descendientes de Jacob, incluso él mismo, setenta. José empero estaba en Egipto.
6. Muerto este y todos sus hermanos, y toda aquella primera generación,
7. Los hijos de Israel se aumentaron y multiplicaron como la yerba; y crecidos en gran manera llenaron el país.
8. Entretanto se alzó en Egipto un nuevo Rey, (1) el cual nada sabía de José. (2)
9. Y dijo á su pueblo; Bien veis que el pueblo de los hijos de Israel es muy numeroso y mas fuerte ya que nosotros.
10. Vamos, pues, á oprimirlo con arte, no sea que prosiga multiplicandose cada vez mas; y que sobreviniendo alguna guerra contra nosotros, se agregue á nuestros enemigos, y despues de habernos vencido y robado, se vaya de este país.
11. Estableció, pues, sobrestantes de obras, para que los vejasen con cargas (3) insoportables; y edificaron para Faraon las fuertes ciudades de las tiendas, (4) Phitón y Rameses.
12. Pero cuanto mas los oprimían, tanto mas se multiplicaban y crecían.
13. Aborrecían los Egipcios á los hijos de Israel, y además de oprimirlos, los insultaban;
14. Y los hacían pasar una vida muy amarga con las duras

(1) Unos pretenden que se llamase Amenophis; ó Rameses, y otros Salatis. Pero no se puede afirmar cosa cierta sobre este punto. Por rey nuevo se debe entender, ó que era extranjero, y de diversa familia, que los que habian honrado tanto á José; ó mas bien que era de diverso genio y costumbre, y que estableciendo nuevas leyes y gobierno abrogó y anuló todo lo que sabiamente habia ordenado José.

(2) Que nada sabia de las cosas de José, ó que no seguía ni aprobaba las sabias providencias del gobierno de José.

(3) Comenzó esta persecución probablemente como unos diez años antes que naciese Moisés, y así duró noventa; porque Moisés sacó de Egipto á los hebreos, cuando tenia ochenta. Cap. vii, 7. Las obras y fatigas á que los aplicaron, eran á hacer y cocer ladrillos para edificar las ciudades ó fortalezas de Phiton y Rameses; á hacer diques para contener las aguas del Nilo, y canales para conducirlos y regar los campos; á sacar fuera de las ciudades las inmundicias; á la construcción y fábrica de las suntuosas pirámides, como sienta Josefo lib. II Antiquitat. c. 5. y finalmente al cultivo de los campos y á las labores de la tierra.

(4) El texto Hebreo *de los tesoros*, ó porque eran como el público granero de Egipto; ó porque se guardaban en ellas los tesoros del Rey. Se cree, que Phithom es la ciudad de Pelusio ó Damietta, sobre el canal que los reyes Neco y Dario habian hecho para dar comunicacion al mar Rojo con el Nilo, y por aqui con el Mediterraneo. Una y otra estaban en la frontera de Egipto; y la última fué donde hicieron su primer campamento los Hebreos. Cap. xii, 37.

fatigas de hacer barro ó argamasa y ladrillo, y con toda suerte de servidumbre con que los oprimian en las labores del campo.

15. Además de esto, el Rey de Egipto impuso á las parteras de los Hebreos, de las cuales una se llamaba Séfora y la otra Fua,

16. este precepto: cuando asistiereis á las Hebreas en sus partos, al momento que salga la criatura, si fuere varón matadle, si mujer dejadla vivir.

17. Pero las parteras temieron á Dios, y no ejecutaron las órdenes del Rey de Egipto, sino que conservaban la vida á los niños.

18. Por lo que llamándolas el Rey á su presencia, les dijo: ¿qué fin ha sido el vuestro en querer conservar á los varones?

19. Y ellas respondieron: Las mujeres Hebreas no son como las Egipcias; porque aquellas saben el arte de partear, y antes que llegemos para asistir las ya han dado á luz.

20. Favoreció, pues, Dios á las parteras en recompensa de su piedad; y el pueblo fué creciendo y corroborándose extraordinariamente.

21. Y por cuanto las parteras temieron mas á Dios que al Rey, afirmó sus casas, dándoles hijos y bienes.

22. Por último, Faraón intimó á todo su pueblo esta orden: todo varón que naciere entre los Hebreos, echadle al río; (1) toda mujer reservadla.

*
* *

II.— *Nace Moisés, y la hija de Faraón le salva de las aguas, y le adopta por hijo. Moisés huye al país de Madian, donde se casa con Séfora, de quien tiene á Gersam y Eliexer. Los*

(1) Este cruel edicto se publicó sin duda despues de haber nacido Aaron. Es creible que lo revocase poco despues de su publicación el mismo que lo hizo publicar, ó su sucesor; pues de otro modo no podía hallarse el prodigioso número de pueblo, que nos refiere el Sagrado Texto, de todas edades al salir de Egipto; ó que los mismos egipcios horrorizados de la crueldad de dicho edicto hicieron poco uso de él. Menochio.

israelitas claman al Señor para que los saque de la dura esclavitud que sufren.

1. Después de esto, es de saber que un varón de la familia de Leví (1) fué y casóse con una mujer de su linaje. (2)

2. La cual concibió y dió á luz un hijo; y viéndole muy lindo, le tuvo escondido por espacio de tres meses.

3. Mas no pudiendo ya encubrirle, (3) tomó una cestilla de juncos, y la calafateó con betún y pez, y colocó dentro al infantiño, y expúsole en un cañizal (4) de la orilla del Río;

4. quedándose á lo lejos una hermana suya, (5) para ver el paradero.

5. Cuando he aquí que bajaba la hija de Faraón (6) á lavarse en el río; y sus damas se paseaban por la orilla del agua. Así que vió la cestilla en el cañizal, envió por ella á una de sus criadas, y habiéndosela traído,

6. destapándola, y viendo dentro á un niño que daba tiernos vagidos, compadeciéndose de él y dijo: De los niños de los Hebreos es este. (7)

7. Y acercándose entonces la hermana del niño, ¿quieres, le dijo, que yo vaya y te llame una mujer hebrea que pueda criar ese niño?

8. Anda, respondió ella. Fué corriendo la muchacha, y llamó á su madre. (8)

(1) Este se llamaba Amram, como se da á entender por el Cap. vi. 18. 20.

(2) Que se llamaba Jocabed. Cap. vi. 20.

(3) Porque sin duda se harían rigurosas pesquisas para descubrir los niños varones de los Hebreos, con el fin de acabarlos, arrojándolos al Nilo. Y así por no exponer toda la familia á una ruina inevitable, resolvieron poner al niño Moisés en manos de la Divina Providencia.

(4) Para que los juncos y cañizos impidieran que lo arrobatare la corriente inmediata del río.

(5) Esta se llamaba María y entonces podía tener diez ú once años. Es probable que ella de día estaría de observación, y que la madre de noche le daría de mamar, para que el niño no pereciese.

(6) Josepho *De Antiquit. lib. II. c. 5.º* dice, que esta princesa se llamaba Thermuthis. Artapan, autor griego, en un fragmento que Eusebio de Cesarea nos ha conservado, la llama Merris.

(7) El edicto del Rey le dió motivo para que sospechase esto, y mucho mas el verlo circuncidado: pues aunque los Egipcios usaron esta ceremonia, fué mucho tiempo después.

[8] Que lo era de María y de Moisés.

9. A la cual dijo la Hija de Faraón: Toma este niño y críamele que yo te pagaré. Tomó la mujer el niño y crióle. Y cuando fué ya crecido; le entregó á la hija de Faraón,

10. que lo adoptó por hijo, y púsole por nombre Moisés, como quien dice: Del agua le saqué.

11. Un día cuando Moisés era ya grande, (1) salió á ver á sus hermanos; y observó la aflicción en que estaban; y á un Egipcio (2) que maltrataba á uno de los Hebreos sus hermanos,

12. y habiendo mirado hácia todas partes, y no divisando á nadie, mató al Egipcio, y escondióle en la arena.

13. Saliendo al día siguiente vió á dos Hebreos que reñian, y dijo al que hacía la injuria: ¿Porqué maltratas á tu prójimo?

14. El hombre respondió; ¿Quién te ha constituido príncipe y juez sobre nosotros? ¿quieres tú tal vez matarme como mataste ayer al Egipcio?—Temió Moisés, y dijo: ¿Como se habrá sabido esto?

15. Súpolo también Faraón, y trataba de hacer morir á Moisés; el cual huyendo de su vista, fuese á morar en tierra de Madian, (3) y se puso á descansar junto á un pozo.

16. A la sazón tenía el sacerdote de Madian siete hijas, las cuales vinieron á sacar agua; y llenados los canales querían dar de beber á los rebaños de su padre.

17. Sobrevinieron unos pastores y las echaron. Pero saliendo Moisés en defensa de las doncellas, abrevó sus ovejas.

(1) San Esteban dice: Actor. VII, 23, que fué instruido en toda la ciencia de los Egipcios, y que estuvo cuarenta años en Egipto; aunque no nos dice la Escritura en qué los empleó. Sin duda gastaría los primeros en su educación aprendiendo las ciencias, en las que hizo tales progresos, según San Clemente Alejandrino, y otros, que nos los representan como consumado en la poesía, y pretenden que fué el maestro de Orfeo, y que sirvió de modelo al mismo Homero. El testimonio que da S. Esteban, no nos permite dudar, que fué muy versado en la astronomía, que era una de las ciencias mas cultivadas de los Egipcios. Al fin, pues, de los cuarenta años movido del Espíritu del Señor salió á visitar á sus hermanos, esto es, á dar principio á la libertad de los Hebreos; y así desde entonces renunció todas las honras de palacio, y el derecho que le daba el haberle adoptado por hijo la hija de Faraón.

(2) Este probablemente seria alguno de los sobrestantes, que afligian y maltrataban á los Hebreos empleados en los trabajos y tareas penosas de su servidumbre.

(3) En la Arabia Petrea y al Oriente, y sobre las costas del Mar Rojo. Esta tierra fué poblada sin duda por un hijo de Chus, puesto que la mujer de Moisés es llamada Chusita, y Habucuc pone á los Chusitas por los Madianitas.

18. Así que volvieron á Ragüel, su padre les preguntó: ¿Porque habeis venido hoy mas presto de lo acostumbrado?

19. Un hombre egipcio, respondieron ellas, nos ha defendido de la vejación de los pastores, y á mas de eso nos ha ayudado á sacar agua, y dado de beber á las ovejas.

20. ¿En dónde está? dijo el padre. ¿Porqué habeis dejado ir á ese hombre? Llamadle á fin de que coma algo.

21. De resultas de eso, Moisés juró que se quedaría con él. Y recibió por mujer á su hija Séfora:

22. La cual le dió un hijo á quien llamó Gersan, diciendo: He sido peregrino en tierra extraña. Dió á luz despues otro á quien llamó Eliezer, diciendo: El Dios de mi padre, protector mío, me libró de las manos de Faraón.

23. De allí á mucho tiempo (1) murió el Rey de Egipto, y los hijos de Israel gimiendo bajo el peso de las faenas, levantaron el grito al cielo; y el clamor en que les hacía prorrumpir el excesivo trabajo, subió hasta Dios.

24. El cual oyó sus gemidos, y tuvo presente el pacto contraído con Abraham, Isaac y Jacob:

25. Y volvió los ojos hácia los hijos de Israel, y los reconoció como hijos suyos.

∴

III. — *Apacentando Moisés las ovejas de Jetró, su suegro, se le manifiesta Dios en una zarza que ardía sin quemarse. Le envía á librar á su pueblo de la tiranía de Faraón, y Moisés se excusa.*

1. Empleábase Moisés en apacentar (2) las ovejas de su

[1] Los intérpretes comunmente creen que esto aconteció cuarenta años despues; y que su sucesor Amenofis fué sumergido en las aguas del Mar Rojo cuando perseguía á los Israelitas.

(2) Moisés vivió cuarenta años enteros en la casa de Jetró, no como desterrado, sino como hijo querido. En esta siguió la vida pastoril; y si damos crédito á la conjetura de algunos sabios, entre ellos á Huet, el tiempo que le quedaba de esta profesión lo empleó en componer algunos de los libros admirables que trasmitió á la Iglesia, y que se conservarán en ella hasta el fin de los siglos.

suegro Jetró, sacerdote de Madian, y guiando una vez la grey á lo interior del desierto, vino hasta el monte de Dios, *Horeb*. (1)

2. Donde se le apareció el Señor en una llama de fuego que salía de en medio de una zarza, y veía que la zarza estaba ardiendo y no se consumía.

3. Por lo que dijo Moisés: Iré á ver esta gran maravilla, como es que no se consume la zarza.

4. Pero viendo el Señor que se acercaba ya para ver lo que era, llamóle desde entre la zarza, y dijo: Moisés, Moisés. Aquí me tienes, respondió él.

5. No te acerques acá, prosiguió el Señor: Quitate el calzado de los pies; porque la tierra que pisas es santa.

6. Yo soy, le añadió: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Cubrióse Moisés el rostro, porque no se atrevía á mirar hácia Dios.

7. Díjole el Señor: He visto la tribulación de mi pueblo en Egipto, y oído sus clamores, á causa de la dureza de los sobrestantes de las obras.

8. Y conociendo cuanto padece, he bajado á librarle de las manos de los Egipcios; y hacerle pasar de aquella tierra á una tierra buena y espaciosa, (2) á una tierra que mana leche y miel, al país del Cananeo, y del Heteo, y del Amorreo, y del Ferezeo, y del Heveo, y del Jebuseo.

9. En suma, el clamor de los hijos de Israel ha llegado á mis oídos; y he visto su aflicción, y como son oprimidos de los Egipcios.

[1] Horeb y Sináí forman un solo monte en la Arabia Petrea con dos puntas ó collados, la primera significa *desierto, sequedad*; la segunda Sináí del hebreo *zarza ó espino*, por la abundancia de ellas que en él había. De aquí es, que unas veces se dice que fué dada la ley á los judíos en Horeb, *Deuter. IV. 15* y otras en el Sináí, *Exod. XIX.*

[2] Aunque la Judea, considerada en sí misma, no era muy grande, por cuanto desde Dan á Bersabé tenía como cincuenta leguas nuestras de largo, y como quince de ancho desde Jope hasta Bethlehem; esto no obstante, se llama aquí ancha y espaciosa, ya respecto á la tierra de Gesón, en que á la sazón moraban los Hebreos; ya en atención al número del pueblo de Israel, que entonces no era suficiente para poderla poblar y llenar toda; y ya finalmente para significar por la leche y por la miel los abundantísimos pastos de sus tierras, y el inmenso número y variedad de frutos, cuya dulzura competía con la miel; todo lo cual podía darles alimento suficiente, aunque se multiplicasen sucesivamente, como se multiplicaron en lo sucesivo.

10. Pero ven tú, que te quiero enviar á Faraón, para que saques de Egipto al pueblo mio, los hijos de Israel.

11. ¿Quién soy yo, respondió Moisés á Dios, para ir á Faraón y sacar de Egipto á los hijos de Israel?

12. Díjole Dios: Yo estaré contigo; y la señal que tendrás de haberte yo enviado, será ésta: Cuando habrás sacado á mi pueblo de Egipto, ofrecerás un sacrificio á Dios sobre este monte.

13. Dijo Moisés á Dios: Y bien, yo iré á los hijos de Israel y les diré: El Dios de vuestros padres me ha enviado á vosotros. Pero si me preguntan ¿cual es su nombre? ¿qué les diré?

14. Respondió Dios á Moisés: Yo soy el que soy. Hé aquí añadió, lo que dirás á los hijos de Israel: El que es me ha enviado á vosotros.

15. Dijo de nuevo Dios á Moisés: Esto dirás á los hijos de Israel. El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob me ha enviado á vosotros. Este nombre tengo yo eternamente, y con este se hará memoria de mí en toda la serie de las generaciones.

16. Anda, y junta los ancianos de Israel, y les dirás: El Señor Dios de vuestros padres se me apareció; el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, diciendo: Yo he venido á visitaros de propósito, y he visto todas las cosas que os han acontecido en Egipto.

17. Y tengo decretado el sacaros de la opresión que en él padecéis, y trasladaros al país del Cananeo, y del Heteo, y del Amorreo, y del Ferezeo, y del Heveo, y del Jebuseo, á una tierra que mana leche y miel.

18. Y escucharán tu voz, y entrarás tú con los ancianos de Israel al rey de Egipto, y le dirás: el Señor Dios de los Hebreos nos ha llamado. Hemos de ir camino de tres días al Desierto para ofrecer sacrificios al Señor Dios nuestro.

19. Yo ya sé que el Rey de Egipto no querrá dejaros ir, sino forzado por una mano poderosa.

20. Por eso extenderé yo mi brazo, y heriré á los pueblos

del Egipto con toda suerte de prodigios que haré en medio de ellos; despues de lo cual os dejaré partir.

21. Haré tambien que ese pueblo mío halle gracia en los ojos de los Egipcios, para que al partir no salgais vacíos.

22. Sino que cada mujer ha de pedir á su vecina y á su casera (1) alhajas de plata y oro y vestidos preciosos; vestireis con ellos á vuestros hijos é hijas y despojareis al Egipto.

.*

IV. — *Milagros que obra Dios para asegurar á Moisés de su misión. Se pone en camino para Egipto, y se ejecuta la circuncisión de su hijo. Aarón por aviso de Dios se le junta en el Sináí, y ambos pasan á buscar á los israelitas.*

1. Replicó Moisés y dijo: No me creerán, ni oirán mi voz, sino que dirán: No hay tal; no se te ha aparecido el Señor.

2. ¿Qué es eso, le preguntó Dios, que tienes en tu mano? Una vara, respondió él.

3. Dijo el Señor: Arrójala en tierra. Arrojlá, y se convirtió en una serpiente, de manera que Moisés echó á huir.

4. Dijo entonces el Señor: Alarga tu mano y cógela por la cola. Alargóla y la cogió, y luego la serpiente volvió á ser una vara.

5. Esto es, añadió el Señor, para que crean que se te ha aparecido el Señor, Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

6. Díjole todavía el Señor: Mete tu mano en tu seno. Y habiéndola metido, la sacó cubierta de lepra, blanca como la nieve.

7. Vuélvete á meter, dijo, la mano en el seno. Volvióla á

[1] En cuya casa vive. Se ve por este lugar, que los Hebreos vivían mezclados con los egipcios en la tierra de Gesén.

meter, y la sacó otra vez y era semejante á la demás carne del cuerpo.

8. Si no te creyeren, dijo, ni dieren oídos á la voz del primer prodigio, se rendirán á la del segundo.

9. Que si ni aún á estos dos prodigios dieren crédito, ni escucharen tu voz, toma agua del río Nilo y derrámala en tierra, y cuanta sacares del río, se convertirá en sangre.

10. Dijo entonces Moisés: Señor, te suplico tengas presente que yo nunca he tenido facilidad en hablar, y aún después que hablas con tu siervo, me siento mas embarazado y torpe de lengua.

11. Díjole á esto el Señor: Quien hizo la boca del hombre y quien formó al mudo y al sordo, al que vé y al ciego ¿no he sido yo?

12. Anda, pues, que yo estaré en tu boca, y te enseñaré lo que has de hablar.

13. Todavía él replicó: Suplícote, Señor, que envíes al que has de enviar.

14. Enojado el Señor contra Moisés dijo: Aarón tu hermano, hijo de Leví como tú, sé que habla bien; pues, mira, este mismo va á venir á tu encuentro, y al verte se llenará de gozo.

15. Tú le hablarás, y le irás poniendo mis palabras en su boca. Yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré lo que debéis hacer.

16. Él hablará en tu lugar al pueblo, y será tu lengua. Y tú le dirigirás en todo lo perteneciente á Dios.

17. Toma tambien en tu mano esta vara, con la cual has de hacer prodigios.

18. Partió, pues, Moisés, y luego volvió á su suegro Jetró, y le dijo: Quisiera ir á visitar otra vez á mis hermanos en Egipto, para ver si viven todavía. Al cual respondió Jetró: Anda enhorabuena.

18. Había dicho el Señor á Moisés, estando este en Madian: Anda y vuelve á Egipto, porque han muerto ya todos los que atentaban á tu vida.

20. Tomó, pues, Moisés á su esposa y á sus hijos, y los hizo montar en un jumento, y volvióse á Egipto llevando en la mano la vara de Dios.

21. Díjole asimismo el Señor cuando volvía á Egipto: Mira que hagas delante de Faraón todos los portentos, para los cuales te he dado poder. Yo endureceré su corazón y no dejará partir á mi pueblo.

22. Y tu le dirás: Esto dice el Señor: Israel es mi hijo primogénito.

23. Ya te tengo dicho: Deja ir á mi hijo, para que me rinda el culto que me es debido; y tú no has querido dejarle partir; hé aqui, pues, que yo voy á quitar la vida á tu hijo primogénito.

24. Estando Moisés en el camino, se le presentó el Señor en una posada, en ademán de quererle quitar la vida.

25. Cogió al momento Séfora un pedernal muy afilado, y circuncidó á su hijo, y tocando con la sangre los pies á Moisés, le dijo: Tú eres para mí un esposo de sangre.

26. Y el ángel le dejó estar, luego que hubo dicho ella con motivo de la circuncisión que hizo: Eres para mí esposo de sangre.

27. Entretanto dijo el Señor á Aarón: Vé al desierto á encontrar á Moisés; y fué á su encuentro hasta Horeb, el monte de Dios, y le besó.

28. Y contó Moisés á Aarón todo lo que le había dicho el Señor al enviarle, y los prodigios que le había mandado hacer.

29. Con esto fueron juntos á Egipto, y congregaron á todos los ancianos de los hijos de Israel.

30. Y Aarón refirió todas las palabras que había dicho el Señor á Moisés, y este hizo los milagros delante del pueblo.

31. Y creyó el pueblo; y entendieron que el Señor venía á visitar á los hijos de Israel por haber vuelto los ojos á su tribulación; y postrados en tierra le adoraron.

∴

V. — *Moisés y Aarón se presentan á Faraón, y le intiman las órdenes de Dios. El rey se burla de todo y acrecienta los trabajos y faenas á los Israelitas. Quejas de estos contra Moisés y Aarón.*

1. Despues de esto entraron Moisés y Aarón á Faraón, y le dijeron: Esto dice el Señor Dios de Israel. Deja ir á mi pueblo á fin de que me ofrezca un sacrificio solemne en el Desierto.

2. A lo que respondió él: ¿Quién es ese Señor para que yo haya de escuchar su voz, y dejar salir á Israel? No conozco á tal Señor, ni dejaré ir á Israel.

3. Replicaron ellos: El Dios de los Hebreos nos ha llamado para que vayamos camino de tres días al Desierto, y ofrezcamos sacrificio al Señor Dios nuestro, á fin de que no venga sobre nosotros la peste ó la guerra.

4. Díjoles el Rey de Egipto: ¿Cómo es que vosotros, Moisés y Aarón, distraeis al pueblo de sus tareas? Marchad á vuestros quehaceres.

5. Y dijo luego Faraón: Este pueblo se ha aumentado mucho en el país. Ved como se ha multiplicado el gentío; ¿Cuánto más si los dejáis respirar de sus fatigas?

6. Dió orden, pues, en aquel mismo día á los sobrestantes de las obras y á los exactores del pueblo, diciendo:

7. De ninguna manera habeis ya de dar al pueblo como antes paja, para que haga los ladrillos; que vayan ellos mismos á recogerla;

8. Y sin embargo les exigireis la misma cantidad de ladrillos que hasta ahora, sin disminuirles nada, pues están holgando y por eso vocean, diciéndose unos á otros: Vamos á ofrecer sacrificio á nuestro Dios.

9. Sean agobiados con faenas, y cumplan con ellas, para que no den oídos á embustes.

10. Saliendo, pues, con este mandato los sobrestantes de las obras y los exactores, dijeron al pueblo: Esto dice Faraón: No quiero daros la paja.

11. Id y recogedla donde pudiereis hallarla; ni por eso se disminuirá nada de vuestra tarea.

12. Esparcióse, pues, el pueblo por toda la tierra de Egipto para recoger paja.

13. Al mismo tiempo los sobrestantes los apremiaban, diciendo: Cumplid vuestra tarea diaria como soliais hacer antes cuando se os daba la paja.

14. Y fueron azotados los maestros de obras de los hijos de Israel por los exactores de Faraón, que les decían: ¿Por qué ni ayer ni hoy no dais cumplida la cantidad de ladrillos como antes?

15. Entonces los maestros de obras de los hijos de Israel fueron á clamar á Faraón, diciendo: ¿Por qué razón maltratas así á tus siervos?

16. No se nos dá paja, y se nos exige la misma cantidad de ladrillos; mira que tus siervos somos azotados, y se trata injustamente á tu pueblo.

17. Estais holgando, les respondió Faraón, y esto es lo que os hace decir: Vamos á ofrecer sacrificio al Señor.

18. Andad en hora mala, y trabajad, que no se os ha de dar la paja, y habeis de completar el número acostumbrado de ladrillos.

19. Así es que los maestros de obras de los hijos de Israel se veían en grande angustia á causa de que no querían dis-

minuirles en nada el número de ladrillos, que diariamente tenían que dar.

20. Y al salir de la presencia de Faraón, fueron á encontrar á Moisés y Aarón, los cuales estaban aguardando allí cerca,

21. y dijéronles: Atienda el Señor á esto que nos pasa, y juzgue; pues vosotros nos habeis hecho abominables á los ojos de Faraón y de sus servidores, y habeis puesto en su mano el cuchillo para que nos degüelle.

22. Volvióse Moisés al Señor, y dijo: ¡Ah Señor! ¿Por qué has afligido á este tu pueblo? ¿Á qué fin me has enviado á mí?

23. Pues desde que yo he venido á tratar con Faraón en tu nombre, ha afligido más á tu pueblo, y tu no le has libertado.

*
**

VI. — *Alienta Dios á Moisés, y consuela á los Israelitas, prometiéndoles la tierra de Canaan.*

1. Ahora verás, respondió el Señor á Moisés, lo que voy á hacer con Faraón. Porque obligado del poder de mi brazo dejará salir á los Israelitas, y la robusta mano mía hará que él mismo los echará de su tierra.

2. Y prosiguió el Señor diciendo á Moisés: Yo soy el Señor,

3. que me aparecí á Abraham, á Isaac y á Jacob, como Dios Todopoderoso, aunque no les revelé mi nombre de Adonai.

4. Hize el pacto con ellos de darles la tierra de Canaan, tierra de su peregrinación, donde estuvieron como extranjeros.

5. Yo he oido los gemidos de los hijos de Israel por la opresión que sufren de parte de los Egipcios; y he tenido presente el pacto mío con ellos.

6. Por tanto, díles de mi parte á los hijos de Israel: Yo soy el Señor, que os sacaré del yugo de los Egipcios, que os libraré de la esclavitud; y os rescataré, descargando mi brazo levantado terribles golpes contra ellos.

7. Yo os adoptaré por pueblo mío, y seré vuestro Dios, y conocereis que yo soy el Señor Dios vuestro, que os habré sacado del yugo de los Egipcios,

8. é introducido en la tierra que tengo jurado dar á Abraham, á Isaac y á Jacob; porque á vosotros os daré la posesión de ella. Yo soy el Señor.

9. Refirió, pues, Moisés todas estas cosas á los hijos de Israel, los cuales no le dieron crédito, angustiados como estaban en extremo, y agobiados con el peso de las faenas.

10. Y habló el Señor á Moisés, diciendo:

11. Entra luego á Faraón, rey de Egipto é intímale que deje salir de su tierra á los hijos de Israel.

12. Respondió Moisés al Señor: Ves que los hijos de Israel no me escuchan: pues ¿cómo me ha de escuchar Faraón, mayormente siendo yo tartamudo?

13. Mas el Señor habló á Moisés y á Aarón, y dióles orden de ir á encontrar á los hijos de Israel, y á Faraón, rey de Egipto, á fin de sacar de la tierra de Egipto á los hijos de Israel.

.

*
**

De los capítulos siguientes solo ponemos los títulos para no romper el contexto.

VII—*Moisés y Aarón se presentan á Faraón. Prodigios de la vara de Moisés en culebra. Primera plaga: el agua del Nilo convertida en Sangre. Los hechiceros de Faraon hacen lo mismo, y el rey permanece en su incredulidad.*

VIII—*Segunda plaga; las ranas inundan toda la tierra de Egipto. Tercera plaga de mosquitos. Cuarta de moscas muy nocivas. Varias promesas de Faraón quien de cada día se endurece más.*

IX—*Quinta plaga: peste sobre todos los ganados y animales domésticos. Sexta; úlceras y tumores. Séptima: truenos, rayos y espantoso granizo, que destruyó todo lo que halló vivo en el campo, y los sembrados y heredades. Nada de esto tocó á los hebreos. Faraón promete dejarlos salir al desierto; pero falta á su palabra, y nuevamente se endurece.*

X—*Octava plaga: langosta. Nona: tinieblas horribles y palpables. En vista de esta última plaga permite Faraón que salgan los Hebreos, pero instando Moisés, que había de ser con todos sus ganados y bestias, se niega á ello el Rey, y le manda que no comparezca mas en su presencia, so pena de muerte.*

*
* *

XI—*Manda Dios á Moisés que despojen á los Egipcios. Se anuncia y describe la muerte de los primogénitos, que fué la décima y última plaga con que Dios los castigó.*

1. Había antes el Señor dicho á Moisés: Todavía heriré á Faraón y al Egipto con una plaga, y despues os despedirá y os estrechará á que salgais.

2. Dirás, pues, á todo el pueblo que cada uno pida á su amigo, y cada mujer á su vecina alhajas de plata y de oro.

3. Y el Señor hará que su pueblo encuentre buena disposición en los Egipcios. Y tambien la persona de Moisés gozaba de grandísimo concepto en todo el país de Egipto, así entre los criados, ó grandes de Faraón, como en todo el pueblo.

4. Moisés le dijo tambien á Faraón: Esto dice el Señor: á la media noche saldré á recorrer el Egipto:

5. Y morirán todos los primogénitos en la tierra de los Egipcios, desde el primogénito de Faraón, sucesor del trono, hasta el primogénito de la esclava, que hace rodar la muela en el molino, y todos los primogénitos de las bestias.

6. Y se oirá un clamor grande en todo el Egipto, cual nunca hubo, ni habrá jamás.

7. Pero entre todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, no chistará siquiera un perro; para que conozcais cuan milagrosa distinción hace el Señor entre Egipcios é Israelitas.

8. Y todos esos servidores tuyos vendrán á mí, y postrados en mi presencia me suplicarán, diciendo: Sal tú, y todo el pueblo que está á tus órdenes. Y despues de esto, saldremos.

9. É irritado Moisés en extremo, se apartó de Faraón. Entonces dijo el Señor á Moisés: Ni aún ahora ha de escucharos Faraón, á fin de que se multipliquen los prodigios en la tierra de Egipto.

10. Todos estos portentos, (1) que quedan escritos en este libro, obraron Moisés y Aarón delante de Faraón. Mas el Señor endureció el corazón de Faraón, quien no dejó salir de su tierra á los hijos de Israel.

*
* *

XII—*Ceremonia con que los Hebreos han de comer el corde-ro pascual. Muerte de todos los primogénitos de los Egipcios, quedando sin lesión los de los Hebreos. Faraón y los suyos les obligan á que salgan cuanto antes de sus términos. Se llevan los despojos y riquezas de los Egipcios.*

(1) Los Hebreos creen que estas diez plagas duraron un año entero, pero esta opinión no se puede conciliar con los años y cronología de la vida de Moisés. Por lo que es mas verosímil, y mas bien fundado el parecer de los que sienten, que solo duraron el espacio de un mes poco mas ó menos; esto es, desde mediados del mes *Adar*, que comprende la luna de Febrero, hasta mediado; del mes de *Nisán*, que del mismo modo corresponde á la de Marzo. Del cap. XII consta que los Hebreos salieron de Egipto en el mes de *Nisán*, que es en el que comenzaba para ellos el año sagrado.

1. Dijo (1) también el Señor á Moisés y á Aaron en la tierra de Egipto.

2. Este mes (2) ha de ser para vosotros el principio de los meses. Será el primero entre los meses del año. (3).

3. Hablad á toda la congregación de los hijos de Israel, y decidles: El día diez de este mes tome cada cual un cordero por cada familia, y por cada casa.

4. Que si en alguna no fuese tanto el número de los individuos, que baste para comer el cordero, tomará de su vecino inmediato á su casa aquel número de personas que necesite para comerlo.

5. El cordero ha de ser sin defecto, macho, y primal, ó del año; podreis, guardando el mismo rito, tomar, ó substituir por él, un cabrito.

6. Reservaréislo hasta el día catorce de este mes; en el cual, por la tarde le inmolará toda la multitud de los hijos de Israel.

7. Y tomarán de su sangre, y rociarán con ella los dos postes, y el dintel de las casas en que le comerán.

8. Las carnes las comerán aquella noche, asadas al fuego, y panes ázimos, (4) ó sin levadura, con lechugas silvestres.

9. Nada de él comereis crudo, (5) ni cocido (6) en agua, sino solamente asado al fuego: comereis también la cabeza con sus pies ó intestinos.

[1] Esto fné algunos días antes de la salida de Egipto, como que eran necesarios para promulgar y prevenir lo que aquí se ordena acerca del cordero pascual, y para que todos los Hebreos se juntaran en la tierra de Gesen.

[2] En que saldreis. Antes de esto el principio de los meses era el de Tisri, que cae en el equinoccio del otoño. El mes de que se habla aquí, es el que los judíos llaman Nisán ó Abib, que comienza con la luna de Marzo.

[3] Los Hebreos comenzaban el año civil en otoño y el año sagrado segun arrogaban las fiestas, en la Primavera, en el mes correspondiente parte á Marzo y parte á Abril, en cuyo tiempo salieron de Egipto.

[4] Estos se hicieron sin levadura, porque no hubo tiempo para esperar que fermentase la masa; y porque así eran mas desabridos y de menos alimento. Por esta razón se llaman panes de aflicción en el *Deut.* xvi. 3. Estos se comenzaban á comer con el cordero pascual, y así se continuaba por espacio de siete días hasta ponerse el sol en el día séptimo de la solemnidad, ó hasta el veinte y uno del mes de Nisán.

(5) Porque los gentiles y bárbaros acostumbraban comer cr das las carnes.

(6) Para esto necesitaban de mas tiempo, y ellos no debían perderlo, sino darse prisa, y estar prontos para la marcha.

10. No quedará nada de él para la mañana siguiente; si sobrase alguna cosa la quemareis al fuego.

11. Y le comereis de esta manera: tendreis ceñidos vuestros lomos, y puesto el calzado en los pies, (1) y un báculo en la mano, y comereis aprisa por ser la Fase (esto es, el Paso) del Señor.

12. Porque yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto y heriré de muerte á todo primogénito en dicha tierra, sin perdonar á hombre ni á bestia; y de los dioses todos de Egipto tomaré yo venganza, yo el Señor.

13. La sangre os servirá como señal en las casas donde estuviereis; pues yo veré la sangre y pasaré de largo, sin que os toque la plaga exterminadora, cuando yo herirè con ella la tierra de Egipto.

14. Tendreis á este día por memorable, y le celebrareis como fiesta solemne al Señor con perpétuo culto, de generación en generación.

15. Por siete días comereis pan sin levadura; desde el primer día no habrá levadura en vuestras casas; todo el que comiere pan con levadura, desde el primer día hasta el séptimo, aquella alma será separada de Israel.

16. El primer día será santo y solemne, y el día séptimo será venerado con igual solemnidad; ninguna obra servil hareis en ellos, excepto las que pertenezcan á la comida.

17. Guardareis, pues, la fiesta de los ázimos (2) porque aquel mismo dia sacaré de la tierra de Egipto á vuestro ejército ó pueblo; dia que habreis de celebrar de generación en generación con un culto perpétuo.

18. El dia catorce del primer mes, despues de la tarde, comeréis los ázimos, hasta el dia veinte y uno del mismo mes por la tarde.

(1) El pueblo en Egipto no usaba calzado, particularmente dentro de las casas; pero cuando salía fuera, ó en algún viaje, por lo común gastaban sandalias.

(2) Los dias en que no se come pan con levadura, que se llamaban ázimos, ó fiesta de los ázimos.

19. Durante siete días no se hallará levadura (1) en vuestras casas. Quien comiere pan con levadura, ora sea extranjero, ora sea natural del país, (2) será borrada su alma del censo de Israel.

20. Nada habeis de comer con levadura; usaréis de pan ázimo en todas vuestras casas.

21. En seguida convocó Moisés á todos los ancianos de Israel, y les dijo: Id á buscar la res para cada una de vuestras familias, é inmolad la Pascua.

22. Y mojad un manojito de hisopo en la sangre vertida en el umbral de la puerta, y rociad con ella el dintel y ambos postes; ninguno de vosotros salga fuera de la puerta de su casa hasta la mañana.

23. Porque ha de pasar el Señor hiriendo de muerte á los Egipcios, y al ver la sangre en el dintel, y en los dos postes, pasará de largo la puerta de aquella casa; ni permitirá al Angel exterminador entrar en vuestras casas, ni haceros daño.

24. Observa, oh Israel este mandato; que ha de ser como una ley, inviolable para tí, y para tus hijos perpetuamente.

25. Así, pues, luego que entráreis en la tierra que os ha de dar el Señor, como lo tiene prometido, observareis estas mismas ceremonias;

26. y cuando vuestros hijos os preguntaren: ¿Qué significa este rito?

27. les responderéis: Esta es la víctima del Paso del Señor; cuando pasó de largo las casas de los hijos de Israel en Egipto, hiriendo de muerte á los Egipcios, y dejando salvas nuestras casas. Al oír esto se postraron todos y adoraron al Señor.

[1] Son tan supersticiosos en esto los judíos, aun el día de hoy, que el padre de familia en la noche que precede á la vigilia de la pascua, despues de hacer oracion enciende una vela de cera y registra por toda la casa y por todos los aposentos, alacenas y arcos de ella, si por casualidad se encuentra en alguna parte pan con levadura.

[2] Todos los circuncidados estaban sujetos á esta ley, esclavos, libres, extranjeros ó naturales. Por extranjeros entiende Moisés, los que no siendo Hebreos de origen habian abrazado su religion y vivian entre ellos, á los que llamaban prosélitos de justicia. Los prosélitos de domicilio prometian solemnemente á presencia de testigos el guardar los mandamientos de Dios intimados á Adam y á Noé. Y con estos podian habitar los Hebreos.

28. Y habiendo salido los hijos de Israel, hicieron como el Señor había mandado á Moisés y á Aarón.

29. Mas he aquí que á la media noche el Señor hirió de muerte á todos los primogénitos en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que le sucedía en el trono, hasta el primogénito de la esclava que estaba en cadena, y á todo primer nacido de las bestias.

30. Con lo que se levantó Faraón de noche y todos sus servidores y el Egipto todo; y fueron grandes los alaridos en Egipto; porque no había casa en donde no hubiese algún muerto.

31. Y llamando Faraón en aquella misma noche á Moisés y á Aarón, les dijo: Marchad y retiraos prontamente de mi pueblo, así vosotros como los hijos de Israel. Id y ofreced sacrificios al Señor como decís.

32. Llevaos vuestras ovejas y ganados mayores, conforme lo habeis pedido, y al partiros rogad por mí.

33. Al mismo tiempo los Egipcios estrechaban al pueblo para que saliese prontamente del país, diciendo: si no marchais, perecerémos todos.

34. El pueblo, pues, tomó la harina (1) amasada, antes que se le pusiese levadura, y envuelta en los mantos ó capas, se la echó á cuestras.

35. Asimismo los hijos de Israel, haciendo lo que Moisés había ordenado, pidieron á los Egipcios alhajas de oro y plata, y muchísima ropa.

36. Y el Señor dió al pueblo gracia en los ojos de los Egipcios, para que les prestasen lo que pedían; y de esta manera despojaron (2) á los Egipcios.

(1) Se ve que tenían designio de cocer pan y llevarlo para el camino; pero la prisa que los dieron para que se fuesen cuanto antes, no les dió lugar á ello, y así tuvieron que cargar con la harina amasada.

(2) Dios, que es dueño de los bienes de todos los hombres, y que los reparte como y cuando quiere, y los quita á los unos para darlos á los otros, trasladó á los Hebreos el dominio que tenían los Egipcios sobre los muebles y alhajas que les prestaron. De esto modo quiso recompensarlos en parte de las injusticias que les habian hecho, de la crueldad con que les habian tratado, de la opresion y esclavitud en que injustamente los habian tenido, y de las justas y debidas adquisiciones y ganancias de que los habian defraudado.

37. Partieron, en fin, los hijos de Israel de Rameses (1) á Socot, (2) en número de unos seiscientos mil hombres (3) de á pié, sin contar los niños.

38. También salió agregada á ellos una turba inmensa de gente de toda clase; (4) ovejas, y ganados mayores, y todo género de animales en grandísimo número.

39. Y cocieron la harina que acababan de transportar amasada de Egipto, é hicieron ázimos cocidos al rescoldo, porque no habían podido echarles levadura, por la prisa que les metían los egipcios para que saliesen, no permitiéndoles ninguna dilación; ni habían podido pensar en disponer comida alguna para el viaje.

40. El tiempo que moraron en Egipto y antes en Canaan, los hijos de Israel, fué de cuatrocientos y treinta años.

41. Cumplidos los cuales, salió en un mismo día de la tierra de Egipto todo el ejército del Señor.

42. Digna es de ser consagrada al Señor esta noche, en que sacó á los hijos de Israel de la tierra de Egipto y deben celebrarla en adelante perpetuamente.

43. Sobre lo cual dijo el Señor á Moisés y á Aarón: Este ha de ser el rito de la pascua ó cordero pascual. Ningún extranjero comera de ella.

44. Pero todo esclavo comprado será circuncidado y entonces comerá.

45. El advenedizo y jornalero no comerán de ella.

(1) Esta sin duda era la capital de la tierra de Gesen á los confines de Egipto, á donde tendrían orden de acudir todos para ponerse en camino desde allí.

(2) Esta palabra significa tiendas ó pabellones, y lo mismo la griega que le corresponde; porque aquí sentaron sus pabellones los israelitas.

(3) Todos hombres de guerra y de 20 años arriba. En este número no entraban los levitas, las mujeres, ni los niños. Por lo que contándose en cada familia, de cinco uno capaz de manejar las armas, y agregándose á estos una multitud innumerable de toda suerte de gentes, no parecerá exagerado el cálculo de los que hacen subir á mas de tres millones de almas el pueblo que salió de Egipto. Y lo mas admirable es, que en todo este crecido número de gentes no había ni uno solo que estuviese enfermo, ó que no pudiera seguir á los demás: *Y no había en sus tribus enfermo.* [Salm. civ. 37]. Pero el Señor, multiplicando mas y más sus maravillas sobre su pueblo, los sostuvo y fortificó á todos con aquel mismo poder con que les guió despues cuarenta años por el desierto, sin que sus vestidos ni zapatos envejeciesen en tan largo espacio de tiempo. Deut. XXIX, 5.

(4) Estos eran los esclavos de los hebreos, ó prosélitos de los egipcios y de otras naciones, que habían abrazado la religion de los judios. Num. XI, 4.

46. El cordero se comerá dentro de la casa, ni sacareis á fuera nada de su carne, ni le quebraréis algún hueso.

47. Todo el pueblo de los hijos de Israel celebrará la pascua.

48. Que si alguno de los extranjeros quisiese convertirse á vuestra religion y celebrar la pascua del Señor, serán primero circuncidados todos los varones de su casa; y entonces la podrá celebrar legitimamente, y será como natural del país; pero quien no fuere circuncidado, no comerá de la pascua.

49. Una misma ley ó rito guardará el nacional y el extranjero que mora entre vosotros.

50. Asi lo hicieron todos los hijos de Israel, como el Señor lo tenia mandado á Moisés y á Aarón.

51. Y en el mismo día sacó el Señor de la tierra de Egipto á los hijos de Israel, repartidos en diversos escuadrones ó bandas.

*
**

XIII—*Ordena Dios que para memoria de la muerte de los primogénitos de Egipto, le sean ofrecidos y consagrados los de los judios. Los conduce el Señor, no por la tierra de los Filisteos, sino por el camino del desierto. Llevan consigo los huesos de José; y les sirve de guia para el camino una columna de nube y fuego.*

1. Habló despues el Señor á Moisés, diciendo:

2. Conságrame todo primogénito que abre el vientre de su madre, entre los hijos de Israel, tanto de hombres, como de animales; porque míos son todos.

3. Acordaos, dijo Moisés al pueblo, acordaos de este dia en que habeis salido de Egipto y de la casa de vuestra esclavitud; como el Señor os ha sacado con mano fuerte de este

lugar; por cuya razón no comeréis en semejante día pan con levadura.

4. Salis hoy en el mes de las nuevas mieses ó de la primavera.

5. Cuando el Señor, pues, te hubiera introducido, oh Israel, en la tierra de Canaan; que prometió con juramento á tus padres que te daría á ti, tierra que mana leche y miel, tu celebrarás este rito sagrado en dicho mes.

6. Por espacio de siete días comerás ázimos, y el día séptimo será también día solemne del Señor.

7. Comerás ázimos, dijo, por siete días: ni parecerá en tu casa, ni en todos tus términos cosa alguna con levadura.

8. Y en aquel día contarás el suceso á tu hijo, diciendo: Esto y esto hizo por mí el Señor, cuando salí de Egipto.

9. Y será como una señal en tu mano, y como un recuerdo delante de tus ojos, á fin de que la ley del Señor esté siempre en tu boca; por cuanto con brazo fuerte te sacó de Egipto el Señor.

10. Observarás este rito todos los años al tiempo señalado.

11. Y cuando el Señor te habrá introducido en la tierra del Cananeo, como lo tiene jurado á ti y á tus padres, y te habrá dado la posesión de ella,

12. Separarás para el Señor todos los primogénitos, y todos los primerizos de tus ganados, todo lo que tuvieres de sexo masculino lo consagrarás al Señor.

13. Al primer nacido ó primerizo de asno le cambiarás por una oveja; caso que no le rescatares, le matarás. Pero á todos tus hijos primogénitos los rescatarás con dinero.

14. Y cuando tu hijo te preguntare el día de mañana; ¿Qué significa esto? le responderás; El Señor nos sacó con brazo fuerte de la tierra de Egipto; de la casa de la esclavitud.

15. Porque como Faraón se hubiese obstinado en no querer

dejarnos salir, mató el Señor á todos los primogénitos en tierra de Egipto, tanto de hombres como de bestias; por esta razón sacrifico yo al Señor todo primerizo que es del sexo masculino, y rescato todos los primogénitos de mis hijos. (1)

16. Lo que has de tener como una señal impresa en tu mano, y como un recuerdo pendiente ante tus ojos, y que te advierte habernos el Señor sacado de Egipto con brazo fuerte.

17. Habiendo, pues, Faraón despedido al pueblo de Israel, no guió Dios á este por el camino del país de los Filisteos; aunque era el más corto; considerando que tal vez se arrepentiría (2) al ver que le movían guerras, y se volvería á Egipto.

18. Sino que los condujo rodeando por el camino del Desierto, que está cerca del Mar Rojo; y los hijos de Israel salieron de la tierra de Egipto armados. (3)

19. Moisés llevó también consigo los huesos de José; el cual lo había hecho prometer con juramento á los hijos de Israel, al decirles: Dios os visitará. Llevaos de aquí mis huesos con vosotros.

20. Ellos, habiendo partido de Socot, acamparon en Etham, (4) que está en la extremidad del desierto.

21. E iba el Señor delante para mostrarles el camino; de

(1) En memoria y agradecimiento de que el Señor salvó á los primogénitos de Israel, en la mortandad de todos los de los Egipcios.

(2) En el capítulo XVII se lee, que caminando los israelitas por el desierto, tuvieron que pelear con Amalec, lo que parece contrario á lo que se dice en este versículo; pero no lo es, porque aquella guerra se acabó en un solo choque, y no tanto se debió al brazo ó industria de los Hebreos, como al socorro visible del Señor, que peleó por ellos. Fuera de que esto aconteció cuando ya se habían internado mucho en el desierto, de donde con dificultad podían volver á Egipto. Pero si hubieran pasado por la tierra de los Filisteos, hubieran sido continuas sus batallas y encuentros, por ser aquella nación muy belicosa.

(3) Los judíos más distinguidos tenían ya armas en su casa de antemano; los demás las pidieron prestadas á los egipcios antes de salir, con el pretexto de defenderse de las fieras del desierto, ó de los enemigos que pudiesen encontrar.

(4) En los *Números* XXXIII, 6, parece insinuarse, que Etham estaba á la estremidad ó entrada del desierto hacia la Arabia. Y así era sin duda la última ciudad de Egipto; y el desierto que comienza á la extremidad del Mar Rojo, tomaba el nombre de esta ciudad. Los árabes según el testimonio de *Plinio* llamaban Eant á aquel golfo del Mar Rojo, que los griegos llaman Heroopolítico, en cuya ribera está la ciudad de los héroes. Por lo que parece que Eant era la misma que después se nombró Etham.

dia en una columna de nube, (1) y por la noche en una columna de fuego; sirviéndoles de guía en el viaje día y noche.

22. Nunca faltó la columna de nube durante el día; ni la columna de fuego por la noche delante el pueblo.

*
* *

XIV.—*Faraón persigue á los israelitas. Comienzan estas sus murmuraciones contra Moisés. El Angel se pone en la columna de nube entre los Hebreos y los Egipcios. Moisés divide con su vara las aguas del Mar Rojo, que pasan los hebreos á pié enjuto. Faraón con todo su ejército queda en medio de las aguas.*

1. Y habló el Señor á Moisés, diciendo:

2. Da orden á los hijos de Israel que vuelvan (2) á su camino, y acampen frente de Fihahiroth, (2) que está entre Mágdalo y el mar, delante de Beelsefon; á la vista de este lugar sentareis el campamento junto al mar.

3. Porque Faraón va á decir de los hijos de Israel: Están estrechados del terreno, (4) y cerrados de los montes del desierto.

4. Y yo endureceré su corazón, y os perseguiré; con lo que

(1) Esta era una sola, que los servía de guía en aquellos vastos y arenosos desiertos, donde no había rastro de camino. De día los cubría y defendía de los ardores del sol, y de noche revistiéndose de claridad y de luz, los alumbraba en medio de las tinieblas, y les servía al mismo tiempo para que se precavieran de cualquier asalto ó emboscada de enemigos. Esta no los dejó los cuarenta años que estuvieron errando por el desierto, hasta que llegaron al vado del Jordan, para pasarlo y entrar en la tierra de promisión. En el mismo paso se les mandó que no tuvieren ya la columna por guía del camino, sino el arca, que llevaban sobre sus hombros los sacerdotes. *San Agustín.*

(2) La palabra *volver* ha engañado á muchos intérpretes, creyendo que Dios mandó á los israelitas volver el camino hacia otro lado; pero es un mero hebraísmo, que corresponde á *otra vez, ó de nuevo*. Por tanto el sentido del mandamiento de Dios es: Después de los dos campamentos en Sooth y Etham, partireis de nuevo, y caminaréis hacia Fihahiroth, para poner allí el tercer campamento. Claudio Sicardio, que anduvo y midió el mismo camino que llevaron los israelitas, y aun en el mismo mes de Marzo, dice: «Habiendo salido al amanecer de Ral-roth, haciendo siempre las jornadas de ocho á nueve horas, y á la vuelta anduvimos las mismas.»

(3) *Fihahiroth*, significa *entrada ó boca de los estrechos*, porque este lugar estaba encerrado entre dos montes sobre la ri era de la mar. *Magdala*, ó *Magdala* quiere decir *torre*. Estos términos unas veces se hallan solos, y otras juntos con un nombre propio.

(4) Y de allí no pueden escapar: porque están cerrados de los montes del desierto y e mar, que no les dejarán dar un paso.

seré glorificado en Faraón, y en todo su ejército, y conocerán los Egipcios que yo soy el Señor. Ellos lo hicieron así. (1)

5. Entretanto avisaron (2) al rey de los Egipcios, que el pueblo iba huyendo; y trocóse el corazón de Faraón y de sus servidores en orden al pueblo y dijeron: ¿En qué pensábamos (3) al soltar á Israel para que dejase de servirnos?

6. Hizo, pues, uncir los caballos á su carroza, y tomó consigo á todo su pueblo. (4)

7. Y llevó seiscientos carros de guerra escogidos, y todos cuantos había en Egipto, y los capitanes de todo el ejército

8. Y el Señor abandonó el corazón del Rey de Egipto á la obstinación; el cual fué al alcance de los hijos de Israel; pero estos habian salido amparados de una mano todopoderosa.

9. Siguiendo, pues, las huellas los Egipcios, halláronlos acampados junto al mar. Toda la caballería y carros de Faraón; y el ejército entero, estaban ya en Fihahiroth, enfrente de Beelsefón.

10. Y así que Faraón se hubo acercado, alzando los hijos de Israel sus ojos, vieron en pos de sí á los Egipcios, con lo que se amedrentaron sobremanera.

11. Y clamaron al Señor, y dijeron á Moisés: ¿Acaso faltaban sepulturas en Egipto para que nos hayas traído á que muriésemos en el Desierto? Qué designio ha sido el tuyo en sacarnos de Egipto?

12. ¿No te decíamos aun estando en Egipto; Déjanos que sirvamos á los egipcios? Porque mucho mejor nos era servirlos á ellos, que morir en el desierto.

13. Moisés empero respondió al pueblo: No temáis, estad

(1) Los Israelitas. Esto es, volvieron del camino real y se acamparon como el Señor les ordenado.

(2) Los espías que sin duda habrian ido de orden de Faraón, viendo que los israelitas debían el camino derecho de Horob y Sinai, y tomaban el que conducía hacia el Mar Rojo, comprendieron que se querían ir para siempre y volvieron á dar aviso de ello á Faraón.

(3) Como si dijeran: ¿En qué pensábamos cuando dejamos salir á los Hebreos, y que de esta manera quedasen libres de la servidumbre en que estaban, y nosotros privados del fruto de sus tareas?

(4) Josefo cuenta doscientos mil hombres de á pié, y cincuenta mil de á caballo. El profeta Ezequiel citado por Eusebio, cuenta un ejército que llegaba á un millon de soldados.

firmes, y veréis los prodigios que ha de obrar hoy el Señor; pues esos egipcios que ahora estáis viendo, ya nunca jamás los volveréis á ver.

14. El Señor peleará por vosotros, y vosotros os estaréis quedos.

15. Y dijo el Señor á Moisés: ¿Porqué clamas á mi? Di á los hijos de Israel que marchen.

16. Y tú levanta tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídele, para que los hijos de Israel caminen por en medio de él á pié enjuto.

17. Yo entretanto endureceré (1) el corazón de los egipcios para que vayan en persecución vuestra; y seré glorificado en el exterminio de Faraón y de todo su ejército y de sus carros y caballería.

18. Entonces conocerán los egipcios que Yo soy el Señor, cuando habré hecho servir para mi gloria á Faraón, y á sus carros y á su caballería.

19. En esto, alzándose el Angel de Dios, (2) que iba delante del ejército de los Israelitas, se colocó detrás de ellos: y con él juntamente la columna de nube, la cual dejada la delantera,

20. se situó á la espalda, entre el campo de los Egipcios y el de Israel; y la nube era tenebrosa por la parte que miraba á aquellos, al paso que para Israel hacía clara la noche; de tal manera que no pudieron acercarse los unos á los otros durante todo el tiempo de la noche.

21. Extendiendo, pues, Moisés la mano sobre el mar, abrióle el Señor por en medio, y soplando toda la noche un viento

(1) Les quitaré todo temor, y así sin recelo se entrarán por medio del mar persiguiendolos, El Señor cegó y endureció su corazón, poniendolos á la vista los israelitas que pasaban el mar á pié enjuto.

(2) Este Angel, que se ocultaba en la nube, que conducía á los hebreos, y que iba al frente de sus escuadrones, se puso entre el campo de los egipcios y el de los hebreos, llevando consigo la nube, que hacia mover de sitio, como le parecía. La tendió pues, entre los campos, haciendo que la parte que caía hácia los egipcios apareciese oscura, tenebrosa, y como que amenazaba una furiosa tempestad; y que la que miraba á los hebreos se dejase ver llena de claridad y de luz, con lo que pudiesen continuar su marcha y adelantarse aquella misma noche, sin que los enemigos de ningun modo los pudieran ver, ó acercarse á ellos.

recio y abrasador, (1) le dejó en seco, y las aguas quedaron divididas.

22. Con lo que los hijos de Israel entraron por medio del mar en seco, teniendo las aguas como por muro á derecha é izquierda.

23. Los Egipcios siguiendo al alcance, entraron en medio del mar tras ellos, con toda la caballería de Faraón, sus carros y gente de á caballo.

24. Estaba ya para romper el alba, (2) y he aquí que el Señor echando una mirada desde la columna de fuego y de nube sobre los escuadrones de los Egipcios, hizo perecer su ejército,

25. y trastornó las ruedas de los carros, los cuales caían precipitados al profundo del mar. Por lo que dijeron los Egipcios: Huyamos de Israel, pues el Señor pelea por él contra nosotros.

26. Entonces dijo el Señor á Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, para que se reunan las aguas sobre los Egipcios, sobre sus carros y caballos.

27. Luego que Moisés extendió la mano sobre el mar, se volvió este á su sitio al rayar el alba; y huyendo los Egipcios, las aguas los sobrecogieron, y el Señor los envolvió en medio de las olas.

28. Así las aguas vueltas á su curso, sumergieron los carros, y la caballería de todo el ejército de Faraón, que había entrado en el mar en seguimiento de Israel; ni uno siquiera se salvó. (3)

(1) Los LXX, con un viento ábrego muy recio. El Hebreo, con viento solano fuerte, y propio para secar el fondo de la mar, para que los Israelitas pudieran pasar á pié enjuto. El Señor por ministerio de su Angel dividió las aguas, y enviando despues este viento fuerte y ardiente, hizo que secara todo aquel espacio que ellas habían dejado vacío.

(2) La cuarta y última vigilia. Los hebreos, como los romanos, dividían la noche en cuatro partes que llamaban vigiliás. La cuarta ó la última vigilia acababa al fin de la noche y al principio del día.

(3) El recuerdo del paso del mar Rojo, como el de todos los pasages de la historia sagrada ha quedado en la memoria de todos los pueblos antiguos. Los árabes han dado á un valle que desemboca en el Mar formando una pequeña bahía el nombre de *Tiáh-beni-Israel*, que significa camino de los hijos de Israel, y le llaman así en memoria del prodigio. Diodoro dice que entre los Ichthyophages, ribereños de este mar, había la memoria de haber ocurrido un gran reflujo, que quedó el golfo en seco, y que violentamente el mar recobró su lecho perdido. Justino, despues de resumir la historia de Moisés dice, que los hebreos, echados de Egipto robaron todas las alhajas á los egipcios, los cuales pretendiendo recobrarlas por las armas, se vieron obligados á dejarlos á causa de una tempestad. A estos testimonios de Artapan, citado por Eusebio, han de agregarse los de los sacerdotes egipcios de Memfis y de Nierópolis.

29: Mas los hijos de Israel marcharon por medio del mar enjuto, teniendo las aguas por muro á derecha é izquierda.

30. De esta suerte libró el Señor á Israel en aquel día de mano de los Egipcios.

31. Y vieron en la orilla del mar los cadáveres de los Egipcios, y cómo el Señor había descargado contra ellos su poderosa mano. Con esto temió el pueblo al Señor y á su siervo Moisés.

*
* *

XV—*Cántico de acción de gracias despues de haber pasado el mar. Llegan los Israelitas á Marah. Moisés convierte en dulces las aguas amargas. Pasan de allí á Elim donde había doce fuentes y setenta palmas.*

1. Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este himno (1) al Señor; diciendo: Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar al caballo y al caballero.

2. El Señor es la fortaleza mia, y el objeto de mis alabanzas, porque él ha sido mi Salvador; Este es mi Dios, y yo publicaré su gloria; el Dios de mis padres, á quien he de enzalzar.

3. El Señor se ha aparecido como un valiente campeón; es su nombre el Omnipotente.

4. A los carros de Faraón y á su ejército los ha precipitado al mar; sus mejores capitanes han sido sumergidos en el Mar Rojo.

5. Sepultados quedan en los abismos; hundiéndose como una piedra hasta lo más profundo.

(1) Filón *lib. I. de vita Moisis*, escribe, que los Israelitas, luego que vieron el total exterminio de sus enemigos, formaron dos coros, uno de hombres, y otro de mujeres; y cantaron al Señor himnos eucarísticos ó de acción de gracias, comenzando Moisés entre los hombres, y María hermana de Aarón entre las mujeres. Pero del v. 20 parece inferirse, que las mujeres cantaron su himno en coro separado, y retiradas de los hombres.

6. Tu diestra, ¡oh Señor! ha demostrado su soberana fortaleza; Tu diestra, ¡oh Señor! es la que ha herido al enemigo de tu pueblo.

7. Y con la grandeza de tu gloria y poderio has derribado á tus adversarios. Enviaste los instrumentos de tu cólera la cual los ha devorado como el fuego á una paja.

8. Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas, paróse la ola que iba corriendo; cuajáronse en medio del mar los abismos de las aguas.

9. Iré tras ellos, había dicho el enemigo, y los alcanzaré; partiré los despojos y se hartará mi alma; desenvainaré mi espada, y los mataré mi mano.

10. Sopló tu espíritu ¡oh Señor! y el mar los anegó; hundiéndose como plomo en aguas impetuosas.

11. ¿Quién hay entre los fuertes á ti semejante, oh Señor? ¿Señor quien hay semejante á tí, tan grande en santidad; terrible y digno de alabanza, y obrador de prodigios?

12. Extendiste tú la mano, y la tierra los tragó.

13. Por tu misericordia te has hecho el caudillo (1) del pueblo que redimiste, y le has conducido á fuerza de tu poder á tu santa morada.

14. Se levantaron (2) los pueblos, y montaron en cólera; quedaron penetrados de grande ira y dolor los habitantes de la Palestina.

15. Conturbáronse los príncipes de Edom; (3) los valientes de Moab se estremecieron, y quedaron yertos los moradores todos de Canaan:

(1) Todo lo que se sigue es una profecía de lo que Dios había de hacer con su pueblo. Se pone el pretérito por el futuro, según el estilo profético, porque la seguridad de estos sucesos se debía contar, como si ya hubieran pasado. Por un efecto de tu pura misericordia, y á costa de muchas y portentosas obras de tu poder, conducirás y llevarás á tu pueblo, que sacaste de la opresión de los Egipcios, á la tierra de Canaan, tierra santa de tu morada; porque en ella vivieron nuestros padres: porque en ella establecerás tu pueblo, tu templo, tu culto, tu sacerdocio; y porque al fin de los tiempos será santificada y consagrada por el nacimiento, por la predicación, por la muerte y por la resurrección del Santo de los Santos.

(2) Se levantarán, y llenarán de furor y de pesar contra tu pueblo los habitantes de la Palestina, cuando oigan tus maravillas.

(3) Los idumeos se turbarán, y se espantarán aun los mas fuertes y robustos de los montañas; en una palabra, quedarán sin aliento todos los habitantes de Canaan. Cuán grande fué este desaliento, lo prueba la historia de Rahab y de los gabaonitas.

16. Caiga de récio sobre ellos el terror y espanto, á vista del gran poder de tu brazo; queden inmóviles (1) como una piedra, en tanto que pasa ¡oh Señor! tu pueblo, hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido.

17. A estos hijos tuyos tú los introducirás, y establecerás ¡oh Señor! sobre el monte (2) de tu herencia, sobre esta firmísima morada tuya, que tú te has fabricado; en Sión ¡oh Señor! santuario tuyo, que han fundado tus manos.

18. El Señor reinará eternamente, y mas allá de todos los siglos.

19. Porque Faraón entró á caballo en el mar, con sus carros, y caballería, y el Señor replegó sobre ellos las aguas del mar; mas los hijos de Israel pasaron por medio de él á pie enjuto.

20. Entonces María, la profetiza, hermana de Aarón, tomó en su mano un pandero, y salieron en pos de ella todas las mujeres con panderos y danzas,

21. cuyos coros guiaba, entonando la primera: Cantemos himnos al Señor, porque ha dado una gloriosa señal de su grandeza; ha precipitado en el mar al caballo y al caballero.

22. En fin, Moisés sacó á los Israelitas del Mar Rojo, y fueron á salir al desierto de Shur, (3) y anduvieron tres días por la soledad, sin hallar agua.

23. Llegaron despues á Marah, (4) y no podían beber las aguas de Marah por ser amargas. Por esto puso nombre apropiado al sitio, llamándole Marah, esto es, Amargura.

24. Aquí murmuró el pueblo contra Moisés diciendo: ¿Qué beberémos?

(1) Así sucedió efectivamente con algunos pueblos, que no osaron moverse ni oponerse al paso de Moisés.

(2) Sobre el monte de Sión, donde será fabricado, que será vuestro santuario y vuestra morada, y en toda la Judea, en donde reinará muchos siglos.

(3) Este sirve de término á la tierra de Canaan por la parte de Egipto, y se extiende hasta el Mar Rojo. Estaba vecino al desierto de Etham; y por esta razón se llama tambien desierto de Etham en los *Números*, XXIII, 8.

(4) Distante unas veinticinco leguas del istmo tan conocido de Suez, y como á la mitad del camino del monte Sinaí.

25. Mas él clamó al Señor; el cual le mostró un madero, y habiéndole echado en las aguas, se endulzaron. (1) Allí dió el Señor al pueblo algunos preceptos y leyes, y allí le probó,

26. y dijo: Si escuchares la voz del Señor Dios tuyo, é hicieres lo que es recto delante de él, y obedecieres sus mandamientos, y observares todos sus preceptos, no descargaré sobre tí plaga ninguna, de las que he descargado sobre el Egipto; porque yo soy el Señor que te doy la salud.

27. De allí pasaron los hijos de Israel á Elim, donde había doce manantiales de agua y setenta palmeras, y acamparon allí junto á las aguas.

* * *

XVI.—*Dios envía á los Israelitas codornices, y hace que les llueva maná en abundancia, con el que los alimenta cuarenta años que estuvieron en el desierto. Les encomienda la observancia del sábado, y les da el método para recoger el maná. Manda que se conserve una porción de él en el Tabernáculo para memoria de la posteridad.*

1. Partió de Elim toda la multitud de los hijos de Israel, y vino (2) á parar en el desierto de Sin, que está entre Elim y el monte Sinaí, el día quince del segundo mes, despues de la salida del país de Egipto.

[1] Esta virtud quizá era natural á aquel leño, como puede inferirse del Eclesiástico, XXXVIII, 5. Pero al mismo tiempo no parece que pudo suceder sin particular milagro del Señor, que una tan corta porción de madero, como la que pudo llevar Moisés, tuviera virtud para hacer dulce en tan poco tiempo tanta cantidad de agua, como era necesaria para tanta gente, y para sus ganados y bestias.

[2] Esta es la octava mansión que hicieron los Israelitas. Moisés omite la séptima, que se refiere en los *Números* XXXIII, 10, entre Elim y Sin, sin duda por no haber acaecido cosa de consideración. Este desierto no debe confundirse con otro situado tambien en la Arabia, mas retirado hácia el Mar Muerto. En este último estaba Cades-Barnea, donde hicieron su trigésimo segundo campamento los Israelitas, y murmuraron contra Moisés por faltarles el agua. Desde aquí fueron enviados los exploradores para reconocer la tierra prometida; y aquí murió María, hermana de Aarón y de Moisés. En cada uno de estos desiertos había una ciudad donde tomaba el nombre.

2. Y murmuró (1) en aquel desierto contra Moisés y Aarón el pueblo de los hijos de Israel:

3. A los cuales dijeron los hijos de Israel: ¡Ojalá hubiésemos muerto á manos del Señor en la tierra de Egipto, cuando estábamos sentados junto á las calderas llenas de carne, y comíamos pan cuanto queríamos! ¿Por qué nos habeis traído á este desierto para matar de hambre á toda la gente?

4. Pero el Señor le dijo á Moisés: Voy á hacer que os llueva pan (2) del cielo; salga el pueblo, y recoja lo que basta para cada día; pues quiero probarle, á ver si se ajusta ó no á mi ley.

5. Mas el día sexto prevengan lo que han de reservar, y así recojan doble (3) de lo que solían recojer cada día.

6. Entonces Moisés y Aarón dijeron á todos los hijos de Israel: esta tarde conoceréis que el Señor es quien os ha sacado de la tierra de Egipto;

7. y mañana vereis brillar el poder del Señor, pues ha oído que os quejais de él. Por lo que hace á nosotros, ¿qué somos para que andeis murmurando contra nosotros?

8. Y añadió Moisés: Esta tarde misma os daré á comer carnes, y á la mañana pan, hasta que no querais más, por cuanto ha oído vuestras quejas con que habeis murmurado contra él. Porque ¿quién somos nosotros? Contra el Señor son, y no contra nosotros vuestras murmuraciones.

9. Dijo tambien Moisés á Aarón: Dí á todo el pueblo de los hijos de Israel: Venid, presentaos al Señor, porque ha oído vuestras murmuraciones.

10. Aun estaba hablando Aarón á toda la muchedumbre de los hijos de Israel, cuando volviendo ellos los ojos hacía el

[1] La causa de esta murmuración parece haber sido, según refiere Josepho, que todo aquel mes se mantuvieron con lo que habian sacado de Egipto, y viendo que esto les comenzaba á faltar se volvieron contra Moisés y Aarón, manifestándoles que estaban arrepentidos de haber salido de Egipto.

[2] Un alimento que les servirá por un excelente y sabroso pan.

[3] Para el viernes y para el sábado; porque en este día ni caía, [v. 25, 26, 17,] ni salían á recogerlo.

desierto, he aquí que la Majestad del Señor se apareció en medio de la nube;

11. desde donde habló el Señor á Moisés, diciendo:

12. He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Díles: Esta tarde comereis carnes, y á la mañana os saciareis de pan; con lo que sabreis que yo soy el Señor Dios vuestro.

13. Llegada, pues, la tarde vinieron tantas codornices, que cubrieron todo el campamento; y por la mañana se halló escarcado tambien un rocío al rededor de él;

14. el cual habiendo cubierto la superficie de la tierra, quedó en el desierto sobre el suelo una cosa menuda, y como machacada en almirez, semejante á la escarcha (1) que cae sobre la tierra.

15. Lo que visto por los hijos de Israel, se dijeron unos á otros: ¿Manhú? que significa: ¿Qué es esto? (2) Porque no sabían que cosa fuese. A los cuales dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer.

16. Ved lo que el mismo Señor ha ordenado: Recoja de ello cada uno cuanto baste para su sustento; así pues, cogereis un gomor, (3) por persona, según el número de almas que habitan en cada tienda.

[1] Se cree que el maná era como aquellos granitos blancos de la escarcha, que caen del cielo cuando hiela; ó á semejanza de los de la azúcar. En los Números, xi, 9, se lee: *Que el rocío caía de noche sobre el campo y juntamente con él el maná.* Luego que el sol salía y tomaba alguna fuerza, se deshacía el rocío, y quedaba el maná sobre la yerba, ó sobre la arena, para que lo pudieran recoger comodamente. Y por último cuando el sol calentaba más, se derretía enteramente el maná que habia sobrado, [v. 21]. Este parece que es el sentido de la Vulgata, explicado por el texto original, y por la versión de los setenta, que dice así: *Llegó la mañana cesando el rocío al contorno del campamento.* De donde se vé que era necesario recogerlo antes que subiera el sol.

[2] Los hebreos sorprendidos y llenos de admiración al ver el campo cubierto de aquellos granillos blancos, dijeron: *¿Qué es esto?* Y esta casualidad hizo que despues quedara este nombre como propio y característico suyo.

No se debe confundir este milagroso maná, ni en su sabor ni en su virtud con el que cae en la Arabia en ciertas estaciones del año, ni con el que se recoge de varios árboles en la misma Arabia, en Africa, en Polonia, en la Calabria y en otras muchas regiones. El maná ordinario no cae, ni se recoge, sino en ciertas estaciones del año; el del desierto caía y se recogía todos los días á excepeón de los sábados. El ordinario cae en pequeña cantidad; el del desierto en tanta abundancia, que era sufficientísimo para alimentar á aquella prodigiosa multitud de gente que seguía á Moisés. El ordinario se conserva sin preparación largo tiempo; el del desierto se corrompia y engendraba gusanos. El ordinario no alimenta; el del desierto fué enviado por Dios para alimentar á los israelitas. Así que hemos de concluir, que aquel maná era milagroso, sobrenatural y diferente del común. Este, que Dios envió á su pueblo, tenía dos sabores: uno natural y ordinario; [v. 31], y otro sobrenatural y extraordinario, que se mudaba al gusto y paladar de los que lo comían. San Agustín y otros muchos creen que este privilegio fué para los israelitas buenos y reconocidos, no á los murmuradores y carnales.

[3] Esto es, cerca de ocho libras, aunque no concuerdan los intérpretes en determinar la capacidad de un gomor. Dios ordenó que solo se recogiese un gomor por cabeza por ser esto lo suficiente, pero podía cojerse menos, si así bastaba á la subsistencia.

17. Así lo hicieron los hijos de Israel, y recogieron quien mas, quien menos.

18. Midiéronlo despues por el gomor; ni quien más había recogido, por eso tuvo más, ni quien menos recogió tuvo menos; sino que cada cual reunió tasadamente aquella porción que podía comer.

19. Advirtióles además Moisés: Ninguno reserve de ello para mañana.

20. Algunos no le obedecieron, sino que lo reservaron para el día siguiente, y empezó á hervir en gusanos, y se pudrió; por lo cual se enojó Moisés contra ellos.

21. Recojía, pues, cada uno de madrugada cuanto le podía bastar para su mantenimiento; y en calentando el sol, se derretía el maná del campo. (1)

22. Pero el día sexto recogió cada uno el doble; es á saber, dos medidas de gomor por cabeza; de lo cual vinieron á dar cuenta á Moisés todos los príncipes del pueblo.

23. Y él les dijo: Esto es lo que tiene ordenado el Señor. Mañana es el día de Sábado cuyo descanso está consagrado al Señor. Haced, pues, hoy todo lo que tengais que hacer, y coced lo que haya de cocerse, y todo lo que sobrare guardadlo para mañana.

24. Hiciéronlo según y como Moisés lo había mandado y el maná no se pudrió, ni se halló en él gusano alguno.

25. Dijo entonces Moisés: Este lo comereis hoy; porque siendo Sábado del Señor hoy no le habrá en el campo.

26. Recogedle durante los seis dias; pues el día séptimo es el Sábado del Señor, y por eso no se hallará.

27. Llegó el día séptimo; y habiendo salido algunos del pueblo á recogerle, no hallaron nada.

[1] Esto es, de lo que había quedado en el campo sin recoger; porque lo que llevaban á sus tiendas, no solo resistía á la fuerza del sol; sino que lo cocían y preparaban como gus-
taban.

28. Por lo cual dijo el Señor á Moisés: ¿Hasta cuándo habeis de ser rebeldes á mis mandamientos y á mi ley?

29. Reflexionad que el Señor os ha encargado la observancia del Sábado, y por eso el día sexto os da doblado alimento; estése cada cual en su tienda; ninguno salga fuera de los reales el día séptimo.

30. Y observó el pueblo el descanso del día séptimo.

31. Y la familia de Israel llamó aquel manjar Man; el cual era blanco, (1) del tamaño de la simiente del cilantro y su sabor como torta de flor de harina, amasada con miel.

32. Dijo tambien Moisés: Esto es lo que ha mandado el Señor: Llenad de maná un gomor, y guárdese para las generaciones venideras, á fin de que vean el pan con que yo os sustenté en el desierto, despues que os saqué de la tierra de Egipto.

33. Dijo, pues, Moisés á Aarón: Toma un vaso, y echa en él todo el maná que pueda caber en un gomor, y colóalo delante del Señor, (2) para que se conserve en vuestra posteridad,

34. como Dios me tiene mandado. Aarón lo puso despues en el Tabernáculo, para que se conservase.

35. Y los hijos de Israel comieron maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron á tierra poblada en que debían habitar; con este manjar fueron alimentados hasta que tocaron los confines de la tierra de Canaan.

36. Una medida de gomor es la décima parte de un efi. (3)

*

* *

XVII. — *Murmuran los israelitas en Rafidim por falta de agua, la que Moisés por orden de Dios hace salir de la*

(1) No blanco como la semilla del cilantro, que no lo es, sino blanco y semejante á la semilla del dicho cilantro en la figura y en el tamaño. Esta semilla son unos granitos redondos y mas menudos que los de la pimienta.

(2) Y guárdalo para resorvarlo en el arca cuando esta sea hecha. Así lo hizo Aarón conservándolo entretanto en su tienda.

(3) Que equivale á ochenta libras.

pedra de Horeb. Derrota de los Amalecitas por Josué, mientras Moisés oraba en el monte.

1. Habiendo, pues, partido toda la multitud de los hijos de Israel del desierto de Sin, haciendo sus detenciones en los lugares (1) señalados por el Señor, acamparon en Raphidim, (2) donde no tuvo el pueblo agua que beber:

2. El cual, levantando el grito contra Moisés, dijo: Dános agua para beber. Moisés le respondió: ¿Por qué os amotináis contra mí? ¿Cómo es que tentáis al Señor?

3. Allí, pues, el pueblo, hallándose acosado de la sed, y sin tener agua, murmuró contra Moisés, diciendo: ¿Por qué nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed á nosotros, y á nuestros hijos y ganados?

4. Clamó entonces Moisés al Señor, y le dijo: ¿Qué haré yo con este pueblo? Falta ya poco para que me apedree.

5. Dijo el Señor á Moisés: Adelántate al pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel, y toma en tu mano la vara con que heriste al río, y véte

6. hasta la peña de Horeb, que yo estaré allí delante de tí; y herirás la peña, (3) y brotará de ella agua para que beba el pueblo. Hízolo así Moisés en presencia de los ancianos de Israel.

7. Y puso á este lugar el nombre de Tentación, (4) por el

(1) Las mansiones ó campamentos que hicieron los israelitas hasta entrar en la Tierra Santa fueron cuarenta y dos. Estas se refieren todas por su orden en los Números XXXIII. Aquí se omiten dos, por no haber ocurrido en ellas cosa memorable; á saber, la nona que fué en Daphna, y la décima en Alús, de donde vinieron á Rafidim.

(2) El Señor haciendo que se levantara la columna de nube, y que caminara delante de ellos, los manifestaba el lugar donde quería que acampasen, parándose allí la nube. Rafidim estaba en la extremidad del desierto de Sin, á los confines de los amalecitas, junto al monte Horeb.

(3) Estaba entre Rafidim y el monte Horeb y Sinaí, que eran puntas y cimas de un mismo monte, que se extiende á lo largo de aquel país; aunque mas cerca de Rafidim, porque no llegaron al Sinaí sino en la siguiente mansión.

(4) El carácter del pueblo hebreo era la incredulidad y dureza de corazón. Y aunque parecía que se movía cuando experimentaba el socorro del Señor; pero mantenía en el fondo de su corazón la duda y desconfianza que al menor motivo se excitaban de nuevo, y los mayores milagros no lo podían sosegar. Por esto volvían siempre á dudar, si el Señor estaba mayores milagros no lo podían sosegar. Por esto volvían siempre á dudar, si el Señor estaba en medio de ellos, pidiendo cada día nuevas pruebas de esta verdad, que veían confirmada á cada momento con prodigios. Y esto es lo que se llama *tentación* ó *contradicción*. En el Hebreo se lee *tentación* y *rencilla*. No se debe confundir esta tentación, que sucedió en la undécima mansión de los Israelitas en Rafidim, el primer año de su salida de Egipto, con otra igual con que irritaron de nuevo al Señor el año cuarenta de su salida, en la mansión trigésima tercera, en el desierto de Seir. (Números, xx, 4, etc.)

alboroto de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor, diciendo: ¿Está ó no está con nosotros el Señor?

8. Sobrevinieron despues los amalecitas (1) y presentaron batalla á Israel en Raphidim.

9. Y dijo Moisés á Josué: (2) Escoje hombres de valor y ve á pelear contra los Amalecitas; mañana yo estaré en la cima del monte, teniendo la vara de Dios en mi mano.

10. Hizo Josué lo que Moisés había dicho, y trabó combate con Amalec. Entretanto Moisés, y Aarón y Hur, (3) subieron á la cima del monte.

11. Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; mas si las bajaba un poco, Amalec tenía la ventaja.

12. Ya los brazos de Moisés estaban cansados; por lo que tomando una piedra, pusiéronsele debajo, y sentóse en ella, y Aarón de una parte, y Hur de la otra, le sostenían los brazos; los cuales de esta manera permanecieron inmóviles hasta que se puso el sol.

13. Y Josué derrotó á Amalec, (4) y pasó á cuchillo su gente.

14. Entonces el Señor dijo á Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, (5) y adviértelo á Josué, á saber: Que

(1) De Amalec, hijo de Eliphaz y nieto de Esaú. Fué padre de los amalecitas, pueblo poderoso, que habitó en la Arabia desierta entre el Mar Muerto, y fronteras de la Idumea, y en las costas del Mar Rojo. Filón los llama alguna vez *fenicios*; sin duda porque eran comprendidos en la Fenicia al occidente de la Arabia Petrea. En memoria de este fueron llamados tambien de su nombre todos los reyes que le sucedieron. Amalec, pues, con su pueblo ó ejército, (v. 13.) vino á cortar el paso de los Israelitas.

(2) Josué, Jesús, Salvador, fué hijo de Nun; antes se llamaba *Oseas* ó *Ansem*. Moisés le dió el nombre de Josué ó Jesús, despues de la victoria que alcanzó de los amalecitas; nombre que despues fué consagrado en la persona de Nuestro Salvador Jesucristo.

(3) En ausencia de Moisés gobernaba el pueblo juntamente con Josué.

(4) Con las armas que sacaron de Egipto, y que tomaron de los despojos y cadáveres de los egipcios.

(5) Esta es la primera vez que se hace mención de escritura. El término libro se toma en general por las tabletas en que entonces se escribía, y por toda suerte de escritura.—Aquí se presenta la doble cuestión del origen de la escritura y de la forma primitiva de los libros. Sobre el origen de la escritura, bien puede decirse que las investigaciones recientes han dado resultados casi definitivos. Está demostrado que la escritura fué primeramente ideográfica, como aun lo es entre los chinos. Tuvo en Egipto un adelanto fué primeramente ideográfica, mitad ideográfica y mitad fonética. La cuneiforme de los Asirios es mas complicada, y por lo tanto, menos perfecta que la geroglífica. La escritura alfabética fué inventada por los fenicios: Moisés la conocía y se sirvió de ella para escribir el Pentateuco.—¿Cual era la forma del volumen que debía contener la Ley? Parece constante el modo de escribir con un punzón ó estileto sobre láminas de hierro y de plomo, ó sobre tablas de piedra. Job dice (19-24): ¿Quién me diera que se imprimiesen en libro ó tablilla, con punzón de hierro, y se esculpiesen en planchas de plomo ó con el cincel se grabasen en pedernal? La ley desde luego se escribió sobre tablas de piedra.

yo he de borrar de debajo del cielo la memoria de Amalec. (1)

15. Edificó allí Moisés un altar al Señor, al que puso por nombre: El Señor es mi exaltación, diciendo:

16. Ciertamente que la mano del Señor se extenderá desde su solio contra Amalec; y guerra le hará el Señor en la serie de todas las generaciones.

*
* *

XVIII.—*Jetró, suegro de Moisés, viene al campo de los israelitas, y le trae á Séfora, su mujer y sus dos hijos. Moisés por consejo de Jetró, reparte con otros el gobierno del pueblo.*

(Suprimimos el texto por no referirse al itinerario.)

XIX.—*Llegan los Israelitas al Sinaí. Moisés sube á la montaña, y ordena que se santifique el pueblo para recibir la Ley. Dios hace que resplandezca su majestad y gloria sobre aquel monte á vista de todo el pueblo.*

1. Al tercer (2) mes de la salida de Israel de la tierra de Egipto, en el mismo día, llegaron al desierto de Sinaí.

2. Porque habiendo partido de Raphidim y llegando hasta el desierto de Sinaí (3) acamparon en este lugar, y allí fijó Israel sus tiendas en frente del monte.

También se escribía en planchas de madera. Los egipcios conocieron de muy antiguo el *papyrus*, y es probable que el *volumen fœderis* fuera un *papyrus*, que se arrollaba al rededor de un palo: lo que ha dado á los libros antiguos el nombre de *volúmen*.

Más adelante también se habla en el Cap. XXV. verso 3 de Oro, plata y cobre.—El estudio de la Fenicia y del antiguo país de Canaan ha demostrado, que sus más remotos moradores trabajaban el oro, la plata y el bronce, y que no ejercitaban su industria en el hierro ni en el acero. Los objetos encontrados en las necrópolis de Murathus y de Antaradus han acreditado que eran admirables plateros. Los hebreos pues indudablemente eran aptos para emprender los trabajos, que después se detallan con ocasión de la fabricación del Arca y del Tabernáculo.

[1] Así se verificó más de cuatrocientos años después, cuando el Señor ordenó á Saúl, que acabara con Amalec y todo su pueblo. Pues aunque este rey no ejecutó fielmente las órdenes del Señor, esto no obstante desde entonces no se habla ya más de aquel pueblo. La causa de este rízor fué que pidiendo solamente los israelitas á Amalec paso libre por sus tierras, no solamente no se lo concedió, sino que usó la bárbara crueldad de quitar la vida á los últimos del ejército, que por cansados se quedaban atrás sin poder seguir á los otros.

[2] En este día tercero del tercer mes. Convienen generalmente todos en que el Señor dió su Ley á los Israelitas cincuenta días después de su salida de Egipto.

[3] Este desierto estaba al oriente de la Palestina y tomaba el nombre de un lado, ó más bien punta de un monte, que allí había: por lo que San Pablo dice, que Sina era un monte en la Arabia. La otra punta se llamaba Horeb; á esto también se le da algunas veces el nombre de Sina.

3. De aquí subió Moisés hacia Dios, el cual le llamó desde la cima del monte, y dijo: Esto dirás á la casa de Jacob y esto anunciarás á los hijos de Israel.

4. Vosotros mismos habeis visto lo que he hecho con los Egipcios; de que manera os he traído como aguilas sobre mis alas, y os he tomado por mi cuenta.

5. Ahora bien, si escucháreis mi voz, y observáreis mi pacto seréis para mí entre todos los pueblos la porción escogida, ya que mía es toda la tierra.

6. Y seréis (1) vosotros para mí un reino sacerdotal, y nación santa. Estas son las palabras que dirás á los hijos de Israel.

7. Bajó, pues, Moisés y convocados los ancianos del pueblo, les expuso todo lo que el Señor le había mandado decirles.

8. Y respondió á una voz todo el pueblo: Harémos (2) todo cuanto ha dicho el Señor. Y habiendo Moisés llevado al Señor la respuesta del pueblo,

9. el Señor le dijo: ahora mismo vendré yo á tí en una densa y oscura nube, á fin de que el pueblo me oiga hablar contigo, y te dé crédito perpetuamente. Y Moisés refirió las palabras del pueblo al Señor;

10. quien le dijo: Vuelve al pueblo, y haz que todos se purifiquen entre hoy y mañana (3) y laven sus vestidos;

11. y estén preparados para el día tercero; porque en el día tercero descenderá el Señor á vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí.

12. Pero tú has de señalar límites al pueblo en el circuito y decirles: Guardaos de subir al monte, ni os acerqueis al

(1) Un pueblo ilustre, honrado y privilegiado, un pueblo en que yo estableceré mi reino y mi sacerdocio. La república hebrea se llamaba Teocracia, porque Dios era su rey. Por esto se queja de ellos el Señor, de que le desocharon cuando le pidieron rey.

(2) Del cumplimiento de esta promesa dependía todo el bien de los judíos. Ellos nada pueden, y todo lo prometen. Todo lo prometen y nada cumplen. Y este es el funesto origen de todos los males que después les sobrevinieron.

(3) El día cuarto y quinto del mes tercero; porque el Señor dió su Ley á Moisés, comenzado ya el sexto.

rededor de él. Todo el que llegare al monte, morirá sin remisión.

13. No le ha de tocar mano de hombre alguno; sino que ha de morir apedreado ó asaeteado, ya fuere bestia, ya hombre, perderá la vida. Mas cuando comenzare á sonar la bocina, (1) salgan entonces hácia el monte. (2)

14. Bajó, pues, Moisés del monte, y llegando al pueblo le purificó, y despues que lavaron sus vestidos,

15. les dijo: Estad apereibidos para el dia tercero, y no os llegueis á vuestras mujeres.

16. Ya que era venido el dia tercero y rayaba el alba, de repente principiaron á oirse truenos y á relucir los relámpagos, y cubrióse el monte de una dendísima nube, y el sonido de la bocina resonaba con grandísimo estruendo; con el que se atemorizó el pueblo, que estaba dentro de los campamentos.

17. De donde sacado por Moisés para recibir á Dios, se pararon todos á las faldas del monte.

18. Todo el monte Sinaí estaba humeando, por haber descendido á él el Señor entre llamas, subía el humo de él como de un horno y todo el monte causaba espanto.

19. Al mismo tiempo el sonido de la bocina cada vez se sentía mas récio, y se extendía á mayor distancia. Moisés hablaba y Dios le respondía. (3)

20. Descendió el Señor (4) sobre el monte Sinaí, en la cima misma del monte, y llamó á Moisés á aquella cumbre, á donde habiendo subido,

21. díjole: Baja é intémale al pueblo que no se arriesgue á

(1) Mas cuando comenzare á oirse el sonido de una bocina ó trompeta; cuando Dios desde lo alto del monte hicieron que se oiga un sonido semejante al de una bocina; entonces ya podrán acercarse al monte, pero sin pasar los límites que se hubieren señalado. (v. 12, 17.)

(2) Esto parece contrario á la prohibición que los habia hecho de acercarse. Y apoyados sobre las antiguas versiones, trasladan: Cuando la bocina hubiese cesado de sonar, entonces podrán subir al monte. El pueblo acompañó un año al redor del monte, y Dios le permitió subir á él, para admirar los rastros de su presencia, cuando fué concluida la asombrosa ceremonia de la publicación de la Ley.

(3) El Hebreo añade, y le respondía *en vox*, en voz alta y clara que oyó todo el pueblo; de manera que fué testigo no solamente de los prodigios que acompañaron á la publicación de la Ley, sinó también de lo que Dios ordenó á Moisés. Otros por esta voz entienden la de los truenos, y esto parece mas conforme á lo que se dice en el cap. siguiente, v. 18.

(4) El Angel del Señor. que hablaba y obraba en su nombre. Véase (C. III v. 2.)

traspasar los límites para ver al Señor, por cuyo motivo vengan á perecer muchísimos de ellos.

22. Los sacerdotes asi mismo que se acerquen al Señor, purifiquense: no sea que los castigue de muerte.

23. Dijo entonces Moisés al Señor: No se atreverá el pueblo á subir al monte Sinaí, puesto que tú me has intimado y mandado expresamente: Señala límites al redor del monte y santificalo.

24. Más el Señor le dijo: Anda, baja: después subirás tú y Aarón contigo, pero los sacerdotes y el pueblo no transpasen los límites, ni suban hácia donde está el Señor; no sea que les quite la vida.

25. Bajó Moisés al pueblo, y le refirió todas estas cosas.

*
* *

XX.—*El Señor promulga el Decálogo á todo el pueblo. Atemorizados los israelitas, piden á Moisés que ruegue á Dios, no les intime sus ordenes sino por medio del mismo Moisés. Dios ordena á este que le haga labrar un altar.*

1. En seguida pronunció el Señor todas estas palabras.

2. Yo soy el Señor Dios tuyo, que te ha sacado de la tierra de Egipto; de la casa de la esclavitud.

3. No tendrás otros dioses delante de mi.

4. No harás para ti imagen de escultura, (1) ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra.

5. No las adorarás ni rendirás culto. Yo soy el Señor Dios tuyo, el fuerte, el celoso, que castigo la maldad de los

(1) Segun los LXX se significaba aqui figura, imagen ó semejanza de una deidad falsa, sea como fuere. Todas estas circunstancias y expresiones añade aqui el Señor para apartar y desarraigar del corazon de los hebreos toda sombra de superstición idolátrica: pero principalmente de las que habian visto en los Egipcios; que adoraban al sol, á la luna, al búey, al becerro, al perro, al cocodrilo, y á otros muchos peces y animales. Este versículo viene á ser como una exposición del que precede. *No tendrás dioses ajenos, etc. Por lo cual no harás para ti obra de escultura.* Y asi seguimos la opinion de S. Agustín, que es la que siguen comunmente los expositores; á saber, que son tres solamente los mandamientos de la primera tabla, que pertenecen al honor de Dios.

padres en los hijos (1) hasta la tercera y cuarta generación de aquellos, digo, que me aborrecen.

6. Y que uso de misericordia hasta millares de generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos.

7. No tomarás en vano el nombre del Señor Dios tuyo.

8. Acuérdate de santificar el día de sábado. (2)

9. Los seis días trabajarás y harás todos tus labores:

10. Mas el día séptimo es sábado, ó fiesta del Señor Dios tuyo. Ningún trabajo harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas ó poblaciones.

11. Por cuanto el Señor en seis días hizo el cielo y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo; por esto bendijo el Señor el día del Sábado y le santificó.

12. Honra á tu padre y á tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo.

13. No matarás.

14. No fornicarás.

15. No hurtarás.

16. No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

17. No codiciarás la casa de tu prójimo; ni desearás su mujer, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.

18. Entretanto todo el pueblo oía las voces, ó truenos, y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y veía el monte humeando: de lo cual aterrados y despavoridos, se mantuvieron á lo lejos,

19. diciendo á Moisés: háblanos tú, y oirémos; no nos hable el Señor, no sea que muramos».

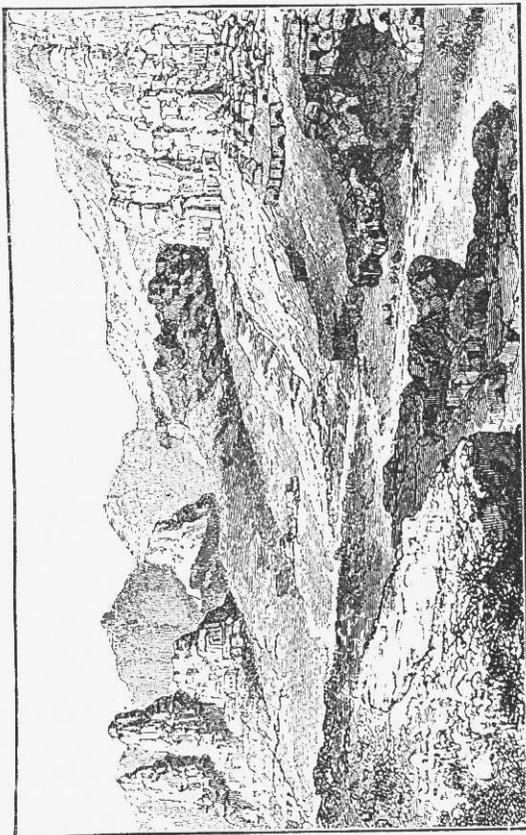
(1) S. Juan Crisóstomo entiende estas palabras de los hijos de aquellos padres, que acudidos por Moisés habian salido de Egipto; por cuanto habiendo visto los prodigios y castigos que habia ejecutado Dios con ellos, los imitaron en la dureza, infidelidad y rebeldia.

(2) Este día sábado era para los israelitas el séptimo de la semana.

20. Respondió Moisés al pueblo: No temais, pues el Señor ha venido á fin de probaros, y para que su temor se imprima en vosotros, y no pequeis.

Suprimimos el texto de los demás capítulos del Éxodo, porque no hace al caso para el itinerario al través del desierto, objeto principal de nuestro viaje.

Después de las transcripciones del texto de Moisés, que hemos creído conveniente hacer preceder, emprendemos la narración de nuestra excursión ampliando la exposición sintética que hicimos al principio; aunque por ahora solo será hasta el Sinaí, primera parte del viaje.



RUINAS DE PETREA



Idea general de los países bíblicos visitados

Árida como el desierto será esta idea general, pero es necesaria para que el lector se dé cuenta de la naturaleza é importancia del viaje, siendo conveniente que eche una mirada al Mapa núm. I. de esta obra.

Un triángulo de desiertos y de montañas conocido, por la mayor parte de su constitución, como el Desierto de la Arabia Petrea y hácia sus confines al S. como la Península del Sinai, hé aquí el campo principal de nuestra excursión.

El confin al E. está formado por el golfo de Akabah y por la cadena de montañas del Chera, el *Seir* de la Biblia. Al O. está limitado por el golfo de Suez y por una serie de lagos salados y el gran canal.

Entre estos difíciles confines se extiende al N. un largo territorio desierto y arenoso; en el S. una cadena de grandes y ásperas montañas, entrecortadas por peligrosos pasos y difíciles desfiladeros, que parecen haber sido creados para impedir todo acceso al hombre. «Es imposible, como dice un reciente explorador, concebir una idea del sentimiento de cansancio extremo, que se apodera del viajero solitario que día á día penetra mas internamente en esta grande y terrible soledad.»

Es casi una sucesión de cumbres, precipicios y torrenteras, á cual mas desolante con el fondo de valles circundados de montes que en sus caprichosas formas y en sus atrevidas y es-

pantosas cimas, con sus áridos colores de oscuro, negro, blanco, rojo y amarillo eternamente ardientes y lúcidos bajo el mismo ardiente sol, semejan como un mundo antiguo inhabitado por el hombre y donde la vida humana no tiene ni objetoni subsistencia.

El mecánico y silencioso paso del camello desde la mañana á la tarde por sendas solitarias y áridas, mece al viajero en la ausencia de cualquier otra señal de vida, en el estado de soñolencia, á veces agradable y otras triste, que es sin placer. Laborde confiesa que fué víctima de alucinaciones; y en verdad, el pensamiento se reconcentra dentro de si mismo y se complace en recordar los acontecimientos, en toda su viveza, de aquel lejano tiempo en que el ejército de los Israelitas pasaba por aquellos mismos fatigosos y desolados caminos, hombres, mujeres, niños y ancianos; y se complace en representarse á si mismo cada incidente de la fatigosa marcha, y el sentimiento de horror y de maravilla que debió apoderarse de su espíritu al trasportarse del verde y fértil Egipto al corazón de la soledad de un inmenso y desolado desierto.

*
* *

Las mas antiguas noticias de los griegos y romanos acerca de la región del Sinaí no ultrapasan la época de Alejandro el grande; y no es exagerado decir que la antigua Península Arábiga fué descubierta por él.

Ordenó en efecto, á uno de sus oficiales, Hieron de Sicilia, que navegase con treinta galeras desde la desembocadura del Eufrates al rededor de la parte sur de la Arabia hasta el principio del golfo de Suez; Hieron regresó dando á Alejandro la información de que la península Arábiga era igual en grandeza á la del Indostán.

Los reyes Ptolomeos de Egipto al procurar comunicar el Nilo con el mar Rojo con el propósito de establecer relaciones comer-

ciales por medio del Océano entre Egipto y la India, ensancharon indirectamente sus conocimientos geográficos sobre la Península del Sinaí.

Los dueños del entero distrito sinaítico, sea en el interior como en el litoral, eran los *nabateos*, pueblo fuerte y poderoso en el comercio y que rivalizaba con los Egipcios en su tráfico con la India y el Mar Rojo. No obstante sus relaciones con las grandes naciones de la antigüedad, con Egipto, Babilonia, Arabia y Fenicia, su forma y constitución de gobierno son tan poco conocidas que de ninguno de los mas antiguos escritores podemos conseguir alguna idea clara del estado del país cuando era independiente. El primer escritor que habla de la grandeza de Petra su capital, ha sido Strabón, y es él quien nos dice que, mientras los nabateos gozaban de la mas grande concordia entre sí, eran resueltos en la resistencia y en el odio profundo á cualquier gobierno extrangero, asi que cuando Augusto les ofreció la alianza de Roma no titubearon en rechazarla.

Por Diodoro Sículo sabemos que dos expediciones fueron enviadas por Antioco, sucesor de Alejandro, para conquistar á Petra y su territorio. La primera fué bajo el mando de Ateneo, (310 a. J. C.) que llegó á Petra cuando la mayor parte de los habitantes estaban ausentes, ocupados en la celebración de una festividad religiosa. El general griego resolvió inmediatamente asediar la ciudad y tomarla por asalto, mató á los defensores y cargó su ejército de precioso botin; pero en la vuelta fué sorprendido por los nabateos que lo atacaron de noche, vindicando plenamente el masacre de sus conciudadanos.

La descripción, dice Ritter, que Diodoro dá de Petra y sus alrededores no difiere mucho de la que se daría ahora, excepto lo relativo á su antigüedad; aunque al designar el pueblo no usa jamás la palabra *árabe*, no haciendo diferencia entre árabes, idumeos y nabateos. El territorio, dice, carece de ríos y de fuentes; es ley del país no sembrar granos,

plantar árboles frutales ni beber vino, lo que es semejante al estatuto que existía entre los hijos de Jonadab, hijo de Rechab, que pretende ser admitido entre los descendientes de Hammath el Madianita.

Los habitantes de Petra y de sus comarcas vecinas no construían casas estables, por temor de escitar la codicia de las naciones extranjeras y la intervención tiránica de éstas. Entre ellos unos se ocupaban de la cría de camellos, otros en la de rebaños, mientras otros se ocupaban en el tráfico de especies de la Arabia Feliz. Sobre todas las cosas estimaban « su libertad é independencia », y si eran atacados por fuerzas superiores, emprendían la fuga, antes que someterse; aunque su territorio, falto de agua, no estaba sujeto á frecuentes invasiones.

La segunda invasion de Demetrio fué de mejor éxito que la primera. Circundó á Petrea é hizo formidables preparativos de asedio; y aunque los habitantes al principio opusieron viva resistencia, viéndose en peligro, mandaron un mediador al general sirio, proponiéndole que consentirían pagarle una fuerte suma de dinero, si retiraba sus tropas, pues al contrario se defenderían hasta que muriesen todos; y Demetrio aceptó el dinero.

Grandes esfuerzos hicieron Pompeyo, Cesar y Augusto para anexar la Arabia Petrea al territorio del imperio romano; pero este propósito no fué conseguido sino bajo Trajano, cuyo Prefecto, Cornelio Palma, capturó á Petra en 105 de J. C. aunque la dinastía de los nabateos estaba ya extinguida.

Strabón, que escribió bajo el reinado de Augusto, ha recordado algunas particularidades sobre Petra, que tuvo de su amigo el filósofo Atenodoro, que había visitado aquel lugar. Dice que está situado en región nivelada, pero circundada de rocas, que en la parte esterna eran inaccesibles, y en las cuales habían casas cavadas en la piedra, con jardines y abundantes fuentes. El distrito de las cercanías y especialmente de

la parte hácia Sabea, era un árido desierto. Plinio alude también á Petra; pero mientras dá una exacta pintura de la posición, caé en errores acerca de las distancias.

*
**

Petra no era la única ciudad de la Arabia desierta.

En una antigua memoria perteneciente al III siglo, conocida con el nombre de *Tabla Peutingeriana*, encontramos indicadas dos rutas principales, una hácia el Este y otra hácia el Oeste, que conducían á Jerusalem, con tres caminos menores con ciudades y estaciones de mayor ó menor importancia. Sobre la ruta del este se leen los nombres de Haila; Haurana; Zalogata; Petris ó Petra; Negla ó Hegla; Thomia ó Thoana y Rabbath-Moab ó Rabatora. Sobre la ruta del oeste, cita Aela; Diana; Rasa ó Gerasa; Cypsoria ó Gypsoria; Lysa y Obodos (Ebuda).

Ptolomeo, aunque de una época más antigua, habla de cuatro ciudades que han sido omitidas en la Tabla Peutingeriana, esto es: *Characmobra*, que fué identificada por Ritter con *Kerak*, la capital de Moab, que es aun hoy un lugar de alguna importancia. Yace á una media jornada de camino al sud de las ruinas de Rabbath-Moab sobre la márgen sudoeste del Mar Muerto.

Sebunta ó Esbunta es la Hesbon de la Biblia, descrita en el libro de Josué como la ciudad capital del reino de los Amorreos. Bostra, Bozra ó Bosra, es la Bozrah de la Biblia, capital de Edom. *Zoar* no pertenece á la Arabia Petrea; es el antiguo nombre de una de las cinco ciudades de la *llanura* que estaban situadas al este del Mar Muerto y que se libraron de la destrucción de Sodoma y Gomorra y demás de la Pentápolis. *Zoar* se escribe en griego Segor y en el quinto siglo fué sede de un Obispado; así como fué conocida por los cruzados con el nombre de *Villa Palmarum*.

Existían varias sedes episcopales en el Arabia Petrea además

de la de Segor; esto es: Arindela, Acla, Mensida, Areópolis, Elusa Augustópolis, Arad, Thamara, Aroer, Moladah, I'hœnus, Thana, Teman y Eboda.

Areópolis ó Rabbath-Moab es la *Ar* de la Biblia, (Dent. II. 9 y Num. XXI. 15.); su lugar es llamado aún Rabbah.

Encontramos *Arad* en el libro de los Jucees (I. 16) «Y los hijos de Kenite, cuñado de Moisés, salían de la ciudad de las Palmas, con los hijos de Juda en las soledades de Judá, que se encuentran al sud de *Arad*.» Y de nuevo en los Números (XXI. 1.) «Cuando el rey de Arad, el Cananita, que habitaba al sud, oyó decir por medio de espías que los Israelitas se acercaban, él subió á combatirlos haciéndoles muchos prisioneros.» Robinson reconoció *Arad* en la colina Tell-Arad, á hora y media de *Milh*, la antigua Moladah, según el mismo.

Thamara es probablemente la Tamar de Ezequiel; (XLVII. 19). El antiguo Testamento hace mención una sola vez de *Aroer*; (Samuel XXX. 28), Robinson indentifica su lugar con el Uadi *Ar-ârce* en el camino de Petra á Gaza.

En *Phunon* los Israelitas descansaron de su largo viaje á la tierra de Canaan. Eusebio supone ser ésta la misma *Phœno* de su tiempo, que era importante por sus minas de cobre.

Teman, se cree que es llamada así de Teman, descendiente de Esaú. En la Escritura parece usarse para designar la tierra de Edóm.

Eliphaz el Temanite, un amigo del patriarca Job, fué uno de los hombres mas sabios de Edóm.

Ebuda, puede ser el *Oboth* de la Biblia, (Núm. XXI. 10-11), al que se alude cuando se habla como de uno de los campamentos de los Israelitas despues de la muerte de Aarón.

Kadesh-Barnea es la localidad mas interesante para el estudio bíblico del viaje de los Hebreos, de cuantos se han procurado identificar. Su puesto debe estar en la soledad de Paran, hoy del Tyh, muy probablemente en *Ain-Kadis*, aunque no falta quien la identifique con *Ain-el-Ueibeh*, á lo cual

Stanley opone una notable dificultad y es que no presenta entre sus piedras de tres á cuatro pies de altura, ninguna roca propiamente dicha, de la que al mando de Moisés, el agua haya podido saltar. (Núm. XX. 4.)

Sobre las otras dos rutas menores de que hablamos arriba no encontramos ciudades de especial importancia. *Raphia*, la primer estación de la parte sur, es la actual Rafa; la moderna Kateih, es la antigua Casium.

Mas adelante hablaremos del desierto de Tyh, que puede considerarse como la verdadera parte continental de la Arabia Petrea; así como al llegar el momento oportuno describiremos la región oriental del Mar Muerto para abarcar todos los países atravesados por los Hebreos conducidos por Moisés.

La Península Sinaítica

Como el campo preferente de nuestra excursión fué la Península sinaítica harémos de esta una especial descripción, tanto mas que Moisés ha dado al Sinaí un lugar excepcional en los recuerdos de la humanidad.

Cuando hace unos treinta y cuatro siglos el pueblo hebreo atravesaba la península, entonces como ahora estas áridas soledades eran el dominio de algunas tribus pastoriles de sangre árabe eternamente indómitas; aunque la costa y la parte occidental de la cordillera pertenecía á los Egipcios.

Las estelas é inscripciones egipcias del uady Magharah y del Serbat-el Khadim, constatan que desde el tiempo de la tercera dinastía hasta la vigésima, esto es, á partir de 3.700 años antes de J. C. hasta 1.200, precisamente en la época en que los Hebreos acababan de pasar el Jordan despues de la muerte de Moisés, los Faraones extendían su dominio, al menos por intervalos, sobre los montes y valles del noroeste de la Península, haciendo explotar sus minas de cobre y de turquesas.

La explotación de estas minas, interrumpida á partir de la invasión de los Hycsos en Egipto, fué emprendida de nuevo bajo la regente Hatasú, de la que los célebres bajo-relieves de Deir-el-Bahari han hecho conocer una expedición al sud de la Arabia, en el país de Punt, y se continuó en el Serbat-el-Khadim por lo menos hasta bajo los reyes de la XX dinastía.

Los Egipcios designaban á las tribus nómadas de la Península con el nombre de *Mnat*, pastores, que vivían como los beduinos de hoy día en un estado de hostilidad mas ó menos latente con los egipcios, cuyo territorio ambicionaban; y estaban vigilados por guarniciones establecidas en los distritos mineros.

Nada sabemos de su religión; pero las montañas gigantescas del interior, cuyos picos inaccesibles y pavorosos precipicios debieron herir en todo tiempo la imaginación de los hijos del desierto, eran considerados como lugares santos, aún antes de Moisés, como se vé por un pasaje del Exodo (III. 5.)

*
* *

En cuanto á los datos bíblicos respecto de la Península, son de otra naturaleza; pues se refieren al gran acontecimiento que los Hebreos consideran como el punto capital de su historia y que, por ser contemporáneos de los hechos narrados, son del mas alto interés por la importancia de los detalles y la riqueza de las nomenclaturas, que son las que la tradición ha conservado de más auténtico.

Desde luego no hay que extrañar que el Egipto no haya conservado determinados recuerdos del Exodo de los Beni-Israel. Estas emigraciones en masa de algunas tribus, bastante semejantes por el número á las actuales tribus de beduinos, nada tenían de insólito y hasta eran frecuentes. Nada hay tan poco de sorprendente en la falta de correspondencia entre los da-

tos geroglíficos y la tradición sagrada con relación á los nombres de lugares y de tribus de la península; puesto que es totalmente conforme al onomástico egipcio no usar en estos casos mas que denominaciones genéricas. Los Amalecitas, los Madianitas y demás, eran para ellos meros *Sati* y nada mas; como todas las tribus sinaíticas actuales son simples *Beduinos*, hijos del desierto.

En lo que concierne á la topografía, la rica nomenclatura contenida en los libros del Exodo y Números no es más que una lista de valles y de lugares de campamento, cuyos nombres ya eran conocidos de los Beni-Israel antes de la salida de Egipto. El Sinai les era familiar por estar en relación con las tribus que lo habitaban, hasta hacer posibles uniones como la de Moises con la hija del Cheikh madianita; y es actualmente la opinión corriente que las tribus israelitas no se diferenciaban de las tribus amalecitas y madianitas más que las actuales tribus de los Thuarah entre sí; y es bajo este punto de vista que conviene colocarse para explicar el silencio de los analistas egipcios sobre la emigración de Beni-Israel.

No es más que probable que los *Aperin* del papiro de Leyde sean idénticos á los Hibrim ó Hebreos; aunque no hay que desesperar de los resultados que podrán obtener las tentativas de algunos egiptólogos en encontrar alusiones al Exodo de los Hebreos.

Desde luego no se puede negar que la egiptología no haya contribuido ya á esclarecer este período de la historia judaica. Casi podemos nombrar el Faraón «*que no habia conocido á José*» y que la Biblia designa como el primer perseguidor de Israel. Este rey, cuyo carácter histórico apenas se distinguía de un mito hace un siglo, es hoy día una de las fisonomías más distintas del viejo mundo oriental; este Faraón era Ramsés II, el Sesóstris de los griegos; de quien se sabe que hizo construir al oriente del Delta muchas ciudades, entre las cuales la más importante llevaba su nombre. Y es pre-

cisamente esta ciudad de Rameses, mencionada en la narración bíblica, que construyeron los Hebreos en el país de Gesén, su residencia ordinaria.

Fué bajo otro reinado que tuvo lugar el éxodo, esto es, bajo el de Menephtah, el sucesor inmediato de Ramses, según el acuerdo de los datos cronológicos, aunque esta teoría no carezca de algún punto débil.

* * *

Aunque el nombre de Moisés, siempre vivo en las tradiciones legendarias de los árabes, haya quedado unido á un gran número de localidades de la Península sinaítica, es de advertir, que con muy raras excepciones, los nombres mencionados en el itinerario bíblico de la marcha de los Hebreos, desde el paso del mar Rojo hasta las montañas de Edom, han desaparecido de la tradición local; lo que se explica tanto por la extrema complicación de valles y montañas, como porque esa tradición fué meramente oral al través de tantos siglos y entre tribus nómadas.

Las mismas denominaciones de Sinaí y Horeb no son conocidas por los árabes y no tienen otro fundamento que la aplicación que ha hecho la tradición cristiana. Esta incerteza, sin embargo, no se refiere al fondo de la tradición sino á los detalles; todo respira la tradición de Moisés en estos lugares, según hemos observado ya: *Fuente de Moisés, Valle de Moisés, Monte de Moisés, Piedra de Moisés*, etc.

Se comprende en verdad, que los lugares en que Moisés recibió la Ley, que es el gran acontecimiento, fueran consagrados por los primeros cristianos de Egipto y Siria, como lo habían sido siempre por los Judíos, aunque parece que estos jamás los habían convertido en objeto de peregrinación, debido sin duda á la imposibilidad de atravesar países enemi-

gos; debemos mencionar sin embargo el viaje de Elías á Horeb, *la Montaña de Dios*. (Reg. XIX. 11.)

Así pues, desde los primeros siglos de la Iglesia estos venerados lugares se convirtieron en asilo de un sinnúmero de anacoretas, y una carta del emperador Marciano á mediados del siglo V habla de los monjes del monte Sinaí «en donde están situados monasterios amados de Dios y dignos de todo honor.»

Hasta se formó en el espacioso y pintoresco valle de Faran, el uady-Feiran actual, una ciudad que tomó el nombre del valle y cuyos restos aún existen. Este convento de Faran es mencionado como sede episcopal desde principios del siglo IV; y no solamente estas partes de la Península recibieron entonces una numerosa población cristiana, sino que la multitud de peregrinos que desde el principio acudía cada año, contribuyó poderosamente á dar á estos valles solitarios una vida que no habían tenido aún en los tiempos de los Faraones.

Las peregrinaciones al monte Sinaí se continuaron al través de la edad media y aún hoy puede decirse que no han tenido solución de continuidad.

A estos peregrinos, especialmente de los primeros siglos, y á otros mas antiguos é idólatras, se deben las inscripciones en número inmenso que, en ciertos valles, cubren literalmente el flanco de las rocas y que, como ya dijimos, han sido designadas con el nombre de *inscripciones sinaíticas*, aunque en ninguna parte son tan numerosas como en el *uady-Mokatteb* (el valle escrito) que precede al uady Feiran, así como en todo el monte *Serbal* hasta en los lugares más elevados de esta notable montaña, que domina al sud la ciudad ruinosa de Faran. Esta distribución de las inscripciones sinaíticas indica claramente cuales eran los lugares visitados por los peregrinos: el monte *Serbal* aparece como el principal; mientras no se encuentran ni en el Safsafch (*Horeb*) ni en el Yebel Musa (*Sinaí*); de donde

aparece que según la primitiva tradición, el Serbal es el verdadero Sinaí; pero de esta identificación nos ocuparemos mas adelante.

Como los religiosos del Sinaí sufrían con frecuencia los ataques de los beduinos, para garantizarlos de sus depredaciones, el emperador Justiniano en el año 527 hizo construir el convento actual de Santa Catalina, rodeado de altas murallas á manera de fortaleza, en el sitio en que existía ya una torre que habia hecho construir Santa Elena.

Esta vasta y rica construcción de Justiniano, con la Iglesia que constituye su ornamento interior, produjo el abandono progresivo y paulatino de los demás conventos que se encontraban en los valles adyacentes, y de los cuales á penas se conservan vestigios, siendo los mas notables los de Faran.

RASGOS GEOGRÁFICOS

Para que el lector pueda mejor darse cuenta de la región que recorrimos creemos conveniente hacer algunas indicaciones geográficas del país visitado, con el fin de evitar repeticiones. La Península en su forma triangular tiene una considerable extensión desde su parte austral, el Ras Mahomed, hasta la parte central de la cordillera del Tyh, que cubre la península por el norte y la separa del desierto.

Mide en línea recta un grado y medio de 40 leguas; pero las costas bañadas por ambos golfos, bifurcación del mar Rojo, presentan un desarrollo mayor: la longitud del golfo de Akabah desde el cabo Ras-Mahomed es de dos grados, 50 leguas; la del golfo de Suez es de tres grados. En fin la distancia de la cabecera de ambos golfos mide por la ruta de los Peregrinos de Suez á Akabah unas 60 leguas. De manera que, como lo observa el sabio explorador de las tierras bíblicas, A. Stanley, Dean de Westminster, los dos golfos que rodean la península sinaítica, al convertirse alternativamente en la ruta del comercio de la

India, y por el comercio, el lazo de unión entre las diversas regiones del Asia, han dado á este árido país de Arabia, no menos que las tradiciones sagradas del pueblo hebreo, un puesto eminente en la historia del mundo.

Una cordillera de montañas, que parte del centro mismo de la península, y que cubre toda su extensión, excepto una estrecha banda litoral del lado del golfo de Suez y una zona igualmente estrecha al norte hácia la cintura de los Montes Tyh, tal es el aspecto mas general de la Península sinaítica.

La cadena del Tyh, que se extiende desde el valle Arabah hasta el istmo de Suez, forma el límite natural de la Península del lado norte, teniendo de unos 12 á 13,000 metros de altura. Al pié de esta cadena se extiende una banda de arena, Ramleh, á unos 500 metros sobre el nivel del mar. Este es el terreno cubierto de dunas y arenoso que contiene la Península y el único de esta naturaleza que encuentra el viajero viniendo de Egipto despues de haber dejado la ribera izquierda del Nilo.

Los arenales de Ramleh separan la cordillera del Tyh de las montañas sinaíticas, á cuyo grupo los árabes apellidan *el-Tôr*. La cadena mas elevada del grupo y que contiene el Sinaí y el Horeb de Moisés, no está en el centro, sino hácia la costa septentrional. Desde este grupo descienden al E. y al O. los uadys ó valles torrenciales, que flanquean la Península y van á terminar á sus dos costas. La zona litoral, particularmente al O. sobre el golfo de Suez, es de una esterilidad absoluta y temida por todo ser viviente: «Los indígenas, al decir de Lepsius, la atraviesan de prisa, para penetrar en los valles interiores que suelen contener una pobre vegetación, dátiles y el fruto del *nebek*, algunos raros ojos de agua ó al menos la sombra de las rocas. Los animales de toda especie son raros, á excepción de las perdices del desierto, las *codornices* de la Biblia, que al tomar el vuelo repentino en

presencia del viajero, son las únicas que turban el silencio eterno de estas soledades.»

Se penetra en el triángulo montañoso por desfiladeros abruptos y escarpados; la subida, desde el principio, gradual, termina en general en pendientes rápidas, verdaderas escaleras, sin gradas, que Stanley compara á las *puertas* de Andalucía. Estos desfiladeros escarpados y singularmente penosos, son designados por los árabes con los nombres *nakh* ó *akabah*.

Las montañas se componen de dos formaciones principales: el calcáreo y el granito, que en Idumea tiene un color rojoso oscuro, origen del nombre de Edóm, y que dá á los paisajes de la Arabia Petrea una riqueza de tonos desconocida en las montañas grises de nuestros climas.

*
* *

Las montañas de la Península se dividen en tres grupos, cada grupo con su pico central. Existe desde luego el grupo N. O. cuya montaña mas notable, y acaso de toda la península por su magestad excepcional, es el monte *Serbal* (2047 metros); en segundo lugar el grupo del E. y del centro, cuyo punto culminante es el monte *Katarin* ó *Santa Catalina* (2667 metros); y en fin, el grupo S. E. cuyo pico principal es el *Um-Chomer* (2575 metros).

Uno de los rasgos comunes á todo este conjunto, además de la particularidad del tinte purpúreo, es la complicación infinita de sus cumbres dentadas y de sus laberintos intrincados. Este aspecto general ha sido significado por un explorador, al decir que, vista la Península desde las altas cumbres, desde donde se abarca el conjunto, parece que la Arabia Petrea fuese un océano de lavas que hubiesen sido petrificadas de repente en el momento en que se precipitaban en ondas hirvientes, altas como montañas; añadiendo que semejan los Alpes desnudos, esto

es, los Alpes transportados al desierto en armonía con el mismo. El Sinaí carece de verdor porque carece de agua, pues no se encuentra una sola corriente permanente, un solo riachuelo, sino alguna que otra escasa fuente.

Otra particularidad característica de la península del Sinaí es la calma profunda, el silencio de muerte que envuelve á sus valles, y por consiguiente la proporción prodigiosa que allí adquiere la voz humana y un sonido cualquiera. Es probablemente á la misma causa que se debe atribuir cuanto se refiere de ruidos misteriosos, que de cuando en cuando se dejan oír en el Yebel Musa (Sinaí) y otras montañas, y que han dado origen á mas de una leyenda árabe, como el ruido de campanas de un convento hundido en la fragorosa profundidad, al decir de los beduinos.

Los árabes llaman *uady* á toda depresión en forma de valle mas ó menos profundo y ancho, que las aguas invaden en la época de las lluvias, y que se cambia en torrente durante algunas semanas ó meses, pero que permanece seco la mayor parte del año. El aspecto ordinario de estos uadys es de una desnudez absoluta y solo en ciertas ocasiones la inundación pasajera deja un principio de humedad, que desarrolla una débil vegetación, también pasajera. Y sin embargo, es á estos valles, torrentes ó ríos sin agua que debe el desierto sus límites, su forma y sus vías de comunicación; de modo que todo es soledad y desolación.

Pero si el carácter general de los uadys y de las montañas del Sinaí es la esterilidad, hay su excepeión en ambas cosas. El suelo permanece cubierto con frecuencia de una apariencia de vejetación, especie de capa transparente; se encuentran acá y acullá algunos retazos de verdor y algunos grupos de árboles, que por su misma rareza dejan en la memoria un recuerdo tan notable como las ciudades y monumentos del mundo civilizado.

Como observa M. Stanley, las partes de esta región árida, en donde la vejetación se desarrolla de una manera mas notable, no

son tanto el lecho de los torrentes de invierno, como el pequeño número de fuentes vivas y perennes, que precisamente á causa de su rareza toman una importancia de que no nos podemos formar idea en nuestros climas húmedos.

Ellos proporcionan á las veces á los uadys algunos hilos de agua corriente, que aun cuando sean tan pequeños que no lleguen á merecer el nombre de riachuelos, son, sin embargo, el origen de la vegetación del desierto, siempre pobre con raras excepciones. Por donde quiera que se encuentren esas fuentes, se puede estar seguro de que en todo tiempo el lugar ha sido una estación para las tribus errantes del desierto.

En dos de los uadys que van á terminar en el golfo de Suez, esto es, el Garandel y el Usseit, del que es una prolongación el Taiyibeh, esta vegetación accidental tiene una verdadera riqueza; sucediendo lo mismo en otros uadys que van á desembocar en el golfo de Akabah, como el-Ain y el-Huderah.

En todos estos puntos, la aproximación en un mismo cuadro de una vegetación activa y de montañas áridas, cortadas en formas fantásticas, produce panoramas de un efecto extraordinario y que no carecen de cierta belleza y majestad. Sin embargo, nada es comparable al uady Feiran, que es el verdadero Oasis de la Península y en el cual pudieron acampar holgadamente los Israelitas fugitivos.

Tales son en sus rasgos mas generales, la conformación y la naturaleza de la Península sinaítica; pero mas interesantes son los rasgos etnográficos de su población.

RASGOS ETNOGRÁFICOS

La Península está habitada por los beduinos Tuarah (pueblo de Tôr); Róbinson cree que no pasan de 4.000, aunque Stanley los hace subir á unos 6.000.

Descienden de las tribus árabes llegadas en el momento de la conquista del Islam, refundidas sin duda con los ha-

bitantes de entonces, esto es, de los Nabateos, sometidos y convertidos á la nueva religión. Su tipo físico es el de una raza muy mezclada, y no presenta otra unidad que la resultante de una vida única.

Lo que tienen de comun es una extrema delgadez, una fisonomía muy móvil y ojos muy vivos, en una frente muy desarrollada; un ademán noble, un porte desenvuelto y franco y un paso ligero de montañés, acostumbrado á superar las dificultades; pero fuera de esto, existen múltiples diferencias entre hombre y hombre, en la talla, la amplitud del cuerpo, la forma del cráneo, el tinte del color y los rasgos de la cara.

Siguiendo á Mr. Palmer, asesinado en 1882 por los beduinos, harémos notar algunos otros pormenores, que hemos constatado por propia experiencia.

Entre sus diversas pequeñas tribus, la mas importante es la de los *Saualihah*, de los que las ricas y poderosas tribus de los Aulad-Saïd y de los Garrascheh no son mas que una derivación. Los Aulad-Saïd, ricos en palmeras y en rebaños, tienen sus tiendas en los uadys Solaf y Feiran. Los Garrascheh, á quiénes corresponde el honor, desde hace mas de un siglo, de colocar su Cheikh en el mando supremo de la pequeña confederación, es muy rica y posee la mayor parte del uady Feiran.

A los *Gebeliyeh*, tenidos en poca estima por los otros Tuarah, que ven en ellos una tribu extranjera, cuya alianza rechazan, y además monopolizadores de casi todos los servicios asalariados del Convento del Sinai, se les supone descendientes de los 400 prisioneros valacos y egipcios que, segun Procopio, fueron trasportados bajo el reinado de Justiniano para el servicio y protección del Monasterio. Estos *Gebeliyeh* acampan en gran número en las cercanías del convento del Sinai, principalmente en los uadys Cheik y Deir; y se distinguen de los demás por su fisonomía casi europea.

La organización política de los beduinos ha conservado un

carácter verdaderamente patriarcal. A la cabeza de cada tribu se encuentra un cheikh ó *jeque*, elegido por las familias; aunque algunas tribus llegan á tener dos y tres. Estos no son gefes propiamente dichos; pues ni gobiernan ni administran; ya que la vida de estos seminómadas no se somete á semejante régimen, siendo cada cual su señor absoluto. El cheik es sobre todo un árbitro, un juez y el delegado de su tribu en todas las circunstancias que debe ser representada.

Hace justicia sin preparativos, pero no sin solemnidad: se forma un círculo delante de su tienda; se presentan ambas partes, que ante todo le entregan su sable, que el jeque planta en medio del círculo y le presentan prendas equivalentes al objeto en cuestión; la parte condenada no puede tomar la suya sino después de haberse sometido á la sentencia, que es inmediatamente ejecutada y que no se puede rechazar sin incurrir en el destierro de la tribu, y en algunos casos, en la muerte. Los beduinos divididos por un asunto de poca importancia se ponen de acuerdo sin la presencia del cheik, de manera que el papel ordinario de este personaje consiste en tratar en nombre de su tribu con los extranjeros, que ven en él un garante; y recibe por su intervención ciertas gratificaciones.

*
* *

El Cheik de los Cheiks es al conjunto de las tribus lo que el simple cheik á cada una de estas, y es elegido por los cheiks reunidos en presencia de las tribus, que sancionan la elección por aclamación.

El Gran Cheik es responsable del buen orden y de la seguridad ante el Khedive de Egipto. En los negocios internos el gran Cheik no tiene más atribución que la de juzgar las diferencias pendientes entre dos tribus, del mismo modo que el simple cheik no interviene sino en las cuestiones entre familias de su propia tribu. Las cuestiones que no interesan

mas que á una familia, por graves que sean, dependen de la autoridad del gefe de esta familia.

Una especie de derecho tradicional, al que son muy apegados los beduinos, inspira todas las sentencias; estas antiguas tradiciones, que jamás han sido reducidas á escritura, no dejan mucha parte á la interpretación, pues casi todos los casos de conflicto á que puede dar lugar la vida tan simple de estas tribus pastoriles, están prescritos con una minuciosidad que recuerda la antigua legislación deuteronomica de Moisés.

El homicidio es vengado con sangre ó rescatado por una suma determinada; y una herida es rescatada en razón de su tamaño, medida con granos de trigo, etc. Su ley es de una extrema severidad para con el robo y la infidelidad de la esposa y el deshonor de la hija. Para estas tres faltas cometidas en desprecio de la confianza absoluta, que es la regla de una existencia en que todo está á merced del pasajero, no se conoce otro castigo que la muerte.

Los Tuarah son mulsumanes y su culto no difiere del culto urbano sino por la ausencia de las mezquitas; pero en general no son observantes como los turcos. Honran á sus santones particulares Nebi Saleh, Nebi Musa, Nebi Chocib y algunos de sus jeques más venerados; les inmolan solemnemente un cordero en el día señalado para su fiesta; pero la fiesta anual de Nebi Saleh dá lugar á grandes regocijos en el uady Cheik en donde está su tumba, concurriendo las tribus de todos los puntos de la Península.

El matrimonio y la circuncisión se verifican como en los demás pueblos mulsumanes, siendo por consiguiente el matrimonio una especie de negocio entre el pretendiente y el padre de la joven: la poligamia es un objeto de lujo: los ricos toman simultaneamente varias mujeres y los pobres sucesivamente. El beduino es nómada, jamás está en un lugar fijo; pero tiene su morada en un uady determinado, en donde residen sus mujeres, hijos y ganado.

Entre los beduinos, como entre todos los árabes, la mayor parte de las ocupaciones es el lote de la mujer: cuida los reba-

ños, prepara los alimentos, especialmente la *miel de dátiles*, con que llena sus odres, y que, mezclada con manteca ó con grasa derretida, sirve para condimentar la comida cotidiana; hace los vestidos y especialmente el *redanah*, especie de túnica de largas mangas, que el beduino no encuentra en el comercio; y tiene en fin, el cuidado de los niños.

El marido es camellero, cultiva los uadys, hace carbón del tamarindo y de la mimosa, y vá á venderlo á Suez; y aquí espera por algunos dias aguardando el negocio de transportar mercaderías ó pasajeros.

Tuvieron los buenos tiempos en que los peregrinos de la Meca les dejaban buenos *tálaris* (pesos); pero el ferro-carril de Suez y el vapor de Djeddah lo absorven todo, empobreciendo á los beduinos. El transporte de mercancías al Convento está monopolizado por dos tribus, los Gebelieh y los Aulad-Saïd, de manera que á los demás no les queda otro recurso que los turistas; y hé aquí porqué procuran tratarlos bien, aunque poca ganancia les queda, ya que deben pagar al jeque de cada tribu, que se atraviesa, un tributo por cada camello cargado; perdiendo así el camellero dos tercios del beneficio, cuando no obliga el cheik de la tribu á que los camellos y camelleros del turista sean renovados entre los suyos.

El traje del beduino está en armonía con su carácter y género de vida. A lo que ya dijimos en otra parte, solo tenemos que añadir que, mientras todos usan meras sandalias, los cheiks usan babuchas, el gran manto de lana blanco y un turbante de lino.

Los Beduinos en general jamás viajan sin aparato guerrero; llevan por arma un fusil de mecha, un puñal corbo de cinco decímetros y medio, afilado de ambos lados y colocado en la parte delantera de la cintura, mientras el fusil vá á la espalda.

Las mugeres se visten á la manera de las campesinas egipcias y llevan el *yabrah* (antifaz) colocado de manera que modela la cara como una máscara, para no ser vistas; tienen

además como adorno una especie de pectoral de tela ó piel adornado con monedas, botones de uniforme y conchillas.

El mobiliario de los Tuarah consiste en una tienda de estofa de lana gris que fabrican sus mujeres, dos piedras de moler para hacer la harina de trigo ó cebada, una ó dos cafeteras y algunos utensilios de cobre, platos de madera, una cuchara de hierro para quemar el café y un mortero de piedra.

..*

Rara vez se compone el campamento de toda la tribu: el número de tiendas, proporcionado al número de fogones, según la cantidad de leña que pueden recoger en los valles asignados á cada uno, no pasa de doce ó quince, con excepción de los Garraschek que llegan á tener de treinta y cinco á cuarenta tiendas, porque están acampados en el fértil uady Feiran.

La mayor parte de los Garraschek tienen hoy día cabañas fijas de piedra ó de ladrillos cocidos al sol.

Las tiendas, abiertas por la parte delantera, están colgadas sobre un travesaño de madera sostenido por dos postes de dos metros de alto, y que descienden á una distancia mayor ó menor sobre otro travesaño elevado de medio metro de tierra, sobre la que cae verticalmente. Los costados están cerrados con un lienzo de diversos pedazos del mismo tegido de lana: estas tiendas están divididas á veces por una cortina, tambien de lana, para separar el lugar destinado á las mugeres.

El alimento de los beduinos consiste en algunas cebollas y en el *ruga ó futyr*, especie de pan ázimo compuesto de harina amazada con agua sin levadura y sin sal, que hacen dos veces al día, cocido en la ceniza bajo las brazas; es el pan *sub-cinericio* de la Escritura. Los mas acomodados añaden habas ó lentejas cocidas con cebollas y un poco de grasa. Es necesario añadir el jugo de *haxal* que ya mencionamos.

En una caravana compuesta de personas de varias tribus,

la comida se toma por grupos de tribus ó de familias, formando pequeños círculos al rededor de un fogón de ramas. Es el cheikh ó el mas anciano, el que prepara el café y lo pone en una pequeña jícara, que el mas jóven sirve sucesivamente á cada comensal por orden de edad. La confección del *ruga* toca á cada uno por turno, aunque todos echan en la cuenca su puñado de harina.

La comida va acompañada de largas narraciones, interminables conversaciones, y que á menudo se prolongan hasta altas horas de entrada la noche. Despues se deja apagar el fuego, se dispersan los grupos, cada cual busca un rincón para acostarse, cubierto solamente con su recado y su manto.

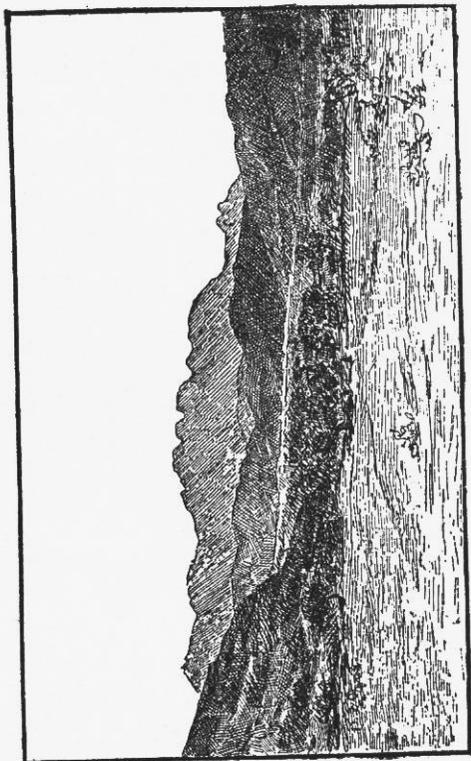
Los festines dados con ocasión de solemnidades, fiestas de santones, elección de un cheik, casamiento de un ricacho, recepción de un extranjero, son tambien de una extrema frugalidad. Son las únicas comidas en que entra la carne, porque para estas circunstancias se mata una cabrito ó un cordero del que se hacen dos porciones, la una asada, que se sirve con arroz cocido, y la otra se come hervida. En semejante caso el cheikh procede como para el café: hace las tajadas, que un jovencito, generalmente hijo del cheik, sirve á cada comensal por orden de edad.

Las mujeres son servidas las últimas, porque ellas asisten á la comida separadas por la cortina de la tienda. Estas clases de festines se terminan raras veces sin cierta danza acompañada de cantos. Estas danzas son pasos rimados de una gran sencillez, ejecutados generalmente por las mujeres; mientras las danzas de los muchachos son simulacros de combate. En cuanto á los cantos, son improvisados y se refieren á la circunstancia sin que falte el elemento satírico; pero no son acompañados de instrumento alguno.

Por lo demás el carácter de ferocidad que se les atribuía á estas tribus y que, en efecto, tenían con relación á los extranjeros, se ha modificado grandemente, debido quizás al deseo

que tienen de ganar algunos tálaris con los turistas, que cada dia se hacen mas frecuentes. Lo que es á nosotros nos trataron muy afablemente, poniendo gran empeño en agradarnos con la esperanza, sin duda, de que fuésemos generosos en la paga, á la que siempre se debe añadir el consabido *bagehis* ó propina.

—*—



VISTA DEL «SERBAL» EN LONTANANZA



Itinerario desde Suez al Sinaí

En nuestra obra «Memorias de un viaje por ambos mundos», al hablar del viaje por el país de Gesén, nos ocupamos del gran acontecimiento del paso del Mar Rojo por los Hebreos; sin embargo, queremos recordar aquí algo de lo relativo á la ruta seguida por los israelitas en su salida de Egipto hácia el desierto, pues ha sido objeto de largas discusiones.

Además, en el curso de la presente descripción señalaremos los lugares que se ha ensayado identificar con los campamentos mencionados en el Éxodo y los Números; aunque esto sea meramente accidental, como ya hemos advertido, tratándose de una emigración de unos tres millones de personas, pues bastaría seguir la dirección general del tránsito de Israel por el desierto.

Desde luego vamos á ocuparnos del principio de la salida de Egipto para continuar despues nuestro itinerario desde Suez, que fué donde tomamos la caravana que nos debía acompañar hasta el Sinaí.

Al partir del Cairo hácia Suez por el ferrocarril, pasando por Ismailia en el lago Timsah, cruzamos el desierto que Moisés debió atravesar con los Israelitas. La tierra de Gesén se encuentra al oriente del brazo mas oriental del Nilo y los Hebreos siguieron probablemente el canal que unía el mar Rojo con la región bubástica.

Mas ¿podemos precisar el punto de partida de la emigra-

ción de los Hebreos? Este es llamado en la Biblia *Ramsés* ó *Rameses* (Éx. XII. 37 y Números XXXIII. 3. 5.); y aunque algunos autores coloquen esta ciudad en Heliópolis ó en Tanis, la hipótesis que parece mas conforme con la narración bíblica, la coloca en el uady Tumilat, en el lugar llamado Tell-el-Makuta, en donde se ha encontrado, entre varias ruinas y trozos de cerámica, un monolito de granito con el cartucho de Ramsés II.

Del uady Tumilat pasaron á un punto situado cerca de los modernos Lagos Amargos ó del lago Timsah, que formaban en aquellos tiempos parte del Golfo Heroopolita (Suez); pues aquí el golfo era suficientemente estrecho para poder ser atravesado por todo el pueblo de Israel en una sola noche. (Éxodo XIV.)

En efecto, la ciudad de Ramsés ó Rameses, construida por los Hebreos cautivos (Éx. I. 11.) y que se encuentra en el lago Timsah, ofrece como punto de partida de la emigración ventajas evidentes. Situada en el centro del valle ocupado por los Hebreos en la tierra de Gesén, casi á igual distancia de Heliópolis y de Pelusa, lejos de la corte de Faraón y á proximidad de la frontera, permitía á los Hebreos reunirse, organizar la partida, siempre tumultuosa para una gran tribu que llevaba consigo sus ganados y riquezas, y llegar á la frontera sin ser inquietados.

El primer campamento Sokoth, debe colocarse un poco al este de Ramsés, y el segundo campamento Etham, al NE. del lago Timsah sobre la línea fronteriza, defendida por fortalezas. Dejando allí el camino hácia Filistea, los emigrantes volvieron al S. hácia el lado occidental de los Lagos Amargos, flanqueando el monte Ahmed-Taher, viniendo á acampar en Fihahiroth, cuyo nombre puede reconocerse en el actual Kala'at-Ajrud.

La fortaleza de Migdol ó Mágdala, puede ser colocada en las inmediaciones del antiguo Kambysú, en donde los romanos habían establecido una cuarentena para los soldados enfermos. « Dios

no condujo al pueblo por el camino de los Filisteos, aunque era el mas próximo. . . . sino que le hizo hacer un circuito por el camino del desierto, hácia el Mar Rojo.» (Éxod. XIII. 17.)

Volviéndose del camino recto que habían seguido hasta entonces, los Hebreos fueron á acampar delante de Fihahiroth entre Migdol y el Mar, frente de Baal-Tsiphon ó Beelsefón. (Éx. XIV. 2.)

En cuanto á Baal-Tsiphon, debía estar frente al actual Suez, en el monte Atakah, alta montaña cuyas faldas abruptas llegan á los bordes del Mar Rojo. Los navegantes fenicios; según su costumbre, habían establecido allí un altar á su dios Baal-Tsiphon, el Baal del Norte, para proteger sus naves en su curso hácia el mar de las Indias. La situación de Fihahiroth en pleno desierto de Shur, entre la fortaleza de Migdol y el Mar Rojo, justifica de una manera satisfactoria las esperanzas de Faraón: « Están extraviados, decía el rey, en el país, pues el desierto los ha encerrado;» así como el espanto del pueblo al verse en esa situación. (Éxod. XIV. 3.),

Los Hebreos atravesaron el Mar á pié enjuto en la extremidad septentrional del golfo en las cercanías del actual Suez y el ejército de los Egipcios con sus seiscientos carros, al seguir detrás de los Hebreos, fué tragado por las aguas del Mar al volver á su puesto. La explicación que ha querido darse por el fenómeno de la alta marca del Golfo de Suez es inadmisibile, considerando que en la época de Moisés los Lagos Amargos estaban unidos con el golfo actual, como lo probó Lesseps al practicar los trabajos del gran canal de Suez.

∴

Ayun-Musa.—Ya sabe el lector cómo desde Suez nos trasladamos á la costa sinaítica, desde donde nuestra caravana empezó la peregrinación por el desierto.

Los Israelitas siguieron este camino, haciendo sus etapas entre

el pasaje del Mar Rojo y las fuentes de *Elim*; y no pudieron tener otra ruta sino la nuestra. Fué, pues, por aquí que ellos caminaban, y la columna de fuego se ha parado en esos desiertos de arena que nosotros contemplábamos.

¡Con qué placer se lee la Biblia en estos lugares y qué emociones causa el recuerdo de Israel, al encontrarse uno también en medio de esas soledades del desierto de Etham y de Sin!....

«Después Moisés hizo partir á los Israelitas del Mar Rojo y se dirigieron hácia el desierto de Shur (Etham), y, habiendo caminado tres días por el desierto, no encontraron agua.» (Ex. XV 22.) Estábamos, pues, en pleno desierto y aunque solo comenzaba á aparecer, su inmensidad prima todo y todo lo agranda, apoderándose del espíritu una especie de terror sublime ante horizontes de extensión infinita y de inmensa soledad.

Y ¡pensar que nos íbamos á engolfar en él, lejos de la patria, sin amigos, y sin conocidos sino de un día, entre tribus nómadas, que no gozan de buena fama y extrañas á los sentimientos humanitarios!

¡Pensar que teníamos que caminar, caminar siempre en las soledades, sobre la cumbre de un camello, con su paso lento, mecido y monótono por regiones de esterilidad, desolación y muerte!... Mas ¿acaso podíamos arrepentirnos ante el ideal que nos habíamos propuesto de seguir las huellas, tantas veces seculares, de Israel hácia la Tierra de promisión?... Nó; ¡adelante! El Señor nos acompañará...

El primer campamento fué ya significativo, un recuerdo de Moisés, tan á inmediaciones del paso del Mar Rojo; pues que las fuentes de Moisés, en árabe *Ayun-Musa*, están á una legua de la playa frente á la entrada del gran canal.

Fué en este lugar, según la tradición constante, que después del paso del Mar Rojo, Moisés y María entonaron el canto del triunfo, el inmortal *Cantemus Domino*, la más sublime poesía épica, que conoce la humanidad.

Este pequeño oasis, de un kilómetro de ancho, formado de una mezcla de arcilla y arena, contiene varias fuentes sombreadas por hermosas palmeras y tamarindos. Algunos vestigios, poco notables, indican el lugar de una población antigua, y en sus alrededores existen varios jardines habitados por árabes.

Tan delicioso es un oasis en el desierto, que los habitantes de Suez han convertido á Ayun-Musa en lugar favorito de sus escursiones veraniegas, pasando algunos meses de vida nómada bajo las tiendas, como los árabes del desierto.

*
* *

Á partir de Ayun-Musa, el camino sigue á una distancia más ó menos corta de la costa, la dirección SE. y toda esta parte puede recibir á justo título el calificativo de desierto.

Una playa arenosa y desnuda, otros áridos, uadys que de distancia en distancia, descienden hácia la costa, agua detestable, ausencia casi completa de vegetación y algunas veces las ilusiones del espejismo; hé aquí lo que constituye aquel panorama. Al este la ruta flanquea una cadena de alturas blanquecinas de calcáreo, con picos más ó menos elevados, que los árabes denominan Rajah y que son derivaciones de la gran cordillera del Tyh.

Después de atravesar el uady Sudur, siempre desierto, y el uady Wardan, ancha depresión, sembrada de guijarros, llegamos al uady Amarah, en donde cambia el paisaje, sucediendo á la llanura arenosa una serie de colinas caprichosas en sus formas, y que de todas partes limitan la vista á corta distancia. Por fin se encuentra una fuente de agua salobre y amarga denominada *El-Hawarah*, sombreada por un pequeño grupo de palmeras, que sirve al menos para descansar la vista fatigada de tanta aridez y soledad y contiene un recuerdo bíblico;

pues esta fuente es comunmente identificada con la *Marah* del itinerario de los Israelitas. (Éx. XV. 23.)

Por fortuna el paisaje sigue mejorando, pues hasta se encuentran trozos de terreno algo cultivados. La jornada es larga y fatigosa, aunque llegamos para acampar al notable valle *Garandel* de unos 600 metros de ancho y bastante prolongado, rodeado de colinas suaves, pero áridas y calcinadas. Tiene varias fuentes, un tenue arroyuelo ó hilo de agua corriente, algunas palmeras y acacias, zarzas y tamariscos. Sin embargo es un lugar de delicias para los beduinos fatigados de tanto caminar por el desierto. Pero lo que lo hace mas notable es que se le considera como el campamento de *Elim*, en donde, según la Escritura, pararon los Israelitas y en él existían doce fuentes y setenta palmeras. (Éxodo XV. 27.)

La ruta continúa al través de una región montañosa y escarpada, y pasado el uady *Usseit*, semejante al anterior, se empieza á gozar de la vista del magestuoso monte *Serbal*, llegándose poco despues á las rocas calcáreas del monte *Hammam Fir'un*, la montaña de los baños de Faraón, donde existen fuentes de agua termales (55.º Reaumur).

Los árabes las usan para curarse del reumatismo; pero solo se sirven de ella despues de hacer una ofrenda para aplacar el espíritu del Faraón que vaga, según ellos, por estos lugares desde el día en que su ejército fué sumergido en frente de esta montaña en las aguas del Mar Rojo. Prueba al menos esta leyenda cuán arraigada está entre los árabes la tradición hebráica.

Despues de atravesar varios uadys de poca importancia por vias tortuosas y pedregosas y á veces sumamente estrechas, se llega al pintoresco valle *Taiyibeh* (agradable), que corre hácia el SO. entre paredes de altas y acantiladas montañas y á través de una regular vejetación, pues al descender por este uady, se encuentra agua corriente, aunque un tanto salobre.

Siguiendo en sinuoso paralelismo una bella montaña formada

de conglomerados y lavas dispuestas en capas negras y rojas, el valle desemboca en la pequeña llanura de *Murkeiyeh*, cerca del cabo Ras-Abu-Zenimeh, que constituye uno de los panoramas mas hermosos sobre la costa del Mar Rojo. En este lugar acampamos con tanta mayor satisfacció cuanto que se coloca aqui, y no sería posible otro lugar, el campamento de los Israelitas, despues del de Elim, *cerca de la costa del mar* (Num. XXXIII. 10). «Habiendo partido de Elim, acamparon en la costa del Mar Rojo.»

Ahora bien, á partir de Elim; no hay mas desembocadura que esta en el Mar Rojo; no hay mas que esta ancha esplanada en donde pudieran colocarse las tiendas de los Israelitas.

El panorama hácia la costa del mar, semeja un paraíso en medio del desierto; y el mismo desierto ¡cuán bello es! El alma se dilata, ante esas llanuras de inmenso horizonte, así como sobre las grandes montañas parece que se pone en contacto inmediato con Dios. La inmensidad del desierto agigantada por la inmensidad del mar, dan al cuadro un carácter de magnificencia, de plenitud y de inmensidad, que mantienen al espíritu como suspendido y extasiado.

Al otro día continuamos nuestra peregrinación tras los pasos de Israel, costeano el mar á las faldas del monte *Murkah*, promontorio de rocas calcáreas, bañado por el mar en marea alta. Despues entramos en la llanura del mismo nombre, extensión desolada, de arena suelta y guijarros, sin vejetación alguna, teniendo á derecha el Mar, inmóvil como un vasto espejo. Esta llanura es sin duda el *Desierto de Sin* (Éx. XVI. 6.) que procuramos atravesar lo mas pronto posible porque es horripilante. «Habiendo partido los Israelitas del Mar Rojo, acamparon en el desierto de Sin.»

Atravesados los uadys *Cheik* y *Chellal*, el camino entra en una región montañosa, de formación volcánica y de aspectos pintorescos; pequeños valles escalonados los unos so-

bre los otros, forman como las gradas de una inmensa escalinata, hasta llegar á una muralla de rocas que parecen cortar el paso: es el estrecho desfiladero *Nakb-el-Budrah*, rodeado por todas partes de atrevidos picos de asperón y granito rojo y negro, formando un paisaje extraño y del mas grandioso efecto.

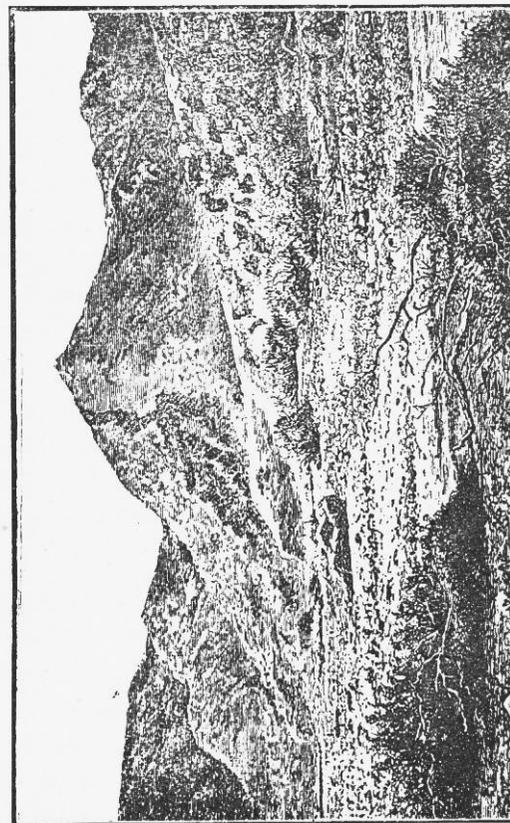
Continuamos el viaje por un sendero tortuoso y llegamos por entre algunos bosquecillos al uady *Sidreh*, donde acampamos para hacer al siguiente día dos excursiones interesantes, la de *Magharah* y de *Serbat-el-Kadim*.

EXCURSIÓN AL UADY MAGHARAH

Á una altura desde 40 á 80 metros sobre el nivel del valle, y distribuidas en una extensión de 200 á 300 metros, se encuentran en las faldas de la montaña las antiguas minas de turquesas de *Magharah* (mina), nombre que se aplica no solo á este lugar, sino á todo el distrito minero. Estas minas presentan un gran interés histórico: las estelas que aquí se encuentran han dado el nombre de varios Faraones con la mención de sus expediciones y de sus trabajos en Arabia.

M. Holland ha encontrado unas 32 inscripciones: el primer rey egipcio, del que se tienen monumentos en la península, es Snefren, último rey de la III dinastía. Kheops, el fundador de la gran pirámide, tiene tambien su estela conmemorativa en la entrada de la mina. Otras estelas llevan los nombres de Sahura, Menkehor y otros de la V dinastía; los de Usortesen II y Amenemhat III de la XII dinastía.

Los trabajos interrumpidos bajo los Hyesos, fueron renovados bajo la regencia de Hatasú. Una estela está consagrada á Ramsés II, y después de este príncipe casi no existe traza de la acción de los Faraones. Sin embargo, no puede deducirse que en la época del Éxodo la explotación de las minas estaba abandonada: había ciertamente todavía algunos puestos fortificados,



UADY MAGHARAH

que quizás atacaron los Hebreos, tomándoles los materiales. (1)

La piedra extraída de las minas se llamaba en las inscripciones *mafkat*, que según Lepsius designaría un metal de cobre mas ó menos puro, la malaquita en particular, ó el mismo cobre, encontrándose inscripciones geroglíficas que indican el transporte de este mineral á Egipto en caravanas custodiadas por soldados.

El metal era utilizado para la confección de ladrillos-platos y de jarrones, citados al lado de los de oro y plata, así como también servía para la pintura de los mejores colores verdes y coloración de vidrios. Según Brugsch era la turquesa.

En las inmediaciones se encuentran señales y restos de las poblaciones de los antiguos mineros, en cuyos alrededores habitan algunos beduinos que explotan las turquesas.

Los obreros empleados en estos penosos trabajos de las minas debían ser principalmente reos condenados ó prisioneros de guerra, y entre estos los mismos Hebreos. Visitamos algunas galerías de las antiguas minas, sumamente bajas y laberínticas, emprendiendo al día siguiente el camino del uady el Khadim.

EXCURSIÓN AL SERBAT-EL-KHADIM

Tomamos una ruta algo retirada de Magharah en dirección á Ramleh en las faldas del Tyh. Seguimos por el uady *Suig*, en donde desemboca el uady Serbat-el-Khadim, y después de una larga y difícil ascensión, llegamos al último terraso de las montañas del mismo nombre, y sobre el cual se elevan notables

[1] Este descubrimiento explica como los artistas hebreos consiguieron materiales para la fabricación del Tabernáculo y del Arca en el desierto. Lepsius y Laborde, sabios exploradores de la Arabia petrea, encontraron en este sitio, en donde los hebreos pasaron los dos años empleados en la construcción del Tabernáculo, importantes minas de cobre explotadas por los egipcios desde las mas remotas dinastías, y fábricas de fundición allí establecidas perfectamente reconocibles aún. Las inscripciones abundan en estas minas, y como lo notaron dichos exploradores, toda mención de los soberanos egipcios, cesa durante el intervalo de tiempo correspondiente á la mansión de los hebreos en el desierto. De lo cual se deduce claramente, que los israelitas al llegar al Sinai, echaron á los mineros egipcios, y apoderados de las minas y fundiciones, pudieron ejecutar todos los objetos destinados al culto.

ruinas, que han sido visitadas por muchos viajeros, especialmente Robinsón, Lepsius y Palmer. Las inscripciones geroglíficas son semejantes á las de Magharah y de ellas se deduce que había en Serbat-el-Khadim minas explotadas al menos á partir de Amenemhat II. La mayor parte son de la XII dinastía; y de ellas se deduce también que los trabajos fueron suspendidos en la época de los Hycsos y reasumidos en tiempo de Hatasú. Las inscripciones son muy ricas en datos históricos y estadísticos de las minas, de las que sacaban gran cantidad de turquesas y de cobre, constando que fueron estas minas explotadas mucho mas tiempo que las de Magharah.

La colina de 260 metros de altura, sobre la cual se elevan los monumentos, está formada de un asperón rojo con caídas abruptas y picos fantásticos. Es sobre el costado oeste donde se encuentran las ruinas, que se componen de restos de un templo, en parte escavado en la roca, y de un gran número de estelas ó pequeñas pirámides cubiertas de inscripciones geroglíficas, y el todo está rodeado por una estrecha cintura que mide 52 metros por 21 de ancho.

Enormes pedazos de escorias, que cubren el suelo, indican que en este lugar existían *hornos* para la fundición del mineral; y hay rastros de varias *minas* que han sido explotadas en las inmediaciones del templo. En estos terrenos se encuentran también turquesas, como las de Magharah, pero que se decoloran inmediatamente al aire.

El uady Nasb era quizás la estación principal de los mineros. Se han encontrado estelas geroglíficas muy bien ejecutadas, algunos escaabajos, collares partidos y fragmentos de cerámica.

UADY MOKATTEB

Volviendo hácia el uady Sidreh, atravesamos una gran llanura para entrar por el S. en el uady Mokatteb (el valle escrito). Es un ancho lecho de torrente, poco profundo, de 9 á 10 kilómetros, que asciende dulcemente en la dirección SE. Está rodeado de montañas formadas de gneis y de granito al E. y de calcáreo al O.

La base está cubierta de bloques precipitados, como si hubiesen sido sacudidas las montañas por fuertes temblores: idéntico fenómeno se nota en toda la Arabia Petrea.

El nombre de este uady proviene de las *inscripciones* llamadas *sináiticas*, que tapisan sus rocas, y á las que se atribuyó una gran antigüedad.

El monge Cosme Indicopleustis, el primer viajero que las describió hácia el año 535, las consideraba como obra de los Hebreos. Se encuentran en el costado oeste y abundan sobre todo en la parte inferior del valle sobre los bloques de rocas precipitados del Monte Mokatteb. Han sido superficial y groseramente grabadas con cuchillo y útiles de sílex en la superficie lisa de la roca calcárea, á veces aisladas, pero generalmente en grupos, especialmente en los lugares en que los viajeros podían ser protegidos del sol.

Están en caracteres nabateos, griegos, coptos y árabes; pero las mas numerosas estan en nabateo, lengua que se aproxima al árabe con cierta influencia del arameo. No tienen gran importancia, pues se componen de nombres particulares con algunas figuras de animales, aunque se encuentran mezclados algunos nombres de divinidades sabeas, tales como Kharat, Baal, etc.: el sol y la luna.

Son debidas á viajeros que, durante las paradas á la sombra, se entretenían en poner sus nombres en las rocas. Su acumulación inusitada en el uady Mokatteb prueba que existía



EL MONTE Y UADY MOKATTEB

en las inmediaciones un lugar frecuentado por las poblaciones nabateas, sin duda un lugar de peregrinación, que debía ser el monte Serbal, donde también existen esas inscripciones.

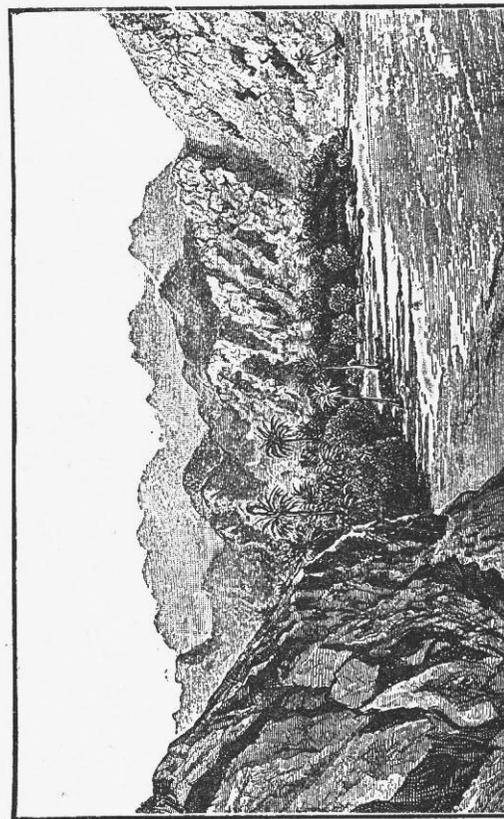
Después de la introducción del cristianismo en estas regiones consagradas por el paso del pueblo hebreo, el recuerdo de los grandes acontecimientos realizados por Moisés continuó atrayendo un gran número de peregrinos coptos y griegos, que á imitación de sus predecesores inscribían también sus nombres en las rocas. La data de estas inscripciones no parecen pasar del II al IV siglo después de J. C.

De este uady se pasa á un valle muy ancho formado por el *Uady Feiran*, el mayor de los sinaíticos, dirigiéndose al SE. en una longitud de 18 á 20 kilómetros. El suelo es arenoso, desigual, cubierto de pedreguyo de diverso color, de aspecto monótono y triste, y de flaca vegetación; las primeras colinas son de asperón, apareciendo después las rocas primitivas, gneís y granito con vetas de pórfido.

A unos 1.500 metros al remontar el valle y al embocar el uady *Nisrim* se encuentra un grupo de tumbas con dólmenes de data muy antigua. Y un poco más adelante á alguna distancia del lecho del uady se encuentra una fuente de agua turbia, en donde M. Ebers cree que se puede situar el campamento de *Alús* de los Israelitas (Núm. XXX. 17.)

Continuando las infinitas sinuosidades del valle, á medida que se avanza, el lecho del uady se estrecha y el paisaje toma un aspecto más imponente. A unos 17 kilómetros del Mokatteb los árabes señalan una roca de granito desprendida de la montaña, que según Palmer, sería la roca de donde hizo brotar agua Moisés (Éxod. XVII. 6.), que se la denomina *Hesyel-Khatatin*.

Más adelante se llega á un pequeño oasis *El-Hosseiyeh* con palmeras y algunos jardines regados con el agua de pozos profundos. Sobre la derecha y á dos kilómetros desemboca el estrecho uady *Adyeleh*, que nace en las faldas del Serbal y con-



EL OASIS FEIRAN Y EL MONTE SERBAL

tiene inscripciones sináiticas. Pero á la media hora se encuentra uno con el mas hermoso paisaje de la Península, esto es, con

EL OÁSIS DE FEIRAN

Desde la confluencia con el pequeño uady Aleyat el camino serpentea al través de fresca sombra de verdaderos bosques de tamariscos, *tarfa* en árabe, atravesando poco despues por un grande y prolongado bosque de palmeras con abundantes aguas corrientes: es la delicia del desierto.

Nótanse en este hermoso uady enormes depósitos de una tierra amarillenta y arcillosa, que se apoyan á ambos lados contra las paredes gigantescas del valle, á una altura de 20 á 30 metros; de donde deduce Lepsius que esta cuenca formó antes un lago, cuyas aguas, antes de abrirse un pasage, habían formado estos inmensos aluviones. Esta observación pude hacerla en muchos otros uadys, que debieron ser antiguos lagos y que podrían renovarse con solo cerrar la pequeña abertura por donde se escapa el agua de los torrentes, como, por ejemplo, el uady Muwieleh, un afluente del gran Arisch.

Corre al través de las zarzas, un límpido riachuelo que toma proporciones de un gran arroyo en varias partes; viéndose á sus laderas pequeñas chozas, campiñas cultivadas y majadas de ovejas y cabras. Es un verdadero oasis, el único que en toda la península merece verdaderamente este nombre.

En este oasis se encuentran las ruinas de la antigua ciudad de *Pharan, Faran ó Paran*, la única que poseyó el interior de la península, de clásicos recuerdos, y que era probablemente una ciudad amalecita en la época de los Hebreos. No lejos de este punto, sin duda en la parte estéril del uady Feiran, fué librado el combate, en el cual Israel venció al rey Amalec (Éxod. XVII.) Eusebio de Cesárea dice expresamente que Refidim es un lugar del desierto en donde Josué combatió al amalecita, *en las cercanías de Faran*. Macrisi, mucho tiempo despues, de-

nomina este lugar como de una ciudad amalecita; y el geógrafo Ptolomeo cita la población de Faran.

El uady se convirtió desde principios del cristianismo en centro de un gran número de monjes que se construyeron grutas en las cavidades naturales de las rocas, formando un verdadero pueblo de cenobitas, sometidos á un consejo de ancianos, construyendo tambien iglesias y claustros que les servían de refugio contra los ataques de los nómadas.

La importancia de esta ciudad cenobita hizo que se estableciese desde 324 un obispado, transformado en arzobispado en 400.

En el V siglo, los monjes de Faran se hicieron sectarios de la heregía monofisita y monotelita, siendo condenados por varios concilios. Pero despues de la erección de la fortaleza-convento de Justiniano en el uady *Choa'ib*, abandonaron poco á poco el uady Feiran para retirarse al pié del Yebel Musa, actual Sinaí; habiendo la conquista de la Península por los árabes musulmanes apresurado este movimiento de emigración.

En el siglo XI la dignidad episcopal, fué transferida al convento del Sinaí, y desde entonces la ciudad de Faran decayó para no levantarse mas.

Las ruinas se encuentran principalmente en un montículo aislado, de mas de 30 metros de alto, llamado *El-Moharrad*, situado en la conjunción del uady Aleyat con el de Feiran. Estaban rodeadas de un muro, y el *monasterio*, colocado en la cumbre, debió servir de ciudadela. La Iglesia estaba al costado N. del convento, al pié del murallón; y á juzgar por el gran número de capiteles, de fustes rotos y de otros restos, era un grande y hermoso edificio. La ciudad estaba recostada en la pendiente opuesta, en la margen derecha del valle.

Algunas habitaciones en piedra, que aun existen, hacían parte sin duda de la antigua ciudad; han sido habitadas por los árabes, pero hoy día están casi abandonadas y no sirven sino como de graneros ó depósitos de las cosechas de granos, dátiles, etc. Bloques tallados, trozos de columnas, capiteles, etc., que se

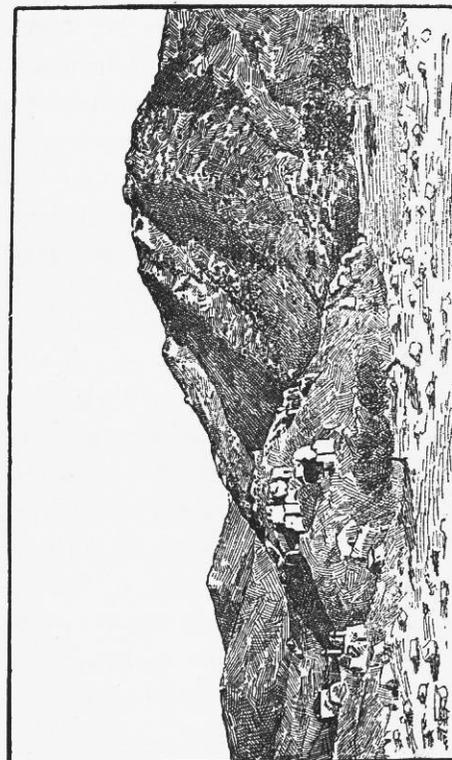
pueden reconocer en la construcción de las paredes, prueban que esta ciudad, que es la de los peregrinos del XII, XIII y XIV siglos, se había formado con las ruinas de otra más antigua; así que bajo todos aspectos el uady Faran merece la atención del viajero.

Acampamos en sus inmediaciones y gozamos por dos días de aquel encantador panorama, habiendo sacado varias fotografías, de las cuales colocamos dos en el texto, una de las ruinas y la otra del oásis á inmediaciones del Serbal, que es también gigantesco y espléndido. Mas adelante expondremos la opinión que nos hemos formado del papel histórico de este valle-oásis, así como del Serbal con relación á la geografía del itinerario de Israel, que al vencer á Amalec, no pudo dejar de aprovecharse de este triunfo para apoderarse de la ciudad y gozar del oásis durante el prolongado campamento á que se refiere la Escritura.

Al N. de la colina de El-Moharrad, se eleva á 230 metros sobre el suelo el monte *Tahuneh* (el molino), que coronan las ruinas de una iglesia, bastante bien conservadas. En los flancos de las montañas que circundan el valle, se encuentran ruinas menos importantes de tumbas y de grutas talladas en la roca y sus cumbres están cubiertas de ruinas de antiguos molinos de viento. En fin, el diorama del contorno es pintoresco y admirable y causa la ilusión de encontrarse uno lejos del desierto, en una tierra la más bella y fértil del mundo, con abundancia de aguas corrientes y de una exuberante vegetación.

Ascensión al Monte Serbal

Permanecemos dos días acampados en el delicioso uady Feiran, ya con el propósito de desquitarnos de tantos días de aridez y desolación, como para aprovechar el segundo haciendo la ascensión al monte Serbal, que es colosal en las dimensiones y magnífico en la forma.



MONTE MOHARRAD (RUINAS DEL CONVENTO DE FARAN)

Para subirle seguimos el trayecto indicado en su ascensión por A. Stanley, dirigiéndonos desde nuestro campamento al uady Aleyat por la garganta de este torrente que llega á la base del monte. La travesía, como advierte Stanley, cubierta de rocas primitivas, sirve admirablemente para una lección de geología, como quiera que aun al ojo menos instruido, los colores revelan su propia historia, el calcío, el asperón, el granito, el pórfido, y todas las demás formaciones del rededor, son tales que producen la impresión de que se viaja por un verdadero foco de la potencia creadora.

El monte Serbal puede ser figurado como una inmensa mole coronada de picos que, de varios puntos de vista, pueden reducirse á cinco, número adoptado por los beduinos; pero estos picos de granito se elevan tan esbeltamente á manera de columnas ó de estalactitas inversas, desde la base del monte, que á primera vista parecen inaccesibles; aunque en realidad están separados por especies de mesetas cubiertas de inmensos bloques de granito caídos de la cumbre.

Acercándose á estas masas colosales no queda uno desilusionado del Serbal, como sucede con tantas otras montañas: responde al ideal que uno se ha figurado y no desmiente la propia expectativa. Despues seguimos las sinuosidades del uady central, *Abu-Hamad*, cuya ascensión es fatigosa, pero no difícil, y conduce despues de tres horas á una pequeña planicie entre el tercero y cuarto pico: aquí se encuentra un estanque de agua circundado de un antiguo recinto, donde descansamos de la fatiga que produce el aire enrarecido.

En los alrededores existen algunos arbustos, pero sobre todo llaman la atención las acacias, que son los árboles de Shittah de la Escritura, y de cuya madera fueron hechos los arcos y los postes del Tabernáculo, siendo curioso observar que, mientras crecen en este uady en número considerable, ni uno siquiera se vé en la llanura del Rajah ni en ninguno de los uadys que circundan al Yebel Musa (actual Sinaí).

Casi tres cuartos de hora, al través de bloques de granito, se emplean para llegar á la cumbre del pico central, que es el tercero y se forma de dos eminencias, siendo la mas alta un desmesurado bloque de granito, sobre el cual, como sobre el dorso petrificado de una gran tortuga, se reposa cómodamente.

*
**

Para hacer esta excursión existe una especie de escalinata formada por bloques de granito, colocados unos sobre otros para comodidad de los peregrinos, que un tiempo frecuentaban esta montaña como un lugar santo, aun antes de Moisés, y despues de éste por los cristianos en la época de la población del convento de Faran, cuando se creía que éste era el Sinaí de la Ley; como además lo atestigua el gran número de inscripciones sinaíticas que se encuentran en el mismo bloque de granito que constituye la cumbre y en muchos otros circunvecinos.

Pero sobre todo el panorama desde la cima del Serbal es de una prodigiosa inmensidad y de una grandeza imponente; la primera impresión que se recibe cuando toda aquella ilimitada extensión solitaria se presenta á la vista, es de estupefacción.

El panorama se ostenta desde luego como sin límites ni confines, de manera que casi no se pueden distinguir los detalles en una inmensidad avasalladora; pero poco á poco, los valles y las montañas comienzan á tomar las líneas propias, hasta descubrirse clara y distintamente toda la península.

Jamás me arrepentiré de tan difícil ascensión y menos de su admirable panorama. El Mar Rojo con las montañas tan suaves del opuesto Egipto, la larga y vasta llanura de el *Ka'a* al Sud; el pueblo y la rada de Tòr, aparecen como una oscura línea sobre la playa. Al Este el vasto convento, con los picos del Horeb y Sinaí asi como los del monte S.^a Catalina, y mas alto, por encima de todos

los del grupo sinaítico, el mas famoso, el mas desconocido y poco visitado, el monte *Um-Chomer*. Y aunque en la parte mas al Sud el grupo del Yebel Musa interrumpe la vista del golfo al este, sin embargo se puede abarcar con un solo golpe de vista el principio del golfo de Suez y el de Akabah.

Se perciben además todas las líneas de la extraordinaria conformación de la Península, pues parece que desde all uno abarca toda la tierra á vuelo de pájaro; se distinguen los uadys, como se desarrollan en sus diversas direcciones, la larga curva del uady Cheik, el infinito número de picos, pináculos, espirales y minaretes; y en fin, la imponente soledad del desierto, el verde oásis de Feiran y las frescas palmeras del Refidim; mientras al norte, como último confin del horizonte, destácase la extensa y variada cor dillera del Tyh, que corta la Península como gigantesco baluarte y notable por la variedad de los colores de sus estratos, viéndose recostada á sus piés la gran llanura de arena en la misma dirección, denominada *uady-Ramleh*, «el valle de arena».

Y al contemplar despues á cada lado de esta alta cima circundados sus flancos por tremendos precipicios de los dos picos cercanos, y como se ven contemplando al mismo tiempo el vasto circo del desierto, llanura, colina y valle, no puede uno dejar de sentir que ninguna otra escena mejor que esta pudo ser elegida por el Dador de la Ley al pueblo de Israel y al mundo entero.

HÁCIA REFIDIM

Al descender del magnífico Serbal, volvimos á nuestro campamento del delicioso oásis de Feiran, en donde dormimos esa noche.

A partir de El-Moharrad se continúa por el uady Feiran, siempre flanqueado por altas montañas de granito y sombreado durante unos 4 kilómetros por hermosos grupos de pal-

meras, no encontrándose despues de esta distancia, mas vejetación que la de bosquecillos de tamariscos. Este arbusto se encuentra en varios puntos de la Península; pero abunda sobre todo en los valles de Feiran y Cheik. La picadura de un insecto, *coccus manniparus*, observado por Ehremberg, determina en las ramas del tarfah una destilación de gotas brillantes que caen sobre la arena, endureciéndose al contacto del aire; semejan gotas de goma, de un gusto algo dulce y se derriten al sol. Los árabes recojen esta sustancia y la conservan en grandes cantidades.

Los monjes del Sinaí también hacen su provisión, así para uso propio, como de los peregrinos, comprándola los rusos hasta por un precio muy elevado. Recojido en el mes de Junio y guardado en sacos de cuero, puede conservarse mas de un año.

Los árabes la llaman *man*, por lo que algunos viajeros la han considerado como el *maná* de la Escritura; pero con suma ligereza, como bastaran para comprenderlo las siguientes indicaciones, sin perjuicio de lo dicho en las notas del Exodo. En efecto: serían necesarios millones de tamariscos, que produjesen la goma en todas las estacionss para alimentar durante cuarenta años mas de dos millones de hombres; pero si el desierto contenía estos millones de tamariscos, dejaría de ser desierto. El maná se descomponía cada dia, excepto el del sábado; y ¿donde se encuentra la goma que se descomponga en veinticuatro horas y que una vez por semana dure cuarenta y ocho horas? Además las palabras de la Biblia son claras: el rocío cubría la tierra, y una vez *desaparecido* el rocío, dejaba en su lugar unos granos redondos, como la semilla del coriandro.

Continuamos nuestra ruta por el uady Feiran, pero hácia el fin cesa ya toda vejetación; siendo digno de notarse que á poca distancia del camino se encuentra una colina llamada por los Árabes *El-Munadjah* (montaña del coloquio); en cuya

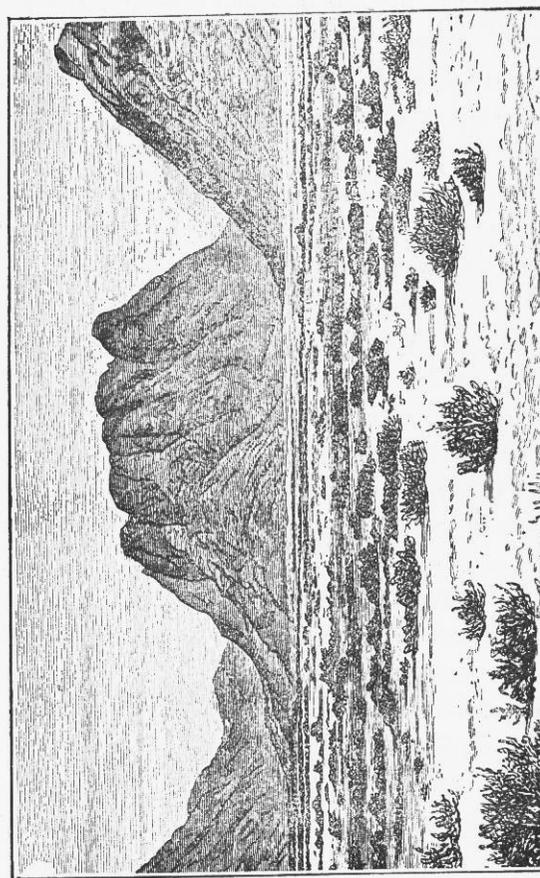
cumbre existe un pequeño círculo de piedras, en el cual los árabes tienen la costumbre de depositar algunas pobres ofrendas votivas cantando en coro: «¡Oh lugar del coloquio de Moisés! Nosotros buscamos tus favores; protéjete á tu buen pueblo, y todos los años vendremos á visitarte.»

Según esta tradición ¿no podríamos identificar esta colina de Munadjah, tan venerada por los árabes, con el sitio tradicional de los coloquios de Moisés con el Señor, viendo en el Serbal el Sinaí de Moisés?

Siguiendo el camino mas al este, las colinas se aproximan hasta el punto de formar un angosto pasaje de diez pasos de ancho, á manera de puerta, que los árabes llaman *El-Bucib* (la puerta pequeña). Aquí termina el uady Feiran en el punto de conjunción de los uadys Cheik y Solaf, siendo este la continuación directa del camino que llevamos. Dejando, pues, á la izquierda el uady Cheik, nos dirigimos al SE. y despues al S. por el uady Solaf, que es mas pintoresco, en cuanto esto es posible en el desierto. Aunque nosotros creemos que el *Refidin*, campamento israelita, antes del desierto del Sinaí, debe colocarse en la parte árida del uady Feiran inmediato al Mokatteb, ya que parece natural que los Amalecitas saliesen á atacar á los Hebreos antes que estos llegasen á la ciudad amalecita de Faran; sin embargo indicaremos por vía de erudición que algunos viajeros colocan Refidim en el uady Solaf, puesto que la distancia y la falta de agua parece concordar con el texto del Exodo; pero esto es en el supuesto de que el Yebel Musa sea el verdadero Sinaí.

Al continuar por el uady Solaf se llega al uady *Gharbeh*, en donde el camino parece cortado por una enorme muralla de granito del grupo central; aquí acampamos, gozando de un hermoso panorama.

Al otro día nos dirigimos al célebre *Nakb-el-Hawa*, «el paso del viento», que es un estrecho y alto desfiladero entre gargantas de granito rojo de 200 á 300 metros de alto.



EL GRUPO DEL ACTUAL SINAI Y LA LLANURA DE RAJAH

Desde la cumbre (1502 metros) se apercibe por la vez primera la cima del Yebel Katarim, despues de un corto descenso en el estrecho uady *Abu-Seileh*. El valle se descubre por grados y poco despues se goza de una vista espléndida sobre múltiples valles, rodeados por todas partes de hermosas montañas de granito rojo, contemplándose al frente la llanura de *Rajah*, en donde Róbinson, con la tradición vulgar, coloca el gran campamento de los Israelitas.

Desde aquí es visible el Safsafeh (Horeb) que se eleva de 400 á 500 metros sobre la planicie; y es recién desde este punto que se puede juzgar de su aspecto magestuoso, aunque no tan espléndido como el del Serbal. Al este vése el Yebel Deir, al otro lado de la entrada del uady Cho'aib y á la derecha del Sinaí (Yebel-Musa), al fondo del uady El-Ledja, el Yebel Katarin. Hácia el oeste se elevan sucesivamente el Yebel Homr, el Yebel Gabscheh, el Susul-Zeit, y mas al norte el Yebel Fureira, que separa la planicie del Rajah del uady Cheik. (1) El aspecto del paisaje grandioso y solemne, que se tiene á la vista, no menos que los recuerdos bíblicos, que se relacionan con estos lugares, dejan en el alma del viajero la mas profunda impresión.

Despues de haber contemplado por algunos momentos el magnífico anfiteatro, descendimos á la llanura del Rajah, y habiéndola atravesado en tres cuartos de hora, llegamos á la base del Safsafeh; dejando á la derecha el uady Cheik se entra en el uady Deir ó Cho'aib, prolongación de la planicie de Rajah, y al cuarto de hora estabamos junto á las murallas solitarias del gran *Convento de Santa Catalina*, en donde presentamos nuestras credenciales del Cairo, siendo perfectamente recibidos, pues no dejó de llamarles la atención la llegada de un *Motran* (Arzobispo) de la América del Sud, el primero que visitara el monte Sinaí, según consta del catálogo de peregrinos.

[1] Véase el mapa III.

Apesar de todas las instancias preferimos al alojamiento interno del convento, permanecer acampados en nuestras tiendas, que fueron colocadas en la parte superior del jardín adyacente, en donde se encontraban ya otras tiendas de viajeros, llegados anteriormente, y porque gozaríamos de mas libertad, además de estar mas cómodos y á gusto, pues nos habíamos acostumbrado á la vida nómada é independiente.

Al dia siguiente comenzamos á visitar los *Lugares Santos*, como son reputados, así el convento por contener el parage de la zarza ardiente como el Sinaí, por la promulgación de la ley.

EL CONVENTO DE SANTA CATALINA

Nos será permitida una digresión para visitar este grupo monumental de edificios en medio del desierto.

El viajero al llegar aquí, despues de su largo viaje al través de la desolación y soledades del desierto, no puede reprimir el sentimiento de admiración y de placer que experimenta ante las espesas murallas que se presentan á su vista, con el doble estandarte de la Cruz y de la Medialuna, que se destacan de su parte mas elevada. La maravilla se cambia en respeto al sonido de las campanas matutinas y vespertinas que repercute al través de los valles solitarios, y el respeto se trueca en sorpresa cuando entra en su recinto y admira su elegante iglesia, sus largas galerías de capillas y celdas, los aposentos de los huéspedes, y la biblioteca rica de preciosos y antiguos manuscritos. Unido á la Iglesia y al Convento existe un hermoso jardín-huerto con rica arboleda de almendros, naranjos, granados y cipreses. Está circundado de un alto muro y en él situada una gruta que sirve de sepulcro comun á las momias disecadas y á los miembros muertos de la monástica familia.

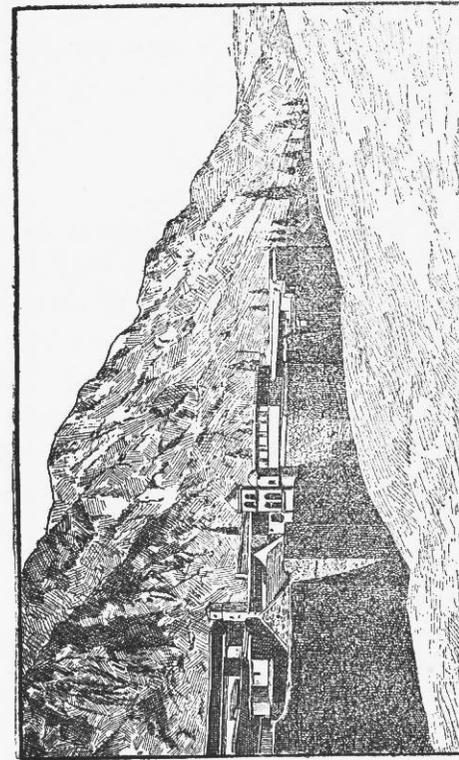
La Iglesia consta haber sido fabricada por el emperador Justiniano en 527, aunque las circunstancias de la fabricación son muy singulares. La fama de la magnificencia arquitectónica del em-

perador bizantino llegó á noticia de los eremitas que ayunaban y oraban en las grutas del monte Sinaí; al oír que este se complacía en erigir iglesias y conventos, hicieron un viaje para manifestarle que los hijos del desierto los atacaban con frecuencia para arrebatárles sus provisiones y desolar sus moradas, entrar en sus celdas y robarles cuanto encontraban hasta profanar sus pobres capillas. Escuchó Justiniano sus lamentos y emprendió la construcción del Convento para que pudiesen consagrarse á los divinos oficios, y cumplió espléndidamente su promesa, construyendo el edificio, que era al mismo tiempo convento y fortaleza, fabricando una suntuosa iglesia, todavía adornada con medallones de mosaico del emperador y de la emperatriz Teodora, fundando 36 capillas, que dedicaba al culto de cada rito.

Gran parte de su antigua grandeza, en verdad, ya ha desaparecido, pero aún quedan bastantes restos para engendrar gran interés en el viagero cristiano, mientras ejerce una supersticiosa influencia en la imaginación de los beduinos, que no pueden darse cuenta de aquel inmenso edificio en medio del desierto, sino por obra de encanto.

El convento, así como su jardín, está circundado por murallas, sin otra abertura sobre la planicie que una especie de gran ventana á la altura de 30 piés, hasta la cual se levantaba por medio de poleas todo lo que habia de entrar al convento, hombres, provisiones y los bagages de los viajeros; mas hoy que los beduinos son mas humanos, se entra por una puerta del costado. La longitud de cada lado del área del convento ha sido calculada por Robinson de 200 á 275 piés, y los muros están fabricados con bloques de granito rojo de 18 á 20 pulgadas de grosor; un lado que llegó á caerse, fué restaurado por el general Kleber durante la ocupación francesa del Egipto.

En el interior, el edificio está dividido en numerosos y pequeños patios unidos por corredores y escaleras que comunicaban con el adyacente jardín mediante pasages subterráneos. El todo constituye un verdadero laberinto.



CONVENTO DE SANTA CATALINA

Los aposentos de los huéspedes son pequeños y limpios en un número cerca del centenar; hay además galerías, cantinas, celdas y salones para los monges; no dejemos de mencionar los laboratorios para todo género de oficios, necesarios en un gran establecimiento aislado en el desierto así como el horno y un par de atahonas que muelen continuamente, una para uso del convento y la otra para distribuir harina á los beduinos.

El convento está abastecido de agua por dos excelentes pozos, llamados «Pozos de Moisés».

*
* *

Darémos algún detalle acerca de la iglesia, bastante antigua y de relativa belleza con mosaicos de valor. El coro solamente remonta á la época de Justiniano, el resto es de construcción posterior y algo reciente; su plan es de las antiguas basílicas, de tres naves con seis pilastras y siete arcos á cada lado; el coro es circular y mediano en mérito.

La gruta inferior, donde está representada en grabado de plata una zarza ardiendo, es considerado como el lugar mas santo, por ser el sitio tradicional en que el Señor se apareció á Moisés en la zarza ardiente.

El interior es imponente por la riqueza de sus ornamentos, las lámparas y candeleros de plata y oro y sus ricos cuadros y crucifijos, sus vasos sagrados, que en su mayor parte son presentes de los Rusos.

Varias son las capillas que existen destinadas para el culto de los peregrinos de diversos ritos que antiguamente venían á visitar al Sinaí: Armenios, Siriacos, Coptos, Griegos y Latinos, ramas distintas de la Iglesia; pero desde que decayó el antiguo espíritu de peregrinación, estas han perdido su uso original y se abren raras veces.

Una cosa llama la atención singularmente por su inoportunidad, y es una mezquita mahometana, que permanece á la

sombra de la Cruz de Jesucristo, como señal de la antigua supremacía de los turcos en la península del Sinaí. Según los monges fué fabricada con el fin de asegurar la protección del Sultan Selim y prevenir su designio de destruir el convento.

Pero mientras Burekhardt registraba los manuscritos de la biblioteca del convento, descubrió que la mezquita era mucho mas antigua de lo que indicaba la leyenda de los monjes.

Fué en 1483 que el Sultan Selim invadió el Egipto, mientras Burekhardt encontró datos mas antiguos, del 1383, sobre el culto mahometano celebrado en una mezquita en las murallas del convento. Raras veces vienen ahora los musulmanes peregrinos; pero cuando alguna persona ilustre está de huésped, se llama á la oración desde el minarete, según la costumbre musulmana. Wilken dice que la mezquita fué construida mucho tiempo antes de la época de las Cruzadas, lo que fué considerado por los monjes como una terrible, pero inevitable calamidad.

En 1136 Balduino, rey de Jerusalem, proyectó una peregrinación al Sinaí; pero renunció á ella por las observaciones de los monjes, puesto que su visita solo serviría para engendrar sospechas en los Musulmanes y poner en peligro la existencia del Convento.

La antigua leyenda del viaje de Mahoma al Sinaí para demostrar su veneración á Moisés, parece no tener fundamento alguno.

El número de monjes varía; pues había 23 en la época de la visita de Burekhardt; 20 en la de Róbinson, 26 en la de Schubert y actualmente 22: entre los monjes legos, que son la mayoría, hay un cocinero, un destilador, un panadero, un sastre, un carpintero, un zapatero, un herrero, un albañil y un jardinero, cada uno con sus respectivos ayudantes.

Muchos de los monjes llegan á los 70 y 80 años con pleno goce de todas sus facultades, circunstancia que se ex-

plica por la salubridad del clima y por la estrecha observancia del régimen monástico.

Hacen excelente pan y destilan un buen licor de dátiles, llamado *raki*; sus manjares consisten en sopa, vegetales, fruta, olivas y pescado seco. A los forasteros les dan carne de cabra, fruta, pescado y *raki* con vino de Chipre.

La disciplina de los monjes parece bastante rígida en todo lo que concierne á los manjares, ayuno y oración; tienen oficios dos veces al día y dos á la noche. Están bajo la vigilancia de un Prior, aunque el verdadero Superior es el Arzobispo griego cismático del Monte Sinaí, que ordinariamente reside en el Cairo; pero el Ecónomo, que los árabes llaman *Kolob*, es en realidad el supremo director del establecimiento y administra todos sus negocios.

Según observa M. Stanley, la ignorancia de estos monjes, muy distintos de los que existían cuando estaban unidos á la Iglesia católica, es tan grande, que ignoran los antiguos tesoros que contiene su biblioteca, y es refractaria como el barbarismo de los árabes. Hablando con imparcialidad y observando los especiales beneficios que proporciona el convento, no es fácil encontrar una institución con tan grandes oportunidades de ilustración y trabajo que se halle tan atrasada.

Encuétrase aquí una colonia de ministros cristianos residiendo entre beduinos, que hasta llegan á creer en el poder que tienen de hacer caer la lluvia del cielo, y ni siquiera han procurado introducir un reflejo de cristianismo y civilización en alguna tribu ó familia de estas soledades. Los monjes del Sinaí, desde que se separaron de la Iglesia católica hasta los tiempos presentes, no han contribuido en manera alguna á la suma del saber humano, al decir de un autor protestante.

BIBLIOTECA DEL SINAI

La biblioteca del Monasterio merece particular mención, especialmente por sus obras antiguas.

Se compone de tres salas: la primera, situada en el piso inferior, solo contiene un centenar de volúmenes, la mayor parte impresos. En el piso primero, en una sala mas vasta que la anterior, se guardan mil y quinientos volúmenes, entre los cuales quinientos manuscritos griegos, arábigos, armenios y georgianos, tratando casi todos de la Escritura ó de Teología.

Aunque en el umbral de la puerta se lee en caracteres griegos: *Lugar de curación ó remedio del alma*, los actuales monjes cismáticos del Sinaí, recurren poco á esta farmacia espiritual, y están por lo que á instrucción se refiere, muy por debajo de sus antecesores católicos, á los que por otra parte se deben todas las riquezas que posee la famosa biblioteca. Este fenómeno se observa en toda la iglesia cismática de Oriente, tan célebre cuando era católica, por sus obras y grandes autores, hoy está sumergida en la mayor ignorancia, que es por otra parte lo que la conserva en su deplorable cisma.

La tercera sala está destinada á sacristía, á la vez que á depósito de libros y manuscritos. En ella se conserva un manuscrito de los Evangelios, precioso y magnífico ejemplar, que goza de grande y merecida fama; está escrito todo él en blanco y delicado pergamino con letras doradas que por su carácter denotan claramente, según Tischendorf, pertenecer al siglo VII ú VIII. Ricas miniaturas adornan las primeras hojas, y por tradición se sabe en el monasterio que fué regalo de un emperador por nombre Teodosio, probablemente de Teodosio III, que reinó á principios del siglo VIII.

Pero el tesoro por excelencia de la biblioteca fué descu-

bierto entre carcomidos y arrinconados pergaminos por el mismo Tischendorf en 1859, y es el famoso manuscrito de la Biblia conocido con el nombre de *Códice Sináitico*, cuya importancia es superior quizás á la del *Códice Vaticano*.

«Para comprender el inmenso interés que se encierra en este descubrimiento, dice Guérin, hay que tener presente que para saber de un modo preciso cual fué el texto de la Sagrada Escritura, al salir de las manos de sus inspirados autores, contábamos hasta ahora por principales guías tres manuscritos que datan de los siglos IV y V, á saber: el famoso del Vaticano, el de Londres, llamado Alejandrino y el de Paris, el palimpsesto de Efren, el Sirio. Sin embargo ninguno de los tres es cabal y había que completarlos el uno por el otro: al de Paris le faltan algunos pasajes del Nuevo Testamento; carece el de Londres de una parte del primer Evangelio y algo mas; al del Vaticano, que es el más antiguo é interesante, le faltan cuatro epístolas y el libro del Apocalipsis. Pues bien, merced á las solícitas y afortunadas investigaciones del sabio Tischendorf, puédesse consultar hoy un cuarto manuscrito que, no solo data de tanta antigüedad, como el más antiguo de los anteriores, sino que está completo, sin faltarle ni una letra».

Pero hay más: aunque la copia es del siglo IV, el copista ha transcrito un ejemplar antiguo tomado del texto griego, en uso desde el siglo I, como ha sido fácil á la crítica demostrarlo. Hé aquí porque M. Tischendorf lo llama *admirable descubrimiento*, pues arroja una inmensa luz para demostrar la veracidad y autenticidad de la palabra de Dios escrita, en una época tan dolorosamente fecunda en ataques anticristianos, como la presente.

La impresión fué inmensa y se publicó en *fac-simile* monumental en cuatro volúmenes en folio.

LA REAL ORDEN ECUESTRE DE SANTA CATALINA
DEL MONTE SINAI

Por vía de erudición y para satisfacción de los condecorados, añadimos esta breve reseña histórica.

Cuando el peregrino, según dicen las crónicas de esta Orden, cansado con tan largo viage, tan peligroso por las arenas del desierto, la sed, las aguas impuras, la creciente de los torrentes, los leones, las serpientes, los insectos venenosos, y los chacales hambrientos, ha pasado, como el monje Thietmar en 1217 la angosta puerta de fierro de la Ciudadela monástica, según la llama Canisio en su «*Thesaurus monumentorum*»; y al pie de la histórica torre de Santa Elena, se encuentra en el patio del Convento, rodeado por los monjes, como refiere el señor de Anglure en su *Saint Voyage de Jerusalem* de 1878, su mayor anhelo era recibir una condecoración, como premio de sus fatigas. Estos monjes pretenden en efecto, ser los depositarios del gran maestrazgo de la Orden sagrada y militar de Santa Catalina del Monte Sinaí, fundada por los caballeros cruzados, que tenian por jefe al valiente príncipe Roberto de Lusignan.

La Orden de Santa Catalina, que siempre fué considerada como complemento y corolario de la Orden del Santo Sepulcro, era el premio que los monjes griegos del Sinaí concedían al peregrino, ya condecorado de la Orden del Santo Sepulcro, que sufriendo tan grandes peligros, llegaba hasta su convento, movido por el deseo de completar su peregrinación visitando además de los lugares de nuestra redención, los tan importantes y sagrados que presenciaron la epopeya del Antiguo Testamento, según refiere el Canónigo Morrisson en su *Rélation historique d'un voyage nouvellement fait au mont du Sinaí* en 1704.

Para recompensar al peregrino, el Arzobispo Abad del monte Sinaí rodeado de sus monjes y cantando himnos y

laudes, se acerca al sarcófago que encierra los restos de Santa Catalina y, siguiendo la ceremonia que se usa en Jerusalem, crea ante ese sepulcro, los caballeros de Santa Catalina del Monte Sinaí; como lo relata el Baron de Hody en su obra «Godefroid de Bouillon et les rois latins de Jerusalem.»

En la Edad Media, los peregrinos de regreso de los Santos Lugares, jamás olvidaban detenerse en la isla de Chipre para saludar allí al Príncipe de Lusignan que los confirmaba caballeros, como refiere Felix Fabri, en su *Evagatorium*.

«Est autem de antiquo more quod Sancti Sepulcri milites presentant se Regi Cypri et quoddam pactum cum eo ineunt; qui etiam socios suos vocat et libro nomina eorum intitulat, dans eis argenteum gladiolum in vagina cingulo circumligatum et in fine gladioli pendet argenteus flosculus violæ speciem præferens in signum fœderatæ societatis.»

Antonio de la Salle en su obra: *Comment un escuyer se doit faire Chevalier*, dedicada á Renato de Anjou, dice: *En outre bons chevaliers se font au Saint Sépulture de Notre Seigneur pour amour et honneur de lui; autres se font à Sainte Cathérine.*

El Custodio del Santo Sepulcro se había reservado el derecho de crear Caballeros de Santa Catalina, á la vez que creaba los del Santo Sepulcro. Igual derecho tenían, como refiere el señor Couret en su importante trabajo «La Palestine sous les Empereurs grecs» los señores cruzados, y los altos barones que, siendo caballeros, transmitían la dignidad ecuestre.

Pero los que retuvieron este derecho fueron los príncipes de Lusignan, Reyes de Chipre, de Jerusalem y de Armenia, cuyos descendientes hoy mismo conservan como reliquia de tiempos heróicos, el gran Maestrazgo de esa antiquísima orden de Caballería. Roberto de Lusignan en 1063 fué en efecto el fundador de esta orden destinada al nobilísimo objeto de defender y proteger á los peregrinos, y cuidar de la custodia

del sepulcro de la santa Virgen Catalina de Alejandría, que se encuentra en el Convento del Sinaí. Llevaban por insignias la rueda del martirio de la santa atravesada por una espada sangrienta, pero no sobre una cruz de Jerusalem, como refiere Favin, pues los que así la llevaban eran caballeros de las dos órdenes de S. Catalina y del S. Sepulcro, como se vé en el retrato del Señor de Aubray, Barón de Bruyeres y secretario del Rey.

Schvенеbeck refiere que los franciscanos tienen aún el derecho de crear caballeros de Santa Catalina; pero se equivoca, pues solo los monjes del Monte Sinaí se reservan ese derecho que usan raras veces, exceptuando de la comunión á los católicos en el caso de armar un caballero, pues son cismáticos, ni para concederlo, obtuvieron la sanción pontificia.

Hoy, el gran maestro es el Príncipe real de Chipre, Armenia y Jerusalem, representante de la ilustre familia, que dió tantos reyes y emperadores, el noble Guido de Lusignan, que reside actualmente en Paris, esperando tiempos mejores para su desgraciada patria la Armenia. Es hermano del Obispo Armeno, Coreno de Lusignan, ilustre orientalista, poeta y crítico, muerto pocos años hace.

Al presente esta condecoración honorífica se confiere indistintamente como premio á personas distinguidas por cualquier título, aunque sin excluir á los peregrinos al Sinaí.

LA SANTA MONTAÑA DE LA PROMULGACIÓN DE LA LEY

La atracción suprema del peregrino es visitar el *lugar santo* de la promulgación del Decálogo, pues este acontecimiento es el que ha hecho al Sinaí bíblico tan célebre en los recuerdos de la humanidad.

Prescindiendo por ahora de que sea el Serbal ó el Yebel Musa la montaña santa, según el Éxodo (cap. XIX y XX)

en la circunstancia en que Dios dió la ley á los Israelitas sobre la montaña del Sinaí, estaba esta cubierta de una espesa nube de donde salían truenos, relámpagos y un sonido de trompetas que inspiraban terror. Todo el pueblo estaba debajo á sus faldas sin osar acercarse, mientras el mismo Jehová pronunció los mandamientos del decálogo, oyéndolo todo el pueblo.

No conocemos á ningún indrédulo que haya intentado probar que todo este imponente aparato en la promulgación de la ley haya sido una mera ilusión y un efecto de artificios mágicos.

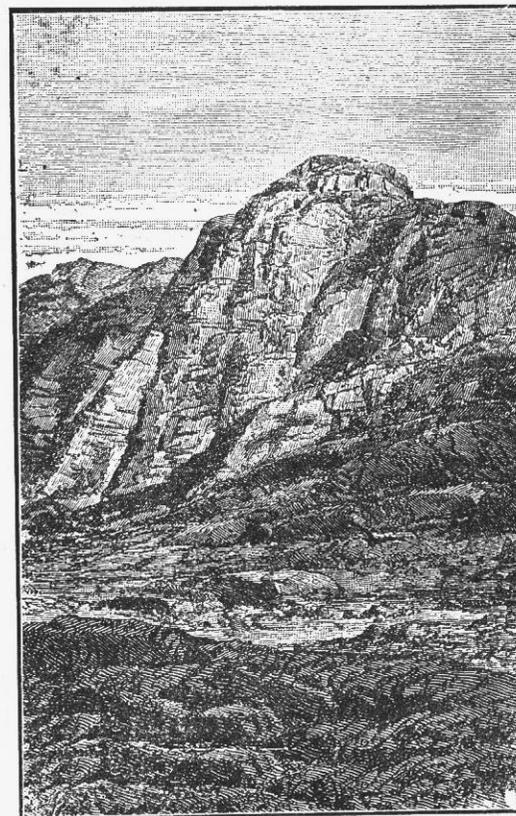
Los Israelitas pasaban de dos millones, y ningun artificio humano puede hacer que aparezca cubierta de nubes de humo una montaña y producir en ella truenos y relámpagos capaces de aterrorizar á tan grande muchedumbre: solo Moisés y Aarón su hermano se atrevieron á llegar hasta el lugar de la nube y acercarse hasta el sitio en que Dios se dignó hablar. Por lo demás si ese fenómeno podía tener las apariencias de una inmensa erupción volcánica, no se encuentra sobre la montaña del Yebel Musa ni del Serbal indicio ni vestigio de haber existido allí un volcan.

¿Se apelará al recurso vulgar de afirmar gratuitamente que se trata de una fábula? Moisés invoca por testigo de semejante prodigio á los mismos Israelitas durante cuarenta años despues del suceso. (Denteronomio V. 5. 22 y siguientes). La frente del legislador Moisés, ornada de esplendorosos rayos de luz desde aquel acontecimiento, era otro prodigio habitual que recordaba con perenne testimonio la existencia del primero. (Éxodo. XXXIV. 29.)

En fin, Moisés establece la fiesta de las Semanas ó de Pentecostés, como recuerdo perpétuo del acontecimiento, y esta solemnidad fué celebrada periódicamente por los mismos Israelitas que habian sido espectadores de estos múltiples sucesos. (Éxodo. V. 22).

Ahora bien, mas de dos millones de hombres no han podido,

consentir en celebrar contra su ciencia y conciencia una fiesta de cuya impostura ellos mismos serían conoedores. Mentir refiriendo hechos de los cuales los oyentes no han sido testigos,



LA CUMBRE DEL YEBEL MUSA (SINAÍ)

es concebible y explicable; pero jamás se conseguirá persuadir á nadie, y mucho menos hacer creer á un numeroso pueblo, que ha sido testigo de lo que no ha visto: tal impostura no podía ser aceptada de ninguna manera.

Por consiguiente, el solo milagro del Sinaí basta para testificar la divinidad de la ley de Moisés y hacer eternamente célebre la montaña en que fué promulgada.

Una sola objeción puede hacerse contra este punto de la historia mosaica, que no está determinado el lugar preciso de su realización, esto es, si el Yebel-Musa ó el Serbal es la montaña santa ó el verdadero Sinaí de la Biblia; pero esta dificultad se reduce á una mera cuestión geográfica que la crítica resolverá.

Ascención à las Montañas del Sinaí - Horeb

Al segundo día despues de nuestra llegada al convento de Santa Catalina, quisimos hacer la ascensión á las santas montañas de Sinaí y Horeb, empezando por el Yebel-Musa que los monges consideran como el Sinaí de la Biblia.

Está situado al sud del Convento, de donde se sale por una puerta baja abierta en el muro del oeste. El camino sigue por el estrecho uady Cho'aib, y al pié del monte está compuesto en partes por bloques de piedra en forma de gradas que hacen mas fácil la ascensión. A los 25 minutos se llega á una fuente fresca llamada *Mayan Musa* rodeada de algunos árboles y en donde se supone que Moisés abrebó los rebaños de Jetró, su suegro, que los árabes llaman Cho'aib (Ex. II. 16.) Mas arriba, como á un cuarto de hora, se llega á una modesta capilla de la Virgen; y desde este punto el sendero se inclina al O. conduciendo por una pendiente bastante rápida á un portal, seguido muy pronto de otro, que lleva á una plata-forma desde donde se vé la cumbre del Yebel-Musa, encontrándose aqui una fuente con un ciprés, donde se hace una parada para respirar un momento y gozar del panorama, que comienza á ser hermoso. En este punto se separan los senderos que conducen al N.NO. hácia el Horeb, y al S. hácia el Yebel Musa: siendo en esta última dirección que se encuentra la Capilla consagrada á Elías y Eliseo.

Una cueva detrás del altar de Elías, se reputa ser la caverna en que se refugió este profeta. (Reg. 8. 9.). Este punto está ya á 467 metros sobre el nivel del convento (1515 sobre el mar). A partir de este lugar, la ascención es cada vez mas ruda sin ser todavía difícil; en los puntos mas pendientes se han puesto bloques á manera de gradas para facilitar la subida. Se llega en unos 50 minutos á la cumbre, que consiste en una pequeña meseta de 25 á 30 metros de diámetro; á una de cuyas extremidades se encuentra una antigua capilla y del costado opuesto una pequeña mezquita.

Se ven trazadas sobre las rocas cercanas innumerables inscripciones en griego, árabe y armeno, formando una especie de Album de los peregrinos. Sin embargo no se notan trazas de inscripciones sinaíticas, y las que se encuentran en las rocas lejanas son muy raras. (1)

El panorama del Yebel Musa, aunque hermoso, es bastante limitado, siendo menos imponente que el de otras varias cumbres del grupo, particularmente del Yebel Katharim, que se eleva á poca distancia hácia el O. SO. y que no debe confundirse con la montaña á que está recostado el convento. El Yebel Katharin y el Yebel Tiniah cortan la vista al O. no viéndose ni el golfo de Suez, ni el Serbal, ni el Um-Chomer al SO.; pero la vista se extiende muy lejos al SE. sobre el golfo de Akabah hasta la isla de Tirán. Al N. se vé apenas una parte pequeña de la llanura de Rajah y del uady Cheik.

La otra cumbre que pertenece tambien al Yebel Musa y que se extiende al N.-NO. un poco mas allá del convento, llamado en árabe Yebel Safsafeh es el *Horeb* de los religiosos. Para subir hasta allí tuvimos que bajar de nuevo hasta la Capilla de Elías y á la fuente del ciprés, despues nos dirigimos al N. NO. por un sendero escabroso, que conduce á la Capilla

[1] Véase para la topografía del Sinaí el Mapa núm. II.

de San Juan Bautista, en donde se conservan una cisterna y algunas ermitas abandonadas, y una media hora despues á un vallecito circular con una capilla dedicada á la *Virgen de la cintura*.

La ascensión completa hasta la cumbre del Safsafeh es bastante difícil y es necesario hacer un giro hácia el norte, pero desde allí se descubre perfectamente la llanura de Rajah y el uady Cheik. Segun Robinson, esta montaña es la que mejor responde al Sinaí del Éxodo (XIX. 9-25).

La llanura de Rajah, en la que habrían acampado los Israelitas, tiene, según la mensura de Palmer, una extensión de 2.300.000 de metros cuadrados, creyendo que semejante espacio sería suficiente para el campamento de una tribu tan numerosa como la de Israel, que era de mas de dos millones, y durante varios meses, lo que es imposible, además de las bestias.

M. Laborde cree que fué necesario un milagro: el alargamiento de los valles ó la reducción de los millones de Israelitas para que semejante hecho se haya realizado aquí. Pero los milagros de que no habla la Biblia no son admisibles, y como Israel no tenía espacio para acamparse en el valle del Yebel-Musa, es necesario buscar en otra parte el Sinaí, que no parece ser sino el Serbal con el oasis de Feiran para el campamento de Israel.

Del Safsafeh descendimos directamente sobre la llanura del Rajah, debiendo advertir que en esta dirección colocan los monges todas las tradiciones que se refieren al Sinaí: así muestran la roca de donde Moisés con un golpe de su vara hizo brotar agua. Es un bloque cúbico de granito, que ha rodado de las montañas cercanas y sobre el que se notan algunas ranuras: no parece ser mas que un simple fenómeno de la naturaleza y en cuanto á la referencia que tenga con el milagro de Moisés, merece tanto crédito como el lugar que cerca de allí se muestra designado como el teatro del hecho en que se abrió la tierra para tragar á Coré, Datan y Abirón,

acontecimiento que tuvo lugar en Cades, en la frontera S. de Palestina (Núm. XVI). Mas lejos al pié del Safsafeh se muestra un hoyo en la roca, lleno de arena y que dicen haber servido para modelar la cabeza del becerro de oro. En el punto de unión del uady Cheik y del Cho'aib, hay una pequeña colina sobre la cual se colocó Aarón mientras que el pueblo danzaba al rededor del becerro de oro; y un poco mas lejos, el lugar en que Moisés rompió las tablas de la Ley. Desde aquí volvimos al convento en media hora aunque bastante fatigados por tan trabajosa excursión.

EL GRUPO DEL YEBEL MUSA

Siendo este grupo el que se opondrá al Serbal en sus relaciones con el verdadero Sinaí, vamos á hacer una breve descripción del mismo, antes de dar la opinión relativa al Serbal.

El grupo del Yebel Musa ocupa el centro de la península, mientras que el grupo del Serbal está situado al NO.

Según la opinión vulgar el Yebel Musa se identifica con el Sinaí, *monte del Señor*, del Exodo; pero Lepsius y muchos otros persisten en considerar el monte Serbal como el Sinaí.

Los de la primera opinión casi no tienen mas razón que la pretensión de que las líneas naturales del Yebel Musa concuerdan mejor con la crónica mosaica, lo que está lejos de ser cierto.

Cuando los Israelitas llegaron á la llanura de *Murkah* ó «Desierto del pecado» no pudieron continuar adelante, sino por tres caminos, que van á dar todos directamente al Serbal; pues ya fuese por el norte, tomando el uady Hebran; ya por la ruta central ó la del sud, que desde el uady Chelal van al Mokattib y de este al Feiran, siempre se llega primero al Serbal, como basta para convencerse de ello la inspección topográfica del lugar y la circunstanacia de la batalla con los Amalecitas,

cuya ciudad de Faran tomaron los Israelitas, y que está situada en el uady, muy próxima al Serbal.

Si pues, todas las vias llevan con preferencia al Serbal; ¿por qué no debe ser considerado como el Sinaí del Exodo? Existen, según lo confiesan todos, muy buenas razones para creer que el monte Serbal sea idéntico al Horeb, que Josefo describe como la mas baja de las regiones y *con buena yerba*. Además confiesan á lo menos que la antigua tradición y el apoyo de autoridades, como la de Eusebio, S. Gerónimo y Cosme Indicopleustis están en favor, tanto del Serbal como del Sinaí; y encontrándose en este estado la cuestión ¿porqué decidir en favor del Yebel Musa, prescindiendo de la tradición y de las autoridades, que son comunes? Solo por razones de congruencias que no creemos valederas.

Ritter, á su vez sugiere lo que él llama la verdadera solución; esto es, que el Serbal puede haber sido la montaña de Dios mencionada en el Éxodo (III. 1); el santuario de las tribus paganas del desierto, ya considerado como santo antes de la emigración de los Israelitas de Egipto, el santuario al que, según suponía Faraón, irían en su largo viaje por el desierto, para el sacrificio.

Pudo entonces, observa Stanley, haber sido el uady Feiran, testigo de la batalla de Refidim, de la erección del altar sobre la colina y la visita de Jetró; y desde aquí, *al tercer mes*, despues de un largo reposo, las tribus pudieron dirigirse hácia el Sinaí, en el grupo de montañas del Yebel-Musa.

Con esta solución se cree decidir dos puntos; primero, que se puede identificar el Yebel Musa con el Sinaí y salvar las dificultades indicadas, y en segundo lugar encontrar un parage conveniente para el campamento de Refidim, el mas notable antes del último frente al mismo Sinaí. En el Éxodo, en la narración de la batalla de Feiran, la palabra usada es *gibeah*: exactamente traducida por *colina*. Quien haya visto el valle de Feiran, conocerá inmediatamente la propiedad de la palabra

aplicada á la rocosa prominencia que se presenta delante de un bosquecillo de palmeras, y en la cual en los antiguos tiempos cristianos existía un convento y el palacio del Obispo de Faran; y que entonces la colina del convento de Faran puede fácilmente considerarse como la *colina* sobre la cual Moisés se detuvo durante la batalla de Refidim; derivando su antigua consagración del altar que este erigió allí.

Los Amalecitas pudieron entonces combatir naturalmente por el oásis del desierto y por el santuario de sus dioses en el Serbal, y Jetró podía muy bien haber encontrado el campamento de sus hombres despues de su largo viaje, entre las palmeras frente al monte del Señor. Entonces el pasage es claro para la segunda parada descrita en el siguiente capítulo: «Ellos partieron de Refidim y llegaron al desierto del Sinaí, se pararon en la soledad y acampó Israel ante el Monte.»

La espaciosa llanura de Rajah, al pié del Yebel Musa, pudo ser el lugar del campamento de los israelitas y acaso no se podría encontrar una localidad mas ámplia. Además la línea de aluviones al pié del monte, correspondería á los reparos que existían para impedir al pueblo que *tocara la montaña*.

Colocando aquí el santuario de la península del Sinaí, en el uady Feiran, dice la citada autoridad, *la colina* de este uady puede considerarse con probabilidad, como lugar de la escena de Refidim, así como en la llanura de Rajah, la escena del becerro de oro y el campamento de Israel en la época de la promulgación de la ley.

En estas circunstancias la localidad tradicional se encontraría fácilmente. Un pequeño promontorio al principio del valle del Convento, designado con el nombre de Aarón, pudo ser el lugar desde donde el mismo Aarón asistía á la fiesta del llano inferior. Aceptada esta tradición, implicaría por necesidad que el campamento se encontraba en el uady Rajah.

Habría además dos puntos que examinar en esta hipótesis; es el primero que se describe á Moisés en el Exodo como descen-

diendo del monte sin ver al pueblo, y el clamor llega á oídos de su compañero antes que hayan conocido la causa; ante el espectáculo, avanza hácia el campamento, arroja las tablas y las rompe *bajo el monte*. (Ex. XXXII. 15 15). Tal combinación podía tener lugar en el uady Rajah.

En segundo lugar, se sabe que Moisés esparció el polvo y los fragmentos del ídolo en las aguas del torrente, que bajaba del monte. Esto era perfectamente posible en el uady Rajah, por el cual sale el torrente del uady Ledja que desciende sin embargo del Yebel Katharin, pero insuficiente para la estrecha conexión con el Yebel Musa á fin de justificar la expresión: «viniendo abajo fuera del monte.» Estas dos coincidencias no serían necesarias para el Serbal.

Indicadas así las diversas opiniones, expondrémos la que nos parece mas verosímil, esto es, la que considera al Serbal como el verdadero Sinaí.

Identificación del Sinaí con el Serbal

Es innegable que la tradición comun coloca en el grupo del Yebel-Musa la montaña célebre en donde fué dada la Ley al pueblo y ha sido adoptada por sábios de primer orden, que han visitado estos Lugares santos, contando entre sus defensores hombres tales como Róbinson, Tischendorft, Palmer y otros varios.

La opinión contraria que coloca el Sinaí de Moisés en el Serbal ha sido defendida por Lepsius y mas recientemente por G. Ebers, con el apoyo y fundamento de muy serios argumentos, que han arrastrado nuestro asenso y que creemos conveniente exponer brevemente, en la esperanza de que la cuestión se resolverá entre los sabios en este sentido.

La Biblia menciona en muchos pasages ya el Horeb, ya el Sinaí, como la montaña en que Dios hizo alianza con el pueblo hebreo por la mediación de Moisés. Fué sobre una roca

del Horeb que el Señor se presentó á Moisés cerca de Refidim (Éxod. XVII. 6.) Fué en Horeb que Moisés colocó en el arca las dos tablas de piedra. (Reyes. VIII. 9.) Horeb es llamada *la montaña del Señor*, (Reyes XIX. 8.) Fué en Horeb que los Israelitas construyeron el Becerro de oro (Ps. 106. 19.) Ahora bien; al ser esta montaña de la Alianza designada con el nombre de montaña del Sinaí en un gran número de otros pasages, es imposible no reconocer en Horeb y Sinaí dos nombres distintos de la misma montaña.

Se puede conjeturar que el nombre Sinaí designa de una manera genérica el grupo de las montañas sinaíticas, mientras que el de Horeb se aplica particularmente á la montaña de la Ley; y esta conjetura se confirma por esta asersión de Ludolfo de Suthem, que «el Sinaí *pierde del lado del norte hácia Egipto* su nombre de Sinaí para tomar el de Horeb».

Una pequeña distancia separaba el monte Horeb de Refidim, en donde se libró la batalla entre los Israelitas y los Amalecitas (Éxod. XVII.); puesto que la roca de Horeb, de donde Moisés hizo brotar las aguas, se encontraba en Refidim. (Ex. XVII, 6.)

Eusebio de Cesarea, (el año 270) dice expresamente que Refidim es un lugar del desierto, cerca del monte Horeb. Es aqui, añade el mismo, que Josué combatió al Amalecita, en las cercanías de Faran. Ahora bien, siendo generalmente considerado Faran (Pharan) como la ciudad, cuyas ruinas se ven aún hoy dia en el uady Feirán, al pié del Serbal, el monte *Horeb* debe ser el *Serbal*.

El primer campamento de los Israelitas despues de Refidim se encuentra en el desierto de Sinaí ¿cómo admitir que el pueblo haya podido en una sola jornada recorrer la distancia que separa el uady Feiran del Sinaí actual, mientras este camino exige á una caravana ordinaria dos dias de marcha?

Sin duda que la etapa es corta entre Refidim y el desierto del Sinaí, suponiéndolo al pié del Serbal; pero mas bien que una

etapa era la última marcha que debía hacerse para entrar en el valle fértil de los Amalecitas, después de la victoria.

Sabemos además que la duración del campamento de los Israelitas en el desierto del Sinaí fué de casi un año, desde el tercer mes del primer año hasta el primer mes del segundo. Durante este lapso de tiempo, asaz largo, los Israelitas no se quejan ni de la falta de víveres, ni de la falta de agua. ¿Cómo la fuente única del uady Cho'aib hubiese sido suficiente para una tribu tan numerosa, de unos tres millones, y que llevaban consigo sus ganados? (Éx. XXIV. 3.) Semejante hipótesis es sumamente inverosímil, sin que á la escasez del agua tengamos que añadir la falta de pastoreo y lo estrecho del lugar en la llanura de Rajah, aun con los uadys circunvecinos. El uady Feiran, al contrario, con el arroyo que lo riega y su abundante vegetación es el único de la Península sinaítica que responde á las necesidades de un campamento prolongado para una tribu tan numerosa.

* * *

El mismo aspecto topográfico de los lugares está á su vez en favor del Serbal.

Aunque inferior en altura al Yebel Musa y al Yebel Katharin, el Serbal con sus cinco picos agudos á manera de pirámides, se eleva mucho más alto que aquellos sobre el nivel del valle y como montaña es más espléndida y magestuosa. Aparece en medio de las montañas vecinas como un monte aislado, dominando todo lo que le rodea y revestido de un carácter particular de majestad, cuyo efecto ha sido percibido por todos los viajeros. Una vez que se le ha contemplado es imposible confundirlo con ninguna otra montaña. Responde admirablemente á la idea de una *montaña de Dios* á un *trono de Dios*, como así era considerado por el pueblo nabateo. Pero debe observarse que si se fuese á decidir la cuestión

por razón de la altura sobre el nivel del mar, debían preferirse otros al Yebel-Musa; pues mientras este tiene 2248 metros, el Um-Chomer tiene 2568 metros y el Katharim 2677.

Pero hay más: durante todo el período judío, una profunda oscuridad cubre la historia de la Península; mas las inscripciones del Mokatteb, del Aleyat y de otros uadys que cruzan los flancos del Serbal, las que se han encontrado en sus mismos picos, prueban que esta montaña ha sido un objeto constante de peregrinación, tanto para los cristianos, como para los paganos.

Desde el tercer siglo de la era cristiana los monjes acudieron en gran número al uady Feiran y en las gargantas del Serbal, como lo demuestran los restos ruinosos de casas y conventos y las numerosas cavernas talladas en sus rocas. Todo este valle se convirtió en un emporio de monjes del cristianismo primitivo, hasta el punto de que el obispado creado en 324 en Faran fué transformado en arzobispado en el 400.

Ahora bien los monjes, deseosos de guarecerse á la sombra de los santuarios venerados ¿hubiesen establecido aquí su mansión, si el recuerdo de Moisés se refiriese, no á esta montaña, sino al Yebel-Musa actual?

Desde los primeros siglos se erigieron claustros sobre el monte santo, y son estos sin duda de los cuales se encuentran restos, ya sea en el uady Moharrad ya en el Rimn; y sin embargo, según Procopio en la época en que el emperador Justiniano construyó el convento al pié del Yebel Musa (considerado hoy como el Sinaí), ningún convento existía sobre esta montaña, lo que prueba que se engañaron en Constantinopla, quizás intencionalmente, sobre la verdadera posición del Sinaí bíblico.

En fin, el monge Cosme, que viajó hácia el año 570, dice positivamente que el monte Horeb, *que es el Sinaí*, no está alejado de Faran mas que unos 6000 pasos, que es lo que dista exactamente el Serbal del uady Feiran. Esta identificación fué admitida por Eusebio y S. Gerónimo.

Sin embargo, despues de la construcción del convento-fortaleza por Justiniano, la tradición cambia y el Yebel Musa se convierte en el Sinaí de la Biblia; pero este cambio de la tradición puede explicarse por dos razones principales.

Habiéndose hecho los monjes partidarios de la heregía monofisita, perdieron poco á poco la reputación de que gozaban.

Además, mal vistos y con frecuencia despojados por los beduinos, ganados al Islamismo, buscaron naturalmente un refugio en la fortaleza del uady Cho'aib. Las celdas y los claustros del uady Feiran fueron abandonadas y las tradiciones relativas al Sinaí pasaron con los monges del monte Serbal al Yebel Musa actual.

Se podría objetar á esta hipótesis que los mismos árabes habrían adoptado las vistas de los monges del Sinaí; pero además de que esto podría explicarse por la ignorancia de aquellos beduinos al servicio del convento, los *Gebeliyehs*, que la extendieron á los demás; puede responderse que los puntos esenciales de la antigua tradición han sobrevivido, como un testimonio en favor del Serbal.

Los árabes muestran, en efecto, en la parte estéril del uady Feiran, la roca de la cual Moisés hizo brotar el agua, en *Hessy-Katatin*, según hemos notado antes; y al oeste del uady al pié del Serbal, la montaña en donde Moisés tuvo los coloquios con el Señor, que es aun hoy día objeto de su veneración.

Podríamos hacer notar muchas otras coincidencias y analogías que se verifican en el Serbal y no en el Yebel Musa; pero creemos que basta lo expuesto para considerar como mas verosímil la hipótesis del Serbal como el verdadero Sinaí de la Biblia.

Esperamos que la crítica histórica llegará en breve tiempo á decidir la cuestión, ya que ha caido en manos de sabios tan distinguidos como Lepsius y Ebers.

—*—

Segunda Parte





Itinerario bíblico de Israel

Del mismo modo que en la primera parte de nuestra excursión, tomamos del Exodo el relato bíblico del viaje de Israel, cuyas huellas nos proponíamos seguir hasta el monte Sinaí; así ahora, antes de proceder á la descripción de la segunda parte, desde Sinaí hasta Jericó al través de la Arabia Desierta y Petrea, harémos preceder el itinerario de Moisés segun lo describe en el libro de los Números, con algunos capítulos del Deuteronomio, que mas relación dicen con el itinerario de los hebreos y de nuestra excursión; pues bien comprenderá el lector que sería demasiado prolijo hacer la transcripción íntegra del texto sagrado.

Pero antes debémos notar que los *LXX* llamaron al cuarto libro del Pentateuco *Números*, por cuanto en sus primeros capítulos se hacen varias numeraciones ó censos del pueblo de Israel. Comprende además de esto la historia y acciones de Moisés y de los hebreos desde el mes segundo del año segundo de su salida de Egipto (cap. I.) hasta casi tocar en el fin de la vida de Moisés, esto es, el espacio de treinta y nueve años menos tres meses. En él se describen las mansiones ó campamentos que hicieron los israelitas por el desierto desde el monte Sinaí; y se leen tambien varios mandamientos que les dió el Señor; y muchas leyes ceremoniales y judiciales, ó para suplemento de las que no se habían dado tan expresamente en el Exodo y el Levítico, ó para encarecer la observancia y

respeto que se debía á las que de antemano estaban ya publicadas.

Dios mandó á Moisés que hiciera el censo ó empadronamiento de su pueblo para acreditar la verdad de las promesas que había hecho á Abraham, de que su posteridad se multiplicaría como las estrellas del cielo, y como los granos de arena que están sobre la ribera del mar; y así de setenta personas de la familia de Jacob, que habían entrado con él en Egipto doscientos años antes, se contaron descendientes de él, al tiempo de la salida, mas de seiscientos mil hombres de armas, lo que supone una población de unos tres millones.

*

* *

CAPÍTULO I DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS—*Censo de los israelitas que podían llevar las armas, contando desde los veinte años; y se hallan entre todos seiscientos y tres mil quinientos y cincuenta.*

1. Al segundo año de la salida de los hijos de Israel de Egipto, el primer día del mes segundo (1) habló el Señor á Moisés en el desierto del Monte Sinaí en el Tabernáculo de la alianza, y le dijo:

2. Formad el censo (2) de cuantos varones haya en todo el pueblo de los hijos de Israel, según los linajes y familias, con los nombres de cada uno.

(1) Todo lo que aquí se refiere hasta el capítulo X, 2. sucedió en la mansión duodécima, que fué en el Sinaí. El Tabernáculo fué concluido un año después de la salida de Egipto, Exod. XL, 15 y pasado el primer mes del segundo año, habló Dios á Moisés el primer día del segundo mes, no ya desde el Sinaí, como hasta entonces, ni á la puerta del Tabernáculo, como se dice en el Exodo XXXIII, 10, sino en el santuario, desde el propiciatorio y oráculo, como había prometido. Este segundo mes lo era del año santo, que después del cautiverio de Babilonia comenzó á llamarse Yíar, y corresponde á la luna de Abril.

(2) Ya antes se había hecho otro, Exod. XXXVIII, 25, para que cada uno contribuyese con medio siclo para la construcción del Tabernáculo; pero este segundo se hizo á fin de que constase la gente que había hábil para tomar las armas, y para dar las disposiciones y órden que debía guardar cada tribu en los campamentos, al rededor del Tabernáculo que acababa de originarse, en las marchas y en las batallas.

3. Tú y Aarón contareis todos los hombres fuertes de Israel (1) de veinte años arriba por sus compañías (2)

4. para lo que os acompañarán los príncipes de las tribus y familias según sus linajes.

17. Y tomaron Moisés y Aarón á estos varones que habían sido designados por sus nombres,

18. y congregaron toda la multitud el primer día del mes segundo, haciendo su alistamiento por linajes, por casas, por familias y cabezas, tomando el nombre de cada persona de veinte años arriba,

19. como el Señor había mandado á Moisés. Hízose, pues, el censo en el desierto de Sinaí.

20. De la tribu de Ruben, primogénito de Israel, en sus linajes y familias y casas, con el nombre de cada individuo, todos los varones de veinte años arriba, aptos para la guerra,

21. fueron cuarenta y seis mil y quinientos.

22. De los descendientes de Simeón

23. cuarenta y nueve mil y trescientos.

24. De los descendientes de Gad

25. fueron cuarenta y cinco mil seiscientos y cincuenta.

26. De los descendientes de Judá

27. se hallaron setenta y cuatro mil y seiscientos.

28. De los descendientes de Isacar

29. cincuenta y cuatro mil y cuatrocientos.

30. De los descendientes de Zabulón

31. cincuenta y siete mil y cuatrocientos.

32. De los descendientes de José

33. cuarenta mil y quinientos.

(1) Por esta razón eran excluidos y no se contaban como hombres de guerra los que no habían cumplido veinte años y los viejos que pasaban de sesenta. Tampoco entraron en lista las mujeres, los prosélitos, y muchos egipcios que moraban entre los hebreos. La tribu de Levi fué contada aparte.

(2) Cada tribu podía ser dividida en varios cuerpos ó compañías, que se componían de diferente número de hombres; y cada cuerpo ó compañía de estos tenía su caudillo ó capitán.

34. Por la línea de Manasés
35. treinta y dos mil y doscientos.
36. De los descendientes de Benjamín
37. treinta y cinco mil y cuatrocientos.
38. De los descendientes de Dan
39. sesenta y dos mil y setecientos.
40. De los descendientes de Aser
41. cuarenta y un mil y quinientos.
42. De los descendientes de Neftalí.
43. cincuenta y tres mil y cuatrocientos.
44. Este es el empadronamiento de los hijos de Israel que hicieron Moisés, Aarón y los doce príncipes de Israel, notando á cada uno por su casa y familia.
45. Asi pues, todo el número de los hijos de Israel alistados por sus casas y familias, de veinte años arriba, que podían salir á campaña, ascendió
46. á seiscientos y tres mil quinientos y cincuenta hombres.
47. Pero los Levitas, segun las familias de su tribu, no entraron en el censo con ellos.
48. Porque el Señor habló á Moisés diciendo:
49. No cuentes á la tribu de Leví, ni mezeles la suma de los Levitas con la de los hijos de Israel,
50. sino que los destinarás al cuidado del Tabernáculo del Testimonio, de todas sus alhajas y de todo cuanto pertenece á las ceremonias. Ellos llevarán el Tabernáculo y todos sus utensilios: y se emplearán en su servicio y tendrán su campamento al rededor de él.
51. Cuando hayais de marchar, los Levitas desarmarán el Tabernáculo; cuando os habreis de acampar, le armarán. Cualquiera extraño que se arrimare, será castigado de muerte.
52. Los hijos de Israel asentarán su campamento y estarán cada uno bajo su división ó estandarte, segun los varios escuadrones de que se compone su ejército.
53. Mas los Levitas fijarán sus tiendas al rededor del Ta-

bernáculo y velarán en la guardia del Tabernáculo del Testimonio, á fin de que no descargue mi indignación sobre la muchedumbre de los hijos de Israel.

54. Hicieron, pues, los hijos de Israel todo lo que el Señor había mandado á Moisés.

*
*
*

II—*Orden que los israelitas han de guardar en sus campamentos, dividiéndolos en cuatro cuerpos al rededor del Tabernáculo, correspondiendo cada uno á uno de los cuatro puntos cardinales del mundo. (1)*

III—*Destina Dios á los levitas para que se empleen en su servicio en lugar de los primogénitos de todo Israel, manda que se registre su número, y les reparte diversos oficios. Los otros primogénitos, que sobrepujaban el número de los levitas, se rescatan contribuyendo con una suma de dinero.*

IV—*Se cuentan los levitas que había de treinta años arriba, y se halla que son ocho mil quinientos y ochenta. Se les distribuyen varios empleos por familias.*

V—*Los impuros se han de tener fuera del campamento. Leyes sobre la restitución, y sobre los celos.*

VI—*Institución y consagración de los nazarenos. Fórmula que el Sacerdote debía usar cuando bendecía al pueblo.*

VII—*Ofrendas que hicieron las doce tribus en la dedicación del Tabernáculo y del altar. Habiendo entrado Moisés en el santuario, le habla Dios desde el propiciatorio.*

VIII—*De la disposición, materia y figura del candelabro. Ceremonias que debían observarse en la consagración de los levitas.*

(1) Aunque por evitar prolijidad suprimimos el texto de estos capítulos, respecto de esto advertimos que si tanto se ha admirado el arte de los campamentos griegos y romanos, Moisés, reseñando aquí la marcha y campamento de los Hijos de Israel, hace ver el orden admirable y regularidad de su ejército en marcha.

IX.—*Manda Dios á los hebreos, que celebren la segunda Pascua en el Sinaí. Descripción de la columna de nube que por espacio de cuarenta años los guió por el desierto, defendiéndolos de los ardores del sol por el día, y alumbrándolos por la noche.*

*
* *

X.—*Manda el Señor que se hagan dos trompetas de plata; y que luego que se oigan tocar, y se levante la columna de nube, muevan el campo del desierto del Sinaí para pasar al de Pharan.*

1. Y habló el Señor á Moisés, diciendo:

2. Hazte dos trompetas de plata, batidas á martillo, con las que puedas avisar al pueblo cuando se ha de levantar el campamento.

3. Y cuando hicieres sonar las trompetas, se congregará cerca de tí toda la gente á la puerta del Tabernáculo de la alianza.

4. Si tocares una sola vez, acudirán á tí los príncipes y las cabezas del pueblo de Israel.

5. Pero si el sonido fuese más prolijo y quebrado, los que están á la parte oriental moverán los primeros el campo.

6. Al segundo toque semejante y sonido recio de la trompeta, recogerán las tiendas los que habitan al Mediodía, y lo mismo harán los demás en sonando reciamente las trompetas para la marcha.

7. Cuando se haya de congregar el pueblo, el sonido de las trompetas será sencillo y sin redoble.

8. Tocarán las trompetas los sacerdotes hijos de Aarón, y éste será un estatuto perpétuo en vuestras generaciones.

9. Si saliereis de vuestra tierra á pelear contra los enemigos que os muevan guerra, tocareis con redoble las trom-

petas, y el Señor Dios vuestro se acordará de vosotros para libraros de las manos de vuestros enemigos.

10. Cuando hubiéreis de celebrar un banquete, y días de fiesta, y las calendas, ó primer día del mes, tocareis las trompetas al ofrecer los holocaustos y víctimas pacíficas, para que vuestro Dios se acuerde de vosotros. Yo el Señor Dios vuestro.

11. El año segundo, en el segundo mes, á los veinte del mes, se alzó la nube de sobre el Tabernáculo de la alianza;

12. y los hijos de Israel, divididos en sus escuadrones, partieron del desierto de Sinaí, y la nube vino á posar en el desierto de Faran. (1)

13. Los hijos de Judá (2) divididos según sus escuadrones se pusieron en marcha los primeros, conforme á la orden del Señor, comunicada por Moisés.

14. Era el príncipe ó caudillo de ellos Nahasón, hijo de Aminadab.

15. En la tribu de los hijos de Isacar fué el príncipe Nata-nael, hijo de Suar.

16. En la tribu de Zabulón fué el príncipe Eliab, hijo de Helón.

(1) Desde el monte Sinaí partieron á un lugar, al que Moisés llamó Incendio, c. XI, 3. y tambien los Sepuleros de la concupiscencia, cap. XI y XIII, 1, y desde allí á Haseroth, cap. XI, v. últ. y por último, al desierto propio de Pharan, en cuya larga extensión se comprendian los otros dos lugares. Aunque S. Jerónimo dice, que el desierto de Pharan se extendía desde el Sinaí hasta Aziongaber, donde los hebreos hicieron su trigésima segunda mansión, hoy se considera idéntico al de Tyh. Esto es un desierto espantoso, inculto y estéril, donde no se ven hombres ni animales, ni aún pájaros por el aire. No se registran en él sino rocas, montes y alturas escarpadas quemadas de los ardores del sol, que infunden terror á todos los que pasan. No se halla camino ni senda que sirva de guía, sino áridas extensiones pedregosas, abrasadas del sol, muy molestas para los que pasan. Si los hebreos hubieran sido dóciles á las órdenes del Señor, los hubiera librado de la molestia y cansancio que padecieron en este desierto por espacio de treinta y ocho años, pues los hubiera hecho entrar luego en la posesión de la tierra que les tenía prometido. Pero como ellos no quisieron creer al Señor, sino que desacreditaron esta misma tierra, figurándose que no se podía habitar por causa de su esterilidad, ó que no podrían entrar á poseerla por el valor y resistencia de sus moradores, en castigo de su incredulidad ó insolencia con que se habían opuesto á sus designios, á que perecieron en este desierto, llevando en él una vida errante, vaga y sin destino.

(2) Por esta narración se ve que el ejército de los israelitas no marchaba con el mismo orden con que acampaba, sino que las tribus iban siguiendo las unas á las otras, caminando al frente la de Judá, y cerrando la marcha la de Dan; pues estas dos tribus eran las más fuertes y numerosas de todas.

17. Y desarmado el Tabernáculo, cargaron con él los hijos de Gersón y de Merari; y siguieron la marcha.

18. Partieron después por su orden los hijos de Ruben, divididos en sus compañías, cuyo príncipe era Elisur, hijo de Seducur.

19. En la tribu de los hijos de Simeón el príncipe era Salamiel, hijo de Surisaddai.

20. En la tribu de Gad era el príncipe Eliasal, hijo de Duel.

21. Tras éstos caminaron los Caathitas, llevando en hombros las cosas santas; y el Tabernáculo era llevado hasta el sitio donde se debía erigir. (1)

22. Movieron asimismo su campamento los hijos de Efraim, divididos en sus compañías, y de cuyo cuerpo es príncipe Elisama, hijo de Ammind.

23. En la tribu de los hijos de Manasés el príncipe era Gamaliel, hijo de Fadasur.

24. Y en la tribu de Benjamín era caudillo Abidan, hijo de Gedeón.

25. Los últimos que partieron del campamento (2) fueron los hijos de Dan, divididos por sus escuadrones, en cuyo cuerpo el príncipe era Ahiezer, hijo de Ammisaddai.

26. En la tribu de los hijos de Aser era príncipe Fegiel, hijo de Ocran.

27. En la tribu de los hijos de Neftalí era príncipe Ahina, hijo de Enan.

28. Este es el orden de los campamentos, y la manera con que debían marchar los hijos de Israel por sus escuadrones, cuando levantaban el campo.

(1) Los caathitas no dejaban la carga de sus hombros, hasta que parándose la nube, paraban ellos también en el mismo lugar para erigir en él el Tabernáculo. Luego que llegaban, le armaban sin perder tiempo, para que cuando viniesen los sacerdotes, no les quedase que hacer otra cosa, sino quitar solamente las cubiertas á los vasos del santuario y colocarlos en su lugar.

(2) Y así parece que estos cuidaban de recoger todos los que se quedaban rezagados ó se extraviaban de los cuerpos que iban delante, y de volverlos á sus respectivas banderas.

29. Dijo entonces Moisés á Hobab, (1) hijo de Ragüel Madianita, su pariente: Nosotros partimos para el país, cuyo dominio nos ha de dar el Señor: ven con nosotros para que te hagamos bien, (2) estableciéndote ventajosamente; pues el Señor ha prometido bienes á Israel.

30. Hobab le respondió: No iré contigo, sino que me volveré á mi tierra donde nací.

31. Pero Moisés: No quieras, dijo, abandonarnos, ya que tú eres práctico (3) de los sitios en que debemos acampar por el desierto, y nos servirás de guía. (4)

32. Y si vinieres con nosotros, te daremos lo mejor de las riquezas que nos ha de dar el Señor. (5)

33. Partieron, pues, del monte del Señor, caminando tres días y el Arca de la alianza del Señor los precedía, señalándoles aquellos tres días el lugar del campamento.

34. La nube del Señor iba también sobre ellos de día durante el viaje.

35. Y al tiempo de alzar el Arca, decía Moisés: Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen.

36. Mas, al asentarla, decía: Vuélvete, oh Señor, hácia la multitud del ejército de Israel.

*
* *

(1) Esto era hijo de Ragüel ó Jetró, y por consiguiente hermano de Séphora y cuñado de Moisés. Jetró, cuando se separó de Moisés y se volvió á Madian, Exodo XVIII, dejó sin duda á su hijo Hobab en compañía de Moisés.

(2) Por la manera con que Moisés hablaba á Hobab, parece que miraba ya como cercana su entrada en la tierra prometida, no previendo las murmuraciones y pecados de aquel pueblo rebelde é ingrato, que había de retardar muchos años el cumplimiento de la divina promesa.

(3) Como práctico de la tierra, pues siendo madianita y vecino á estos desiertos, tendrás conocimiento de ellos para decirnos donde hemos de acampar.

(4) Aunque la columna de nube les mostraba el lugar donde debían fijar el Tabernáculo, para que al rededor de él sentara el pueblo su campamento; esto no obstante, como la gente acampada ocupaba un grande espacio de tierra, debían buscar los sitios que eran más acomodados para plantar las tiendas, para la facilidad de proveerse de agua, y porque quería también Dios que echaran mano de aquellos medios humanos y regulares que dicta la prudencia.

(5) Hobab cedió á las instancias de Moisés, y le siguió por el desierto.

XIII—*Envía Moisés á reconocer la tierra de Canaan. Los exploradores á su regreso traen muestras de la fertilidad de la tierra. Pero todos á excepción de Josué y de Caleb, amedrentan al pueblo, y le inducen á que no piense entrar en la tierra de Canaan.*

1. Habiendo el pueblo partido de Haserot, fijó sus tiendas en el desierto de Faran. (1)

2. donde habló el Señor á Moisés, diciendo:

3. Envía sujetos principales, (2) uno de cada tribu, á registrar (3) la tierra de Canaan, la cual tengo de dar á los hijos de Israel.

4. Hizo Moisés lo que mandaba el Señor, enviando desde el desierto de Faran algunos varones principales, cuyos nombres son éstos:

18. Enviólos, pues, Moisés á reconocer la tierra de Canaan, y díjoles: Subid por la parte del Mediodía, y en llegando á los montes,

19. reconoced la tierra que tal es; y el pueblo que habita en ella, si es fuerte ó flaco, si pocos en número ó muchos.

20. Si la tierra en sí misma es buena ó mala: que tales las ciudades, si están muradas ó sin muros:

21. Si el terreno es pingüe ó estéril, si de bosques ó sin árboles. Tened buen ánimo y traednos de los frutos de la

(1) En Rothma. Los israelitas, como observan los intérpretes, habían ya acampado en el desierto de Faran, en los sepulcros de la concupiscencia, y en Haseroth, que fué su décimacuarta estación, desde donde pasaron á ésta que es la décimaquinta en Rothma, cap. XXXIII, 18, y desde aquí á Cadesbarne: uno y otro en el desierto de Faran y de Sin entre la tierra prometida, el Egipto y la Arabia. Y así fueron muchas las mansiones que hicieron en aquel anchurosísimo desierto.

(2) Moisés en el Deuter. 1. 22, cuenta, que habiendo llegado á Cadesbarne exhortó á los israelitas á que entraran á tomar posesión de la tierra que Dios les había prometido; pero que éstos llenos de desconfianza, le representaron que era mejor que enviase algunos hombres, para que vieran y reconocieran el lugar, por donde podrían entrar con mayor facilidad y seguridad, y que Moisés, aunque de algun modo conoció su desconfianza y mala fé, condescendió con sus ruegos. Esta desconfianza y pecado del pueblo, Deut. IX, fué la causa y origen de todos los males que despuesle sobrevinieron. Dios hubiera hecho entrar desde luego á su pueblo en la tierra de Canaan, como se verá en la série de esta historia, sino se hubiera hecho indigno por sus murmuraciones.

(3) O los más distinguidos de cada tribu, no los que eran las cabezas de cada tribu: porque estos tenían otros nombres.

tierra. Era entonces el tiempo en que ya se pueden comer las uvas tempranas.

22. Habiendo, pues, partido, exploraron la tierra desde el desierto de Sin (1) hasta Rohob á la entrada de Emath.

23. Y subiendo hácia el Mediodía, vinieron á Hebrón, donde estaban Aciman, y Sisai, y Tolmai, hijos de Enac. (2) Pues Hebrón fué fundada siete años antes que Tanais, (3) ciudad de Egipto.

24. Y prosiguiendo el viaje hasta el torrente del Racimo, cortaron un sarmiento con su racimo, el cual trajeron entre dos (4) en un varal. Llevaron tambien granadas é higos de aquel sitio:

25. El cual fué llamado Nehel-escol, esto es, torrente ó valle del Racimo, porque de allí llevaron el racimo los hijos de Israel.

26. Habiendo vuelto los exploradores de la tierra al cabo de cuarenta días, después de haber recorrido todo el país,

27. se presentaron á Moisés y Aarón, y á todo el pueblo de los hijos de Israel en el desierto de Faran, junto á Cades, (5) y hablando con ellos y con el pueblo todo, mostraron los frutos de la tierra,

(1) Esto es: desde un extremo á otro; porque Rohob, Dan, Emath y el Antilibano son los límites de la Tierra Prometida por la parte septentrional; y por la del mediodía Bersabée, el desierto de Sin, el Torrente ó Arroyo de Egipto [El-Arisch] y Cades. Emath era una ciudad fuerte que dió el nombre á toda la región: de donde fueron nombrados amatheos ó amatheos. Fué edificada por Hamath ó Emath hijo de Canaan. Después fué llamada Epiphania, según unos; y según otros Antioquia: y Calmet dice que fué Emest, ciudad de Siria cerca del monte Libano.

(2) Descendientes de Enac, que fué un gigante, padre de otro llamado Arbe, que edificó esta ciudad, la que por esta razón fué llamada Cariath-Arbe. Los gigantes de Canaan, por descender de Enac, se llaman Enacim: nombre que en la Escritura se usa frecuentemente como apelativo, y comprende á todo gigante.

(3) Esta era la capital del Egipto inferior, donde solían residir sus reyes, y donde Moisés hizo señalar el poder de Dios con tan estupendos prodigios. Moisés dice, que no era extraño que hubiese gigantes en Hebrón, puesto que era una ciudad tan antigua, que su fundación casi tocaba con los tiempos del diluvio. Lo que dice tambien para reprimir el orgullo de los Egipcios, que se jactaban vanamente de la antigüedad de su nación y de sus ciudades. Estaba situada sobre una sierra al Mediodía de la tierra de Canaan, y después se adjudicó á la tribu de Judá. Fué tambien destinada para que morasen en ella los sacerdotes, y declarada ciudad de asilo. Jos. XXI, 13. Muchos sucesos muy notables hicieron muy célebre á esta ciudad, que había algun tiempo sido morada de Abraham.

(4) Alápidé, citando á S. Ambrosio, dice que estos dos portadores del racimo fueron Josué y Caleb. Los viajeros modernos aseguran que se hallan todavía en aquel país vides, cuyos racimos pesan doce y más libras. Y es fácil entenderlo así, cuando en varias provincias de España se hallan de igual tamaño.

(5) Esto es Cadesbarne en el desierto de Pharan, y diferente de otro Cades en el desierto de Sin, donde murió María hermana de Aarón. Eusebio y S. Gerónimo no distinguen á Cades de Cadesbarne, y quieren que sea una misma ciudad, que unas veces se dice estar en el desierto de Sin y otras de Pharan por la proximidad de ambos lugares.

28. y dieron cuenta de su viaje, diciendo: Llegamos á la tierra á que nos enviaste: la cual realmente mana leche y miel, como se puede ver por estos frutos. (1)

29. Pero tiene unos habitantes muy valerosos, y ciudades grandes y fortificadas. Allí hemos visto la raza de Enac.

30. Amalec habita en la parte del Mediodía; el Heteo, y el Gebuseo, y el Amorreo en las sierras; y el Cananeo mora en las costas del mar y en las riberas del Jordan.

31. Entre tanto Caleb para acallar el murmullo que se levantaba en el pueblo contra Moisés, dijo: Ea, vamos allá y tomemos posesión de la tierra; que sin duda la podremos conquistar.

32. Los otros empero, que le habían acompañado, decían: De ningún modo podemos contrastar á este pueblo, siendo como es más fuerte que nosotros;

33. y desacreditaron entre los hijos de Israel la tierra que habían visto, diciendo: La tierra que hemos recorrido, se traga á sus habitantes: el pueblo que hemos visto es de una estatura agigantada.

34. Allí vimos unos hombres descomunales, hijos de Enac, de raza gigantesca, en cuya comparación nosotros parecíamos langostas.

*
**

XIV—*Josué y Caleb intentan apaciguar la murmuración, pero en vano. El Señor les amenaza de muerte; pero Moisés le aplaca, interponiendo sus ruegos. Esto no obstante los condena á todos á morir en el desierto, á excepción de Josué y Caleb.*

1. Oido esto, todo el pueblo alzó el grito y estuvo llorando aquella noche;

[1] Comienzan haciendo relación de lo que era verdad para persuadir después más fácilmente lo que era falso.

2. y todos los hijos de Israel murmuraron contra Moisés y Aarón, diciendo:

3. Ojalá hubiéramos muerto en Egipto; y haga el cielo que perezcamos en esta vasta soledad, y no nos conduzca Dios en esa tierra, donde muramos al filo de la espada, y sean llevadas cautivas nuestras mujeres y niños. ¿Pues no será mejor volvernos á Egipto?

4. Y así dijéronse unos á otros: Nombremos un caudillo y volvamos á Egipto.

5. Lo que oyendo Moisés y Aarón, se postraron pecho por tierra delante de todo el concurso de los hijos de Israel.

6. Pero Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, que habían tambien ellos explorado la tierra, rasgaron sus vestidos,

7. y dijeron al pueblo de los hijos de Israel: La tierra que reconocimos es en extremo buena:

8. Si el Señor nos fuere propicio, nos introducirá en ella y nos hará dueños de un país que mana leche y miel.

9. No queráis ser rebeldes contra el Señor, ni temáis al pueblo de esta tierra, porque nos los comeremos á todos tan fácilmente como pan: se hallan destituidos de toda defensa; el Señor está con nosotros; no los temáis.

10. Mas como gritase todo el pueblo y los quisiese matar á pedradas, se manifestó la gloria del Señor á todos los hijos de Israel sobre el Tabernáculo de la alianza.

11. Y dijo el Señor á Moisés: ¿Hasta cuándo ha de blasfemar de mí ese pueblo? ¿hasta cuándo no han de creerme, después de tantos milagros como he hecho á su vista?

12. Herirélos, pues, con peste y acabaré con ellos; y á tí te haré príncipe de una nación grande y más poderosa que ésta.

13. Replicó Moisés al Señor: Pero los Egipcios, de cuyo poder sacaste á este pueblo,

14. y también los moradores de este país, que han oido

que tú, oh Señor, estás en medio de este pueblo y te dejas ver cara á cara, y que tu nube los ampara, y que tú vas delante de ellos de día en la columna de nube, y de noche en la de fuego,

15. sabrán, Señor, que has hecho morir tanta gente como un hombre solo, y dirán:

16. No ha tenido poder para introducirlos en la tierra que les prometió con juramento, y por eso los ha muerto en el Desierto.

17. Sea, pues, engrandecida la fortaleza del Señor, como lo juraste, diciendo:

18. El Señor es paciente y de mucha misericordia, que quita el pecado y las maldades, que á ninguno deja de castigar por inocente, pues nadie lo es por sí, que castiga el pecado de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación.

19. Perdona, te ruego, el pecado de este pueblo, según la grandeza de tu misericordia, así como les has sido propicio desde que salieron del Egipto hasta este sitio.

20. Respondió el Señor: Queda perdonado, conforme lo has pedido.

21. Juro por mi vida, que toda la redondez de la tierra se llenará de la gloria del Señor.

22. Sin embargo, todos los hombres que han visto la majestad mía, y los prodigios que tengo hechos en Egipto y en el Desierto, y me han tentado ya por diez veces, y no han obedecido á mi voz

23. no verán la tierra que prometí con juramento á sus padres: ni uno siquiera de los que han blasfemado de mí la llegará á ver:

24. Pero á mi siervo Caleb, que lleno de otro espíritu me ha seguido, le introduciré yo en esa tierra que recorrió, y su descendencia la poseerá.

25. Y como el Amalecita y el Cananeo están en los

valles (1) vecinos, levantad mañana el campo y volved al desierto por el camino del mar Rojo.

26. Y habló el Señor á Moisés y á Aarón, diciendo:

27. ¿Hasta cuándo esta perversísima gente ha de murmurar contra mí? He oído las quejas de los hijos de Isreal.

28. Diles, pues: Juro por mi vida, dice el Señor, que he de hacer con vosotros puntualmente lo que he oído que hablabais.

29. En este desierto quedarán tendidos vuestros cadáveres: (2) cuantos fuisteis alistados de veinte años arriba y habeis murmurado contra mí,

30. no entrareis en esa tierra, la cual juré que os había de dar por morada: fuera de Caleb, (3) hijo de Jefone, y de Josué hijo de Nun.

31. Pero yo haré entrar en ella á vuestros pequeñuelos de quienes dijisteis que vendrían á ser la presa de los enemigos, para que vean la tierra que vosotros desestimásteis.

32. Vuestros cadáveres yaceran en el desierto.

[1] Los amalecitas moraban en los montes, v. 45, pero habían puesto emboscadas en los valles para sorprender al paso á los israelitas. El cananeo se toma aquí por los que moraban en el monte de la Idumea descendientes de Canaan. Este monte era solamente el que mediaba entre la estancia de los israelitas y la tierra prometida.

[2] Es creíble que muchos de los que no habían salido alistados para la guerra, como los levitas, cap. II, 33, y las mujeres entraron en la tierra prometida. Eleazar, que era sacerdote, cuando pasó esto, entró con Josué, y le asistió para repartir aquellas tierras entre las tribus, Josué XIV, 1.

[3] Esta sentencia no parece comprender sino aquellos que habían sido alistados capaces de manejar las armas, de veinte años arriba, v. 29. En estos censos ó alistamientos ordinarios no eran comprendidos los levitas: y esta práctica fué observada constantemente, cap. II, 33. Y así vemos á Eleazar en la tierra de Canaan, siendo así que tenía más de veinte años cuando salió de Egipto; Jos. XIV, 1. Los israelitas entraban en esta cuenta desde la edad de veinte años, cap. I, v. 3: y los levitas, desde un mes arriba, cap. III, v. 15. La razón de esto es, porque el encabezamiento se hacía de los que habían de salir á la guerra, de la cual estaban dispensados los levitas. Esta práctica nos ofrece una grande multitud de pueblo, que no fué comprendida en la sentencia pronunciada contra los rebeldes. Las mujeres solas, aunque su número no fuese sino igual al de los hombres, componen seiscientas mil almas. Supongamos también, que si en una sociedad contamos por lo menos dos personas que no hayan llegado á veinte años, por una que exceda de esta edad, hallaremos ya un millón y doscientas mil; que con las seiscientas mil mujeres referidas, nos dan un millón y ochocientas mil almas. Fuera de que está ya poco menos que demostrado, que en una sociedad hay cuatro y aún cinco que no llegan á veinte años, por una que los exceda, ni se opone á esto lo que se dice en los vv. 1, 40: Que toda la congregación alzó el grito llorando, etc., porque en semejantes expresiones se entiende solamente los principales, ó la mayor parte del pueblo, como en otros muchos lugares de la Escritura. La sentencia que el Señor pronuncia, no mira sino á aquellos hombres que fueron alistados de veinte años arriba, y que habiendo visto su majestad, y los prodigios hechos por su divino poder en Egipto y en el desierto, le habían tentado diez veces, y no habiendo querido obedecer á su voz, le habían irritado con sus desprecios y murmuraciones. Muchos de los israelitas no incurrieron tal vez en semejantes excesos y por consiguiente no fueron comprendidos en este castigo.

33. Andarán vuestros hijos vagando por el desierto por espacio de cuarenta años, pagando la pena de vuestra apostasía, hasta que sean consumidos en el mismo Desierto los cadáveres de sus padres,

34. á proporción de los cuarenta días gastados en reconocer la tierra, contando año por día. Y así por espacio de cuarenta años pagareis la pena de vuestras maldades y experimentaréis mi venganza:

35. Porque del modo que lo tengo dicho, así trataré á toda esta generación perversísima, que se ha levantado contra mí: en este Desierto se irá consumiendo y en él morirá.

36. Y en efecto todos aquellos hombres que Moisés envió á reconocer la tierra prometida y á la vuelta hicieron murmurar al pueblo contra él, publicando falsamente que la tierra era mala,

37. fueron heridos de muerte á la presencia del Señor.

38. Solamente Josué, hijo de Nun y Caleb, hijo de Jefone, quedaron con vida de todos los que fueron á explorar la tierra.

39. Y habiendo referido Moisés una por una todas estas palabras del Señor á los hijos de Israel, el pueblo prorrumpió en un amargo llanto.

40. Y luego al día siguiente, levantándose al amanecer, subieron á la cima del monte, y dijeron: Estamos prontos á ir al lugar de que habló el Señor: por cuanto conocemos haber pecado.

41. Y Moisés les dijo: ¿A qué fin quereis traspasar vosotros el mandato del Señor; cosa que nunca os saldrá bien?

42. No penseis, pues, en ir; porque el Señor no está con vosotros, sino es que querais ser derrotados por vuestros enemigos.

43. El Amalecita y el Cananeo están en frente de vosotros, al filo de cuya espada perecereis, por no haber querido rendiros al Señor: ni el Señor estará con vosotros.

44. Con todo eso, ellos ciegos y obstinados subieron á la cima del monte; mas el Arca del Tabernáculo del Señor y Moisés no se movieron de los campamentos.

45. Pero el Amalecita y el Cananeo que habitaban en la montaña, les salieron al encuentro; y batiéndolos y destrozándolos, los fueron persiguiendo hasta Horma.

*
* *

XX—*Muere María, hermana de Aarón: Moisés y Aarón son privados de entrar en la tierra prometida, por haber ofendido á Dios en las aguas de contradicción. Moisés pide paso libre al rey de Edom; y habiéndoselo negado éste, se retiran al monte Hor, donde muere Aarón. Eleazar, su hijo es consagrado soberano Pontífice.*

1. Llegaron, pues, los hijos de Israel y todo aquel gentío al desierto de Tsin, (1) al mes primero del año cuarenta de la salida de Egipto, é hizo el pueblo su mansión en Cadés. Allí murió María y fué sepultada en el mismo lugar.

2. Y faltando agua al pueblo, se mancomunaron contra Moisés y Aarón,

3. y amotinados dijeron: ¡Ojalá hubiésemos perecido allá entre nuestros hermanos delante del Señor!

4. ¿Por qué habeis conducido á la Iglesia ó pueblo escogido del Señor al Desierto, para que muramos nosotros y tambien nuestros ganados?

5. ¿Por qué nos hicisteis salir de Egipto, y nos habeis traído á este miserable terreno, que no se puede sembrar, que ni da higos, ni vides, ni granadas, y ni aún agua para beber?

6. Con esto Moisés y Aarón separándose de la gente, y

[1] Esto es diferente de otro del mismo nombre, del cual hemos hablado en el Éxodo XVI, 1.

entrando en el Tabernáculo de la alianza, se postraron contra el suelo y clamaron al Señor y dijeron: ¡Oh Señor, nuestro Dios, escucha los clamores de este pueblo, y ábreles tus tesoros, una fuente de agua viva, á fin de que, apagada su sed, cesen de murmurar! En esto apareció la gloria del Señor sobre ellos.

7. Y habló el Señor á Moisés, diciendo:

8. Toma la vara, y congregad al pueblo tú y tu hermano Aarón, y hablareis á la peña esa en presencia de toda la gente, y la peña brotará aguas. Y sacado que hubieres agua de la peña, beberá todo el pueblo con sus ganados.

9. tomó pues Moisés su vara, que se guardaba en la presencia del Señor, según él se lo mandó,

10. y congregada la multitud delante de la peña, les dijo: Oid rebeldes y descreídos, ¿por ventura podemos nosotros sacaros agua de esta peña?

11. Y habiendo alzado Moisés la mano, y herido dos veces con la vara aquella peña, salieron aguas copiosísimas por manera que pudo beber el pueblo y los ganados.

12. Dijo entonces el Señor á Moisés y Aarón: Ya que no me habéis creído en orden á hacer conocer mi gloria á los hijos de Israel, no introduciréis vosotros este pueblo en la tierra que yo les daré.

13. Esta es el agua de contradicción, donde los hijos de Israel se querellaron contra el Señor, el cual manifestó en ellos su gloria.

14. Entretanto Moisés envió desde Cades embajadores al rey de Idumea, (1) que le dijese: Esta petición te hace tu hermano Israel: Sabes bien todos los trabajos que hemos padecido:

15. como nuestros padres bajaron á Egipto, y allí hemos

(1) La Idumea, que estaba en el camino para pasar desde Cades á la tierra de Canaan era poblada de los descendientes de Esaú, hermano de Jacob ó Israel.

habitado mucho tiempo, y los Egipcios nos maltrataron á nosotros y á nuestros padres;

16. y como clamamos al Señor, y nos oyó, y envió su ángel, el cual nos sacó de Egipto. Ahora, hallándonos ya en la ciudad de Cades, situada en tus últimos confines,

17. te suplicamos nos permitas atravesar por tu tierra. No iremos por los campos, ni por las viñas, ni beberemos aguas de tus pozos, sino que marcharemos por el camino real, sin declinar á la derecha ni á la izquierda, hasta que estemos fuera de tus dominios.

18. A lo que respondió el Idumeo: No pasarás por mi tierra, que si lo haces, saldré armado á tu encuentro.

19. Replicaron los hijos de Israel: Seguiremos siempre la carretera, y en caso de beber de tus aguas nosotros y nuestros ganados, pagaremos lo justo; no habrá dificultad alguna en el precio; solo con que nos dejéis expedito el paso.

20. Mas él respondió: No pasareis. Y luego les salió al encuentro con infinita gente y de mano armada.

21. Y no quiso otorgar lo que le rogaban, á saber, que les concediese paso por sus confines. Por cuya causa tiró Israel hácia otra parte. (1)

22. Movido, pues, de Cades el campo, llegaron al monte Hor, que está en los límites de la Idumea:

23. donde habló el Señor á Moisés, diciendo:

24. Vaya Aarón á incorporarse con su pueblo; porque no ha de entrar en la tierra que tengo dada á los hijos de Israel; por haber sido incrédulo á mis palabras allá en las aguas de contradicción.

25. Toma contigo á Aarón y á su hijo con él, y los conducirás al monte Hor. (2)

[1] Tomó la vuelta de la Idumea hácia el Mediodía. En el Deuter. XII, 29, se dice, que los idumeos dieron paso libre por sus tierras á los israelitas para entrar por ellas á la tierra de Canaan. Lo que se debe entender de los idumeos occidentales que confinaban con los moabitas; porque estos, de quienes aquí se dice que se negaron á ello, son los orientales, que estaban bastante inmediatos á Cades.

[2] En el Deuter. X, 6, se dice, que Aarón murió y fué enterrado en Mosera, pero es un mismo lugar. Mosera es el sitio donde estaban acampados los israelitas al pié del monte Hor, como se colige del cap. XXXIII, vv. 37, 38.

26. Y después de desnudar al padre de sus vestiduras, se las revestirás á su hijo Eleazar. Aarón morirá allí, y será reunido con sus padres.

27. Moisés hizo lo que le mandó el Señor, y subieron al monte Hor á vista de todo el pueblo.

28. Donde, despojando á Aarón de sus vestiduras, revistió con ellas á Eleazar, su hijo.

29. Muerto aquel sobre la cima del monte, descendió Moisés con Eleazar.

30. Y toda la multitud, así que oyó que Aarón había muerto, hizo duelo por él treinta días en todas sus familias.

*

* *

XXI—*Israel vence á Arad, rey cananeo. El pueblo murmura de nuevo: Dios le castiga con picaduras de serpientes: Moisés levanta una serpiente de bronce, cuya vista es eficaz remedio contra ellas. Los israelitas vencen á los reyes Sehón y Og.*

1. Y como hubiese oído Arad, rey de los cananeos, que habitaba en Mediodía, que Israel había venido por el mismo camino de los exploradores, peleó contra él; y saliendo vencedor se llevó los despojos.

2. En vista de esto, Israel, obligándose al Señor con voto, dijo: Si entregares á ese pueblo en mi mano, arrasaré sus ciudades.

3. Otorgó el Señor la súplica á Israel, y entrególe el Cananeo; á quien él pasó á cuchillo, asolando sus ciudades, por lo que llamó el nombre de aquel lugar Horma, esto es, anate-ma ó desolación total.

4. Partieron después del monte Hor, camino del Mar Rojo, (1) á fin de ir rodeando la Idumea. Y empezó el pueblo á enfadarse del viaje y del trabajo;

(1) El mar Bermejo no estaba distante del monte Hor, refiriéndose al golfo de Akabah,

5. y hablando contra Dios y Moisés dijo: ¿Para qué nos sacaste de Egipto para que muriesemos en el desierto? Falta el pan, no hay agua, nos provoca ya á náusea este manjar sin sustancia.

6. Por lo cual el Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras, por cuyas mordeduras hubo muerte de muchísimos,

7. fué el pueblo á Moisés, y dijeron todos: Pecado hemos, pues hemos hablado contra el Señor y contra tí: suplícale que aleje de nosotros las serpientes. Hizo Moisés oración por el pueblo

8. y el Señor le dijo: Haz serpiente de bronce, y pónla en alto para señal, quien quiera que siendo mordido la mirare, vivirá.

9. Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce, y púsola por señal, (1) á la cual mirando los mordidos, sanaban.

10. Partidos de aquí los hijos de Israel, acamparon en Oboth; (2)

11. de donde habiendo salido, plantaron sus tiendas en Jeabarim, en el desierto que mira á Moab, hácia la parte oriental.

12. Decampando de allí, vinieron al torrente de Zared:

13. Después dejando á éste, acamparon enfrente del de Arnón, que está en el Desierto y á la frontera del Amorreo; (3) por cuanto el torrente Arnón es término de Moab, que divide á los Moabitas de los Amorreos.

14. De donde se dice en el libro de las guerras del Señor: (4) Lo que hizo en el mar Rojo, eso mismo hará en los torrentes de Arnón.

[1] Muy grande debió ser esta serpiente, dice Menochio, y levantada sobre un varal ó columna para que fuese vista, añade Alápide, por todo el campamento que ocupaba dos leguas á la redonda. Lo que curaba á los Israelitas de las picaduras de las serpientes, no era el mirar á ésta de bronce, sino la confianza que ponían en la bondad de Dios mirándola. Y así ésta no era más que una señal que les mostraba la intención y la acción de Dios para curarlos.

[2] Moisés omite aquí dos mansiones que hicieron los israelitas en Salmuna y Phunón, entre el monte Hor y Oboth, que se refieren en el cap. XXXIII, vv. 41, 42.

[3] Está, ó se termina en la frontera de los amorreos. Estos eran descendientes del segundo hijo de Canaan, y sus posesiones formaban dos reinos, el de Hesebón y el de Basan.

[4] Este libro fuese sagrado, como quieren unos, ó ya profano, como sienten otros, se ha perdido.

15. Los escollos de los torrentes se bajaron para que pasasen los Israelitas, y reposasen en Ar, y se acampasen en los confines de Moab.

16. Desde aquel sitio pasaron á Beer, donde apareció el pozo, acerca del cual dijo el Señor á Moisés: Junta el pueblo que yo te daré agua.

17. Entonces entonó Israel este cántico: Brote agua el pozo (cantaron á una),

18. el pozo que los príncipes abrieron, y formaron con sus báculos los caudillos de Israel dirigidos por el legislador Moisés. De este desierto pasaron á Mattana.

19. De Mattana fueron á Nahaliel y de aquí fueron á Bamot.

20. De Bamot fueron á donde hay un valle en el territorio de Moab, hacia la cumbre del Fasga, (1) que está en el desierto.

21. Desde allí envió Israel embajadores á Sehón, rey de los Amorreos, diciendo:

22. Ruégote que me dejes pasar por tu tierra, no torceremos hácia los campos y viñas; ni beberemos agua de los pozos: marcharemos por el camino real, hasta que hayamos pasado tus términos.

23. No quiso Sehón permitir que Israel atravesase por su país; antes bien, juntando sus tropas, le salió al encuentro en el desierto, y vino hasta Iasa, y le dió batalla.

24. Mas fué pasado á cuchillo por los hijos de Israel y, ocupada su tierra desde Ammón hasta Jaboc, y hasta los confines de los hijos de Ammón, porque las fronteras de los Ammonitas estaban defendidas (2) con fuertes guarniciones.

25. Apoderóse, pues, Israel de todas las ciudades y ocupó

[1] Era como la puerta del monte Nebo, que también era parte del monte Abarim, Deuter. XXXII, 49, entre el territorio de Rubén y de Moab, Dios mandó á Moisés que subiera á este monte, para registrar desde allí la tierra de Canaan y en este mismo murió.

[2] Y fuera de esto, Dios había prohibido á los Israelitas que tocaran en el territorio de Ammón. Deut. II, 9.

las fortalezas de los Amorreos, es á saber: Hesebón, y sus aldehuelas.

26. La ciudad de Hesebón (1) había venido á ser de Sehón, rey de los Amorreos, quien hizo guerra contra el rey de Mohab, y se apoderó de toda la tierra que había sido en su dominio hasta Arnón.

27. De donde quedó en proverbio: Venid á Hesebón, fortifíquese y restáurese la ciudad para el rey Sehón.

28. Salió fuego (2) de Hesebón y llamas del castillo de Sehón, y abrasaron á Ar de los moabitas y á los moradores de las alturas de Arnón.

29. ¡Ay de tí (3) Moab! Perciste, oh pueblo de Camos! Camos, vuestro Dios, ha entregado vuestros hijos á la fuga y sus hijas al cautiverio de Sehón, rey de los Amorreos.

30. Queda roto el yugo (4) que los oprimía desde Hesebón hasta Dibón; sin aliento llegaron á Nofe y no pararon hasta Medaba.

31. Los israelitas, pues, ocuparon el país del Amorreo.

32. Moisés entretanto envió exploradores á Jazer, cuyos lugarcillos tomaron, y se hicieron dueños de los habitantes.

33. Dando después la vuelta, subieron por el camino de Basan, y les salió al encuentro Og, rey de Basan, con toda su gente para atacarlos en Edrai.

34. Pero dijo el Señor á Moisés: No le temas, porque en tus manos le tengo entregado á él y á todo su pueblo y

(1) Esta había sido de los moabitas; pero los amorreos la tomaron á fuerza de armas, y quedó sujeta á su dominio. En el cap. XI de los Jueces se refiere, que los moabitas pretendieron trescientos años después, que los israelitas les restituyesen á Hesebón y las otras ciudades. Estaba situada en las montañas frente de Jerichó á veinte millas del Jordán.

[2] Victorioso Sehón, asoló toda la región, y consumió los campos de Ar á manera de fuego. Puede ser que la tomara también después de haber rendido á Hesebón, pero cuando los israelitas llegaron á esta región, estaba otra vez Ar en poder de los moabitas. Deuter. I, 9, 18, 19.

[3] Era Camos el Dios de los moabitas, que no los había podido preservar de la desolación que padecieron, sino que por el contrario les hizo volver cobardemente las espaldas, y que abandonasen á sus mujeres ó hijas para que fuesen esclavas de Sehón, rey de los amorreos.

[4] Su dominio desde Hesebón hasta Dibón fué destruido, porque pasó á Sehón: ellos volvieron las espaldas y no cesaron de huir hasta Nofe y Medaba, á donde llegaron fatigados y sin aliento.

tierra, y harás con él lo mismo que hiciste con Schón, rey de los Amorreos, que habitaba en Hesebón.

35. Mataron, (1) pues, también á este rey con sus hijos y toda su gente sin dejar hombre con vida, y se apoderaron de su tierra.

*
* *
*

XXXIII—*Se hace una descripción de las cuarenta y dos mansiones de los israelitas en el desierto.*

1. Estas son las mansiones (2) de los hijos de Israel después que salieron de Egipto divididos por escuadrones, bajo la conducta de Moisés y Aarón;

2. las que describió Moisés, según los lugares de los campamentos que iban mudando por orden del Señor.

3. Partidos, pues, de Rameés los hijos de Israel, el mes primero á quince del mismo, al otro día de la Pascua, por un efecto de la mano poderosa del Señor, viéndolo todos los Egipcios,

4. y mientras que sepultaban á todos los primogénitos, muertos por el Señor, el cual ejerció también su venganza en sus dioses.

5. fueron á acampar en Soccot.

6. Y de Soccot vinieron á Etham, que está en los últimos términos del Desierto.

[1] Las dos batallas que se refieren aquí valieron al pueblo de Israel la conquista de dos reinos que tenían de treinta á cuarenta leguas de largo, y doce de ancho en la ribera oriental del Jordan. El territorio de Basan se llamó después de Bathanea.

[2] Por mansiones se entienden aquellos lugares en que los israelitas por orden de Dios acamparon y permanecieron de asiento, hasta que el Señor por medio de la columna de nube les significaba, que recogieran sus tiendas para ponerse en marcha y pasar adelante. Las mansiones, no eran ciudades por lo común, sino lugares denominados por alguna circunstancia, como *Marah*, amargura; *Elim*, cordero; *Remmon fares*, granados, *Arada*, estupor, milagro, *Rafidim*, destrucción de los fuertes; *Melca*, dulzura; y no porque fueran ciudades como Cades, Faran, Hesebón y otras, pues parecería raro que estuviesen estas escalonadas en el desierto según las jornadas exactas del pueblo de Israel; de aquí es que no puedan identificarse con ruinas todas las mansiones, y que para el viajero baste calcular la duración de su jornada de 8 ó 9 horas para poderlas precisar en el Mapa como hemos hecho. Además se trata de un ejército inmenso.

7. Saliendo de aquí vinieron frente á Fihahiroth que mira á Beelsefón, y acamparon delante de Mágdalo.

8. Marchando de Fihahiroth pasaron por en medio del mar al Desierto, y andando tres días por el desierto de Etham acamparon en Mara.

9. Partiendo después de Mara, llegaron á Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras, y sentaron allí sus reales.

10. De aquí, levantando el campo, fijaron sus tiendas en la playa del Mar Rojo. Y marchando del mar Rojo,

11. acamparon en el desierto de Sin:

12. De donde partiendo vinieron á Dafea.

13. Y alzando el campo de Dafea, le pusieron en Alús.

14. Saliendo de Alús, fijaron los pabellones en Refidim, donde faltó al pueblo agua para beber.

15. Dejando á Refidim, (1) acamparon en el desierto de Sinaí.

16. Al cabo salidos del desierto de Sinaí, vinieron á hacer alto en los Sepulcros del antojo ó concupiscencia.

17. Y de los Sepulcros de la concupiscencia, fueron á Haserot.

18. De Haserot pasaron á Retma.

19. Y marchando de Retma, (2) sentaron los reales en Remonfares.

20. De donde pasaron á Lebna.

21. De Lebna acamparon en Resa.

22. Marchando de Resa, vinieron á Celata.

23. De allí trasladaron los reales al monte Sefer.

24. Del monte Sefer vinieron á parar en Arada.

25. Movidos de aquí pararon en Macelot.

26. Partidos de Macelot, acamparon en Taat.

(1) También se escribe por los intérpretes *Rafidim*.

[2] Entre Retma y Remonfares está la primera estación ó campamento de Cadesbarne, que es uno de los más célebres por haber sido enviados desde allí los exploradores; y acaso por esta misma celebridad se omitió en este lugar ó porque ya se nombra en el v. 36, la segunda vez que hicieron campamento en este lugar. Muchos creen que esta vez no acamparon en Cadesbarne, sino sólo en Rethma ó en las cercanías de Cadesbarne, y de allí pasaron á Remonfares.

27. De Taat mudaron el campo á Tare,
 28. de donde fueron á parar en Metca.
 29. De Metca pasaron á Hesmona.
 30. Partidos de Hesmona, se acamparon en Moserot.
 31. De Moserot trasladaron los reales á Benejaacan.
 32. De Benejaacan marcharon al monte Gadgad,
 33. de donde partiendo fueron á Jetebata.
 34. De Jetebata pasaron á Hebrona.
 35. Dejada Hebrona, se acamparon en Aziongaber.
 36. Marchando de aquí fueron á parar en el desierto de Tsin, donde está Cades. (1).
 37. Y habiendo salido de Cades, acamparon en la falda del monte Hor, en los últimos confines del país de Edom.
 38. Allí subió el sumo sacerdote Aarón al monte Hor por mandato del Señor; y allí murió á los cuarenta años de la salida de los hijos de Israel de Egipto, el mes quinto el primer día del mes,
 39. siendo de edad de ciento veinte y tres años. (2).
 40. Aquí fué cuando Arad, rey de los cananeos, que habitaba hácia el Mediodía, supo que venian los hijos de Israel para entrar en la tierra de Canaan.
 41. Saliendo estos del monte Hor, fijaron sus campamentos en Salmona.
 42. Salidos de aqui vinieron á Funón.
 43. Partiendo de Funon acamparon en Oboth.
 44. De Oboth pasaron á Ijeabarim, que está en los confines de los Moabitas.
 45. Movido el campo de Ijeabarim, le asentaron en Dibongad
 46. de donde le trasladaron á Helmondeblataim.
 47. Y habiendo salido de Helmondeblataim, vinieron á los montes de Abarim, enfrente del monte Nebo.

(1) *Kadesh-Barnea*, segun otra traducción, y tambien *Cadesbarne*.

(2) De aquí consta que Aarón murió este mismo año, y que tenía tres años más que Moisés, quien murió de ciento y veinte.

48. Dejando los montes de Abarim, pasaron á las campiñas de Moab en las orillas del Jordan, enfrente de Jericó.

*
 **

LIBRO DEL DEUTERONOMIO. — I. *Se hace una recapitulación de los principales sucesos, que acontecieron á Israel en el desierto por espacio de cuarenta años.*

1. Estas son las palabras que habló Moisés á todo Israel antes de pasar el Jordan en la campiña desierta, frente del mar Rojo (1) entre Faran y Tofel y Laban y Haserot, donde hay minas de oro en abundancia,
2. á once jornadas (2) de Horeb por el camino del monte Seir hasta Cadesbarne.
3. En el año cuadragésimo (3) de la salida de Egipto, en el mes undécimo, el primer día del mes, anunció Moisés á los hijos de Israel todo lo que le mandó el Señor que les dijera.
4. Despues que derrotó á Sehón, rey de los Amorreos, que tenía su corte en Hesebón, y á Og, rey de Basan, que moró en Astaroth y en Edrai,
5. á la otra parte del Jordan, en el país de Moab, Moisés comenzó á explicarles la ley del Señor y á decirles:
6. Dios nuestro Señor nos habló en Horeb, diciendo: bastante tiempo habeis permanecido junto á este monte.
7. Dad la vuelta y marchad á las montañas de los Amorreos y demás lugares vecinos, extendiéndooos por los llanos, y por los montes y valles que yacen al Mediodía, y á la costa

[1] Aunque á una distancia bien considerable. Moisés hace mención aquí del mar Rojo, para traer á la memoria los asombrosos milagros que hizo allí el Señor en favor de su pueblo.

[2] Que dista once jornadas de Horeb. Aquí se cuentan los días que caminaron, no los que emplearon en diversas mansiones, con el fin de traerles á la memoria, que hubieran podido llegar en breve tiempo á la tierra prometida, si sus rebeliones no lo hubieran retardado.

[3] De la salida de Egipto, y poco antes de la muerte de Moisés, que aconteció el día séptimo del mes duodécimo.

del mar Mediterráneo, por la tierra más septentrional de los Cananeos y del Líbano hasta el gran río Eufrates. (1)

8. Mirad, dijo, que os la tengo dada; entrad y tomad posesión de la tierra, acerca de la cual juró el Señor á vuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, que se la daría á ellos, y después de ellos á su descendencia.

9. En aquel mismo tiempo os dije:

10. No puedo yo solo gobernaros: porque el Señor Dios vuestro os ha multiplicado, y en el día de hoy sois en grandísimo número como las estrellas del cielo.

11. (El Señor Dios de vuestros padres, añada aun á este número muchos millares y os llene de bendiciones como lo tiene dicho).

12. Yo no puedo solo llevar el peso de vuestros negocios y pleitos.

13. Escoged de entre vosotros varones sabios y experimentados, de una conducta bien acreditada en vuestras tribus, para que os los ponga por caudillos y jueces.

14. Entonces me respondísteis: Acertada cosa es la que quieres hacer.

15. Y así tomé de vuestras tribus varones inteligentes y esclarecidos, y los constituí por príncipes vuestros, por tribunos y centuriones, y cabos de cincuenta y de diez hombres, que os instruyesen en cada cosa.

16. Y mandéles diciendo: Oidlos y haced justicia: ora sean ciudadanos, ora extranjeros.

17. Ninguna distinción hareis de personas: del mismo modo oireis al pequeño que al grande: ni guardareis miramiento á nadie, pues que vosotros sois jueces en lugar de

[1] Los términos de la tierra prometida que aquí se señalan, llegan hasta el Eufrates; y en el cap. XXXIV, de los Números y en otros lugares son mucho más reducidos los que se ponen. Por otra parte consta que los hebreos nunca extendieron, ni aun en el tiempo de Salomón, el lugar de su habitación hasta el Eufrates. Para satisfacer á esta dificultad es necesario tener advertido, que fueron dos tierras las que prometió el Señor á los hebreos: una, como hereditaria y propia, en la que habitaron, y ésta fué más reducida, esto es, desde Dan hasta Bersabée, y desde la entrada de Emath hasta el arroyo de Egipto: y otra, que se extendía hasta el Eufrates, y que solamente fué tributaria de los hebreos en tiempo de David y de Salomón; y de esta segunda es de la que se habla en este v. 7. (Véase el Mapa núm. II.)

Dios. Mas si alguna cosa difícil os ocurriere, dadme parte á mí, y yo determinaré.

18. En suma os ordené todo cuanto debiais hacer.

19. Al fin habiendo partido de Horeb, pasamos por aquel grande y espantoso desierto, que visteis camino de la montaña del Amorreo, como Dios nuestro Señor nos había mandado; y estando ya en Cadesbarne,

20. os dije: Habeis llegado á la montaña del Amorreo, de la cual nos ha de dar Dios nuestro Señor la posesión.

21. Mira, ¡oh Israel! la tierra que te da tu Señor Dios: sube y ocúpala como Dios nuestro Señor lo prometió á tus padres; no tienes que temer, ni alarmarte por nada.

22. Y acudisteis á mí todos, y dijisteis: Enviemos personas que reconozcan la tierra, y nos informen por qué camino debemos subir, y á cuáles ciudades nos encaminarnos.

23. Habiéndome parecido bien el pensamiento, despaché doce hombres de entre vosotros, uno de cada tribu.

24. Los cuales, puestos en camino, habiendo atravesado las montañas, llegaron hasta el valle del Racimo; y reconocida la tierra,

25. tomando de sus frutos para muestra de la fertilidad, nos los trajeron, y dijeron: Buena es la tierra que el Señor Dios nuestro nos ha de dar.

26. Mas vosotros no quisísteis subir: ántes bien incrédulos á la palabra de Dios nuestro Señor,

27. murmurásteis en vuestras tiendas y dijisteis: El Señor nos aborrece, y por eso nos sacó de la tierra de Egipto, para entregarnos en manos del Amorreo y acabar con nosotros.

28. ¿Á dónde irémos? Los mensajeros nos han aterrado, diciendo: Es mucho el gentío que hay en el país y de más alta estatura que nosotros: las ciudades son grandes y fortificadas con muros que llegan hasta el cielo: y allí hemos visto á los hijos de Enaceos ó gigantes.

29. Entonces os dije yo: No temais, ni tengais miedo de ellos.

30. El Señor Dios, el cual es vuestro conductor, él mismo peleará por vosotros, como lo hizo en Egipto á vista de todos.

31. Y en el Desierto (tú mismo ¡oh Israel! lo has visto), el Señor tu Dios te ha traído en brazos por todo el camino que habeis andado hasta llegar á este lugar, á la manera que suele un hombre traer á su hijo chiquito.

32. Pero ni aún así creísteis al Señor vuestro Dios,

33. el cual ha ido él mismo delante de vosotros todo el viaje, y ha demarcado los sitios en que debiais plantar las tiendas, enseñándoos el camino, de noche con la columna de fuego, y de día con la de nube.

34. Y cuando el Señor oyó el rumor de vuestras quejas, indignado juró y dijo:

35. Ninguno de los hombres de esta pésima generación verá la excelente tierra que tengo prometida con juramento á sus padres;

36. excepto Caleb, hijo de Jefone; ese la verá, y á ese le daré la tierra que pisó, y á sus hijos; porque ha seguido al Señor.

37. Ni es de maravillar esta su indignación contra el pueblo; visto que aun contra mí, enojado el Señor por causa vuestra, dijo: ni tampoco tú entrarás en esa tierra.

38. Mas Josué, hijo de Nun, ministro tuyo, ése entrará por tí; y así exhórtale y aliéntale, pues él es el que ha de repartir por suerte la tierra de Israel.

39. Vuestros pequeñuelos, de quienes dijísteis que serían llevados cautivos, vuestros niños que hoy no saben discernir el bien del mal, esos son los que entrarán; y á ellos daré yo la tierra, y la poseerán.

40. Mas vosotros volvéos atrás, y marchad al Desierto por el camino que conduce al mar Rojo.

41. Entonces me respondísteis: Hemos pecado contra el Señor; subiremos á esa tierra, y pelearémos conforme ha ordenado el Señor Dios nuestro. Y como armados os encaminasteis hácia el monte,

42. me dijo el Señor: Adviérteles que no vayan, ni peleen; porque yo no estoy con ellos: no sea que queden pos-trados á los piés de sus enemigos.

43. Os lo dije y no hicisteis caso, sino que oponiéndoos al mandato del Señor, é hinchados de soberbia subisteis al monte.

44. Entonces habiendo salido á vuestro encuentro el Amorreo, que habitaba en las montañas, os persiguió como suelen perseguir las abejas al que las inquieta, y os fué acuchillando desde Seir hasta Horma.

45. Y por más que llorásteis á la vuelta en presencia del Señor, no quiso escucharos ni condescender con vuestros ruegos.

46. Por eso estuvísteis de asiento por mucho tiempo en Cadesbarne.

*
* *

II.—*Manda Dios á los Israelitas, que no pasen por los términos de la Idumea. Se refiere aquí la victoria que consiguieron de Sehón, rey de Hesebón: y otros beneficios con que el Señor distinguió á su pueblo.*

1. Partidos de aquí, fuimos al desierto que guía al mar Rojo, como el Señor me había dicho, y anduvimos largo tiempo rodeando las montañas de Seir. (1)

[1] Estos son los montes de la Idumea, que no sin fundamento tomaron este nombre de Esau, que se llamó tambien Edom y Seir, esto es, rojo y belloso.

2. Y me dijo el Señor:

3. Bastante habeis ido rodeando por estos montes: id ahora hacia el Septentrión:

4. Y tú da esta orden al pueblo, diciéndole: Vosotros pasaréis por los confines de vuestros hermanos, los hijos de Esaú que habitan en Seir, y os temerán. (1)

5. Mas guardaos bien de moverles guerra, porque no os daré de su tierra ni siquiera la huella de un pié, por cuanto dí á Esaú en posesión las montañas de Seir,

6. compraréis de ellos á dinero contante las vituallas que hubiéreis de comer; (2) y tambien el agua que sacareis de sus pozos para beber.

7. El Señor Dios tuyo ha echado su bendición en todo cuanto has puesto tus manos; ha dirigido tu viaje, de manera que has andado cuarenta años por este vasto desierto, acompañándote el Señor Dios tuyo, y nada te ha faltado.

8. Pasado que hubimos los confines de nuestros hermanos, los hijos de Esaú, que habitaban en Seir, por el camino llano desde Elath y desde Aziongaber, llegamos al camino que conduce al desierto de Moab. (3)

9. Aquí me dijo el Señor: No obres hostilmente contra los Moabitas, (4) ni trabes batalla con ellos: que no te daré ni un palmo de su tierra, puesto que la posesión de Ar se la he dado á los hijos de Lot.

10. Los Emimeos (5) ó Terribles, fueron los primeros pobladores, pueblo numeroso y valiente y de talla tan alta, que eran tenidos como gigantes de la raza de Enacim;

[1] En el cap. XX, 22, de los Números se dice que el rey de Edom negó el paso á los israelitas por la Idumea; pero después movido sin duda de los prodigios, que obraba el Señor en favor de su pueblo, le dejó pasar por los confines de su reino.

[2] Aunque tenían el maná, podían comer tambien otros manjares.

[3] Moisés refiero aquí por modo de compendio su dilatado viaje, y se han de suplir aquí muchas mansiones que se han expresado ya en sus lugares.

[4] La ciudad de Ar, situada á la orilla de Arnón, era la capital de los Moabitas, y en ella se oñtiende todo el país.

[5] De donde se infiere que hubo gigantes aun despues del dilavio; y de la existencia de ellos tomaron ocasion los griegos para inventar tantas fábulas.

11. y en realidad eran semejantes á los Enaceos. Finalmente los Moabitas los llaman Emim.

12. En Seir asimismo habitaron antes los Horreos; y arrojados (1) éstos y destruidos, entraron en su lugar los hijos de Esaú, como lo hizo Israel en la tierra cuya posesión le dió el Señor.

13. Poniéndonos, pues, en camino para pasar el torrente Zared, arribamos á él.

14. El tiempo que gastamos desde Cadesbarne hasta el paso del torrente Zared, fué de treinta y ocho años; á fin de que toda aquella generación de hombres aptos para la guerra, alistados al salir de Egipto, feneciese (2) en los campamentos, como lo tenía jurado el Señor:

15. Cuya mano descargó contra ellos, haciendo que muriesen en los campamentos.

16. Muertos finalmente todos aquellos guerreros,

17. me habló el Señor, diciendo:

18. Tú vas á pasar hoy por las fronteras de Moab, y de una ciudad que tiene por nombre Ar:

19. Mas en llegando á las cercanías de los hijos de Ammón, guárdate de moverles guerra, ni pelear contra ellos: que nada te daré de los hijos de Ammón, por cuanto la dí en posesión á los hijos de Lot.

20. Tierra que fué considerada como país de gigantes; pues en ella moraron antiguamente unos gigantes que los Ammonitas llaman Zomzommim,

21. pueblo grande y numeroso, y de altura descomunal, á semejanza de los Enaceos. El Señor los exterminó por mano de los ammonitas, é hizo que éstos poblasen la tierra en su lugar;

[1] Esto se debe entender de los dominios de Sehón y de Og, que poseían los israelitas, y tambien de las posesiones que habian de tener: pues Moisés por espíritu profético hablaba de lo venidero como de lo pasado.

[2] Hasta tanto que pereziesen todos los que habian salido de Egipto, que podían llevar armas y pelear, y como tales estaban alistados en el encabezamiento que hizo Moisés.

22. como lo había hecho con los hijos de Esaú que habitan en Seir, destruyendo á los Horreos y entregándoles su tierra, la cual poseen hasta el día de hoy.

23. Del mismo modo á los Heveos, que habitaban en Haserim hasta Gaza, los expelieron los Capadocios, que salidos de la Capadocia acabaron con ellos, y habitaron en su lugar.

24. Ea, pues, preveníos, os dijo entonces el Señor, y pasad al torrente de Arnón. Sábete, oh Israel, que yo he puesto en tu mano á Sehón, rey de Hesebón, el amorreo empieza desde luego á ocupar su tierra y á hacerle la guerra:

25. Hoy comenzaré yo á infundir tu terror y espanto sobre los pueblos que habitan debajo de cualquier parte del cielo: de suerte que al oír tu nombre tiemblen, y como las mujeres que están de parto, se estremezcan y queden penetrados de dolor.

26. Envié, pues, mensajeros desde el desierto de Cademot á Sehón, rey de Hesebón, con proposiciones pacíficas, diciendo:

27. Pasaremos por tu tierra yendo por el camino real, sin torcer ni á derecha ni á izquierda.

28. Véndonos por su valor los víveres para nuestro sustento, y dáenos por nuestro dinero el agua que bebamos. Permítenos solamente el paso,

29. como lo hicieron los hijos de Esaú, que habitaban en Seir, (1) y los Moabitas que moran en Ar; hasta que arribemos al Jordan, y entremos en la tierra que nos ha de dar el Señor Dios nuestro.

30. Mas no quiso Sehón, rey de Hesebón, concedernos el paso (2) por haber el Señor tu Dios permitido que hubiese

[1] Al principio les negaron el paso; pero después se lo concedieron por sus fronteras, y les permitieron tomar víveres, que pagaron. Algunos creen que estos hijos de Esaú moradores de Seir, que concedieron á los israelitas el paso, son diferentes de los idumeos que se lo negaron.

[2] Lo que prueba la justicia de esta guerra. Los delitos de este rey lo hicieron digno de que Dios le abandonara á las tinieblas de su propio espíritu, y le negara la luz que podía hacerle conocer lo que le era más ventajoso en tales circunstancias, y más conforme al carácter de su persona.

endurecido su ánimo y obstinado su corazón, á fin de entregarle en tus manos, como ahora ves.

31. Entonces me dijo el Señor: Hé aquí que he comenzado á entregarte á Sehón y su tierra; empieza tú á poseerla.

32. Salió, pues, Sehón con toda su gente á presentarnos batalla en Iasa.

33. Y el Señor Dios nuestro nos le entregó, y le matamos á él, á sus hijos y á toda su gente.

34. Al mismo tiempo tomamos todas las ciudades, quitando la vida á sus habitantes, hombres, mujeres, y niños, sin perdonar cosa alguna,

35. salvo las bestias, que fueron parte del botín, como los despojos de las ciudades que ocupamos,

36. desde Aroer, ciudad situada en un valle sobre la ribera del torrente Arnón, hasta Galaad. No hubo aldea ni ciudad que escapara de ser presa nuestra: todas nos las entregó el Señor Dios nuestro,

37. menos la tierra de los hijos de Ammón, (1) á que no tocamos, y todo el país de la orilla del torrente Jaboc, y las ciudades de las montañas, y todos los demás lugares que nos vedó el Señor Dios nuestro.

*
* *

XXXIV — *Moisés desde el monte Nebo registra la tierra de promisión, y muere allí. El Señor le da una sepultura que se ignora. Israel le llora y le es sustituido Josué.*

1. Subió, pues, Moisés de la llanura de Moab al monte Nebo (2) sobre la cumbre del Fasga en frente de Jericó, y mostróle el Señor toda la tierra de Galaad hasta Dan,

[1] En el capítulo XIII de Josué se lee, que este territorio fué adjudicado á la tribu de Gad: se llama tierra de los hijos de Ammón ó de los ammonitas, porque fueron estos los primeros que la poblaron, después que fué invadida y ocupada de todas partes por los Amorreos.

[2] El Nebo y el Fasga eran dos porciones de los montes de Abarim de Oriente á Occidente, y entraba en el territorio que habia ocupado antes Sehón rey de los amorreos.

2. y toda la de Neftalí, y la comarca de Efraim y de Manasés, y todo el país de Judá hasta el mar occidental ó Mediterráneo,

3. y la parte meridional, y la espaciosa vega de Jericó, ciudad de las palmas (1) hasta Segor,

4. y el Señor le dijo: Hé ahí la tierra de la cual juré á Abraham, á Isaac y á Jacob, diciendo: A tu descendencia se la daré. Tú la has visto con tus ojos; más no entrarás en ella.

5. Y murió allí Moisés, siervo del Señor, (2) en tierra de Moab, habiéndolo dispuesto así el Señor;

6. quien le hizo sepultar en un valle del desierto de Moab, en frente de Fogor; y ningun hombre hasta hoy ha sabido su sepulcro. (3)

7. Era Moisés de ciento y veinte años cuando murió; no se ofuscó su vista, ni los dientes se le movieron.

8. Y lloráronles los hijos de Israel por espacio de treinta días (4) en las llanuras de Moab: despues de los cuales concluyeron el luto los que le lloraban.

.

[1] Esta expresión «ciudad de las palmas», es oposición á la palabra Jericó, de modo que se debe entender, que Jericó era la ciudad de las palmas, como consta más claramente del libro segundo Paralipom. XVIII, 15. La ciudad Asasonthamar del Génesis, XIV, 7, se llamó despues Engaddi.

[2] No por efecto de alguna enfermedad, sino solamente por la voluntad de Dios. Murió al principio del mes duodecimo, que corresponde á la luna de Febrero. Menochio dice, que es más verosímil, que desde este versículo hasta el fin del capítulo fué escrito por Josué: San Jerónimo dice que lo fué por Esdras; pero todos lo reconocen por canónico y divino.

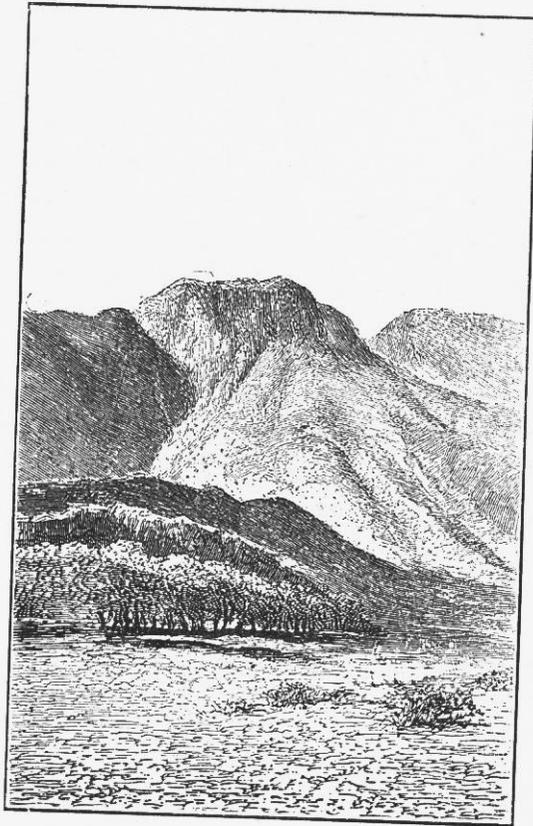
[3] Quiso el Señor que su sepulcro quedara desconocido, para que los israelitas, que de suyo eran propensos á la idolatria, no le adorasen como á Dios.

[4] El luto ordinario solamente duraba siete días.

Hemos hecho preceder, aunque de una manera suscinta y suprimiendo varios capítulos del texto sagrado, el relato de Moisés acerca del itinerario de Israel desde el Sinaí hasta la Tierra de Promisión, para que se comprenda mejor la descripción del viaje realizado por nosotros siguiendo sus huellas.

Esto es lo que vamos á emprender en seguida, dando al mismo una idea del estado actual de las regiones que tuvimos que atravesar y las condiciones con que ha de hacerse la travesía.

—*—



VALLE ITHM



La Arabia Petrea y Desierta

Es mas interesante quizás, esta segunda parte del viaje bíblico; aunque las comarcas de la Arabia Petrea y las regiones situadas al sud y al este de la Palestina, á donde penetramos al dirigirnos del Sinaí á Tierra Santa por diversas rutas, ofrecen al viajero casi la misma soledad que la Península sinaítica. A penas se encuentran raros villorios en forma de tolderías, en los contornos de algunas fuentes permanentes, que á falta de arroyos, permiten un poco de cultivo. Es el desierto en toda su pobreza, y con frecuencia en toda su desolación; el desierto, dominio de un pequeño número de tribus pastoriles, que residen en los puntos en donde no reina una completa aridez.

Sin embargo, algunos de estos lugares, hoy tan completamente fuera del mundo civilizado, conservan en las ruinas de que están cubiertos, los vestigios de un período bien diferente de sus destinos históricos. Hubo un tiempo en que el comercio desarrollaba el movimiento y la vida en medio de estas soledades. Roma, entonces señora y dueña de Idumea, trajo á estas regiones su genio á la vez grandioso y práctico. Ella abrió aquí grandes vías, cuyos vestigios aun se encuentran; construyó ciudades ó embelleció las que los indígenas habían fundado desde la más remota antigüedad en los lugares favorables; y en algunas de estas ciudades erigió monumentos que escitan aun el espanto y admiración de los turistas. Estos testimonios de la antigua civilización idumeo-roma-

na, y en primer término, las ruinas de PETRA, la maravilla del desierto, bastarían solas para justificar la curiosidad que lleva al viajero de las naciones civilizadas hácia esas soledades, aun cuando no se encontrasen en el camino que desde el Sinaí llega á Palestina, recorrido por Moisés y los Hebreos.

Al recorrer la vasta comarca que separa la Península sinaítica del sud de la Palestina, sorprende la configuración que esta región presenta. Entre la cuenca profundamente baja del Mar Muerto y la bifurcación oriental del Mar Rojo, en un intervalo de 150 kilómetros, se extiende el magestuoso é inmenso *Uady-el-Arabah*, encajado entre dos líneas de montañas, de elevación distinta, á derecha é izquierda: siendo la línea del este mas elevada y abrupta que la del oeste. De cada lado del Arabah, al oeste hácia el istmo de Suez y el Mediterráneo, al este hácia las soledades sin fin de la Arabia desierta, el país se extiende en planicies elevadas, en llanuras cortadas por valles, accidentadas por grupos de rocas y de cadenas de alturas, que presentan en su conjunto el carácter de aridez arenosa, sin dunas, propio de estos desiertos.

En la parte que domina inmediatamente el valle el-Arabah y que forma la pendiente oriental, la planicie del este está coronada por una cadena de montañas graníticas, en donde la acción de las fuerzas volcánicas ha dejado inmensas trazas y atravesadas por innumerables uadys que descenden hácia el Arabah, gargantas sinuosas, que la estación de las lluvias convierten en inmensos torrentes. Además de éstas corrientes temporales, esta cadena tiene numerosas fuentes, que mantienen en estos valles una frescura permanente y permiten un poco de cultivo.

Esta región fué en los tiempos antiguos la mansión de *Edom*, que mas tarde bajo la dominación greco-romana, fué la *Idumea*. El nombre de *Palestina Salutaris*, que se le aplicó en la época del Bajo Imperio, expresa muy bien su naturaleza con relación á los desiertos circunvecinos. Es allí en

donde en otro tiempo se elevaban numerosas ciudades, de las que apenas quedan ruinas solitarias. De estas fueron una excepción *Petra*, cuyas ruinas tan notables se encuentran en una meseta de la montaña, en una posición defendida por las dificultades de su ascensión.

La banda occidental del uady el-Arabah y la planicie que termina esta vertiente, tienen un carácter distinto. Aquí las formaciones son calcáreas; este llano del oeste que vá á terminar en pendientes suaves hácia el Mediterráneo entre Gaza y Pelusa y á los bajo-fondos del istmo de Suez, entre Pelusa y la cabeza del Mar Rojo, forma la prolongación meridional de las altiplanicies de la Judea; teniendo por límite al sud el Yebel-Tih, que cubre la entrada de la península sinaítica. En estos límites generales, su extensión es considerable: de norte á sud desde Hebrón hasta el Tyh, el intervalo es de mas de 60 leguas. Del este al oeste bajo el 30° paralelo, mide en línea recta una distancia casi igual á la que hay entre el Akabah y Suez. En la parte meridional y central no se descubre hasta los últimos límites del horizonte mas que llanuras onduladas, absolutamente desnudas, mas bien pedregosas que areniscas.

Estas tristes soledades han recibido de los árabes el nombre de *Desierto del Tyh* ó desierto *del extravío*, en recuerdo de las prolongadas peregrinaciones del pueblo de Moisés.

Mas al norte, al acercarse á Palestina, las partes áridas se hacen menos extensas, y las fuentes, las tierras regadas y productivas, los oasis, son numerosos. Gradualmente la llanura se modifica y se transforma, y cerca de Hebrón, reviste el mismo aspecto y tiene la misma naturaleza que en las altas tierras de Judá: es una sucesión de valles fértiles, de cantones cultivados y de planicies estériles, con excepción de la Filistea, que por su terreno ondulado, regado y fértil, parece una parte de nuestro Uruguay.

Sin embargo, la misma parte del desierto llega á tener

sus épocas de fertilidad relativa; puesto que en la estación de las lluvias, desde fines de Octubre á fines de Enero, los uadys se cambian en torrentes; y en los años en que las lluvias son abundantes, arrastran un volúmen de agua asaz considerable, y acontece entonces, cuando las lluvias son copiosas y prolongadas, que el mismo desierto se cubre de verdor durante cierto tiempo, y entonces, segun la expresión de los árabes, *los pastores son reyes*.

*
* *

Con relación á estas regiones del desierto del Tyh, los recuerdos bíblicos son innumerables. La Biblia nos habla de los pueblos nómadas, que habitaban al S. y al SE. del país de Canaan. Uno de los mas antiguos nombres es el de Ismael, hijo de Agar. Los Agarenos ó Ismaelitas, á los cuales se refieren quizás los madianitas (Gén. XXXVII. 28), parecen haber habitado primitivamente el desierto del Tyh de la parte de Egipto y haberse extendido en seguida mas al E. y al SE. hasta la Arabia, en donde vemos á los Kedaritas, asociados á los Dedanitas, hacia Taíma (Isaías XXI. 13).

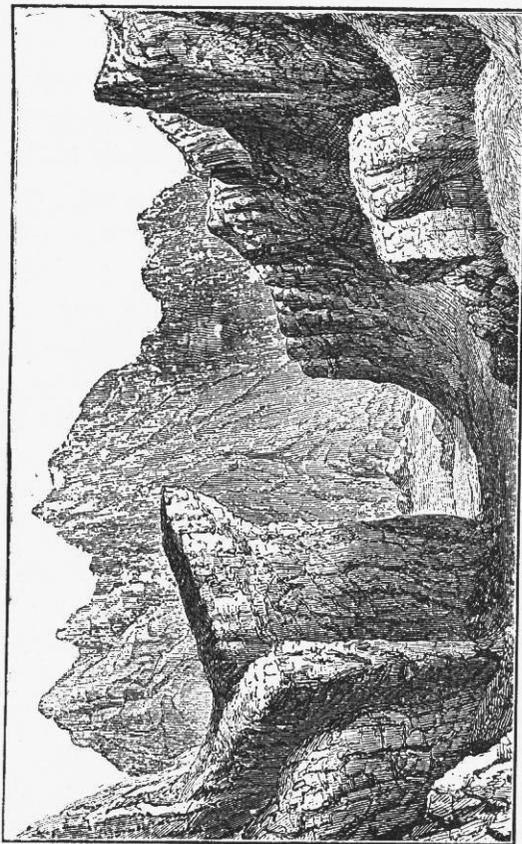
El nombre de Ismael aparece por la última vez en tiempo de David (1. Chron. II. 17). Kedar, uno de los hijos de Ismael, (Gén. XXV. 15.) es citado varias veces en tiempo de los profetas y despues del destierro, como una tribu nómada, habitante en tiendas negras, y ricas en ganados (Ezeq. XXVI. 21L) etc. Una de las mas poderosas tribus salidas de Ismael, la de los *Nabajoth* (Gen. V. 15.) es asociada por Isaias á la de Kedar y citada como rica en ganados. Ella ha sido probablemente el origen del pueblo tan célebre de los *Nabateos*, que adquirieron la preponderancia en Idumea y dieron sus reyes á Petra.

Pero la población principal del desierto de Tyh es la de los Amalecitas. En casi todos los pasages de la Biblia que

dicen relación, encontramos á esta tribu establecida hácia los límites sud de Judá y Benjamín, en donde existen hoy día los *Tiyâhah* y otras tribus de beduinos. Se extendían por lo demás hasta la península sinaítica, en donde, apenas llegados los Israelitas, tuvieron que combatirlos. (Éxodo VIII. 8-16.) En su marcha hácia el norte de la península, fué de parte de este mismo pueblo que los Hebreos encontraron mayor resistencia. Asi que la guerra contra los Amalecitas les fué presentada como una guerra santa. (Éxodo VIII. 16.)

Para mejor resistir á los Hebreos, los Amalecitas se aliaron con los Cananeos, Heteos, Gebuseos, Amorreos y rechazaron un último ataque de sus enemigos sobre una montaña, cuya posición no está determinada, pero que se encontraba probablemente al SO. del mar Muerto. Fué á consecuencia de esta derrota que los Hebreos se replegaron al sud para rodear la montaña de Seir y penetrar en Canaan por el oriente del mar Muerto y el Jordan. La política de los reyes de Israel con relación á los Amalecitas fué siempre inspirada por las mismas vistas. Saul emprendió contra ellos una guerra de exterminio, se apoderó de la capital, los persiguió hasta las cercanías de Egipto é hizo pasar todo el pueblo á filo de espada.

Los Amalecitas no quedaron abatidos sin embargo; pues los vemos bajo David, haciendo excursiones al sud de la Palestina, llevándose las mugeres y los niños. Pero David, que se apoderó de Edom y estendió su dominación sobre los bordes del golfo Elanítico, sometió definitivamente el país de los Amalecitas. Mas tarde los Simeonitas, buscando al oriente *del valle* pastoreos para sus rebaños y encontrado allí un país *espacioso, pacífico y fértil*, habitaron las tiendas y las mansiones de la gente del país, que destruyeron, estableciéndose en su lugar. Los Amalecitas perseguidos, encontraron un refugio en las montañas de Seir, Edom, en donde quinientos Simeonitas los persiguieron.



MONTAÑAS DE SEIR Ó EDOM [IDUMEA]

Después de este exterminio los Amalecitas no figuran ya como pueblo en la escena de la historia. Según toda probabilidad, sus tribus debilitadas, se dieron definitivamente á la vida nómada, que llevan aun hoy día sus descendientes de Idumea.

Los árabes que ocupan el desierto de Tyh son reputados como los más salvajes y los más intratables entre los Beduinos. Son desconfiados hasta el exceso; si perciben un instrumento científico en las manos del viajero, le consideran como un hechicero pronto á detener la lluvia; si se les hace la menor pregunta, le consideran como un espía, por lo que es necesario ser reservado al atravesar su territorio; pero el *bagchich* los ha domesticado mucho.

Llevan una vida exclusivamente nómada, desdeñan los trabajos de la agricultura y no viven sino del producto de sus majadas.

Algunas de sus tribus, los Tiyáhah, en particular, se procuran una entrada importante escoltando las caravanas que atraviesan el desierto para ir á la Meca. Por lo demás, son todos bandidos, como dignos descendientes de los Amalecitas, y extienden sus excursiones hasta el desierto de Siria, en las cercanías de Palmira.

De aquí se deduce que para hacer este viaje es absolutamente necesaria una escolta. Es necesario someterse también al derecho de travesía y de conducción reclamado á todos los viajeros extranjeros y ajustar del mejor modo posible las condiciones que estas tribus rapaces imponen. Los jeques ó *cheikhs* de tribus, soberanos casi independientes en su territorio, consideran como un derecho prohibir el acceso á todo extranjero, á menos que no pague el tributo en dinero, y niegan á todo árabe que no es de su tribu ó de una tribu amiga, el derecho de escoltar al viajero, de suministrarle los medios de transporte, las vituallas, etc. Es difícil hacerlos entrar en razón, porque no se extiende hasta allí la

protección de los cónsules y ni siquiera reconocen, sino de nombre, la supremacía del Sultan.

El viagero Tristram habiendo sido retenido en Kerah y custodiado con centinela de vista en su tienda, invocaba la autoridad del Bajah; pero en vano, pues le respondían que á los Beduinos les importaba poco su autoridad, y que no tenían mas señores que sus cheikhs; exigiéndosele una enorme cantidad de libras esterlinas para poder continuar el viaje. Una actitud muy reservada y firme es sumamente necesaria en estos parages. El mejor modo de quebrar y reducir sus pretensiones consiste en no pretender forzar el paso; sino mas bien, fingir que se está dispuesto á volver atrás; porque entonces para no perder la ganancia del alquiler de los camellos y la propina por la escolta, los árabes se someten á la proposición del viajero y desisten de sus exigencias irracionales. Es necesario ante todo tratar con un jeque conocido, que haya servido ya de guía á otros pasajeros. Así en la última etapa de mi viaje por el oriente del mar Muerto tomé al anciano cheik Fellah-el-Nimr, quien me mostró la carta satisfactoria que le habia dejado el Príncipe de Galles; mientras desde el Cairo habia tenido al cheik Suleyman y de Akabah á Petra hasta Hebrón al cheik Hassan, que se condujeron muy bien, así como muy mal, por su torpeza, el que nos acompañó desde Hebrón á Kerah, el cheik Hamed.

El Jeque se dirige ordinariamente por el país en que su autoridad es reconocida y se entiende con los cheiks de las tribus vecinas, si se vé obligado á pasar por su territorio. Con frecuencia suceden durante el camino altercados entre el cheik que conduce al viajero y otros cheiks que pretenden impedir el paso y suministrar por fuerza sus camellos y sus beduinos como hombres de escolta; pero como se trata de reyertas, cuyo móvil es el interés, se llega á arreglar la contienda con un poco de paciencia y desinterés. Despues de muchos gritos y de amenazas sin efecto, aunque parezca que

se fueran á matar, estas querellas acaban por una transacción entre los beduinos y por una petición de bagchich, que el viajero puede reducir persistiendo con firmeza en rechazar las pretensiones inadmisibles hasta que vengan á ser razonables. Un pequeño regalo de dinero termina entonces toda dificultad y el cheik irritable y rapaz invita al viajero á tomar el café y á fumar el narghileh bajo su tienda, y hecho una vez el arreglo-contrato, ya no hay nada que temer.

Es notable el empeño de los beduinos en formar parte de la escolta de viaje, debido sin duda al bagchich que reciben, aun los supernumerarios.

Desde el Sinaí á Akabah

Esta etapa del viaje es menos interesante; pero un complemento necesario para seguir las huellas de Israel por el desierto.

El camino mas popular y corto y tambien mas cercano á las orillas del golfo de Akabah, fué señalado por el explorador Burckhardt.

Despues de haber dejado el Convento de Santa Catalina y de haber superado el importante uady *Abu-Suveirah*, remontamos una colina que se prolonga por media hora, desde donde un breve descenso conduce á los confines del distrito propiamente dicho del Sinaí, y entonces se atraviesa una larga y abierta llanura de grande elevación, que forma la división de las aguas entre el golfo de Akabah y el golfo de Suez.

A hora y media de camino entramos en el estrecho valle, que Stanley llama uady Sal; es un valle formado por las mas bajas cimas de las rocas primitivas: en la cumbre el estrato de las montañas es granítico; mas abajo la piedra verde y el pórfido y mas abajo aún la piedra verde otra vez.

Los montes menos elevados del Sinaí son de una forma mas

regular que los mas altos y éstos son mas regulares y no tienen cimas aisladas; sus cumbres terminan en curvas cerradas.

Descendiendo por el uady Sal durante siete horas se encuentra una llanura abierta que continúa en otro pequeño valle, del que se descende en poco tiempo hasta llegar al mas bajo nivel y en donde comienzan las rocas calcáreas y arenosas, encontrándose en algunas rocas aisladas raras inscripciones sinaíticas.

Al siguiente día continuamos el viaje por una planicie llamada Haydar, en donde, según Schubert y los exploradores Ingleses, los Israelitas plantaron su primer campamento despues de dejar el Sinaí, el *Kibroth-Hataavah* de los Libros santos (Núm. XI, 43, 45) y en donde despues de haber suspirado por los manjares frescos de Egipto y murmurado contra Moisés, encontraron una cantidad extraordinaria de patos silvestres, que aprovecharon para su alimento.

Desde la llanura de Haydar se descende á un valle gredoso, encontrándose un tortuoso curso de agua que corre entre bajas colinas de lava. Despues se atraviesa una dura y rocosa llanura, cortada por todas partes por torrentes de diversas dimensiones. En un valle lateral se encuentra la fuente Ain-el-Huderath, que Burekhardt identifica con el campamento israelita *Haseroth*, recordado en los Números (XI. 35, XII, 15-16) en donde María, hermana de Moisés, fué castigada con la lepra y en donde el pueblo se detuvo siete días.

Continuamos el viaje al través del uady Rahab, que es un hermoso valle con árboles, para entrar en seguida en otro valle mas ancho que el primero, con una escena de verdadera desolación; ni una pequeña hoja verde se llegaba á descubrir, y la mimosa, que mantiene su verdor en los desiertos tropicales con un pequeño auxilio de humedad, aqui falta del todo.

Atravesado el uady Sumghy y el Bozeirah, el camino sigue por el lecho de un torrente llamado Saada, que conduce á una cadena de rocas caídas, de color verde, que rodean el valle tan estrechamente, que en muchos lugares apenas dejan un pasaje de diez piés de ancho. Despues de haber seguido durante una milla por en medio de estos magestuosos é inmensos bloques, se vé en lontananza el golfo de Akabah; entonces el valle se ensancha gradualmente y descende á la orilla, que tiene aqui varios centenares de metros de anchura. Piedras verdes y rocas de granito constituyen un profundo desfiladero de la otra parte. Algunos bosquecillos de palmeras, situados cerca de la playa, tienen en medio un pozo de agua algo salobre, aunque potable. El lugar se llama *Nueibia* de los Terabin, en donde los árabes llenan sus odres de agua. Durante varias horas se costea el litoral del golfo elanítico, teniendo á la derecha el mar silencioso, como el desierto, y á la izquierda altas montañas. Por este golfo ya no surca ni una sola barca, habiendo sido antiguamente tan concurrido; pero si falta el hombre en la escena, esta, tal como la ha hecho la naturaleza, es de un grandor admirable.

Por fin, despues de atravesar varios valles y colinas de poca importancia hasta el norte del golfo de Akabah, la costa corre al SE. casi en línea directa hasta el castillo de Akabah, en donde se entra por una puerta asaz estrecha.

*
* *

Akabah, es un pobre villorio entre plantaciones de palmeras, que rodean un castillo de forma oblonga, flanqueado por una torre en cada uno de los cuatro ángulos.

Esta fortaleza, en la que el Khedive de Egipto mantiene una pequeña guarnición árabe, no tenía otro objeto que proteger los peregrinos de la Meca, cuando seguían este camino,

hoy casi abandonado por el golfo de Suez. Está situado en la orilla oriental de la bifurcación del Mar Rojo, que toma el nombre de golfo de Akabah, *Elaniticus Sinus*, á unos 40 minutos de la punta extrema del golfo, en donde restos de escombros señalan el sitio de la antigua *Elana*, la *Elath* de la Escritura, cuya existencia es muy antigua, como que está mencionada en el Pentateuco. (Deut. II. 18.) Ella pertenecía entonces á los descendientes de Esaú, *que moraban en Seir*, despues del camino de la campaña, cerca de Elath y de Aziongaber.

Está mencionada mas tarde en el libro de los Reyes, como cercana á Aziongaber, en el país de Edom, en donde fué construida la flota de Salomón. La ciudad fué reedificada por Azarías, rey de Judá hácia el año 800 antes de J. C. aunque muy enseguida cayó en poder de los reyes de Siria, que la ocuparon por algunos años. Un gran movimiento comercial se desarrolló en tiempo de los griegos y romanos. Despues de la venida del cristianismo Elath se convirtió en ciudad episcopal. Conquistada por los musulmanes, fué reconquistada por Balduino I, rey de Jerusalem (1116) y vuelta á tomar cincuenta años mas tarde por Saladino; y desde entonces continuó en decadencia.

Muy cerca de aquí, quizás en el local actual de Akabah, existía en la misma época el puerto de *Axiongaber*, que se hizo tan famoso en la época de Salomón, como punto de partida de las flotas que iban á Ofir; mientras que hoy día Akabah no tiene una sola nave.

Al norte de la fortaleza se abre el uady Ythm que entra en el uady Arabah, por donde los israelitas atravesaron cuando venían del largo valle circundado de montañas al Este: «Y ellos viajaron del monte Hor por la vía del Mar Rojo y giraron al rededor de la tierra de Edom.» (Número XXI. 4.) Y fué aquí que el Señor envió las feroces serpientes á los israelitas, muriendo muchos del pueblo de Israel.

EL CAMINO A OFIR

El interés esencial que tiene el golfo de Akabah proviene de la narración de la Biblia respecto de Ofir, cuya región fué accesible á los buques de Salomón y de Hiran, al través de este mar elanítico. Es de extrañarse que Ofir no se halle mencionado por ningun escritor griego ó romano; pues solo se deduce de la Santa Escritura, cuyos recuerdos son por otra parte algo oscuros.

Desde luego las diversas autoridades están muy lejos de ponerse de acuerdo acerca de la situación de Ofir. Calmet la identifica con Armenia, Hardt con la Frigia, Oderman con la Iberia, Josefo con el Quersoneso, Onseley piensa que estaba en Ceylan, Macdonald en Sumatra; Dupper, López y Bruce en Sofala y Mozambique, asi como Montesquieu en la costa oriental del Africa.

Ritter hace mención de algunos escritores que han encontrado á Ofir en el Perú, mientras el gran Colón estaba convencido de que había descubierto las Indias occidentales, y él informaba solemnemente á su gobierno que «la montaña de Sofara (Ofir), que las naves de Salomón emplearon tres años para llegar, está en la isla de Haití y ha llegado con todos sus tesoros á ser posesión del rey de España.» Ahora bien, ¿en dónde existió Ofir?

Antonomásticamente la tierra del oro; su nombre fué usado como sinónimo del precioso metal en varios pasages de la Escritura. Era una tierra llena de riquezas y de abundancia; y tanto antes como despues del tiempo de Salomón, el oro de Ofir era reputado como precioso entre los Israelitas y está demostrado que la grande importancia comercial de Ofir aparece en todo su apogeo por la vez primera durante el tranquilo reinado de Salomón.

En el libro 1.º de los Reyes leemos: «El rey Salomón

construyó una flota de navíos en Aziongaber, que está cerca de Elath sobre la playa del Mar Rojo en la tierra de Edom. É Hiram envió en estos navíos á sus siervos y á los marineros que tenían conocimiento del mar, con los siervos de Salomón. Y llegaron á Ofir trayendo de allí en oro cuatrocientos talentos y lo llevaron al rey Salomón.»

En el siguiente capítulo leemos: «El navío de Hiram que traía oro de Ofir, conducía tambien gran cantidad de sándalo y de piedras preciosas», y mas abajo encontramos que «el peso del oro traído para Salomón en un año fué de 366 talentos.»

Desde el versículo 16 al 31 está contenida la lista de los hielmos, escudos y de otros innumerables objetos que fueron fabricados por el rey de los Hebreos con oro puro. No fué usada la plata, porque durante el reinado de este esplendísimo monarca la plata fué muy poco estimada.

La opinión de los mejores críticos modernos coloca á Ofir en Arabia. El Ofir mencionado en el capítulo X del Génesis, parece que sea una ciudad, región ó tribu de Arabia; y es casi cierto que el Ofir del Génesis sea el Ofir del libro de los Reyes.

Ahora bien; tres lugares en la Arabia pueden ser designados, cuyos nombres convienen exactamente con la palabra Ofir, esto es, *Aphur*, llamada Saphara por Ptolomeo, ahora Zafar ó Sophar, que según el escritor Anian, fué la metrópoli de los Sabeos, y estaba distante doce días de viage del emporio de Muza sobre el Mar Rojo; *Doffir*, una ciudad mencionada por Niebhur como una de las mas considerables del Yemen, á unas quince leguas del mar; y *Zafur* ó *Zafuri* (hoy Dofar) una ciudad sobre la costa sur de Arabia, visitada en 1400 por Ibn-Batula, viagero árabe, á un mes de viage por tierra desde Aden.

Puede añadirse ademas alguna otra consideración en favor de que Ofir fuese una ciudad ó región de Arabia. No menos de

cuatro antiguos escritores representan á la Arabia como productora del oro, así el geógrafo Agatarcides, que vivió en el siglo II antes de J. C.; el geógrafo Artemidoro, que floreció algun tiempo despues, el historiador Diodoro Siculo y Plinio el antiguo.

Además Eupolemo, historiador griego, que vivió antes de la era cristiana y que escribió un libro sobre los reyes de Judea, expresamente establece, citando á Eusebio, que Ofir era una isla con minas de oro en el Mar Rojo, y que David envió allí mineros con naves que hizo construir á propósito en Elana.

En fin, aun admitiendo, no obstante la autoridad de estos escritores antiguos, que jamás existiera el oro en Arabia ó en alguna isla del mar en sus costas ¿por qué no podemos concluir que Ofir sea un emporio árabe ó un depósito al que el oro, el sándalo y las piedras preciosas eran trasportados como artículos de comercio y de aquí importados á la Judea? No hay una sola palabra en la Biblia contra esta opinión, mientras existe una evidente presunción de que Ofir existía en Arabia; y por cierto que esto es mas racional, mas concluyente y menos audaz que la congetura de que los navíos de Salomón se hayan aventurado en tan prolongado viage á un gran puerto de la India.

El principal obstáculo á esta opinión es que un viage á un puerto situado en Arabia no podría durar tan largo período de tiempo, como son tres años. Pero los que hacen semejante objeción olvidan las dificultades de la navegación del golfo arábigo y del Mar Rojo, la timidez de los antiguos marinos y la construcción diferente de sus naves. Entonces se debía caminar con mas precaución deteniéndose en cada puerto mucho tiempo; así Homero en la Odisea dice: «Permanecieron un año entero en la isla, escondiendo en la espaciosa estiva del barco muchas mercancías.»

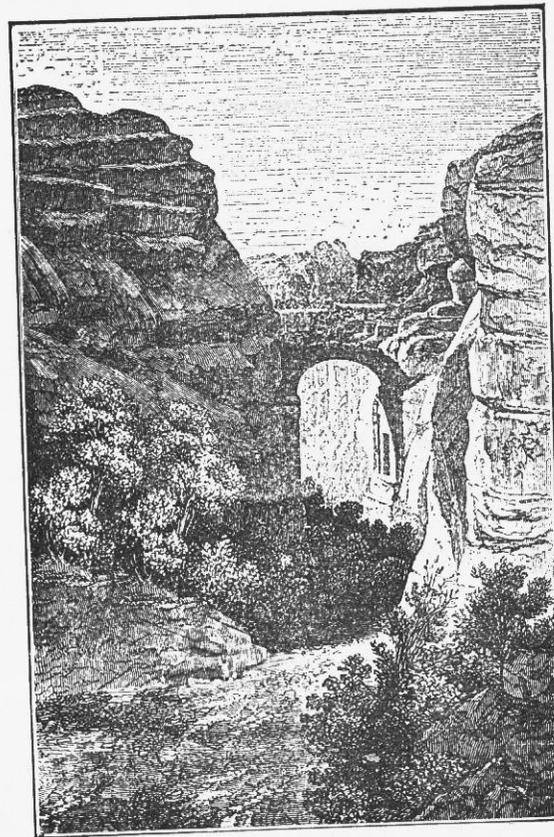
Las siguientes observaciones de Mr. Twisletón pueden dar

mayor fuerza al argumento en favor de que Ofir estaba en Arabia: «Puede observarse, dice, que las objeciones contra la situación de Ofir en Arabia se basan en el hecho de que el oro no se encuentra al presente en Arabia, lo que corresponde precisamente al caso igual de Sheba.» En el salmo 2, v. 15. oro de Sheba, traducido oro de Arabia se habla como de (oro de Ofir) y en otras partes del Antiguo Testamento, en Ezequiel, al hablar del comercio con Tiro (XXVII. 22), se afirma: «Los mercaderes de Sheba y Raamah en sus ferias se ocupaban de especies de toda clase, de todas las piedras preciosas y del oro.» Así en el libro 1.º de los Reyes, como vimos, se dice que las piedras preciosas y el oro eran traídas de Ofir con las barcas de Salomón y de Hiram. Ahora, una de dos: si el oro de Sheba y las piedras preciosas vendidas á los habitantes de Tiro por los mercaderes de Sheba, eran los productos naturales de Sheba de la que aquí se habla, está en Arabia, la aserción de que la Arabia no producía oro cae por tierra; ó bien los mercantes de Sheba obtenían piedras preciosas y oro en tanta cantidad del comercio que eran conocidos como abastecedores de los habitantes de Tiro y de los Hebreos, sin investigar estos la precisa localidad de donde tales riquezas provenían originariamente. Y exactamente semejante observación se puede aplicar á Ofir; pues la semejanza parece completa.

En todo caso los navíos de Hiram y de Salomón en sus viajes en busca del oro de Ofir debieron haber surcado las aguas del golfo de Akabah; y estos remotos recuerdos, como el pasaje de Israel por estas regiones, dan poesía ó importancia á un viaje por estas comarcas, tan florecientes en aquellas épocas remotas.

De Akabah á Petra

Para continuar el viaje á Petra tuvimos que tratar con los Aleuin, que tienen muy mala fama; pero nos arreglamos bastante bien. El viaje dura tres días y se pueden seguir dos



ENTRADA DE PETRA POR EL DESFILADERO DE SIK

caminos, por el uady Arabah, pasando por Ain-Gharundell, ruta que dejamos para la vuelta; el otro camino mas interesante por algunas ruinas, penetra en el uady Ithm á poca distancia del Arabah rodeando al este la cordillera de Idumea,

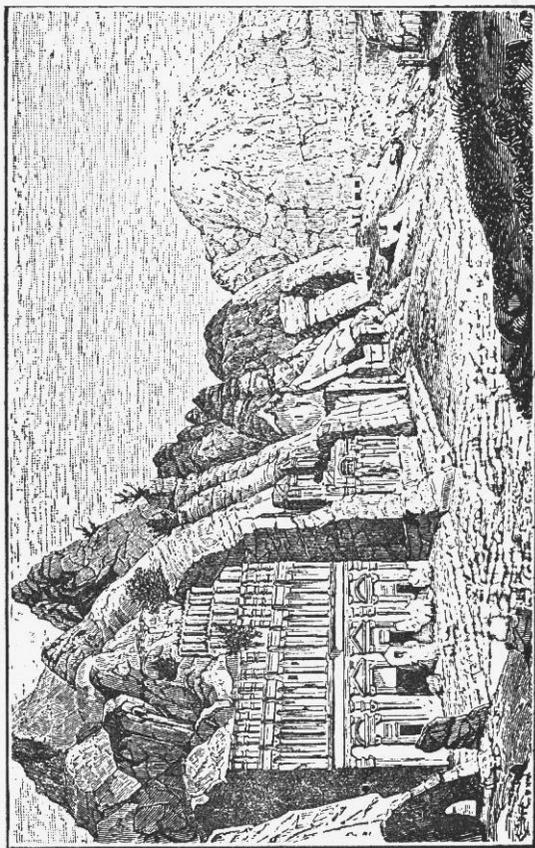
Todo el interés de esta parte del viaje, además de seguir las huellas de Israel sin poder identificar todos los campamentos, consiste después de seguir los vestigios de la antigua ruta de Akabah á Petra, en las sorprendentes ruinas de esta ciudad nabatea. Así pues al llegar al uady Um-Hamud, en donde se encuentra una fuente de buena agua, se sube á la cumbre de las montañas desde donde se goza de una hermosa vista sobre el Arabah al oeste y la llanura de Arabia al este. Se llega en seguida al villorio de *Eluji* y al desfiladero de Sik, por el cual se penetra en el valle de uady Musa, sede de la antigua y célebre Petra, la mas grande maravilla del desierto y de este viaje.

Sin embargo, nunca llegué á un lugar del desierto con mas sobresalto que aquí; pues recordaba esta declaración de M. Porter: «El viagero ignora sino será forzado, como muchos de los que han venido aquí antes que él, á levantar campamento al improviso. Tampoco sabe si irá á encontrarse en la primer enrucijada con una brigada de vagabundos armados que le impidan el pasage y que le pidan el baghchisch apuntando con el fusil. La nueva de su llegada se extiende entre las tribus vecinas; muchos acuden con la esperanza de algún botín ó solo por curiosidad, incómoda para el viagero, porque todo lo observan. Se hará muy bien en pagar el tributo que exige el representante del cheikh, aunque mas no fuera por librarse de un grupo de salvajes hambrientos y medio desnudos que sin esto, le siguen en todos sus pasos y le encuentran en cada rincón.» Pagué pues mi tributo, dí un buen baghchisch á aquellas pobres gentes y nos dejaron en paz, aunque no dormimos sin recelo en nuestras tiendas. Estábamos, sin embargo, llenos de admiración en medio de las ruinas de la célebre maravilla del desierto.

; PETRA !

Según el Pentateuco, los mas antiguos habitantes de las montañas de Seir eran los *Horim* (Gen. XIV. 6.) nombre que significa *habitantes de las grutas*, que responde al nombre griego *trogloditas*. Los Horim ú Horitas fueron expulsados por el pueblo de Edom (Deuter. II. 2-12.), que adoptó tambien por morada las grutas naturales ó artificiales de que están llenas estas montañas (Jerem. XLIX. 16.)

La ciudad de *Selah* de los Edomitas está mencionada en la Biblia. El rey Amasias «derrotó diez mil hombres de Edom en el valle de la Sal y tomó á Selah por la guerra» (II. Rey. XIV. 7.) *Selah* en Hebreo significa *roca* y este nombre responde al de *Petra*, empleado mas tarde por los Romanos. Petra, sin embargo, no era la capital de los Edomitas; este rango pertenecía á *Boxra*; no es sino de una época mas reciente, hácia el año 300 antes de J. C. que encontramos á Petra citada como el lugar principal de los *Nabateos*, (Diod. XIX. 95.) tribu poderosa del norte de Arabia, que el Génesis hace descender de Nabajoth, hijo de Ismael y que se hizo desde temprano intermediaria del comercio entre los puertos árabes del Mar Rojo, la Damascena y el sud de la Siria. Los Nabateos se apoderaron de la Idumea sobre los Edomitas, como estos se habían apoderado de ella bajo los Horitas. Determinados sin duda por la fortificación natural de la situación de Petra, la hicieron el centro de sus posesiones y el depósito de sus tesoros. Se ignora la época precisa de este acontecimiento, que debió ser entre el V y VI siglo antes de nuestra era. A partir del año 300 la ciudad y el pueblo entraron en las vías de la civilización y de los fastos históricos. Véase lo que dijimos al principio sobre su conquista por los romanos, quedando convertida así en una ciudad romana.



TUMBAS TALLADAS EN LA ROCA [PETRA]

Nada sabemos de los destinos ulteriores de Petra, ni de las causas de su decadencia, ni de las circunstancias de su ruina y de la época de su abandono. En tiempo de las Cruzadas se tuvo algún vago conocimiento bajo el nombre de *Vallis Moysi*, traducción exacta del nombre árabe Uady Musa, que desde antes había reemplazado el nombre olvidado de Petra.

Reconocida en estos últimos tiempos por Burckhardt y Laborde especialmente, los árabes continúan llamándola *Uady Musa*. Ocupa en medio de la montaña, una especie de anfiteatro, rodeado en parte de altas murallas de rocas que le ofrecen una defensa natural. No es accesible sino por dos lados: al este por un desfiladero estrecho, largo y sinuoso, denominado *Sik*, y al sudoeste por un camino en la montaña, sumamente escarpado, que sube del uady el-Arabah, rodeando el flanco sur del monte Hor.

*
* *

La profecía de Jeremías (XLIX. 16.) se ha cumplido terriblemente, y de la espléndida capital de los Nabateos no quedan mas que tumbas y fragmentos, que causan sin embargo, la admiración del viajero, que atraviesa el Uady-Musa.

La entrada á Petra es una prolongada abertura entre rocas de piedra rosea, de uno á trescientos pies de profundidad y en forma de precipicio. La abertura tiene una milla de largo, pero extremadamente estrecha hasta el punto de encontrarse las rocas tan de cerca hácia la cima, que semeja un techo artificial. Al entrar, se pasa por debajo de un hermoso arco, que se cree ser restos de una de las puertas de la ciudad, no midiendo mas que doce piés de ancho. Desde aquí se sigue por el lecho de un torrente, cuyas rocas acantiladas cubre la yedra, mientras se encuentra el tamarindo y la higuera silvestre al través de una ruta formada de piedras como la Vía

Apia, observándose en el trayecto una sucesión de tumbas, arcos, inscripciones, puentes, nichos, y restos de acueductos.

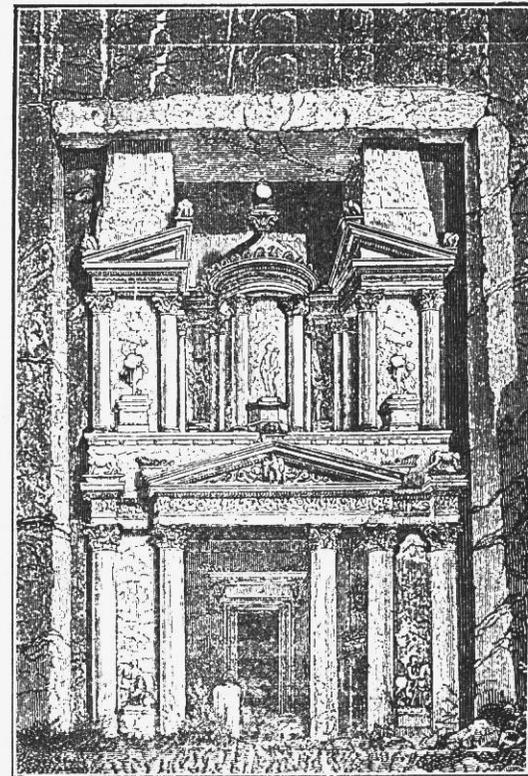
Derepente, en una de las múltiples sinuosidades, se presenta una bella escena, y en vez de la contnua monotonía de las ruinas al través del fantástico contraste de luces y colores de esta espléndida galería, se presenta á la vista un edificio con frente de pilastras y figuras esculpidas, que cierra la vista de la cima al fondo; acercándose hácia ese palacio encantado, se llega al desfiladero y se está en presencia de un templo escavado en la roca, que permanece casi perfecto entre los flancos de piedras de rojo oscuro; es admirable su estado de conservación debido á la singular posición enteramente preservado de la influencia del tiempo. Este edificio es el *Khasneh*; y todas las autoridades concuerdan en afirmar que la primera impresión es de una grande magestuosidad y de un aspecto imborrable; circundado por la soledad, semeja un trabajo de mágicas manos, siendo el más hermoso monumento de la antigüedad, que haya llegado hasta nosotros.

Róbinson confiesa que la primera impresión fué superior á todas las que había experimentado en Roma y en Atenas; que la pintoresca situación, la belleza y maestría del manejo del cincel, la elegancia y armonía en las combinaciones de las partes y su estructura, la hacen casi única en la perfección. El hermoso color rosa de la piedra cuando reluce á los rayos solares de la mañana y el color rojo oscuro en el crepúsculo, varían el efecto que produce.

Burekhardt dice que es un trabajo ímprobo, tanto mas que no ha sido fabricado con bloques separados, sino que desde la base á la cúspide ha sido escavado en la sólida roca.

Fabricado en forma de una fachada de templo, tiene otra fachada superior sostenida por cuatro columnas, mensurando el *naos* 40 pies de largo por 25 de ancho. Todas las paredes son lisas y sin ornamentación, no sólo en la cámara central sino en las laterales, que están iluminadas por el frente y tienen una sola

abertura, habiendo sido probablemente empleadas como tumbas. En las dos cámaras laterales que flanquean la grande entrada predomina la misma simplicidad. La entrada principal pasa por debajo de una puerta que está notablemente adornada en el exterior por las pilastras del pórtico, la fachada está ricamente embellecida con figuras, cuyo significado no es fácil determinar.



EL KHASNEH (EL TESORO)-PETRA

Las cuatro columnas que sostienen el pórtico, de las cuales una sola está rota, tienen cada una 3 pies de diámetro y 35 de altura, con ricos capiteles corintios. La altura total es dos veces la de las columnas, que Laborde cree ser de 120 pies.

El segundo piso está adornado con una arquitrave apoyada sobre pilastras, sobre el ápice de las cuales comienza el techo y el todo está coronado con una sutil torre circular, que termina en una cúpula con una grande urna de piedra. Todos los nichos y paredes de la parte superior están llenos de representaciones de figuras femeninas, dos de las cuales están aladas y las terminaciones son águilas romanas.

La urna que ocupa el mas alto punto, ha sido siempre la mira codiciosa de los beduinos, como lo demuestran las señales de múltiples golpes, ya que ellos creen que sea el depósito de los tesoros de Faraón. Sin embargo no ha podido ser rota por sus tentativas y el mas arriesgado beduino jamás se atrevería á subir á tal altura.

* * *

Una ancha superficie en frente del Khasneh de cerca de trescientos pies, termina al sud en una profunda roca abriéndose al norte en espaciosa fila de tumbas á cada lado, cavadas tambien en la roca con frentes mas ó menos adornados.

Sobre la izquierda vése en seguida el hermoso anfiteatro con sus filas de asientos y la arena en perfecto estado; desde su elevado puesto, contéplase toda la ciudad, con sus centenares de tumbas. En algunos puntos están colocadas las unas sobre las otras desde la base á la mas alta cumbre, y las mas altas y mas pequeñas semejan nidos de palomas ó de golondrinas. Son visibles desde todas partes, no solo sobre la cima, donde propiamente está la ciudad, sino desde los uadys laterales.

El teatro escavado en la roca, tiene 33 filas de asientos, siendo cada fila capaz de cien personas; de manera que tres mil individuos podían asistir á los espectáculos. El trabajo es semejante por la construcción á los de su género, excepto en esta particularidad que en el mas alto rango de asientos y en las alturas de ambos lados, existen las mismas tumbas que llenan

el resto del valle. Así que luz y sombra, alegría y dolor estaban mezclados en igual proporción, como en aquel clásico banquete en donde los espectros están unidos con los alegres comensales. La mirada del espectador va desde la escena mímica hasta la terrible realidad, de la vida á la muerte.

El contraste era espantoso; pero á los habitantes de Petra, habituados á vivir entre los sepulcros y las tumbas de sus antepasados, probablemente no les causaba tan viva impresión.

Hay además en Petra otros lugares notables como el *Forum*, el *Arco de triunfo*, el castillo de Faraón, la *Acrópolis*, ruinas de templos romanos; pero basta lo dicho para demostrar la importancia de sus ruinas y el papel importante que desempeñó durante la dominación romana: era una ciudad espléndida y una maravilla en medio del desierto.

Por lo demás al contemplarnos en la cumbre de las montañas, do se anida Petra, la imaginación queda como estática ante el panorama mas imponente y magestuoso; y para que no se crea que exageramos, óigase lo que decía el explorador Laborde: «Toscas escavaciones y ruinas que casi se confunden con la tierra, detienen por unos instantes al viajero erudito, que no sabe las maravillas que le oculta el peñazcoso muro por donde va trepando; y cuando llega á lo más alto y sus ojos contemplan el espectáculo más singular, el cuadro de mayor magnificencia que hayan legado á la curiosidad de las futuras generaciones la naturaleza con sus grandiosas creaciones y los hombres en su presunción y vanidad. En Palmira la naturaleza, por su misma inmensidad, por su ilimitado horizonte, en cuyo espacio aparecen perdidos algunos centenares de columnas, amengua en parte los humanos esfuerzos; aquí, por el contrario, diríase que se ha complacido en poner su magnificencia al servicio de obras que luchan no sin ventaja con ella, en armonizar el vigor y la originalidad de su estructura con la grandiosidad y las variadas líneas, de aquellos monumentos de los hombres.

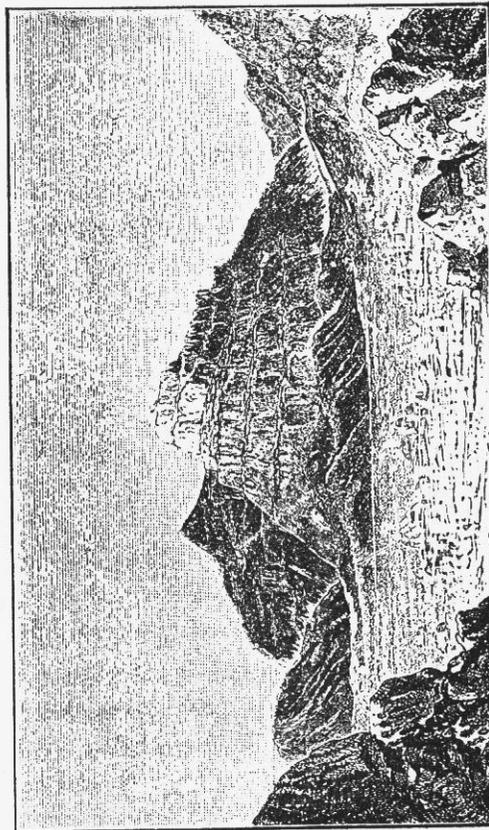
Quien por primera vez lo contempla no sabe si es más digna de su admiración la primera por aquellas gigantescas peñas, magestuosas por su forma y color, ó los segundos que se atrevieron, en medio de tan solemne paisaje, á hacer ostentación de las maravillas de su genio.»

Por fin, debe observarse que el aspecto general de las ruinas donde quiera que lleven algún trabajo de ornamentación, demuestra que son todas de la época romana. Las tumbas, á consecuencia del grano poco compacto de las rocas, no conservan ninguna inscripción legible que pueda fijar la data; pero todo anuncia por el estilo de su construcción y ornamentación, que ninguna de ellas es anterior á los tiempos de Adriano y la mayor parte más modernas. Añadamos en cuanto al destino de las escavaciones, que aun cuando la gran mayoría han sido sepulcrales, todas no tienen este carácter, pues han servido de habitación muchas de ellas, aun en la época moderna; en los tiempos que pueden calificarse de primitivos y hasta en la época de los profetas, toda esta región de las montañas de Edóm estaba habitada por poblaciones trogloditas.

*
* *

EL DEIR y el MONTE HOR. Para terminar nuestra exploración por el nady Musa, nos resta hablar de dos localidades no apartadas de Petra.

El Deir ó el Convento, es una construcción de las mas notables, que al encontrarse fuera del alcance de vista desde la ciudad, no habia sido conocida por los primeros viajeros. Un camino estrecho, que se abre en el ángulo noroeste de la ciudad conduce allí en 45 minutos por senderos difíciles. Durante el trayecto se encuentran un gran número de cavernas, que han servido evidentemente de habitaciones á juzgar por las ventanas abiertas en la pared. El Deir es un edificio monolito tallado en el flanco de la montaña, que tiene analogía con el Khazneh-



MONTE HOR (NEBY HARUN)

Fir'un, fuera de las proporciones, que son mucho mayores y de un efecto más imponente. Este notable edificio ha podido ser originariamente un templo pagano, que ha sido adaptado más tarde al culto cristiano. Un gran número de inscripciones semejantes á las sináiticas se encuentran en sus alrededores, lo que demuestra haber sido objeto de peregrinación.

A corta distancia y hácia el sudoeste se encuentra el celebrado *Monte Hor*, que una tradición no interrumpida, de acuerdo con la Biblia (Num. XX 22) ha señalado desde toda la antigüedad como el lugar en que fué sepultado Aarón, el hermano de Moises, y es denominado por los árabes *Yebel Neby Harun* (montaña del profeta Aaron). El lugar no es menos sagrado para los musulmanes modernos que lo fué para los antiguos Hebreos y despues de estos para los primitivos cristianos. Se llega á él en dos horas á partir de Petra.

El santuario que ocupa la cumbre nada tiene de notable sinó los recuerdos que á él se refieren y las impresiones que estas memorias despiertan. El edificio denominado *Sidna Harun*, que cubre el cenotafio, es de construcción musulmana; pero los materiales pertenecen, al menos en parte, á una construcción anterior. En la edad media existía un pequeño monasterio cristiano, descripto por el peregrino Thietmar.

El *Uely* (sepulcro) consiste en una cámara abovedada, con una sola puerta; el sarcófago en forma de tumba, tiene un pequeño costado adornado con una inscripción cúfica. Una cripta, á la que se baja por una escalera, contiene la tumba, construcción semicilíndrica de cal y canto, cubierta con un paño negro y rodeada por una reja de hierro.

El panorama que se goza de lo alto del Monte Hor es de una extensión y de una magnificencia incomparables. La vista abarca casi todo el conjunto de las montañas de Seir y las campiñas contiguas, sobre el ancho valle del uady el-Arabah, que se pierde en las dos extremidades del horizonte en la doble

dirección del mar Rojo y del mar Muerto y más allá de este gran valle, sobre el desierto sin límites, que se despliega hácia el occidente.

De Petra á Gaza por Nakhel

Con el objeto de atravesar el desierto de Tyh al sud, recorrido por los Hebreos, no quisimos seguir viaje en dirección al norte, sinó bajando por el-Arabah.

Por eso salimos del recinto del Uady Musa por su extremidad sudoeste, hácia la llanura *Sutuh-Harun* (los terrazos de Aarón) en la base del monte Hor hasta llegar al uady Rubai, que desemboca en el Arabah. Desde aquí tomamos la dirección de *Ain-Gharundel*, fuente rodeada de algunas palmeras y que es un lugar agradable para campamento; despues nos dirigimos por Raz-el-Ka'a y atravesando el uady el-Djerafeh llegamos á la conjunción del camino de los peregrinos de la Mecca. Pasado el uady Rauák acampamos en *Khan-Nakhel*. Esta travesía es sumamente desolada y árida, sin más atractivo que el recuerdo de las prolongadas peregrinaciones de Israel al través del desierto.

Khan-Nakhl es una especie de fortaleza de piedra de forma cuadrangular, en cuyo interior se encuentra una mezquita, dos fuentes, algunas palmeras y espaciosa cuadrada para los peregrinos de la Mecca cuando iban por tierra, pues ahora se embarcan en Suez. Es residencia del comandante de la región del Tor; y un pequeño pueblo contiguo contiene algunos soldados con sus familias, formando la guarnición de este lugar: aquí se acampa y mudan los camellos para seguir el viaje. El gobernador nos recibió muy bien y al día siguiente nos hizo escoltar.

Desde esta estación la dirección de la ruta toma al N. N.E. y se deja á derecha el uady el-Arisch que va á desembocar en el Mediterráneo, teniendo de 60 á 70 leguas de extensión: en invierno es un verdadero río que jus-

tifica la denominación de *Nahal-Mitzraim* (río de Egipto), que le aplica la Escritura.

Después de atravesar varios uadys tributarios del Arisch como el *Kureiyeh* y *Mayein*, se llega al uady *Lussân*, en donde M. Palmer ha reconocido las ruinas de Lusan, la *Lysa* de las Tablas de Peutinger. Estas consisten sobre todo en vestigios de diques construídos al través del valle para detener y distribuir las aguas y en restos de paredes y edificios en las alturas. Mas adelante después de atravesar el uady Mueileh y la parte inferior del *uady-Kadis*, hicimos una excursión para ver la fuente de *Ain-Kadis* á inmediaciones del Yebel Makhrah; pues, que M. Palmer la ha querido identificar con *Kades* de la Escritura. Si esta identificación queda definitivamente adquirida para la ciencia, sería de la mayor importancia para el esclarecimiento de la geografía del Exodo. Había sido propuesta antes por M. Rowlands, que coloca el sitio antiguo algo más al N. en *Ain Kudrah* hácia el nacimiento del uady el-Ain.

Ain-Kadis se compone de tres fuentes de agua abundante y pura, una de las cuales se convierte en arroyo en la época de las lluvias.

También es digno de notarse que en el uady Mueileh se encuentra una fuente *Ain-Mueileh* que se supone sean los *pozos de Agar*. En las colinas de estas cercanías se encuentran rastros que demuestran haber existido un pueblo numeroso. Monumentos de piedra, restos de muros sobre los flancos de las colinas, diques al través de los valles; todos estos vestigios de una antigua civilización aumentan á medida que se remonta hácia el N. pues se acerca al país designado con el nombre de *Nedjeb* (comarca del sud) región mejor regada y en toda época habitada; por eso se continúan contemplando al paso cercos de piedra, ruinas considerables de casas, de torres cuadradas, de abrevaderos y numerosos restos de te-

rraplenes etc. Son notables también las ruinas del *Aujed*, cuya identificaci6n se ignora.

Pasamos después de varios uadys al notable *uady Rohai-beh* en el que se encuentran algunas ruinas bastante considerables, con los restos de una Iglesia. Es sin duda el *Rehoboth* en donde los servidores de Isaac cavaron un pozo (Gen. XXVI. 22).

Desde aquí pudimos visitar varios sitios interesantes. *El-Mecrifeh* es una antigua fortaleza construída en la cumbre de una colina, que domina la única entrada de la llanura de *Sebaita*, cuyas ruinas son las más considerables del *Nedjeb*. «Nada, dicen los árabes, es más grande que el-Audjeh y el Abdeh, si no es Sabaita». Estas ocupan un espacio de 500 metros por 300 de ancho, conteniendo tres iglesias, una torre, dos pozos y los restos de un monasterio, sin que inscripci6n alguna se haya encontrado. Parece que cada casa poseía una cisterna, encontrándose restos también de la muralla de circunvalaci6n.

Si se admite la identificaci6n propuesta por M. Palmer de Ain-Kadis con *Kadesh* ó *Cades-Barnea*, no hay duda alguna que aquí debe encontrarse el sitio de *Zephath-Horma* en donde los Hebreos fueron derrotados por los Amalecitas y los Cananeos (Num. XIV.) Los nombres de *Daiyat-el-Amerin* (torrente de los Amoritas) en las inmediaciones de *El-Mecrifeh* y la significaci6n de los nombres *Zephath* y *El-Mecrifeh* que ambos significan *torres de guardia*, todo concurre á la identificaci6n de esta regi6n con la comarca montañosa de los Amoritas. Según Palmer, el fuerte de *Zephath* debe encontrarse en el *Mecrifeh*, mientras que *Sebaita* sería la ciudad de *Zephath*.

En la misma direcci6n N. NE. hácia Gaza y no á mucha distancia de *Sebaita*, se encuentran también las ruinas considerables, conocidas por los árabes bajo el nombre de *Khalasah*, que señalan la antigua estaci6n romana de *Elusa*,

mencionada por Ptolomeo y en la Tabla teodosiana ó Carta de Peutinger; desaparecen de día en día, llevadas por los habitantes de Gaza.

Siguiendo la misma dirección N. NE. llegamos al uady *Es-Seba* sobre cuya ribera septentrional se encuentran dos pozos profundos con ruinas, en cuyo nombre de *Bir es-Seba* se reconoce el de *Berszeba* (Pozo del juramento) de la Escritura. Es uno de los lugares mas ilustrados por la historia de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob (Gen. XXI. 22.26.)

Abimelech y Abraham, concluyeron aquí una *alianza con juramento*. Jacob partió de aquí para dirigirse á Mesopotamia (Gen. XXVIII. 10.); aquí tambien se detuvo antes de bajar á Egipto (Gen. XLII).

Este lugar marca el límite de la tierra Prometida, que descendía «de Dan á Berseba» ó Bersabée. Las ruinas de esta última cubren un espacio de tres á cuatro kilómetros.

Al norte se extiende una llanura ondulada, fertil en excelentes pastoreos. Aquí es donde los Patriarcas plantaban sus tiendas á la manera de los Arabes de nuestros días. Montones de escombros, algunas columnas, restos de antiguas iglesias cristianas, son las únicas señales de antiguos pueblos en un tiempo prósperos. Despues de haber atravesado la llanura del uady es-Seba tomamos la dirección NO. hácia Gaza por llanuras ondulantes y fértiles.

Antes de visitar á Hebrón, y ya que estábamos cerca, quisimos recorrer la antigua Filistea, que tanto ha sonado en la historia antigua y tantas veces mencionada en la S. Escritura.

Filistea

Nadie ignora lo pequeño del territorio de los Filisteos, que se extendía por la costa desde el torrente de Egipto hasta las inmediaciones de Jaffa.

Eran cinco las ciudades principales y estas cinco ciudades

hermanas fueron las capitales de cinco principados unidos en una estrecha federación. Gaza ejercía ordinariamente una especie de hegemonía, justificada por la importancia militar y comercial de su posición; venían en seguida por rango de influencia Azot, Ascalón, Gath y Egrón. Sábese que vivieron casi en continúa guerra con los israelitas, con suerte varia, hasta apoderarse del Arca y de algunas tribus; pero al fin los Filisteos se vieron obligados á pedir la paz. Gath y los pueblos vecinos quedaron en poder de los Israelitas, y aunque las otras cuatro ciudades conservaron su independencia, sin embargo la potencia militar de los Filisteos no se rehizo jamás de ese golpe. Hoy dia todos estos pueblos son musulmanes.

Desde luego visitamos á Gaza, una de las ciudades más antiguas del mundo, pues ya está mencionada en el Génesis antes de la época de Abraham. Hoy tiene unos 15.000 habitantes de los cuales apenas 700 son cristianos, en su mayor parte griegos. Tiene buenos edificios, como el Bazar, el Serrallo y la gran mezquita (antigua iglesia cristiana), y sus alrededores son hermosos con jardines frutales. Las antiguas ruinas casi han desaparecido, aunque se observa en las paredes modernas, hermosos fragmentos de materiales antiguos, capiteles, arquivoltas rotas, placas de mármol, fustes de columnas etc.

El antiguo puerto de Gaza, que se llamaba *Mayumas* y quedaba á alguna distancia, está perdido por la invasión de las arenas y las ruinas de los antiguos edificios sepultadas, aunque sirvan de canteras á los habitantes para sacar materiales de construcción. (1)

De Gaza pasamos á Ascalón, cuyas ruinas están más sepultadas en la arena que las de Gaza, y no existe más que un miserable villorio. Pocas son igualmente las ruinas que se conservan de Azot (en árabe *Esdud*) y de Ekrón (Akir) pobres villorios todos ellos, aunque de recuerdos inmortales.

[1] En una colina inmediata se muestra el lugar tradicional de la puerta que Sansón había transportado sobre la montaña que mira á Hebrón (Juec. XVI. 3.) Tambien muestran la tumba de Sansón, pero se sabe que esto es falso según la Biblia (Juec. XVI. 31).

Antes de dirigirnos á Hebrón, ó mas bien, (siguiendo su dirección,) acampamos en *Beit-Djibrin*, la antigua *Bethogabis* de Ptolomeo y de la tabla de Peutinger, mas conocida bajo el nombre de *Eleuterópolis*. Este pueblo, que conserva aun bastantes restos de tiempos pasados, es digno de visitarse por sus alrededores, que contienen una maravilla, cuales son las inmensas *habitaciones subterráneas*, vulgarmente conocidas bajo el nombre de *Arak-el-Muyéh* (la colina rocosa del agua); cavadas en colinas de calcáreo blando.

Se entra á uno de los subterráneos por una gran puerta tallada en la roca con mucho arte; siguiendose por espaciosas cámaras con bóvedas regulares, que tienen la forma de grandes *embudos* ó de campanas gigantescas, iluminadas por aberturas practicadas en la parte superior. Una de ellas mide 30 metros de largo; las paredes aplanadas y adornadas con especies de cornizas y de nichos poco profundos. Despues de haber visitado estas salas y atravesado un gran patio que las precede, se entra por un segundo patio en una serie de subterráneos semejantes á los precedentes, pero mas vastos y ocupan toda la profundidad de la montaña. La ejecución de estas rotundas atestigua una gran habilidad en el arte de escavar la roca. Una pequeña caverna contiene una fuente que ha hecho dar á los subterráneos la denominación de *Arak-el-Muyéh*. Tiene dos inscripciones cúficas de poco interés.

Robinson á propósito de estos subterráneos, únicos por su magnitud en toda la Siria, recuerda que esta parte de la Palestina, fué durante la cautividad de Babilonia, ocupada por los Edomitas, poblaciones esencialmente trogloditas, á las que se podría atribuir estos trabajos, aunque M. Rey, según el texto del Génesis, atribuye estas notables construcciones y todas las de la misma naturaleza, que abundan en esta región, á los *Horims* (hombres de las cavernas) habitantes primitivos de estas comarcas, que fueron desposeidos por los Edomitas (Deut. II. 12).

Por evitar proligidad no haremos mas que mencionar varias

otras localidades de recuerdos bíblicoss que visitamos de paso para Hebrón, tales como Kirbet-Adjlán, el *Eglón* de Josué; Kirbet-Merach, el antiguo Maresza de Josué, Tell-Safiyeh Gath, una de las cinco metrópolis filisteas y otras de menor importancia.

Hebrón

De Beit-Djibrin nos dirigimos á Hebrón por el fondo del uady Kalil, que tiene sus partes hermosas y sus trayectos áridos. Atravesamos un valle plantado de olivos y viñas, subimos una última colina y hé aquí en el fondo de este recodo coronado de cimas rocallosas, recostada sobre el flanco de la montaña, gris como la roca, enterrada en un bosque de olivos, la antigua Hebrón, la ciudad de Abraham, la ciudad de David.

Al entrar al delicioso valle de Hebrón, las reflexiones mas grandiosas se agolpan á la mente, porque, al decir de Pouloulat, «no hay país alguno en Oriente que me haya causado la impresión íntima y profunda que experimenté á mi llegada al territorio de Hebrón, y esto debido únicamente á los recuerdos del Génesis. Para nosotros, hombres de los tiempos postreros, moradores de un mundo caduco, que cae en ruinas, es gratísimo abrir el libro de la vida en su página primera y sentarse en las fuentes del gran río de la humanidad.

Si desde lo alto de la colina de Mambré, donde con el pensamiento plantamos otra vez las tiendas de Abraham, se lleva la mirada á las naciones de la tierra, conócese entonces cuánto ha andado el tiempo. Feliz privilegio del viajero es recorrer así, haciendo su camino en las regiones remotas, toda la cadena de los siglos; cada uno de sus altos forma un capítulo de historia, y al ruido de sus pisadas parece que las generaciones que acabaron, dejan el polvo y le gritan:— Aquí estamos».

¡Hebrón! Todo nuestro corazón se conmovió, como si fuésemos á encontrar allí un pueblo de hermanos y la casa del Señor; pero los minarettes, las cúpulas de las mezquitas se elevan en medio de la ciudad de Israel.

Como son muy fanáticos los musulmanes, no entramos á la ciudad, acampando sobre una esplanada al lado de un lazareto, denominado la *Quarantina*.

El lugar del campamento es admirable, sobre una hermosa alfombra de yerbas, con la ciudad enfrente y á tres pasos, recostada sobre la montaña; el ruido de la voz de los niños, el ahuyido de los perros, todos los rumores de las *grandes ciudades* llegan hasta nosotros, venidos el día antes del profundo desierto.

Nos sentamos en la puerta de nuestra tienda para contemplar el paisaje, como lo estaba Abraham cuando vió venir á los tres ángeles (Gen. XVIII). Esto pasaba en las llanuras de *Mambré que está en Hebrón* (Ib. XIII.) Hebrón fué edificada siete años antes que la antigua *Tanis* de Egipto. (Num. XIII. 23).

Abraham estaba delante de la puerta de Hebrón, cuando habiendo llorado á Sarah, rogó á Hephron, Heteo, que le vendiese su caverna de *Macpelah*, para enterrar allí á su muerto y sacarlo de delante de sus ojos.—Hephron, á la manera árabe, le ofrece gratuitamente la caverna y el campo: «Yo te doy el campo; te doy tambien la caverna que en él existe; te la doy en presencia de los hijos de mi pueblo.» Pero Abraham conocía á los árabes y sus regalos; se prosterna y le dice: «Si lo permites, te ruego que me atiendas: yo te daré el precio del campo.»—La tierra vale cuatrocientos siclos de plata (1.324 francos) entre yo y tú, pero que es esto?»

Hebrón es como el centro de la vida patriarcal. Abraham está enterrado cerca de Jacob. Jacob despues de más de veinticinco años de separación, vuelve aquí á ver á su anciano padre. «Jacob vino á Isaac, su padre en la llanura de Mam-

bré en *Kirjath-Arbah*, que es Hebrón (Gen. XXIII). Jacob envia de aquí á José á saber de sus hermanos, que apacentaban los rebaños en Sicheim. (Ib. XXXV.) José sube á Hebrón con los ancianos y los servidores de la casa de Faraón para depositar el cuerpo de Jacob en la caverna de *Macpelah enfrente de Mambré*. Los Arabes pretenden poseer la tumba de Abraham en una de sus mezquitas, pero ellos solo pueden poseer á lo mas el lugar, aunque no dejan penetrar á los cristianos. Es la mezquita de *Aram*.

¡Cuántos recuerdos biblicos en esta ciudad!

Un día dijo el Señor á David: «Anda á Hebrón.... y los de Judá vinieron y ungieron allí á David por rey sobre la casa de Judá.» (2 Sam. II. 1. 4.) Fué tambien á Hebrón que vino Absalón á conspirar bajo pretexto de cumplir un voto; y varios otros pasages biblicos.

Despues siguiendo el valle de Hebrón al occidente, fuimos á visitar *el Arbol de Abraham*. (Quizás es un retoño de la antigua encina, bajo cuya sombra reposaba Abraham al recorrer sus campos y rebaños. Es una encina inmensa y secular, cuyo tronco es de 30 pies y sus raices abarcan un gran espacio de tierra. A la vuelta quisimos visitar por el exterior la mezquita del Aram. Los musulmanes han recibido de los cristianos la tradición que coloca aquí los sepulcros de Abraham, de Sarah, de Isaac y de Jacob.

Santa Elena edificó una iglesia sobre estos sepulcros y la iglesia está convertida hoy en mezquita. Un antiguo estanque salomónico, muros contruidos con enormes piedras, rutas talladas en la roca viva, indican por doquiera que fué en su tiempo una ciudad poderosa. Hoy tiene menos importancia, pero es una de las principales de Judea.

EXCURSION POR ENGADDI Y MASADA

Desde Hebrón determinamos continuar nuestra peregrinación tras las huellas de los Israelitas volviendo hacia el desierto de Tyh, después de haberla interrumpido con la digresión á Filistea.

Para esta escursión es necesario también llevar escolta; la region, sin embargo, es segura. Los árabes que sirven de escolta y los que se encuentran por el camino son mas importunos que peligrosos. A cada instante rodean al viajero, le muestran algun pedazo de cerámica y le piden un baghchich, como si hubiesen descubierto un tesoro.

Al salir de Hebrón se toma la direccion S. SE. siguiendo por el uady el-Khalil hasta la colina Ziph, rodeada de una hermosa llanura cultivada, y donde se encuentran las ruinas de la antigua *Ziph* consistentes en gran número de cisternas en medio de escombros, así como un pequeño fuerte y habitaciones subterráneas cavadas en la roca. David, huyendo de la colera de Saul, se ocultó en estas soledades de Ziph.

Poco después llegamos á *Kurmul*, la antigua Karmel, citada por Josué (XV. 55.) Las ruinas de esta ciudad se extienden en anfiteatro sobre una colina que forma una especie de herradura al rededor del valle: semejan á las anteriores. De aquí nos dirigimos hacia el uady *Khabarah* siguiendo su curso sinuoso; toda vegetación desaparece y se pisa un suelo calcareo mezclado de sílex: es en verdad el árido desierto de Engaddi que pinta la Biblia.

Después de un trayecto árido, sin más accidentes que los campamentos de los beduinos, llegamos al pié de un pico rocoso, desde donde se descubre el Mar Muerto hasta su extremidad sud. Seguimos hacia Engaddi por un sendero difícil en zig-zag cortado en la ladera de un monte rojo y abrupto y entramos en la llanura fertilizada por la bella fuente de *Engaddi* (Ain-Yidy) en donde hicimos campamento.

Las viñas de Engaddi han sido cantadas en el *cántico de los cánticos*. (I. 14) Josefo menta sus palmeras y su bálsamo. Las ruinas de la antigua ciudad están esparcidas en la montaña y en la llanura, pero nada tienen de notable, sino es el paisaje de una vejetación exuberante, debida á su hermosa fuente.

Al salir de Engaddi nos dirigimos hacia el S. siguiendo la costa del Mar Muerto sumamente escabrosa, cubierta en parte de eflorescencias calcáreas mezcladas con azufre y betun, que dan un fuerte olor, hasta llegar á la base de la gran roca de Sebbeh, que es un cono de unos 500 metros de alto, casi aislado, accesible solamente por la parte que se une á las montañas vecinas: en su cumbre se encuentran las ruinas de la antigua *Masada*.

Esta fortaleza fué construida por Jonatas Macabeo; y Herodes el grande la habia hecho intomable para refugiarse en ella en caso de peligro. Era muy notable; pues habia hecho rodear la altura de la planicie con un muro construido con hermosas piedras, de siete estadios de circunferencia, de doce codos de alto y ocho de ancho, con 37 torres de defensa de 50 codos de alto.

El costado NO. estaba ocupado por el palacio, construido como la torre Antonia en Jerusalem en forma de cuadrado, flanqueada por 4 torres de 60 codos de alto. El interior con pisos de mosaico, encerraba suntuosos departamentos, cisternas, baños y pórticos. El costado E. al que se llegaba por una escalera tallada en la roca, era inaccesible.

Sin embargo, fué tomada la ciudad por una estratagemma del general romano Flavio Silva, construyendo grandes terraplenes que hacian facil el ataque é imposible la salida á los asediados, quienes al verse perdidos, prefirieron degollarse, haciendo antes lo mismo con sus mujeres é hijos. Desde entonces el nombre de Masada se habia olvidado y cambiado en el de Sebbeh, hasta que sabios exploradores, entre ellos Tristram, la identificaron de nuevo.

Desde lo alto de la plataforma se distinguen algunas rui-

nas y sobre todo al rededor de la roca, el muro de circunvalación construido por Flavio Silva, reforzado con obras de defensa en los puntos débiles. La vista panorámica que se goza desde esta altura bastaría para recompensar la fatiga de la excursión: el Mar Muerto se despliega en toda su extensión, siendo claramente visibles los golfos Norte y Sud: al otro lado vense escalonados los montes de Moab, como gigantescos muros que flanquean el silencioso y tranquilo lago Asphaltite.

HACIA KERAK

Bajando del monte de Sebbeh seguimos el camino hacia el sur, costeando la ribera, cortada de cuando en cuando por uadys, que descienden de las montañas: al paso se encuentran las ruinas de *Umm-Baghek* que M. de Sauley ha querido identificar con la antigua *Thamara*; son los restos de una gran construcción flanqueada de torres cuadradas en los ángulos, de un acueducto y de construcciones diversas.

Desde aquí descendimos por la planicie occidental hacia *Ain-el-Uaibeh*, que algunos han querido identificar con *Kades*, para atravesar desde aquí el uady Arabah en la dirección de *Ain Bueirideh* y llegar por caminos sumamente difíciles hasta *Chobek*, pues nos habíamos propuesto atravesar en todas direcciones el desierto de Tyh en que durante tantos años acamparon los israelitas, volviendo á tomar el camino de los Hebreos por el oriente del mar Muerto.

La apariencia de uniformidad que á la distancia parece tener el espacio todo entero comprendido entre el Arabah y el istmo de Suez, produce una impresión diversa cuando se penetra en el interior de esas soledades. Lo mismo que los demás desiertos, el de Tyh no tiene mas que un rasgo que sea comun á toda su extensión y que lo caracteriza, es la falta de agua, al menos la falta de agua permanente. En cuanto á la configuración de su superficie es tan variada y accidentada como cualquier otro país

de llanuras; los numerosos uadys que lo atraviesan, los grupos de alturas que se levantan en estos valles y aun las cadenas de montañas, bastante considerables, que cubren múltiples partes del desierto, diversifican el relieve y le quitan la monotonía.

La primer impresión, cuando se abraza con la vista las llanuras inmensas en que uno se va á internar, es la de un mar de arena, sembrado de rocas aisladas, semeando islas, con el horizonte limitado á veces por montañas de aspecto blanquecino. Sin embargo, el suelo no es precisamente arenoso y movil, como se le supone ordinariamente, y lo es en efecto, en algunos lugares; sino mas bien, un terreno pedregoso, duro y resonante bajo el paso de los camellos.

*
* *

CHOBOK, lugar arruinado, sobre la cumbre de una colina, llena de grutas, es probablemente el *Mons Regalis* de los cruzados, cuya fortaleza fué tomada por Saladino en 1181. Hoy es un pueblo principal con su kaimakan; el castillo está bien conservado, pero la iglesia de los cruzados arruinada.

Seguimos por una grande llanura abierta entre montañas, pasando por *Daneh*, la Thoana de Ptolomeo, y se llega á *El-Buseirah*, la antigua *Bosra*, citada como la capital de Edom. (Gen. XXXVI. 33); es hoy un pobre villorio de 60 casas con un antiguo castillo que corona la eminencia. La ruta, atravesando una serie de colinas bajas, nos condujo á *Tofileh*, ciudad bastante importante, residencia del cheik.

Tofileh es la *Tophel* de Moises (Deut. I). «Hé aquí las palabras que Moisés dijo á todo Israel de esta parte del Jordan, en el desierto, en una llanura entre Paran y Tophel y Laban y Haseroth y Dizabah.» Los israelitas por tanto, estaban en la llanura del Arabah, entre Paran (el desierto de Tyh) al O. y Tophel al E.

El resto del camino hasta Kerah es bastante accidentado

por llanuras montañosas atravesadas por uadys, como *el-Ahsa*, que señalaba el límite entre la tierra de Moab y la de Edom.

KERAK es una ciudad y plaza fuerte, hoy día y desde hace tiempo, la más importante de la región al oriente del Arabah. Desde los tiempos de los reyes de Israel era bajo el nombre de *Kir-Kareseth* (ciudad de la colina) la plaza más fuerte de la tierra de Moab.

En la versión caldea de Isaias su nombre está traducido por *Krakà-Moab* (castillo de Moab). El libro de los Macabeos tiene solamente *Karak*; denominación que el uso ha perpetuado.

Los cruzados hicieron de esta ciudad un obispado; pero después Saladino tomó la fortaleza defendida por aquellos. Hoy día la población es de unas 600 familias, un tercio de las cuales son de cristianos griegos.

Los habitantes son famosos por su fanatismo y su rapacidad. Bruckhardt fué indignamente tratado por ellos: M. de Saulcy y sus compañeros tuvieron que pagar un fuerte rescate y el teniente Lynch tuvo que sostener contra ellos una verdadera batalla, en la que tuvo los honores de la guerra; también M. Tristram fué molestado por ellos, por cuya razón el gobierno turco colocó aquí una guarnición, que fué suprimida por razones de economía. Por tanto, llevaba mis recelos; pero los encontré mucho más domesticados, aunque son siempre muy exigentes en pedir baghechichs.

El edificio más notable de Kerak es la *Ciudadela* ó Castillo de los Cruzados. Esta fortaleza con sus murallas sólidas y elevadas, sus galerías, sus columnatas y sus cisternas, es quizás el monumento más considerable de la época de los Cruzados. Sigue á este en importancia el *Castillo de Bibars*; existiendo una comunicación subterránea entre estas dos grandes fortificaciones. Pozos y cisternas en gran número, así como una grande piscina, cuya construcción recuerda un origen romano.

Antiguamente no se podía entrar á la Ciudadela sino por dos túneles. Siguiendo el camino que viene del E. se atraviesa una abertura hecha en la roca del castillo hasta llegar

á la entrada del *tunel*, la verdadera puerta de Kerak; el tunel es sinuoso, de 80 pasos de largo, se eleva rápidamente y desemboca sobre la plataforma abierta de la ciudad, muy cerca del castillo de Bibars.

Es notable el hallazgo de Tristram en la casa del maestro de escuela, que consistió en un hermoso piso de mármol en mosaico, con bases de columnas también de mármol, que habían parte de antiguos baños romanos; otros restos de hermosas lámparas romanas, algunas monedas de oro y plata, testifican una larga ocupación romana en esta ciudad.

Los alrededores de Kerak no carecen de verdor y de terrenos cultivados; pero sobre todo, se goza de una vista admirable. Contéplase al este la península de Lizan, que se avanza en el Mar Muerto; al sud del golfo, el valle de la Sal (*Sebkah*) cerrado al oeste por el Yebel Usdum, en cuyas inmediaciones estaba *Sadoma*; al noroeste sobre una longitud de unos 60 kilómetros, la llanura de Judá dominada por los montes de Judea; más acá los montes de Moab, cuya coloración roja y blanca con largas bandas verdes, ofrece un bello espectáculo, cortado el panorama por una profunda cuenca que marca el curso del uady Kerak y cuya dirección está señalada por grupos de dátiles y laureles-rosas.

En Kerak, de acuerdo con el kaimakan, tomamos una escolta de beduinos Beni-Atiyeh con algunos soldados turcos, que nos acompañaron hasta el uady Modjib; así como en este lugar tratamos de nuevo con los Beni-Sakhir; mientras para la región norte de Hesban nos pusimos bajo la protección del cheikh de los Aduân; así que el cheikh Fella-el-Nimr nos acompañó en todo el resto del viaje hasta Jericó.

La parte de viaje que sigue, fué por la Palestina transjordana, siendo la continuación del itinerario de Israel hácia la Tierra de Promisión.



Palestina Transjordana

Para comprender el interés de esta parte del viaje debemos hacer algunas observaciones históricas.

La Palestina Transjordana, esto es, la comarca montañosa y bien regada que se extiende al E. del Jordan y del Mar Muerto hasta el desierto, desde Damasco al N. hasta el Arnon al S. era conocida de los Hebreos bajo el nombre de país de Galaad y de Bazan. En el momento de la emigración israelítica, esta comarca estaba ocupada por los Amoritas ó Amorreos y dividida en dos reinos: el del norte, por capital Edrei, entre el Monte Hermón y el rio Jabbok, confinaba con la Siria de Damasco y llevaba el nombre de reino de *Bazan*, nombre que se encuentra en el moderno de Batanea, *Bataniyeh* en árabe; abrazaba al S. la mitad de Galaad (Josué XII. 1-5). Su rey era entonces *Og*, «que era de los gigantes y que habitaba en Astaroth y en Edrei.»

El reino del S. entre el Jabbok y el Arnon, tenía por capital Hesbón (Hesbán) y por rey á *Schón*. El país que abrazaba era conocido por los Hebreos con el nombre de Galaad (Deut. XXXII. 1-26.) En un sentido mas estricto, el nombre de Galaad se aplicaba sobretodo á las partes mas altas, que se llamaban montañas de Galaad. (Gen. XXXI. 22.) Sin embargo los límites entre Galaad y Bazan no pueden ser determinados con precisión. Lo que es cierto, es que el país de Galaad estaba repartido entre los reinos de Edrei y de Hesbón.

Después de haber batido á los Amorreos en Jahats y tomado todas sus ciudades, los israelitas, perdonando á los hijos de Ammon, subieron «por el camino de Bazan», batieron á Og y le tomaron sesenta ciudades, «fortificadas con altas murallas y con puertas». (Deut. III. 1. 7.) Las tribus de Ruben y de Gad, que poseían numerosos ganados, obtuvieron con ciertas condiciones el país de Galaad, al otro lado del Jabbok y el país de Bazan con la comarca de *Argob*, que parece designar la llanura del Huarán. Los Amoritas no fueron mas que imperfectamente sometidos. El país de Galaad y de Bazan participó siempre de la suerte del reino de Israel.

Toda esta comarca, á partir de la llanura de Damasco, no es más que una altiplanicie, cuya vertiente occidental domina el Ghor del Jordan. Muy montañoso y de naturaleza volcánica en el norte, formado por llanuras accidentadas y muy fértiles en el Hauran, el país al sud, no es mas que una sucesión admirable de valles pintorescos, de cantones con bosques, ricos pastoreos y planicies fértiles; es una de las más hermosas regiones de Siria; así que fué habitada, desde los tiempos antiguos, por una multitud de pueblos y ciudades, de las que las principales ofrecen aun restos magníficos de arquitectura romana ó bizantina y numerosas inscripciones que permiten encontrar ó identificar antiguos lugares bíblicos.

Estas comarcas transjordanianas, que un gobierno fuerte y regular, como el de los Seleucidas ó de los Romanos, podría volverlas á su antiguo esplendor, y aunque hoy no contengan mas que ruinas y alguno que otro villorio habitado, ofrecen un vivo y constante interés al viajero. Aquí ya no se viaja por el desierto, sino por amenas y celebradas regiones. Pueden ser recorridas sin peligro, con tal que el turista se entienda con el respectivo cheikh. Tan interesantes son que han merecido ser visitadas con interés por Seetzen, Burekhardt, Porter, Rey, Gram, Vogüé, Waddington, Luynes, Lartet, de Sauley y Tristram.

DE KERAK Á JERICÓ POR AMMÁN

Saliendo de Kerak por uno de los túneles de la ciudad, seguimos al norte la antigua via romana, reconocible en partes por las grandes piedras que quedan. Después de cuatro horas y media de viaje llegamos á RABBAH, restos de *Ar-Moab*, llamada también *Rabbath-Moab*, capital de los Moabitas (Num. XXI. 28.) y que recibió de los griegos el nombre de *Arcopolis*, siendo mas tarde sede de un obispado.

El sitio, completamente abandonado, presenta varias ruinas que cubren una planicie de dos kilómetros de circunferencia. En medio de una masa de fragmentos, se notan dos columnas corintias, los restos de un arco triunfal, numerosas cisternas, sarcófagos rotos, una gran cantidad de bóvedas y algunos bloques de basalto, que debieron formar parte de hermosos edificios. La via romana que se extiende como un largo cordon al través de una llanura fértil, dobla aquí al NE. ofreciendo de cuando en cuando algunas piedras miliarias. Después de algunas otras ruinas de menor importancia, que se encuentran al paso, y de costear el Monte Chián, que tiene notables ruinas romanas en la cumbre, se comienza á descender por el profundo y célebre *Uady-el-Modjib*, que es el *Aruón* bíblico, que formaba al S. el limite extremo de la antigua *Perca*.

Fué en su ribera setentrional que acompañaron los israelitas, después de haber rodeado el país de Moab (Núm. XIII. 13.) La anchura del valle en el lugar en que aquí se atraviesa, es de unos 4 kilóm. y la profundidad de unos 600 metros. En el fondo de esta cuenca gigantesca corre un arroyuelo, cuyo lecho está marcado por una hilera de árboles y arbustos. Desemboca en el Mar Muerto en una pequeña llanura en que crecen las palmas. El sendero sigue una antigua via romana, cuyas trazas aun se reconocen, descendiendo en zig-zag sobre los flancos abruptos del enorme

precipicio, en medio de rocas sueltas; de manera que hay que descender del caballo, al menos en la parte superior de la bajada. Después de haber pasado por un fuerte arruinado, rodeado de restos de columnas y de construcciones diversas, se llega al lecho del uady que la vía romana salvaba por medio de un puente de un solo arco, hoy arruinado. Un sendero mal traseado, serpentea por los flancos escarpados de la ribera setentrional, casi desprovista de vegetación y llegamos en una hora á *Ara'ir*, sitio arruinado del *Aroer* de la Biblia (Deut. II. 36) que domina al N. el uady Modjib.

Desde aquí el camino se dirige al N. al través de una llanura desierta para llegar á *Dhiban*, que es el DIBÓN del itinerario de los israelitas (Núm. XXXIII. 45.)

Fué reconstruida por la tribu de Gad (XXXII. 34) y finalmente asignada á Ruben. *Dhiban* ha adquirido una gran celebridad por el descubrimiento de la *piedra* llamada moabita, que hoy se encuentra en el Museo de Louvre. La estela era un grueso bloque de basalto de un metro de altura por 60 centímetros de ancho.

La inscripción contenía 34 líneas, de caracteres pequeños y poco profundos, perteneciente á un dialecto del hebreo. Se ha notado que las palabras están separadas por puntos y el texto cortado en versículos por barras perpendiculares, lo que hace remontar la puntuación á una gran antigüedad. Según M. de Vogüé esta estela ha debido ser grabada bajo el reinado de Ochosias, rey de Israel hácia el año 896 antes de J. C. Se la conoce con el nombre de *Estela de Mesa, rey de Moab*.

Dhiban estaba, como muchas de las ciudades moabitas, edificada sobre dos colinas adyacentes, que rodeaba una misma circunvalación. Las ruinas no ofrecen más que una masa de restos informes; grutas, cisternas, almacenes avobedados; creese que ulteriores escavaciones darán algún otro descubrimiento importante.

Desde *Dhiban* puede hacerse una excursión á *Attarús*, *Macharus* y *Callirhoe*, célebres lugares de la antigüedad; pero es muy fatigosa y perderíamos mucho tiempo.

*
**

De *Dhiban*, el camino directo corta al norte el uady *Ualeh*; y después de pasar el uady *Zerga-Ma'in* se llega á las ruinas de *Ma'in*, que representa *Baal-Meon* (Núm. XXII. 41.) en donde *Balak*, rey de Moab, condujo al profeta *Balaam* para mostrarle el pueblo de Israel acampado. Fué una de las ciudades de la tribu de Ruben. Ezequiel la calificaba «gloria de la comarca» y fué la patria de *Eliseo*.

Las ruinas, sumamente extendidas, ocupan la cumbre y las laderas de cuatro colinas adyacentes, que un ancha calzada uníalas entre sí. Ellas consisten en fundamentos, fragmentos de paredes, bóvedas, grutas, pozos y cisternas innumerables. Es indudable que escavaciones prolijas entre tales ruinas tienen reservados á algún dichoso explorador descubrimientos importantes.

Siguiendo la antigua vía romana se llega en hora y media á la célebre *Medaba*, cuyo sitio se reconoce desde lejos por algunos muros y columnas aun en pié. Esta ciudad cuyas ruinas atestiguan su grande prosperidad bajo la ocupación romana, es una de las más antiguas del país de Moab. Está citada al mismo tiempo que *Hesbón* y *Dibón* antes de la conquista israelítica (Núm. XXI. 30) y figura en la estela de *Mesa*. Fué cerca de sus puertas que *Joab*, general de *David*, obtuvo una victoria decisiva sobre los *Ammonitas*, aliados á los pueblos de la *Mesopotamia*. Más tarde llegó á ser una ciudad episcopal.

Las ruinas de *Medaba* son sumamente notables, perteneciendo á distintas épocas, lo que demuestra que siempre conservó una gran importancia: entre ellas existe una obra admirable, que por sus enormes proporciones y por su belleza

recuerda los estanques de Salomón; y en tan buen estado se encuentra, que con poco trabajo y un gasto mediocre, se podrá utilizar para regar el terreno circunvecino, que es de grande fertilidad.

Por todos los alrededores de Medaba, tan largo como alcanza la vista, se extiende una llanura cubierta de pastos y llena de rebaños de ovejas y de camellos ocupada por los Beni-Sakhir.

EL MONTE NEBO—A una media hora al NO. de Medaba se encuentra el *Yebel Nebâ*, que M. Sanley identificó con el célebre monte *Nebo*, desde donde Moisés pudo contemplar toda la tierra de Promisión antes de morir. (Deut. XXXII.) Balak condujo aquí á Balaam en el territorio de Tsophin hácia la cumbre del Fisgah. (Deut. XXIII. 14.) El monte Nebo hacía parte de la cordillera de los *Abarim* (montaña de los Pasages) así nombrada sin duda, porque se descendía desde Hesbón al valle del Jordan por los desfiladeros de estas montañas.

Las ruinas de Nebâ se elevan sobre un promontorio situado algo al oeste de la cadena principal, que corre de Hesbón á Ma'in.

Se encuentran algunos fundamentos de muros y los restos de una antigua vía, romana que descendía de la llanura al oeste hácia la llanura del Jordan. Desde allí se percibe la ribera occidental del Mar Muerto á partir de Engaddi, Belen, Jerusalem y los montes Hebal y Garizin.

Desde aquí se llega en dos horas y media á Hesbón la primera en las montañas de Moab.

HESBÁN es la *Hesbón* de la Escritura, que en tiempo de Moisés era la ciudad real de los Amoritas del sud. Tomada por los Hebreos, fué asignada á la tribu de Ruben. La ciudad antigua ocupaba dos colinas unidas entre sí por construcciones notables. Están cubiertas de enormes cúmulos de ruinas informes, en medio de las cuales se encuentran gran número de cisternas. En el centro se eleva una especie de fortaleza, que rodeaba un templo, cuyo lugar está señalado

por las bases de algunas columnas, que permanecen en su puesto; se ven también los restos de una torre cuadrada.

A la extremidad sud se ven grandes canteras precedidas de grandes escombros. En los momentos que nosotros pasamos, una tribu de beduinos estaba acampada en sus laderas y allí nos llevó el jeque á tomar la refección de medio día: por cierto que fué un acontecimiento nuestra llegada y nos rodeaban todos los curiosos.

*
**

Al norte de Hesban, dirigiéndonos hácia Amman, se entra en el territorio de los Aduân. *El-Al*, á unos 30 minutos, hoy inhabitado, es la antigua *Elealéh* de Moisés (Num. XXXII. 37.), citado con Hesbón y *Kariathaim*, como reedificadas por los hijos de Ruben. Las ruinas se extienden sobre una gran extensión, notándose restos de murallas de grandes bloques. Se atraviesa al NE. una llanura cultivada, en donde se sigue una vía antigua, cuyos restos se notan aún, hasta llegar á la fuente *Ain-Ammân*, rodeada de construcciones romanas. Atravesando el uady, que aquí toma el nombre de *uady-Ammân*, para seguir la ribera izquierda, en donde se notan los restos de un acueducto y de algunos sarcófagos, vá á terminar en un cuarto de hora al pié de las colinas en una pequeña llanura, desde donde se percibe la ciudadela y las hermosas ruinas de *Ammân*.

AMMAN es la RABBATH-AMMÓN de la Biblia, en donde se encontraba el lecho de fierro de Og, rey de Bazán (Josué XIII. 24); fué asignada á la tribu de Gad, pero no tardó en ser ocupada por los Amonitas. Sitiada por Joab, que se apoderó de la ciudad de las aguas, probablemente la ciudad baja, fué tomada por el rey David en persona. Es la Filadelfia de los Ptolomeos y Romanos.

Las ruinas cubren una extensión considerable sobre ambas

orillas del uady Ammán, en cuyo lecho corre un arroyuelo, que es el Jabbok. Quedan aun hermosos monumentos agrupados en ambas orillas y cerca del lecho del uady, con la ciudadela colocada en una colina lateral.

Son notables una *tumba* cuadrada con pilastras corintias en los cuatro ángulos, los restos de una antigua basilica, que fué despues mezquita y cuyo minarete está bien conservado. Un ábside central con otros restos notables de un palacio de termas; hermosos restos de murallas romanas y de una puerta monumental.

En la ribera derecha existe un *Teatro*, el más hermoso edificio de Amman y uno de los teatros romanos mas vastos y mejor conservados que existen. Está adosado á una colina rocosa, en cuyos flancos ha sido en parte escavado; siendo la longitud de la arena de 110 metros. Al frente había una fila de columnas, de las cuales 8 han quedado en pié, soportando la arquitrabe, algo dislocada. Detrás de esta fila de columnas, comenzaba otra, de la que no quedan mas que cuatro columnas en pié y formaba con la primera una especie de galería, que terminaba en la entrada del Odeón. El teatro se componía de tres rangos de asientos ó localidades, siendo el todo, según observa M. de Sauley, de una simplicidad, que está lejos de escluir la magnificencia.» Desgraciadamente la escena está casi completamente arruinada.

A algunos pasos del Teatro y en ángulo recto con su fachada, está el *Odeón*, ó teatro cubierto, del que no resta mas que la fachada exterior y algunas escalinatas del costado derecho de la escena, aunque por encima de las ruinas se vé un entablamento cargado de ornamentaciones, en medio del cual aparece la loba amamantando á Rómulo y Remo.

Pasando por alto otras ruinas menos importantes, de la ciudad baja se sube á la colina bastante alta, que corona el *Kala'at* ó ciudadela, que ocupa una planicie de forma irregular de

unos 700 metros, rodeado al E. y al O. por dos uadys estrechos y escarpados, mientras que al S. domina sobre el uady Ammán. Al NO. un profundo corte, agrandado artificialmente, la aisla de la montaña á la que se recuesta. Un muro de circunvalación, construido con hermosos bloques, bien unidos sin cemento y llevando en varios lugares la señal de una gran antigüedad, rodea la cumbre de la meseta sin superarla; y está cortado al S. por una puerta monumental.

Al subir á la Acrópolis, lo primero que se vé son las ruinas de un templo bastante destruido, pero que debió ser colosal por los restos que quedan y especialmente por dos columnas enormes echadas al suelo al lado de fragmentos de cornizamentos.

Mas allá del templo vése un edificio llamado *el-Kasr*, cuya magnificencia nada lo revela al exterior; mas al penetrar en el interior contéplase un inmenso edificio ojival, con una decoración continua de un gusto exquisito y en el cual M. de Sauley vé un palacio cristiano-árabe, construido hácia la época de la conquista musulmana; aunque M. Rey cree que es un monumento erigido por los príncipes *Ghasánidas*.

Detrás del Kasr se extiende una espaciosa y bella muralla romana adornada con nichos en forma de frontón.

Mas allá se vé un entero barrio de la ciudad, en donde las habitaciones arruinadas están escalonadas las unas sobre las otras. Mas lejos aún, está el muro de la Acrópolis, dominando un valle profundo y escarpado, en cuyo fondo se notan grutas, que sirven de habitación á algunas familias árabes.

En las extremidades de las murallas de circunvalación, que cubren de esta parte el costado del *Kala'at*, existen los restos de dos torres cuadradas; mientras que la superficie de la llanura ó meseta está llena de numerosas cisternas.

*

**

PASO DEL JORDAN. La última etapa de nuestro viaje bíblico, fué de Amman á Arak-el-Emir por el Jordán hasta Jericó, tér-

mino del itinerario del pueblo de Israel hacia la Tierra Prometida.

Se ha procurado determinar por medio de ingeniosas hipótesis el lugar por donde los Israelitas pasaron el Jordán, así como el lugar en que Jesucristo recibió el bautismo de manos de S. Juan; pero el aspecto de ambas riberas ha cambiado bastante, después de tantos siglos, para que sea posible precisar cosa alguna á este respecto. Sin embargo es cierto que ambas localidades debían estar muy próximas.

Los Israelitas, en efecto, venían de las montañas de Moab, cerca del Fisgah y acamparon en Abarim (Num. XXXIII. 48.49.) al pié de las montañas, probablemente en la desembocadura del uady Hesbân en una bella llanura, llena de vegetación y de arboledas. Desde aquí se dirigieron hacia el Jordán en frente de Jericó. (Josué III. 1.-16.) Este lugar se llama hoy *Makadah* (paso, vado), palabra que corresponde muy bien á la antigua *Beth'abara* (casa del paso), que se encuentra mencionada en Josué (XV. 6.) como formando con Beth-Hogla (el nombre se escribe *Betharaba*) la frontera de Judá.

Pasado el río Jordán, llegamos á un montículo *Tel-Yel-yül*, que ha conservado el nombre bíblico de *Guilgal* ó *Gál-gala*: fué aquí donde los Israelitas acamparon después de haber pasado el Jordán y donde erigieron las *doce* piedras en memoria del pasaje por el río enjuto.

Josué, durante la guerra con los Cananeos, estableció aquí el cuartel general y los Israelitas celebraron la primera Pascua sobre la Tierra prometida (Jos. IV y V.), habiendo sido depositado aquí el Tabernáculo antes de ser enviado á Silo. (Jos. XVIII. 1.)

Pero ¡cuán cambiada está la fertilísima llanura de Jericó!

Hoy es casi un desierto la tierra que en aquella época estaba cubierta de bosques de palmeras, de donde viene el nombre de *Jericó*, ciudad de las palmas, sembrada de jardines, con campiñas cultivadas y numerosa población.

En el momento en que los Hebreos pasaron el Jordán bajo el mando de Josué, la ciudad de Jericó estaba fortalecida con murallas y las campiñas inmediatas eran deliciosos jardines. Fué la primera ciudad de Canaan conquistada por los Israelitas. (Jos. VI. 26); hoy es un miserable villorio musulmán habitado por pocos cristianos; pero muy visitado por los peregrinos y turistas.

Aunque desde Jericó nos trasladamos á Jerusalem, terminamos aquí el relato de nuestro viaje, ya porque en otra obra nos hemos ocupado de Tierra Santa, ya también porque el propósito del presente viaje fué seguir el itinerario de Israel al través del desierto hasta su entrada á la Tierra de Promisión.

La tercera parte de esta obra solo es una exégesis crítica de algunos puntos importantes, que hemos creído conveniente ilustrar por referirse también al asunto del presente viaje.



Ilustracion crítica

Esta tercera parte, que bien podría figurar á manera de apéndice, tiene una importancia especial por constituir lo que podríamos llamar ilustración crítica acerca de las cuestiones que se refieren al éxodo ó salida del pueblo hebreo desde el país de Gessen, á la autenticidad del Pentateuco y al cumplimiento de las profecías acerca de los países recorridos por Israel al dirigirse á la Tierra de Promisión.

Empezaremos desde luego por las profecías.

Mientras recorríamos el Desierto habitado por los árabes Ismaelitas, la Filistea, la Idumea y el país de Moab, no pudimos dejar de experimentar la mas tremenda impresión al contemplar realizadas las antiguas profecías sobre estas regiones, cumplidas al pié de la letra.

Ante el espectáculo de los beduinos del desierto con su vida perpetuamente nómada y la desolación de países, un día tan llenos de vida y cubiertos de famosas ciudades, la voz de los profetas de Israel parecía reclamar nuestra atención y decirnos con el eco de ultratumba: «Párate hijo del hombre y vé cómo se han cumplido nuestras predicciones.»

Y en verdad, sucedió lo que ellos anunciaron sobre estos países con tantos siglos de antelación.

Tercera Parte



Cumplimiento de las profecías

Profecía sobre los árabes

Respecto á los Beduinos del desierto, leamos al mas antiguo y erudito de los historiadores, á Moisés: él nos muestra una esclava, Agar, que huye de su ama, Sarah, que la castigó, y que al internarse en el desierto de Sur, un ángel se la aparece, mandándole que vuelva bajo el techo de donde huyó, que se humille bajo la mano de quien depende, y le anuncia que dará á luz un hijo á quien llamará Ismael.

«Este, dice, será un *hombre libre y salvaje*, su mano se levantará contra todos y todos se levantarán contra él, y *armará sus tiendas á la vista de todos sus hermanos.*» (1)

En efecto, tales son los hijos de Ismael, los habitantes del desierto, hombres nómadas é indómitos; ellos levantaron la mano contra todos, y todos levantaron la suya contra ellos, y nadie pudo someter su independencia.

El señor de los reyes, Sesostris, nada pudo contra ellos. (2) Zara, el Etiópe, no los hizo esclavos. (3) Scheschonk no los contó entre los pueblos que formaban sus ejércitos.

Bajo los persas, ni aun bajo el mismo Ciro, el vencedor de las naciones, ellos no reconocieron señor alguno. Su patrimonio no fué la herencia de ningún sátrapa.

«El hijo de Histaspes se declaró rey, dice Heródoto, y todos los pueblos del Asia se sometieron á su mando, *excepto los árabes*.... La primera satrapía comprendía todos los países situados entre la ciudad de Posideo, edificada en las montañas de Cicilia, la Siria y el Egipto, ex eptuando los territorios de los árabes, exentos de todo tributo. (4).

Alejandro el grande, despues que destruyó la monarquía persa,

(1) Genes. cap. XVI, v. 12.

(2) Diodor. Sicul., Hist., lib. I. d. 35; lib II, p. 12.

(3) Paralipom., cap. XIV, v. 9.

(4) Herod., lib I. cap. LXXXIII y XCI.

y llevó más allá del Ganges sus conquistas, resolvió domar á los árabes, pero la muerte le detuvo (1) y sus sucesores no pudieron llevar adelante este presuntuoso designio.

Sin fruto intentaron los romanos subyugarlos. En tiempo de Saladino, de Gengis-Khan, de Tamerlan, como en el de Godofredo, conservaron sus rudos y desairados modales.

¡Despues de cuatro mil años está indispueta la raza de Ismael con la familia de Isaac!

El árabe se quedó, pues, lo que era: *hombre libre y salvaje*, acampado en el límite de las tres grandes antiguas regiones del viejo mundo; *él arma sus tiendas á vista de todos sus hermanos*, legando á sus hijos por patrimonio el desierto, y por mieses las caravanas.

Profecía sobre la Filistea

El profeta Amos, arrebatado por el espíritu del Señor, exclama:

«En vista de los crímenes de Gaza, tres y cuatro veces reiterados, no mudaré mi decreto contra sus habitantes; enviaré fuego sobre los muros de Gaza, que devore sus edificios; exterminaré el habitante de Asdod y al príncipe de Ascalon, y los restos de los filisteos perecerán, dice el Señor.» (2).

Jeremías también levanta la voz:

«Va el Eterno á destruir á los filisteos; Gaza se rebela, Ascalon y el resto del valle guardan profundo silencio.

«¡O espada del Señor! ¿no descansarás tú jamás? ¡Entra en la vaina, refrésate y calla!

«¿Cómo descansará, si el Señor le manda embestir á Ascalon y á todo el país de la costa del mar, y cuando le ha ordenado lo que debe de hacer? (3).

Ezequiel añade tambien estas advertencias:

«Hé aqui lo que dice el Señor Dios: Extenderé mi mano

[1] Strab. lib. XVI;—Arrian., 161.

[2] Amos, I, 6, 8.

[3] Jerem., cop. X L VII, v. 5, 6, 7.

sobre los filisteos, y destruiré lo que resta de sus puertos de mar.» (1)

¿En qué vinieron á parar estas ciudades tan envanecidas con su poder? Pregúntese á los viajeros.

Los escombros, los fragmentos de mármol, que encontramos junto á Gaza, pueden dar una idea del antiguo lujo de sus edificios; pero esta ciudad, en otro tiempo capital de la Filistea, y que sostuvo un sitio de dos meses, no es ya mas que una miserable villa, siempre á la merced del primero que llega: se trocaron sus palacios en establos.

Hable por nosotros Volney, á quien se puede creer sin sospechar tenga ideas demasiado religiosas.

«Hay de trecho en trecho, en la llanura que se halla entre Ramléh y Gaza, algunas aldeas de tierra, mal construidas, y que todas tienen la marca de pobreza y miseria, que tambien llevan consigo sus habitantes. Las casas miradas de cerca son chozas, aisladas las unas y enfiladas las otras, á modo de celdas, y cercadas de unas paredes de tierra, que forman un patio ó corral.

En el invierno habitan en una pieza los hombres y las bestias. Desde Ybné se hallán sucesivamente varias ruinas, y es la mas considerable la de *Esdud* (Asdod), ahora célebre por los escorpiones que cria.....

A tres leguas de *Esdud* está una aldea llamada *El-Majdal*; á la derecha está *Ascualan* (Ascalon), cuyas ruinas desiertas se alejan día á día del mar, que antiguamente las bañaba. Toda esta costa se llena diariamente de arena, en términos que la mayor parte de los parajes, antes puertos de mar, se hallan ahora retirados cuatrocientos ó quinientos pasos en tierra.

Gaza es un ejemplo que se puede citar. (2)»

¿No se deja ver aquí el dedo de Dios? ¿No hay aquí señales visibles de la espada del Señor? ¿No parece oírse la súplica del

[1] Ezech., cap. XXV, n. 16.

[2] Volney. Voyage en Syrie et en Egypte, tom. II.

profeta y la voz misteriosa que recuerda el decreto fatal? «¡Oh espada del Señor! ¿no descansarás tú jamás? ¡Entra en la vaina, refréscate y calla!—¿Cómo descansará, si el Señor le manda embestir á Ascalón y á todo el país de la costa del mar, y cuando le ha ordenado lo que debe de hacer?»

Todo, en efecto, es desolación y ruina, donde antes era esplendor y grandeza. La profecía se ha cumplido.

Palabras contra Moab

«La muralla de Moab dió por tierra durante la noche; no se hable mas de ella.

«Hesebón y Elealéh darán grandes gritos y sus voces se oirán hasta Josa.

«Oiránse los gritos de Moab hasta sus confines. Llegarán sus quejas hasta Galim; y sus alaridos resonarán aún en los pozos de Elim.

«Las aguas de Dibón se llenarán de sangre, porque aumentaré el dolor en Dibón. Si hay algunos en Moab que piensen salvarse huyendo, yo enviaré un leon (Nabucodonosor) contra ellos y el resto de la tierra.

«Y entonces las hijas de Moab estarán en el paso de Arnón como pájaro espantado, y como los pajarillos que vuelan del nido.

«Hemos visto la soberbia de Moab, es demasiado soberbia: su altivez, insolencia y furor son mayores que su poder.

«Por lo tanto, Moab chocará contra Moab: su gemido será unánime. Anunciadles á esos que se ensoberbecen con sus murallas de ladrillos, las llagas de que se verán cubiertas.

«Porque el campo de Hesebón está desierto. Los príncipes de las naciones han arruinado la viña (la provincia) de Sabama. Sus ramas llegaron hasta Jazer; han recorrido el desierto; lo que resta de su retoño pasó más allá del mar. Mezclaré mi llanto con los lamentos de Jazer por la viña

de Sabama. Hesebón y Elealéh, yo os rociaré con vuestras lágrimas, porque desde en medio de vuestras viñas y de vuestras mieses se levantó la voz del enemigo que las destruye.

«Por esto desaparecerán el gozo y la alegría de las mas fértiles campiñas, los cantares de regocijo y de fiesta no resonarán ya entre los pámpanos, no se estrujarán mas los racimos en la prensa. Haré que enmudezcan las voces de los vendimiadores.

«Aroer está del todo abandonado; harán en él sus cavernas los animales, sin que nadie se lo impida.

«Caerán, ¡oh Moab, tus murallas soberbias! el Señor las demolerá y él las hará polvos.

«Estas son las palabras que mucho tiempo há dirigió el Señor á Moab por boca de Amos.

«Mas hé aquí lo que dice el Señor: En tres años, que se contarán como los días de un jornalero, se destruirá la gloria de Moab, así como su numerosa población; le quedarán muy pocos hombres; y este resto será muy débil.» (1)

Comparemos lo que hemos visto con el relato de los que han explorado este país.

El país de Moab, situado al este del Jordan y del mar Muerto, presenta el aspecto más triste. El suelo está muchas veces descubierto, casi siempre árido. Unicamente algunos matorrales de higueras espinosas ofrecen alguna sombra.

La tierra árida, pero fuerte y vigorosa, justifica todavía lo que decia el profeta en cuanto á la feracidad de Hesebón.

Los capitanes Yrby y Mangles dicen que un grano de trigo de Hesebón pesa más de dos de Europa y que la espiga contiene mas del doble de granos. Y por un destino singular, esta tierra tan fértil desfallece despreciada, se halla sin cultura.

Es notoria la riqueza antigua de tal país, según lo ma-

nifiestan las ruinas esparcidas; y en ninguna parte se hallan vestigios de tantas moradas. Burekardt ha contado hasta cincuenta sitios de ciudades destruidas. Seetzen y los mas grandes geógrafos están de acuerdo sobre el cálculo aproximado que se forma de su gran población. La degradación violenta ó casual de estas ciudades toma en razon de su multitud un caracter especial; y Volney, por esto mismo, confirió á esta región el título de *ciudades arruinadas*.

No debemos olvidar sobre todo, que conservando estas ciudades sus antiguos nombres, permanecen como pruebas evidentes de la verdad de las profecias hechas sobre cada una de ellas. Los vestigios de Medaba cubren un círculo de casi dos millas; y se conservan en Hesban (Hesebón) fragmentos de los templos, columnas mutiladas, los abrevaderos, y las piedras de muchos pozos abiertos en la roca.

Rabbah, en otro tiempo residencia de los reyes de Moab, oculta bajo sus escombros una área cuya extensión indica lo que fué su pasada gloria.

«¡Las ruinas de Elealéh, de Hesebón, Metrón, Medaba, Dibón y Aroer, dice Burekardt, están allí aún para hacer que resalte la verdad de la historia de los hijos de Israel!»

Algunas familias árabes habitan las alturas inmediatas; temerosas de las hordas enemigas, han huido y viven en lo alto de las rocas, segun aquellas palabras del Señor: «Y entonces las hijas de Moab, estarán en el paso de Arnón como pájaro espantado y como los pajarillos que se vuelan del nido.» Son poco numerosas y miserables, porque se dijo: «Se destruirá la gloria de Moab, así como su numerosa población; le quedarán muy pocos hombres y este resto será muy débil.»

[1] Isaias, cap. XV, XVI.

Profecía sobre Idumea

«Toda empapada en sangre, está mi espada en lo alto del cielo. Descenderá sobre Idumea y el pueblo que ha de transformarse en monumento de mi justicia.

«Subsistirá su desolación de raza en raza, y nadie pasará por ella en la serie de los venideros siglos. Abandonarla han el pelicano y el erizo; será la morada de los cuervos y mochuelos. Extenderá Dios el cordel sobre ella para destruirla; sus ruinas quedarán niveladas.

«Jamás habrá en Idumea príncipes, nunca se establecerá un reino; todos sus jefes acabarán.

«Los espinos y ortigas crecerán en sus palacios hasta cubrirlos, crecerán en sus ciudadelas los zarzales; se verán allí rastrear serpientes; oírse cantar á la zumaya.

«Los buitres y las hienas se reclamarán unos á otros; se retirarán allí, y descansarán en paz las aves noturnas.

«Allí hará su cueva el erizo y alimentará sus hijuelos; crecerán á la sombra de su caverna; los milanos se reunirán á bandadas.» (1)

¡Infeliz región! Jeremías se levanta estremecido.

«A la Idumea. Esto es lo que dice el Señor de los ejércitos: Huid, salvaos del furor de vuestros enemigos, descendad á las grutas mas profundas de la tierra, moradores de Dedan, porque yo hice viniera sobre *Esau* (Edom) el dia de su destrucción, el tiempo de su juicio.

«Porque juré por mi mismo, dice el Señor, que Bosra quedará desierta, y vendrán á ser el blanco de los insultos y maldiciones de los hombres, y que se verán reducidas todas sus ciudades á soledad eterna...

«Vuestra insolencia y soberbia os ha seducido á vosotros

[1] Isaias, cap. XXXIV, v. 5-15.

los que habitais en los huecos de las peñas, y que habeis procurado subir á las cimas de las montañas; aunque levantarais vuestros nidos mas alto que el de las águilas, no por eso dejaré yo de tiraros abajo. (Esto se refiere á Petra, *Selah*, edificada en la cima de la montaña.)

«Y quedará desierta la Idumea, y el que atravesase sus tierras se llenará de admiración, y se mofará viendo el estado de sus llagas.

«Será destruida como lo han sido Sodoma y Gomorra con las ciudades vecinas, dice el Señor; y no habrá nadie que se quede en ella; ni hombres para morarla.»

La floreciente Idumea está sin remedio condenada, llegó su hora fatal; el último de los profetas suscitado en Israel, Malaquias, vuelve tambien la mano contra Edom.

«Yo reduje á una soledad las montañas de Esau, y yo abandoné su herencia á las serpientes del desierto. En el caso de que diga Edom: Hemos nosotros sido destruidos, pero á nuestra vez nosotros volveremos á edificar lo destruido: he aqui lo que dice el Señor de los ejércitos: Ellos edificaran y yo demoleré, y se llamará su pais tierra de impiedad.» (2)

*
**

Nunca tal vez se vió tan cumplida una profecía, como claramente lo demuestra este país singular.

Se ha verificado cada circunstancia de por sí en el acontecimiento, se confirmó por la historia, y la certificaron los mismos incrédulos.

La corta porción de Idumeos que habian escapado de la matanza que hizo Nabucodonosor, se extendió insensiblemente por el mediodia de la Judea; de modo que los Judios, á la vuelta

[1] Jerem., cap. XLIX, v. 7, 8, 13, 16, 17, 18.

[2] Malach., 1. 3, 4.

de su cautiverio, los hallaron hechos dueños de casi toda la región meridional de Judá, desde Hebrón hácia la Arabia.

Excitó su prosperidad floreciente la envidia de los Israelitas, que se acordaron de las amenazas hechas á esta nación. Entonces fué cuando respondió el Señor por boca de Malaquias: «Yo reduje á soledad las montañas de Esaú, y yo abandoné su herencia á las serpientes del desierto.»

Aunque les preservó la vida Antíoco Epifanes, cuando maltrató á los judíos, nunca en efecto, pudieron llegar á ser libres, ni proclamar un rey de su nación.

Siempre se vieron dominados por los reyes de Egipto y Siria; en fin, para que mejor se cumplieran las antiguas profecias, cayeron bajo la dominación judía. Judas Macabeo los atacó y batió en más de un encuentro. Juan Hircano acabó de subyugarlos, forzándolos á circuncidarse, despues de haberlos obligado á someterse, y quedaron bajo su dependencia nada menos que hasta la ruina y la dispersión judía.

Josefo refiere, en efecto, que corrieron á las armas en el último sitio de Jerusalem para defender esta ciudad, considerada por ellos como la metrópoli de toda la descendencia de Abraham. (1)

Oigamos lo que dice Volney: «Ningún viajero, visitó este país, aunque merece serlo. (2) Según lo que oí decir á los árabes de Bahin y á la gente de Gaza, etc., hay al sudeste del lago Asphaltite, en un espacio como de tres jornadas, mas de treinta ciudades arruinadas, absolutamente desiertas, y de las que los árabes se sirven para encerrar sus ganados, aunque muchas veces se guardan de hacerlo por los enormes escorpiones de que abundan estos parajes.»

La justicia del Señor ha marcado este país con un castigo eterno. Reinan allí la despoblación, la ruina, el peligro y el espanto. El demonio meridiano se burla solitario sobre ruinas ig-

[1] Josefo, Antiquit., lib. XIII, cap. 17.—De Bell. Jud., cap. VII.

[2] Si en la época de Volney esto era imposible, según dejamos relatado hoy es fácil, aunque trabajoso y sumamente molesto.

noradas, se complace al ver los escombros á trechos teñidos de sangre del extranjero, del peregrino, y donde los feroces hijos de Esaú entierran su botín y se dividen los despojos.

Desgraciado del que se meta en la región maldita; el suelo que pisa le hace traición; la pisada del camello estampada en la arena hace venir por el rastro leopardos con rostro humano.

Ningún rescate puede ofrecerse por él, ni misericordia que implorar, porque se halla en una tierra que «se llamará tierra de impiedad».

Por esto mismo los de á pié y los de á caballo, los pobres y los ricos se apartan de sus términos como de los bordes de un volcán. Por esto sin duda, decía el profeta: «Los arroyos de Edóm se convierten en lava, el polvo en azufre; y la tierra en betún ardiente.» Por esto, según observaba Volney, «ningún viajero visitó este país, aunque merece serlo.» Alí Bajá y los guerreros belemitas que escoltaban á M. Chateaubriand en su viaje al mar Muerto rehusaron acompañarle hácia la parte limítrofe con los términos de Arabia Idumea; se incomodaban por lo que se tardaba, le daban prisa para partir, temiendo sin cesar ser vistos y atacados.

Las tentativas para penetrar en estas soledades siempre fueron desgraciadas ó peligrosas. Los capitanes Irby y Mangles, aunque protegidos por un jefe de tribu de las más temibles, y acompañados de una comitiva numerosa, luego que con mucha dificultad llegaron á Petra, se vieron obligados á desandar lo andado. Los mas animosos exploradores pagaron su noble curiosidad con la vida. Burekhardt, tan intrépido como instruido, emprendió visitar la Idumea, disfrazado de árabe; los foragidos del desierto se precipitaron sobre él, y habiéndole tratado del modo más bárbaro, se lo robaron todo, le dejaron en cueros, quitándole hasta los trapos que tenía en los piés porque se le habían lastimado. Sí: «su país se llamará tierra de impiedad.»

Todos y cada uno de los sucesos se han verificado al pié de la letra. M. Leon de Laborde reconoció en su viaje, pero á lo lejos, los restos de esos edificios, construidos en los flancos ó en las cumbres de las montañas, cortados en las rocas, y que inspiraban un orgullo tan grande á los príncipes de Edon. Son pisos de mármol ó de granito sobrepuestos con intrepidez en filas de columnas; su apariencia gigantesca pasma por su carácter de audacia y fiereza; las magníficas ruinas de Palmira, los pilones y propileas del Egipto, á pesar de su fama, nada son en comparación del golpe de vista que presentan estos sitios. Entonces es cuando se sabe el origen que tiene la energía del estilo profético al pintar esta imagen; ella proviene de la realidad.

Estos magníficos vestigios presentan todavía el aire arrogante de los hombres que se creían más que hombres, porque habitaban palacios inexpugnables, y dominaban los valles: se consideraban demasiado elevados para que pudiese alcanzarle la mano del Señor. Su mudo testimonio explica estas amenazas: «Vuestra insolencia y soberbia os han reducido, á vosotros los que habitais en los huecos de las peñas, y que procurais subir á las cimas de las montañas; aunque levantarais vuestro nido más alto que el de las águilas, no por eso dejaré yo de tiraros abajo, dice el Señor.» Con efecto, el fuerte donde la soberbia raza de Esaú se habia establecido en lo escarpado de las montañas, Petra, está ya vacío, desierto y desolado; sus habitantes fueron arrancados de tales parajes; allí moran el quebrantahuesos y el buitre, sin que nadie venga para incomodarlos.

Los nómadas de aquel país, además de sus instrumentos de muerte y asesinato, llevan uno singular, que ha venido á formar en algun modo entre ellos parte de su traje; y son unas pinzas para sacar las espinas de las yerbas espinosas, tan comunes en aquellos parajes: «Crecerán en sus edifi-

cios espinas y ortigas; los cardos brotarán en sus fortalezas.» (1)

Júntase al inconveniente de las plantas espinosas el peligro de las sabandijas ponzoñosas. El doctor Shaw observó allí una prodigiosa cantidad de víboras. «Ella será la guarida de las serpientes y el pasto de los aveztruces.» (2.)

«Rugieron los leones y sus cachorros por la Idumea; reuniéronse con los demás animales.

«La misma voluntad del Señor es quien los ha reunido». (3) El emperador Decio hizo traer del Africa á las fronteras de «la tierra de impiedad» con el intento de inquietar á los sarracenos, bestias feroces para que inquietasen é infestasen el país.

De este modo viene á servirse el Altísimo de la mano del hombre para ejecutar el castigo pronunciado contra el hombre.

Si, á pesar de pruebas tan incontestables, como las ya dadas, todavía se atreviese á dudar del carácter divino de estas predicciones una obstinación incrédula, óigase la sobrehumana advertencia que hace al acabar el profeta, y que dirige á los siglos, y cuídese de meditarla como se debe.

«¡Registrad con cuidado en el libro del Señor y leed! Vosotros vereis que nada de lo que yo he anunciado faltará; ninguna de mis palabras será vana, porque cuanto ha salido de mis labios, fué El quien me lo inspiró!» (4)

SOBRE LA AUTENTICIDAD DEL PENTATEUCO

Aunque por medio de múltiples notas, colocadas al pié del texto de los diversos libros del Pentateuco, que hemos citado acerca el itinerario de Israel, hemos obviado la necesidad de hacer comentarios ilustrados sobre los mismos libros sagrados en lo que se refiere al viaje al través del desierto,

[1] Isaias, cap. XXXIV, v. 13.
 [2] Isaias, cap. XXXIV, v. 13.
 [3] Id., cap. XXXIV, v. 16.
 [4] Id., cap. XXXIV, v. 16.

queremos añadir aquí algo sobre la autenticidad del Pentateuco; y aunque no es este el lugar de tratar á fondo esta materia, sin embargo, queremos tomar en cuenta algunas dificultades que, con sobrado poco tino, hemos visto apuntadas en algunos de los libros que sirven de guía á los turistas del Sinaí y de la Arabia Petrea.

Así, se ha afirmado que el Pentateuco de Moisés, y por consiguiente el relato del viaje de los Hebreos hácia la Tierra de Promisión, no es auténtico sino obra de Esdras con fecha antedatada, porque admitiendo que Moisés lo escribiera en la época que señala cómo hubiese escrito él los cinco libros que se le atribuyen en el desierto espantoso, y sobre todo, siendo la escritura una invención posterior á él?

Pero esta dificultad, que parecía tan contundente, ha sido refutada tres mil años antes. Josué, sucesor de Moisés en el mando, habla de una ciudad llamada *Cariath Sepher*, que quiere decir ciudad de los libros. (Josué XV. 15.)

Berosio refiere que Sisutro, antes del diluvio, escondió en Sisparis las cartas y los escritos que tenía. (Beros. ap. Alex. Polyb.)

Pero sobre todo, recordamos que el egiptólogo Champollión ha encontrado en el Museo de antigüedades egipcias de Turin una Acta del año quinto del reinado de Thumosis III, quinto rey de la décima octava dinastía; mientras se sabe que Thumosis III gobernó el Egipto hácia la época de José, por consecuencia mas de dos siglos antes que Moisés pudiera escribir el Pentateuco.

Alégase también, como una dificultad insoluble, que el Pentateuco no es obra de Moisés, porque no hubiera el autor hablado de sí mismo. Pero entonces habria que reconocer también que Jenofonte no es el autor de *Anabasa*, porque habla de sí mismo en tercera persona; que Josefo no ha escrito la historia de la Guerra de los judíos, porque se nombra en tercera persona; que los Comentarios sobre la guerra de las Galias no son de Cesar, porque habla de sí mismo en tercera persona.

Pero, añaden ¿cómo puede creerse que fuese tan poco modesto Moisés, que se llamase á sí mismo *hombre divino*? Por otra parte, se habla en el Éxodo de un medio siclo que se debe pagar según la medida *del templo*, mientras que los Hebreos no tuvieron templo hasta siglos despues de Moisés. También se dice en el Deuteronomio: «Estas son las palabras que dijo Moisés á los Israelitas *mas allá* del Jordán», mientras se sabe que Moisés nunca pasó el Jordán.

La respuesta es muy sencilla, pues según la traducción hebrea, en lugar de *hombre divino*, debe leerse *hombre de Dios*, lo que significa sacerdote, enviado, siervo de Dios; así como en lugar de *templo* debe leerse *santuario*; lo que viene á destruir el supuesto anacronismo; y por fin, la verdadera traducción del adverbio puesto á la palabra Jordán, según los sábios hebraístas, como Buxtorfio, no quiere decir *mas allá* sino *cerca* del Jordán.

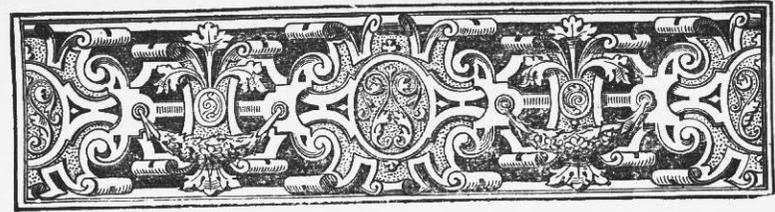
Por fin, el gran argumento, tan sonado, contra la autenticidad del Pentateuco consiste en el relato de la muerte de Moisés, que concluye esta obra. Los muertos no acostumbran á escribir su historia; evidentemente las últimas líneas del último libro de Moisés no han podido ser suyas.

El libro de Josué, que sigue en la Biblia despues del Pentateuco, continúa tan inmediatamente el relato de Moisés, que comienza con la conjuncion *Y*; así que el Talmud declara que los últimos ocho versos son de Josué; y el mismo Volney admite este aserto como natural y razonable.

En cuanto al escrito apócrifo titulado *cuarto libro de Esdras*, que dice en el cap. XIV que se quemó el Pentateuco, que le olvidaron los judíos y que Esdras por un conocimiento infuso que tenia del libro perdido, lo dictó á los copistas, está reconocida su falsedad públicamente; pues es posterior con quinientos ó seiscientos años al autor cuyo nombre tiene. Además, el verdadero Esdras ha desmentido á su *homónimo* póstumo, diciendo en el cap. VI que los Hebreos, llegados

antes que él á Jerusalem, vivian *segun la letra del libro de Moisés*, y en el cap. VII, que á la partida de Babilonia, habia *un escriba hábil en la ley de Moisés*.

A falta de estos hechos, la diferencia del estilo bastaria para quitar toda equivocación; y en fin, como observa el erudito M. Dubois Aymé «todos los críticos se ven forzados á reconocer el Pentateuco como la tradición escrita más antigua que se conoce hasta nuestros dias.» Es una conquista cierta de la exégesis moderna, aunque no sea este el lugar de exponerla.



Exégesis sobre el país de Gesen y el paso del mar Rojo

Hoy dia, un conocimiento mas cierto y cada vez más progresivo de la lengua y caracteres geroglíficos, un gran número de documentos nuevos, un estudio geológico y topográfico muy exacto del istmo de Suez, realizado para construir el canal marítimo, las recientes excavaciones practicadas en Pithom por M. E. Naville, la relación de la peregrinación de Santa Silvia de Aquitania, escrita por ella misma hácia fines del siglo IV, recientemente descubierta, han arrojado nueva luz sobre la historia y la geografía de los tiempos del Éxodo.

Por esta razón vamos á ilustrar la exposición bíblica acerca del país de Gesen, donde residía el pueblo hebreo al salir de Egipto, sobre la ruta que siguió al través de este país y sobre el lugar en donde estaba situado el milagroso paso del mar Rojo. Para ello nos vamos á servir de la obra: *El Egipto* del R. P. M. Jullien en la parte relativa á «una excursión por el país de Gesen», tanto mas, cuanto que coincide con la excursión verificada por nosotros en 1886 y la última á principios del corriente año de 1897 con ocasión de presente viaje.

TIERRA DE GESEN—DEL CAIRO A ISMAILIA

Los hijos de Israel, antes de partir para el desierto del Si-

naí, habitaban la tierra de Gesen, en hebreo *Goshen*. José encargado por Faraón de elegir una tierra buena para su padre y sus hermanos, se la había asignado (Gen. XLV. 10).

¿Donde se hallaba esta región? ¿Cuales eran sus límites? Esto no se halla escrito en ningún monumento de la antigüedad profana; pero los libros santos nos dicen lo bastante para asegurarnos cual fuera su situación.

Era evidentemente una provincia fronteriza, puesto que José, habiendo salido al encuentro de su padre, que había partido de Bersabée, hoy Bir-es-Seba, situado en la mitad del camino entre Gaza y la punta meridional del mar Muerto, lo encontró en Gesen (Gen. XLVI. 28. 29).

Esta tierra hallábase situada al oriente del Nilo; de lo contrario la muchedumbre de los hebreos, antes de atravesar el mar Rojo, habría debido cruzar alguno de los brazos del Nilo, no sin grandes dificultades, y Moisés habría á lo menos señalado el hecho en la narración tan detallada del Exodo.

Por lo demás, esta idea de que era una provincia fronteriza, concuerda con muchos textos de la Escritura, que hablan de Gesen como de una región en la que había pocos Egipcios. «A fin de que podais quedaros en esta tierra de Gesen, porque los Egipcios miran con abominación á todos los pastores de ovejas» (Gen. XLVI. 34.)

Sabemos tambien que Gesen era una de las mejores tierras de Egipto (Gen. XLVII. 6), una tierra de jardines con abundante riego, cruzada por canales de pesca: «Nos acordamos de aquellos pescados que de balde comíamos en Egipto, (murmuraban los Hebreos en el desierto); se nos vienen á la memoria los pepinos, y los melones, y los puerros y las cebollas y los ajos» (Num. XI. 5) «¿Por qué nos hicisteis salir del Egipto, y nos habeis traído á este terreno miserable, que no se puede sembrar, que no da higos, ni vides, ni granados y ni aun agua tiene para beber?» (Num. XX. 5), Era ciertamente necesario que fuese aquella una tierra de

una fertilidad excepcional, para que Moisés, alentando á su pueblo con la esperanza de la tierra de Promisión, en donde fluyen la leche y la miel, juzgue conveniente premunirlo contra una decepción posible respecto al Egipto: «La tierra que vais á poseer, les dice, no es como la tierra de Egipto de donde salisteis, en la cual os bastaba arrojar la simiente y regarla al pié, como en una huerta» (Deuter. XI. 10),

Todo esto conviene perfectamente al fértil uady Tumilat, que se extiende del oeste al este entre Zagazig é Ismailia, en el cual Setis I había abierto un ancho canal, continuado por Ramses II, el Faraon opresor. Por otra parte la relación de Santa Silvia y los descubrimientos de M. E. Naville hacen ver en este valle muchas ciudades de la tierra de Gesen.

Digamos solamente aqui que recientes excavaciones llevadas á cabo por este sabio han identificado la aldea actual de Saft-el-Henneh, situada en el uady Tumilat entre Zagazig y Abu-Hammed, con una ciudad antigua llamada Resem, que daba su nombre al distrito circunvecino. De Resem se ha hecho Gesen y Goshem.

Cuando Jacob llegó á Egipto, bajo los reyes Hyksos, la tierra de Gesen, según parece, no estaba repartida entre Egipcios, que la administrasen regularmente; Faraón pudo por tanto, concederla á extranjeros sin despojar á sus súbditos. Desde luego seria ilusorio y sin mayor interés querer fijar los límites precisos: debieron extenderse por el uady Tumilat y más allá, á medida que los Israelitas, multiplicándose, sentían la necesidad de aumentar su cultivo, y que estos buscaron sin duda aproximarse al Nilo. Creese también que en los tiempos del Exodo, esa tierra extendiase hácia el norte á lo largo del brazo Pelusiaco del Nilo, y pudiera ser también que fuera más allá hácia el occidente, sin llegar sin embargo, á Tanis y su llanura, en donde Moisés realizó delante de Faraón los prodigios conocidos bajo el nombre de las plagas de Egipto. (Ps. LXXVII. 12. 43).

Estos males no cayeron sobre Gesen; las moscas no incomodaron á los hijos de Israel; ni el granizo destrozó sus campos (Ex. VIII. 22; IX. 26).

A lo sumo fué bajo Ramsés II que Gesen se convirtió en una provincia regularmente administrada y formó parte del gobierno de la Arabia, puesto que las listas de esos gobiernos en tiempo de Setis I, padre de Ramsés II, no comprenden esta región, y la gobernación de la Arabia no se encuentra en ellas.

En esta región no se vé cultura más que en dos bandas estrechas. Una á lo largo del rio sobre una extensión de 160 kilometros, desde Heluan al sud hasta Salahyeh al norte; su anchura media es cerca de 8 kilómetros. La otra, el uady Tumilat, se extiende del oeste al este sobre una longitud de 50 Kilómetros, desde Abu-Hammed hasta el lago Tim-sah, y no tiene más de 2 á 4 kilómetros de ancho.

El ferrocarril del Cairo á Ismailia atraviesa la tierra de Gesen en su mayor longitud, ahorrando así el trabajo de recorrerla en caravana.

EL TEMPLO JUDÍO DE ONIÓN

No obstante la larga permanencia de los judíos en Egipto y los lazos que ligan su historia á la de los egipcios, son muy raras las inscripciones faraónicas que hablan de los Judíos.

En 1828, Champollión el joven, leyó en un bajo relieve del gran templo de Karnak, debajo de un personage barbado, y por tanto extranjero al Egipto, las palabras *Jutaha meleck*, esto es, *Rey* de Judá.

Este rey es sin duda Roboam, y el faraón que está delante es su vencedor Sesac ó Shashank, primer rey de la dinastía XXII* (II. Paralip. XII). El año 1885 M. William N. Groff encontró entre las inscripciones del mismo templo de Karnak, en la

lista de los prisioneros que hizo Thutmosis III, sexto rey de la dinastía XVIII^a, las tribus de *Jacob-El* y de *Joseph-El* (1) finalmente un papiro de Leyde nos muestra los *Aperim* (Hebreos) arrastrando grandes piedras para el gran palacio del rey Ramsés Meiamun.

Esto es casi todo lo que relativamente á los Hebreos se ha encontrado entre los innumerables documentos del antiguo Egipto. ¿Por qué admirarse sin embargo, de que sean tan raros los documentos acerca de los Judíos? Todos los monumentos del antiguo Egipto ¿no han sido construidos para gloria de los Faraones, y la historia de los Judios no tiene acaso para estos reyes mas humillaciones que triunfos? No obstante los sabios, buscando documentos antiguos, han hecho pocas investigaciones en el bajo Egipto, morada principal de los Hebreos y teatro de los principales hechos de su historia en la tierra de los Faraones.

Las ciudades antiguas, los templos, los sepulcros están en aquella región enterrados bajo una espesa capa de barro, que hace mas dispendiosas las escavaciones, que en el alto Egipto. Rara es allí la piedra; cuanto más cerca se está del Cairo, se tiene mayor facilidad para hacer allí excavaciones.

Sin embargo, ya se ha descubierto un monumento judío en el país de Gesen. El ferrocarril del Cairo á Zagazig pasa muy cerca de un sitio célebre en la historia de los Judíos, el templo de Onión. El historiador Flavio Josefo nos relata la fundación y la ruina de ese templo, poco mas ó menos en estos términos:

«Onias, hijo del pontífice del mismo nombre, vino á Alejandria á ampararse de Ptolomeo Filopator, huyendo de Antioco rey de Siria, que hacía la guerra á los Judios. Recibido con benevolencia, presentó á Ptolomeo y á Cleopatra la si-

[1] La final *El* es aquí abreviatura de *Eloim*, Dios, lo mismo que en *Israel*, *Ismael*.

guiente solicitud: «Después de haber prestado importantes servicios en la guerra, he venido con mis connacionales á Leontópolis, ciudad de la prefectura Heliopolitana. En esta ciudad y en otros lugares, he observado muchas divisiones entre los Judíos, originadas por los diferentes templos á donde, en oposición con su ley, van á adorar á Dios..... Hay en este país un templo abandonado, de Bubaste Agreste, lleno de ruinas y de animales sagrados. Os pido que me sea permitido arrasarlo y construir en su lugar un templo al Altísimo, semejante al de Jerusalem y de las mismas dimensiones, en el que los Judíos de Egipto se reunirán para orar en mútua concordia.... El profeta Isaias ha predicho que *un altar será erigido al Señor en tierra de Egipto* (Is. XIX. 19).»

Ptolomeo y Cleopatra contestaron: «Nos admiramos de que el templo que quieres construir en un lugar impuro y lleno de animales sagrados, pueda ser agradable á Dios. Mas puesto que nos dices que la construcción de un templo ha sido anunciada por el profeta Isaias, te permitimos edificarlo, con tal que se haga conforme á la ley y no se nos impute ningún pecado contra Dios».

Onias tomó posesión de aquel sitio, situado á 180 estadios de Menfis, y en el año 162 antes de Jesucristo edificó en él un templo menor que el de Jerusalem. Las paredes, hechas con grandes piedras, eran de 60 codos de alto, y la torre igualaba en altura á la de la ciudad santa; el altar era semejante al de Jerusalem y tenía los mismos adornos; pero en vez del candelabro, había una lámpara de oro luciente, suspendida de una cadena del mismo metal. El templo hallábase protegido por un cerco de ladrillos cocidos y tenía las puertas de piedra. Los terrenos del rededor, donados por el rey, proporcionaban en abundancia todo lo que era necesario para el mantenimiento de los sacerdotes y del culto.

Habían transcurrido 343 años desde la fundación del templo cuando Lupus, prefecto de Alejandria, quejóse á Ves-

pasiano de que los Judíos promovían sediciones contra su autoridad. El emperador irritado ordenó que destruyera el templo de los Judíos edificado en Onión, que así se llamaba aquella ciudad en memoria de Onias. Lupus comenzó inmediatamente la obra de destrucción; y habiendo muerto, mientras la llevaba á cabo, la continuó su sucesor Paulino. Los vasos sagrados fueron robados, los ornamentos arrancados, los sacerdotes obligados con las mas severas amenazas á que entregaran el tesoro: las puertas del templo fueron tapiadas y prohibióse á los Judíos que fuesen á adorar á Dios en aquellos lugares. (1)

Sin embargo Onión, siguió siendo habitada: la hallamos indicada en los antiguos planos romanos bajo el nombre de *vicus Judeorum*, el barrio de los Judíos. Hoy no es mas que un miserable caserío, llamado *Tell-el-Yahuday*, el montecillo de los Judíos, situado á un kilómetro y medio hácia el levante de la gran aldea Chibin-el-Kanater. Se encuentran allí una cantidad de ruinas y pinturas muy frescas, que parecen haber pertenecido á ricas moradas; las construcciones agrícolas de los contornos tienen, según dicen, muchas piedras, cuyas esculturas é inscripciones han quedado ocultas en lo interior de las paredes, temiendo excitar la codicia ó los reproches de los sabios. Estos lugares reclaman nuevos estudios, cuyo resultado sería en favor de la antigüedad judaica.

SALIDA DE LOS HEBREOS DE RAMESES

Antes de entrar en la ruta de los Hebreos, conviene, para mejor comprenderla, leer ó recordar el cap. XII del Éxodo, página 45 de este viaje.

¿Quién era ese Faraón de que habla el Éxodo, y dónde sucedió todo lo que en él refiere?

El Faraón opresor, el que obligó á los Judíos á que le

[1 Flav. José Antiq. Jud. I. XIII, c. III et De Bello Jud. I, VII c. X.

construyesen dos ciudades, Rameses y Pithom, es Ramsés II, el Sesóstris de Herodoto.

El Faraón del Éxodo es Menefat, hijo y sucesor de Ramsés II. La ciudad de Tanis, situada no lejos de la frontera nord-oeste de la tierra de Gesen, era la residencia favorita que tenían. Después de los trabajos realizados por Chabas y M. de Rougé, los egiptólogos están acordes respecto á estos puntos. Recuérdese, sin embargo, lo que hemos dicho en la primera parte de este viaje.

La situación de Rameses no está aun oficialmente reconocida en la república de los sabios. El canónigo protestante Cook dice que hay que buscarla en el uady Tumilat, una jornada escasa al oeste de Tel-el-Makhuta; M. R. S. Poole agrega que debe hallarse no lejos de Tel-Abbassiyeh. El R. P. Jullien cree haberla encontrado en los inmesos escombros de Chukafiyeh, al sud de Tel-el-Kebir, á un kilómetro del antiguo canal, que hoy separa el uady del desierto; como no han sido explorados, no han revelado aun el nombre de la antigua ciudad á que pertenecen.

Santa Silvia de Aquitania, hermana de Rufino, ministro de Teodosio, recorrió esos lugares á fines del siglo IV (385-388). Hé aquí lo que se lee en la relación de su peregrinación, descubierta en 1887 en Arezzo de Toscana por el señor Gammurini.

«Cuando íbamos de Clysma (cerca de Suez) á Egipto... tambien nos mostraron á Socoth. Es un mediano montecillo en medio del valle, al rededor del cual acamparon los hijos de Israel. Allí recibieron la ley pascual.

«Se nos mostró además á Pithom, una de las ciudades que edificaron los Israelitas. Al presente es un puesto militar (*castrum*). En aquel punto dejamos las tierras de los Sarracenos para pasar á Egipto

«La ciudad de Hero, en donde José salió al encuentro de su padre Jacob, como se halla descripto en el libro del Gé-

nesis, es en la actualidad una villa considerable. Posee una Iglesia y muchos monasterios de santos monjes, que visitamos según nuestra costumbre. Aun se llama Hero y hállase en los confines del Egipto, á 16 millas de la tierra de Jesé (la ciudad de Arabia como la llama mas adelante).

El sitio es bastante agradable, porque lo cruza un brazo del Nilo (el canal de Trajano, al decir de Tolomeo, l. IV. c. 4.)

«Saliendo de Hero fuimos á la ciudad llamada de Arabia, en la tierra de Jesé.

La Escritura refiere que Faraón dijo á José: «Establece á tu padre y á tus hermanos en la tierra de Jesé (Gesen), en la tierra de Arabia.»

«Rameses está á 4 millas de Arabia. La visitamos al dirigirnos á esta última ciudad. El sitio donde está Rameses es un campo sin habitaciones. Parece sin embargo que fué una gran ciudad: sus ruinas se extienden mucho; pero no le queda ningún monumento, á no ser una gran piedra tebana (sienita) en la que están esculpidas dos grandes estátuas, que se dice representan dos santos personajes, Moisés y Aarón. Los hijos de Israel serían los que erigieron las estátuas para honrarlas.

Se ve tambien allí un sicómoro muy añejo, todo achaparrado, que dícese haber sido plantado por los patriarcas. Aunque se cae de viejo, todavía produce frutos.

Todo lo hemos sabido del santo obispo de Arabia.

Nos dijo tambien que los Griegos llaman á este arbol *dendros alethiae*, que sería según nosotros *árbol de la verdad*. Este santo obispo habíase dignado venir hasta Rameses para recibirnos».

La ilustre peregrina despidió en Arabia su escolta de soldados romanos, que habíase hecho inútil, y en dos dias llegó á Tanis, siguiendo la gran vía de Tebaida á Pelusa, que pasa por Arabia, y costea el brazo pelusíaco del Nilo al través de verjeles, viñedos y magníficas campiñas.

De esta suerte el viajero que de Hero ó Heroópolis va á Arabia encuentra las ruinas de Rameses cuatro millas antes de llegar á esta última ciudad, la que á su vez dista de Hero 16 millas. Por consiguiente Rameses está á 12 millas de Hero. Ahora bien, una piedra miliaria de la via de Hero á Clysma, hallada por M. E. Naville en Tel-el-Makhuta y que es del año 306 de nuestra era, tiene la siguiente inscripción:

DD. NN. VICTORIBUS MAXIMIANO ET SEVERO IMPERATORIBUS ET MAXIMINO ET CONSTANTINO NOBILISSIMIS CAESARIBUS. AB ERO IN CLUSMA. M. VIII. O.

Quiere decir, pues, que Hero se encuentra á 9 millas al oeste de Tel-el-Makhuta, y por consiguiente Rameses está á 21 millas ó sea 31 kilómetros. Es exactamente la distancia de Chukafiyeh, la ciudad desconocida, indicada por el P. Jullien.

En efecto, se han hallado allá murallas del todo semejantes á las que veremos en las ruinas de Pithom, ciudad construida al mismo tiempo, para el mismo fin y por las mismas manos de los Israelitas oprimidos. Si alguna comisión científica remueve aquel suelo, hallaría, quizás el nombre de Rameses ó Ramsés, que es uno solo y mismo nombre.

Rameses era sin duda una ciudad importante, desde que Faraón su fundador le puso su nombre; y los Setenta á la tierra de Gesen llaman tierra de Rameses. Papiros anteriores al Éxodo la comparan con Tebas y hacen de sus jardines un Eden. Debemos sin embargo recordar que las ciudades, como los hombres, reciben á veces elogios que se haría mal en tomarlos al pié de la letra. Si la ciudad hubiese tenido edificios gigantescos y sólidos como los de Tebas, no se andaría en busca de sus ruinas. Creemos más bien que sus muros y almacenes fueron construidos, como los de Pithom, con ladrillos de barro y paja secados al sol.

En cuanto á la ciudad de Arabia, de que habla Santa Silvia, ha dejado pocas huellas en la historia, ningun autor hace men-

ción de ella antes del siglo V. El texto de la santa peregrina nos da á entender que la ciudad se hallaba muy cerca del Nilo; y Julius Honorius, llamándola *Arabia oppidum*, *Fossa Trajani oppidum*, nos indica que se hallaba en el canal de Nekaó reparado por Trajano. (1) Puede ser que los numerosos escombros de Tel-Abasiyeh señalen su emplazamiento cerca de Abu-Hammed.

Los hijos de Israel se habian reunido, pues, en Rameses para ir de allí al desierto á ofrecer sacrificios á Dios, como Moisés se lo habia pedido á Faraón. (Ex. v. 3). El 14 del mes de Nisan, por la tarde, cada familia inmoló el cordero en su casa. Moisés y Aarón, á la espera de los grandes acontecimientos que iban á suceder despues de la muerte de los primogénitos, pusieron sin duda al alcance del rey y habíanse procurado los medios para transmitir fácil é inmediatamente sus órdenes á todo el pueblo.

No obstante la distancia de 45 kilómetros en linea recta, que separan á Tanis de Rameses, no es imposible que Moisés y Aarón se hubiesen hallado á media noche en el palacio de Faraón en Tanis, que hubiesen transmitido durante la noche á todo el pueblo la orden de marcha, y que, al dia siguiente por la tarde, todos se hallasen reunidos en los alrededores de Pithom. Moisés pudo haberse dirigido directamente desde Tanis sin pasar por Rameses: la distancia no es mas que de unos 40 kilómetros.

Además, la historia del pueblo de Dios, despues de las diez plagas de Egipto hasta su entrada en la Tierra de Promisión, está toda llena de lo sobrenatural; la asistencia visible de Dios sobre su pueblo va, segun era necesario, pasando por todos los grados hasta el milagro.

No es el pueblo de Israel el que se libra de la opresión, es el Señor, es Dios quien saca á su pueblo de la tierra de Egipto:

[1] M. E. Naville encontró en las ruinas de Pithom un poste indicador con la inscripción: «P¹-tum Ar-ab.» Lo cual indica sin duda el camino de Arabia.

Eduxit Dominus filios Israel de terra Egypti: (Ex. XII. 51.)
 En vano se buscarán disposiciones favorables de lugar, de tiempo, de circunstancias probables, que expliquen naturalmente todos los hechos relatados por Moisés, fuera de los grandes milagros que todo el mundo conoce y con los cuales Dios glorificase á sí mismo en frecuentes lugares de las santas Escrituras; no es sin embargo menos interesante estudiar las causas naturales que concurrieron á la obra divina.

PITHOM, SOCOTH, HEROÓPOLIS

De Bir-Abu-Ballah se vá á las ruinas de Pithom, uno de los puntos mas importantes de Gesen.

Las ruinas de Pithom que han sido descubiertas, se extienden hácia el sud, desde la ribera del canal hasta las construcciones modernas, hoy abandonadas, y que sirvieron de alojamiento á los ingenieros del canal. Esos restos son muros de recinto de 7 metros de espesor, de ladrillos de barro crudo, que ocupan un espacio de cuatro y media hectareas; un pequeño templo del dios Tam, hecho con piedras calcáreas y situado en uno de los ángulos del recinto, vastas habitaciones sólidamente construidas con paredes de ladrillo, de tres metros de espesor, sin ventanas, ni puertas, ni comunicaciones de unas con otras, y que ocupan poco mas ó menos todo lo restante del perímetro.

Los ladrillos que se encuentran en el bajo Egipto en todas las construcciones de los tiempos de Ramses II, tienen casi 40 c. de largo, por 20 c. de ancho y 10 c. de espesor. Los hay de dos clases: unos son exclusivamente de barro; los otros han sido hechos de barro mezclado con paja ó pedacitos de caña. Están unidos por una capa de mezcla de arena y cal bastante regular, de dos centímetros de espesor. Las paredes están aun en muchas partes rebocadas con una buena capa de mezcla.

No hay duda de que sean las ruinas de la antigua Pithom,

la obra de los Judios, uno de los monumentos de su opresión, que tocó el corazón de Dios y promovió los mas grandes milagros de la divina omnipotencia.

La antigua Pithom era una ciudad fronteriza; una ciudad de provisiones y depósitos, construída con ladrillos de barro y paja bajo Ramses II. *Aedificaveruntque urbes tabernaculorum Pharaoni, Pithom et Ramesses... ad amaritudinem perducebant vitam eorum operibus duris luti lateris (Ex. I, 11, 14).* Su nombre, que puede escribirse Pitum, significa casa de Tum, é indica que la ciudad estaba especialmente consagrada al dios Tum, es decir, al Sol poniente, protector de la comarca.

En las ruinas del templo, lo que sobre todo llama la atención, es un gran bloque de granito rojo, descubierto por la comisión francesa en 1798, en el que están talladas tres estatuas sentadas, de tamaño gigantesco. En el medio está Ramses II; á sus lados el dios Tum ó sol poniente y el dios Harmakhis ó sol naciente. Segun los geroglíficos puestos al pié, el monumento está dedicado, no á Ramses, sino al dios Tum; al rey se le dá allí el título de *Querido de Tum*. El nombre de *Pitum, Pa-tum* (morada de Tum) leese hasta quince veces en estos diferentes monumentos. Ninguna de esas inscripciones es anterior á Ramses II, el fundador de Pithom.

Las vastas habitaciones que están dentro de los muros, á las que podíase entrar por una abertura practicada en el techo, son conforme á los dibujos de los graneros públicos, que se ven en los bajos relieves y al modelo en pequeño que posee el Museo del Louvre. M. Naville encontró en ellas cantidad de osamentas de cuadrúpedos y pájaros, y montones de espinas de pescado, provenientes sin duda, de las provisiones de pescado y carnes saladas acumuladas en esos almacenes. Otra pieza tenía mazas informes de incienso, destinadas probablemente á los templos del interior.

El nombre de Socoth hállase asociado al de Pithom en muchas de las inscripciones descubiertas en las excavaciones por

M. Naville. En el dorso de una estatua mutilada léese: «El jefe del arsenal, el escriba de Pa-Tum, de Socoth. Haga Hathor, el gran dios vivo de Socoth, que tu nombre permanezca con esta estatua en Pa-Tum ó la morada de Tum».

Socoth, en hebreo Succoth, significa un abrigo de ramages verdes. ¿No sería acaso el nombre con el cual designaban, antes de la construcción de Pithom, la parte del valle, y distrito en el que se levantó esta plaza fuerte? En este caso, nada mas natural que el nombre del distrito haya sido empleado para designar aun la ciudad de Pithom, que era como la capital. La ciudad de Pithom tenía dos nombres, dice M. Naville, uno religioso y sagrado, Pa-Tum; otro civil y profano, Tekut, Sekut ó Socoth.

Sea lo que fuere de esta opinión, los hijos de Israel, muy numerosos para hallar abrigo dentro de Pithom, tuvieron que levantar sus tiendas en el campo circunvecino, talvez en torno de la colina que mostraron á Santa Silvia con el nombre de Socoth.

Kassasin ó mejor la colina cercana, Tel-Betabeh, situada á 9 millas, al oeste de Pithom, señala probablemente el sitio de Heroópolis, célebre ciudad que dió su nombre al golfo de Suez, llamado por largo tiempo golfo Heroopolitano.

ETHAM

Los Hebreos, para salir de Egipto y penetrar en la península sinaítica, podían elegir entre los dos caminos que conducen de Egipto á Siria: uno al norte pasaba por Kantara y tocando en el Mediterráneo, dirigíase hácia Pelusa y el lago Sirbon; el otro seguía por el uady Tumilat, pasaba por Nefich, no lejos de Ismailía, y por el este introducíase en la tierra de Canaan. El primero fué el de los ejércitos, y de los romanos; el segundo fué el de Jacob. Por lo demás, la dirección de estos caminos, si se hubiese perdido, se reconocería por una série

de plantas asiáticas que están escalonadas en los dos y que no se encuentran en ninguna otra parte de Egipto.

Moisés eligió el más corto de esos dos caminos, el que atraviesa la región mas fértil, la mejor provista de canales, la del uady Tumilat.

Oigamos la narración de Moisés (Ex. XIII):

—17. *Habiendo, pues, Faraón despedido al pueblo de Israel, no guió Dios á éste por el camino del país de los Filisteos, que está cercano; considerando que tal vez se arrepentiría al ver que le movían guerras (de parte de los Filisteos) y se volverían á Egipto.*—18. *Sino que los condujo rodeando por el camino del Desierto, que está cerca del Mar Rojo...*—20. *Ellos habiendo, pues, partido de Socoth, acamparon en Etham, que está en la extremidad del Desierto*—21. *É iba el Señor delante para mostrarles el camino; de dia una columna de nube y por la noche en una columna de fuego, sirviéndoles de guia en el viaje dia y noche.*

Ex. XIV. 1. *Y habló el Señor á Moisés diciendo:—2. «Dá orden á los hijos de Israel que vuelvan y acampen frente de Pihahiroth, que está entre Mágdalo y el mar, delante de Beelsefón: á la vista de este lugar sentareis el campamento junto al mar.*

Etham es el nombre del desierto que se extiende al norte y oriente de la extremidad del golfo Arábigo (Num. XXXIII. 8), es decir, desde la actual ciudad de Suez á la de Ismailía; esta región llamábase tambien desierto de *Shur* (Ex. XV. 22). Probablemente es la región que en los antiguos papiros se llama *Atima*. ¿Existía en este desierto una ciudad llamada Etham? Es posible. Santa Silvia dice que antes de llegar á Socoth le mostraron en el desierto á Oton, ó sea Etham.

A la entrada del desierto de Etham los Hebreos recibieron orden de desviar; si hubieran continuado por el mismo camino hubieran encontrado á los Filisteos. Era natural que bajando hácia el sud, llegasen á la ribera asiática del mar,

pero Dios, que quería mostrar su amor y su poder á su pueblo y castigar el orgullo de Faraón (Ex. XIV. 4), hízolos quedar junto á la ribera africana. Precedidos por la milagrosa columna de fuego y de nube, tuvieron que seguir un camino cercano á la vía que traza hoy el ferrocarril de Nefich á Faid.

Para estudiar en conjunto estos lugares, el mejor punto de observación es el *chalet* del Kedive, edificado en la embocadura norte del canal marítimo en el lago de Timsah, sobre una altura de la ribera africana.

Desde aquel punto se domina el lago todo entero; que era en otro tiempo la cuenca natural en la que probablemente desahogaría sus aguas el canal de Setis I despues de haber regado el uady Tumilat. Su nombre, Timsah, que significa cocodrilo, parece realmente indicar que era un lago de agua dulce alimentado por el Nilo, además de que una inscripción del templo de Karnak dice que el canal de Setis I estaba lleno de cocodrilos.

Hácia el oeste domínanse los elegantes jardines de Ismaílía y mas allá de los cuales se descubre la gran línea verde del uady Tumilat; al norte y al este, está la soledad indefinida; al mediodía, el lago termina en un gran derrumbadero perpendicular, llamado *Yebel Mariam* ó sea Montaña de María.

Según una leyenda del país, María la profetisa, hermana de Moisés, al llegar á esta montaña, se quejó al Señor de la temeridad de su hermano, y este la reprendió: esos díceres de los Arabes tienen, no hay duda, muy poco valor; á lo mas pueden servir como de testimonio de una vaga tradición acerca del paso de Moisés por esos lugares.

No es fácil figurarse la marcha de tan grande muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que conducen sus rebaños, con todo lo que tienen de más precioso y que han podido procurarse en género de vestuario y provisiones para las necesidades del viaje.

La Biblia nos dice que eran cerca de 600,000 hombres aptos para llevar armas, y que fueron seguidos por una innumerable multitud de bajo pueblo, sin duda pobres familias egipcias y extranjeras, que habitaban con éstos la tierra de Gesen. El texto es preciso y uniforme en todas las versiones, sobre el número *seiscientos mil*.

Es admitido, que en nuestras poblaciones el número de hombres capaces de llevar las armas es cerca del 30 % de la población total. En los tiempos del Exodo, la longevidad hacía aumentar en algo esa proporción. Suponiendo que hubiera sido de un 40 %, llégase, sólo para los judios, á la cifra de un millón y medio; de suerte que puede estimarse en dos millones de almas la muchedumbre total que salió de Egipto en pos de Moisés. Es mucho, pero no increíble.

Cuando Jacob llegó á Egipto, toda su casa no contaba sinó setenta personas. (Gen. XLVI. 27) Para que 400 años más tarde, en la época del Exodo (Ex. XII. 40), el número de los hebreos hubiese subido á un millón y medio, suponiendo la media de la vida de 40 años, basta admitir que la población se acrecentaba cada año en la proporción de 5,1 %.

Es indudable que la tierra de Gesen, que en la actualidad es capaz de cultivo, está muy lejos de poder abastecer á semejante emigración, aunque el Egipto tenga una población media más densa que ningun estado de Europa, sin exepctuar á Bélgica: 202 habitantes por kilómetro cuadrado; pero en tiempo de Moisés las tierras cultivadas de Gesen extendíanse mucho más lejos, pues mucho antes de llegar al desierto se encuentra el sedimento del Nilo bajo una capa de arena, y se ven los restos de ciudades antiguas hasta en las aguas del lago Menzaleh. Esas tierras podían ocupar una extensión de 5,000 kilómetros cuadrados. Por otra parte los hebreos se habian esparcido mas allá de los límites de Gesen; habian llenado todo el Egipto (Ex. I. 7.)

Difícil será, en verdad, representarse la cantidad necesaria

de agua y de provisiones para dos millones de personas, y el espacio de que han menester para marchar y acampar; pero ya lo hemos dicho, que es necesario admitir en todo el Exodo una especial asistencia de Dios sobre el pueblo hebreo, que quiere libertarlo de la esclavitud.

Por lo demás, lo que David nos dice en el Salmo CIV. 37 «que en esa gran muchedumbre no había ni un solo enfermo» es tan extraordinario como el número del pueblo fugitivo.

Ciertamente, no es al traves de los desfiladeros del desierto, ó por pasos estrechos que Moisés escogió el camino para tan gran muchedumbre. Debió seguir las grandes llanuras y no alejarse de los canales, y tuvo que detenerse el mayor tiempo posible en las tierras cultivadas.

El presunto paso de los Hebreos al través de los lagos Amargos

Los trabajos realizados para construir el canal marítimo, han dado origen á la idea de que los lagos Amargos, en tiempos del Éxodo, formasen parte del mar Rojo.

M. de Lesseps en muchas ocasiones ha afirmado su convicción á ese respecto; la opinión de muchos de los ingenieros de la Compañía del Canal, es tambien de que el aislamiento de los lagos Amargos no se remonta á una época mas lejana que los tiempos históricos. De aquí una nueva opinión, que coloca en los lagos Amargos el milagroso pasage de los hijos de Israel al través del Mar Rojo. M. Lecoindre, ingeniero de marina, que tomó parte en los trabajos de construcción del canal, creyó poder precisar el sitio con las indicaciones de la Biblia. Según él, los Hebreos habían atravesado el gran lago Amargo frente al pico Chebrewet, cerca de la estación de Faid sobre la línea férrea de Suez. Estudiaremos esta cuestión sobre el lugar.

De Nefich á Faid, el ferrocarril sigue exactamente el canal

de agua dulce, el que á su vez está colocado poco mas ó menos en donde estaba el antiguo canal de los Faraones.

Al llegar á la estación de Faid, la vista es espléndida: en frente, una hermosa llanura de 6 á 7 kilómetros de ancho que se prolonga hasta Suez; á la izquierda los lagos Amargos; á la derecha el pico Chebrewet, dominándolo todo, y la cadena de la montaña Geneffeh paralela á los lagos Amargos; al fondo del cuadro, por encima del monte Geneffeh, el grupo blanquecino y lleno de puntas del monte Atakah, situado del lado de Suez.

Según M. Lecoindre, la llanura de Faid es Fihahiroth en donde acamparon los hebreos; los lagos Amargos son el mar; el pico Chebrewet es Beelsephon, designado por Moisés como punto de mira para dirigir la marcha y señalar el sitio en que había que pararse; una torre elevada en cierto punto sobre una de las alturas de Geneffeh es Mágdalo. Al primer golpe de vista la identificación de estos lugares ofrece en su conjunto un campo en el que la narración de Moisés se desarrolla y se encuadra naturalmente.

El monte Chebrewet es un pico aislado, situado á 8 kilómetros al Sud-oeste de la estación, formado de rocas calcareas, bastante abrupto, alto 180 metros sobre el nivel del mar. La cima presenta un pequeño crater de 4 á 6 metros de diámetro en el que háse amontonado la arena del desierto llevada por el viento hasta aquellas alturas. Nos ponemos en ese cráter y leemos el Exodo en el capítulo XIV.

—1. *Y habló el Señor á Moisés diciendo:—2. Da orden á los hijos de Israel que vuelvan y acampen frente á Fihahiroth, que está entre Mágdalo y el mar, delante de Beelsefón; á la vista de este lugar sentareis el campamento junto al mar.*

La vasta planicie que se extiende al pié, es en efecto, á propósito para acampar un gran ejército, entre las alturas de Geneffeh y el mar, frente al pico á donde hemos subido.

2--*Faraón va á decir de los hijos de Israel: Están estrechados del terreno y cerrados por el Desierto.*

Sí, están muy encerrados en aquel sitio, y el ejército de Faraón que vendrá tras ellos, va á cortarles el único camino por el cual podrían huir, dando vuelta por la punta septentrional del golfo. A la izquierda tienen el mar, que comprendía los lagos; á la derecha la cadena de Geneffeh y el desierto de Egipto; delante, el paso entre las alturas y el mar va estrechándose, y en lontananza, las inmensas cumbres del monte Attakah lo cierran por completo.

El Señor condujo su pueblo por este atolladero, contra toda prudencia humana, con miras de justicia y de misericordia, afin de castigar el orgullo de Faraón y convertir los egipcios al Dios verdadero. En efecto, dijo Dios á Moisés:

—4. *Y yo endureceré su corazón, y os perseguirá: con lo que será glorificado en Faraón y en todo su ejército; y conocerán los Egipcios que yo soy el Señor...*

5. *Entretanto avisaron al Rey de los Egipcios, que el pueblo iba huyendo; y trocóse el corazón de Faraón y de sus servidores en orden al pueblo, y dijeron: ¿En qué pensábamos al soltar á Israel para que dejase de servirnos?*

6. *Hizo pues, uncir los caballos á su carro, y tomó consigo á todo su pueblo.*

7. *Y llevó seiscientos carros escogidos; y todo cuanto había en Egipto y los capitanes de todo el ejército,*

8. *Siguiendo, pues, sus huellas los Egipcios, halláronlos acampados junto al mar. Toda la caballería y carros de Faraón, y el ejército entero, estaban ya en Fihahiot, en frente de Beelsefón.*

9. *Y así que Faraón se hubo acercado, alzando los hijos de Israel sus ojos, vieron en pos de sí á los Egipcios; con lo que se amedrentaron sobre manera.*

11. *Y clamaron al Señor....»*

Los Egipcios desde los alrededores de Pithom, siguieron por el

mismo camino que los Hebreos y aparecieron en el llano, al norte, despues que hubieron salvado la sinuosidad del terreno de Serapeum; ó bien llegaron por el desierto y desembocaron en el llano, por el valle que está entre el pico de Chebrewet y el monte Geneffeh.

Cualquiera que haya sido el camino que tomaron, no se apercibieron de los Hebreos sino cuando estaban cerca de sus campamentos.

—15. *Y dijo el Señor á Moisés:—... «Dí á los hijos de Israel que marchen.*

—16. *Y levanta tu vara y extiende tu mano sobre el mar y divídele para que los hijos de Israel caminen por en medio de él á pié enjuto».*

Nada impide conjeturar que, para poner alguna distancia entre estos y el enemigo, los Hebreos hayan avanzado un poco en el llano hácia el mediodía y que, llegados al sitio en que los lagos Amargos son menos anchos, hayan atravesado el lecho del mar Rojo.

Dirigiendo la vista al otro lado de los lagos, buscando en la orilla asiática algún punto notable que pudiera ser el Beelsefón de la Biblia, frente al que los Hebreos debían acampar; no se descubre más que una colina blanca y redondeada, alta unos 60 á 80 metros, que nada tiene de particular, y en lontananza, en el horizonte, las prolongaciones vaporosas de la cadena sináutica de los Tilzy, demasiado lejos para señalar á los Israelitas el campamento que Dios les había elegido.

Beelsefón no puede ser otra montaña que el pico Chebrewet, desde el cual domináse la comarca, si el paso milagroso de Israel tuvo lugar en los lagos.

El suelo de la llanura es compacto, duro, muy seco, siendo á propósito para la marcha y campamento de un gran pueblo.

EL GOLFO DE SUEZ EN LOS TIEMPOS DEL ÉXODO

El Mar Rojo, en los tiempos del Éxodo, ¿comprendía realmente, como lo hemos supuesto, esa extensión de agua, separada en la actualidad, que llamamos lagos Amargos? Tal es la cuestión de que nos vamos á ocupar.

El canal entra desde luego en una llanura árida, que en las mareas queda cubierta por las aguas del mar. En el kilómetro 21, en el sitio llamado Chaluf-el-Terraba, atraviesa una elevación del terreno, la *Compuerta de Chaluf*, que está á 5 metros sobre el nivel de las bajas mareas. Un poco más léjos, en el kilómetro 27, el canal entra en los lagos Amargos, cuyo largo total es de casi 38 kilómetros. Entre los lagos Amargos y el lago Timsah, atraviesa una segunda elevación, llamada *Compuerta de Serapeum*, cuyo punto culminante, situado en el kilómetro 60, elevase á 8 y 1/2 metros sobre el nivel de las aguas bajas. Por fin, en el kilómetro 77, el canal entra en el lago Timsah.

Chaluf, ¿ha estado antes debajo de las aguas del mar? El levantamiento que lo ha hecho emerger y que ha separado los lagos del mar Rojo, ¿es posterior á los tiempos del Éxodo? Aquí está toda la cuestión del paso de los Hebreos por los lagos Amargos.

No hay duda alguna respecto al primer punto. El mar cubría á *Chaluf* en épocas anteriores, aunque probablemente posteriores á los trastornos que han formado la constitución geológica del lugar.

Las conchas de los lagos Amargos, idénticas á las del mar Rojo, prueban efectivamente que los lagos han estado en comunicación con el mar posteriormente á las modificaciones sobrevenidas en la fauna marina en la época de las últimas formaciones geológicas.

Es verdad que *Chaluf* es de formación terciaria, como el monte Geneffeh: encuéntrase en él los fósiles característicos de esa

edad. Pero esos fósiles ya no se hallan á corta distancia de Chaluf, lo que parece indicar un levantamiento local; y esta conjetura parece mas probable cuando se la confronta con el levantamiento bien conocido de las costas de la península sináutica, y del descenso de la costa mediterránea en las cercanías de Pord-Said y Alejandría. Por lo demás un levantamiento parcial y relativamente rápido pudo haberse producido en un temblor de tierra.

¿A qué época se remonta el aislamiento actual de los lagos?

El *Itinerarium Antonini Augusti* señala CX. millas romanas de Pelusa á Klysmá, que es con corta diferencia la distancia de las ruinas de Pelusa á Suez. Strabon cuenta 1000 á 900 estadios de 185 metros entre Pelusa y el Golfo. Herodoto 1000 estadios desde el monte Casius, cerca del lago Sirbon, al mar Rojo. Esas mismas son de una manera sensible las distancias actuales. El aislamiento de los lagos se produjo por tanto, antes de Herodoto, y antes de la mitad del siglo V anterior á nuestra era. Despues de esa época es verosímil que hayan tenido con el golfo una comunicación intermitente en los tiempos de las altas mareas, pero no han formado nunca parte de él. No hay, sin embargo, que decir que no estuviesen reunidos con el golfo seis siglos antes de los tiempos del Exodo.

Para esos tiempos remotos carecemos de documentos claros y precisos. Las inscripciones y los cuadros del templo de Karnak nos enseñan claramente que Setis I abrió su canal en el uady Tumilat, destinado sin duda á unir el Nilo con el mar Rojo; los historiadores Herodoto, Strabon, Plinio nos dicen que Sesostris (Ramses II) prosiguió el mismo trabajo: y todo nos induce á creer, que el canal desembocaba en los lagos Amargos ó en el lago Timsah; pero ningun documento nos hace ver las naves del mar Rojo surcando esas aguas.

Pertenece á la egiptología darnos á conocer con nuevos documentos lo que había en realidad y puede ser que nos lo diga muy pronto.

M. Naville ha encontrado ya en las ruinas de Pithom una estela con el nombre de Pikehereth citado dos veces. No se puede absolutamente dudar que sea el Phihahiroth del Éxodo: la primera sílaba, *pi*, en egipcio significa *lugar*; Hahiroth es el nombre propio de la localidad. Aunque la inscripción no diga el punto donde estaba situada la ciudad, M. Naville cree tener razones para colocarla hácia la embocadura del canal, á la orilla del gran lago Amargo; lo que fijaría el paso de los Hebreos al través del lago.

Ya sea porque el canal de Ramsés II no haya sido conducido hasta el mar, ya que se haya obstruido por falta de cuidado, seis siglos despues del Éxodo, el Faraón Nekao emprendió nuevos trabajos con la mira de que llegasen al Nilo las naves del mar Rojo. Un oráculo lo detuvo, prediciéndole que trabajaba para los bárbaros, es decir, para los Fenicios, que dominaban en los dos mares, y el trabajo quedóse sin concluir. A Dario débese la primera vía de comunicación histórica cierta entre los dos mares por intermedio del Nilo. Ptolomeo Filadelfo, los emperadores romanos, los príncipes árabes, con diferentes trabajos, restauraron muchas veces esa vía de tránsito, y, salvo algunas interrupciones, los navegantes pudieron servirse de esta hasta el siglo VIII. Fué necesario para ello cavar un verdadero canal en el otero de Chaluf, á medida que se elevaba. Aun se ven los vestigios en la ribera africana, á corta distancia del canal marítimo.

Encuétrase todavia admirablemente conservado; y los Ingenieros que al comenzar los trabajos, vinieron aquí con M. de Lesseps, afirman haber distinguido en los bordes pequeños montones de tierra formados por canastas de escombros en la última limpieza. En muchos parages se pudo, casi sin trabajo, utilizar su lecho para el canal que lleva el agua dulce á Suez.

Despues de esa época el levantamiento ha continuado, porque al presente el fondo del canal, perfectamente sano y sin indicios de bancos de arena, no está sinó 60 centímetros

mas alto que el nivel medio del mar; profundidad muy reducida aún para las naves pequeñas.

El inmenso banco de sal, que constituye el fondo del gran lago, es tambien un espléndido y peculiar testimonio de la época en que esas vastas cuencas no recibían las aguas del mar sinó por intervalos, en las grandes mareas ó en los grandes vientos del mediodía. Esas aguas se evaporan cada vez que se llena la cuenca, dejando una capa de sal y esas capas sobrepuestas constituyen un banco de 13 kilómetros de largo, por 6 de ancho y de 10 metros de espesor. Han sido menester millones y millones de metros cúbicos de agua del mar evaporada para producir semejante depósito.

Vése en el patio de las oficinas de la Compañía del canal de Ismailia, un bloque de sal de dos metros y medio á tres de alto, extraido de ese banco. Está compuesto de capas de sal gris de espesores muy desiguales, separadas por ligeros depósitos de arena. Parece que cada una de esas capas corresponde á una afluencia de las aguas del mar en el lago. Las capas superiores, en general, menos espesas que las otras, corresponden á las entradas de agua menos considerables en los últimos años. Actualmente el canal marítimo, habiendo restablecido la comunicación permanente con el mar, hace que ese enorme banco de sal, se vaya disolviendo poco á poco, y pierde cada año de 8 á 10 centímetros de espesor.

Parece que la misma oscilación de la capa terrestre que ha elevado el suelo del istmo en la parte cercana al mar Rojo, lo ha rebajado cerca del Mediterraneo. En otro tiempo los lagos Menzaleh y Ballah no tenían ni de cerca la extensión que tienen hoy; una gran parte de su superficie estaba cultivada y habitada. Hubo aun por esas regiones trastornos violentos, porque al abrir el canal marítimo se han encontrado bajo capas de 50 ó 60 centímetros de limo, campos cubiertos aun con sus mieses.

En resúmen, el suelo actual es manifiestamente eritreo des-

de Suez á Serapeum; es de aluvión fluvial de Serapeum á Kantara, y mediterraneo de Kantara á Port-Said.

El paso del mar Rojo frente á las Fuentes de Moisés

La ciudad de Suez ocupa una punta de tierra sobre la ribera occidental del mar Rojo, entre la extremidad del golfo y una laguna que lo prolonga al norte como seis kilómetros. Al sudoeste levántase el imponente monte Atakah. Sus grandes peñascos casi inaccesibles cierran la playa por ese lado, á unos 12 kilómetros de la ciudad, no dejando mas que un sendero á la orilla del mar. Sobre la orilla oriental del golfo no se vé sino una playa accidentada, y enfrente del monte Atakah, á la misma distancia, se oculta en las arenas un pequeño oasis, Ayun Musa, *las Fuentes de Moisés*.

Las arenas, las yerbas marinas y los corales, se apoderan cada vez más de la extremidad del golfo; ya ha sido necesario abrir un canal para que los barcos puedan llegar al muelle de Suez, cuando está la marea baja; y es tierra adentro, á algunas millas de la ribera, que hay que buscar el sitio en que estaba el puerto de Klysmá, que era el embarcadero para las Indias en tiempo de los Romanos. El sitio es tal vez el que ocupan la colina y los escombros denominados Tel-Kolzum, que se ven á una media hora al norte de Suez.

Santa Silvia nos dice que la tradición cristiana del siglo IV colocaba cerca de Klysmá el paso milagroso del pueblo de Israel al traves del Mar Rojo. Antonino Mártir, y Cosme Indicopleustis en el siglo VI, como también otros peregrinos de siglos siguientes, relatan la misma tradición.

La ilustre peregrina quizo visitar todos los puntos que tocaron los hijos de Israel despues de su salida de Rameses, hasta su llegada á un sitio llamado Clisma, por un fuerte que allí se encuentra, sobre el mar Rojo: «De Clisma, es decir del mar Rojo, hasta la ciudad de Arubia, leemos en su narración, se cuentan

cuatro jornadas de marcha á traves del desierto. Se hallan sin embargo en esas soledades á cada etapa monasterios, soldados y oficiales; siempre nos escoltaban de un fuerte á otro. En el camino, los santos que nos acompañaban, quiero decir los clérigos y los monges, nos mostraban cada uno de los sitios que buscaba siguiendo las Escrituras. Fué de esa manera que me mostraron Epaulcum (nombre que corresponde á Fihahiroth en la versión de los Setenta), y que fuimos frente á Mágdalo; porque Mágdalo es un fuerte guarnecido de soldados y un oficial que manda en nombre de los Romanos. Según costumbre, nos condujeron hasta otro fuerte, y nos mostraron á Joebelsefón. Fuimos á este sitio; es un campo sobre el mar Rojo, al lado de la montaña de que hablé anteriormente (el monte Atakah), en el que se encontraban los hijos de Israel cuando vieron llegar tras sí á los Egipcios y se pusieron á gritar.»

En la llanura ondulada que se extiende á orillas del mar entre Suez y el monte Atakah es, pues, el sitio en donde la tradición antigua coloca el último campamento de los Hebreos en tierra de Egipto.

Fuimos á esa playa desierta, recordando las maravillas que enaltecieron al Señor ante Faraón y todas las generaciones venideras, y para siempre hicieron célebre ese brazo de mar.

El sitio corresponde admirablemente al grito triunfante de Faraón: «Están estrechados del terreno y cerrados por el desierto» (Ex. XIV. 3); un callejón sin salida entre el mar y los montes infranqueables, abierto solamente al norte, por el lado de donde la armada egipcia venía cerrándoles el paso.

Las altas cimas del monte Atakah nos representan bien el punto de mira hácia el cual los Hebreos debían dirigir su marcha, Belsefón. Por otra parte el brazo de mar, frente á la playa, no es tan vasto que los Hebreos no hayan podido atravesarlo en 5 ó 6 horas por el ancho camino abierto en medio de las aguas: á igual distancia entre Suez y el cabo del monte Atakah no hay mas que de 8 á 9 kilómetros de

anchura. No buscaremos sin embargo con precisión el punto de la costa por el cual los hijos de Israel entraron en el mar, ni aquel por el cual ganaron la orilla asiática: los terremoteros de las costas han alterado ciertamente el límite de las aguas desde el tiempo de Moisés.

Es cosa inútil buscar aquí á Mágdalo y á Fihahiro; esos nombres han desaparecido después de Santa Silvia. Opinamos que han ido demasiado lejos los viajeros modernos que han creído encontrar á Mágdalo á 7 kilómetros al nord-oeste de la ciudad en las ruinas de Bir-Suez, en donde se ven dos pozos antiguos de agua salobre; y á Fihahiro á 13 kilómetros mas allá en la misma dirección, en el antiguo fuerte de Adj'rud, cuyo nombre tiene algunas consonantes análogas á las de Hahiro. Pero además ¿el texto sagrado no parece que pone á Fihahiro entre Mágdalo y el mar?

Apoyándonos con plena seguridad en la antigua tradición de nuestros padres, que nada, á nuestro entender, ha podido todavía destruir, deteniéndonos en la playa, leemos con emoción religiosa la narración de Moisés: (Ex. XIV.) 19 á 31 inclusive (XV) 1-20. 21).

Esta fiesta de la gratitud de Israel, esos cantos, esas danzas tienen su lugar natural á la sombra del pequeño oasis que conserva el nombre de Moisés, Ayun-Musa, *Fuentes de Moisés*, no lejos del mar en la ribera asiática frente á la playa.

DIVERSAS OPINIONES ACERCA DEL PASO POR EL MAR ROJO

Hemos dado una idea de las diferentes situaciones del paso del pueblo de Israel al través del mar Rojo. La última, la que pone el lugar del célebre milagro entre Suez y el monte Atakah, es hasta el presente la más probable. Pero no se la puede considerar como la mas cierta, no obstante la antigüedad de la tradición que la honra y su acuerdo bastante

satisfactorio con el texto sagrado. Podría ser que nuevos descubrimientos vinieran á confirmar las conjeturas cuya consecuencia natural es de colocar el milagro en donde estan los lagos Amargos.

En este caso la divergencia de la tradición de los primeros siglos del cristianismo tendría su explicación en los cambios que sobrevinieron en los límites del mar. Los Judios que vinieron á Egipto á establecerse en la época de la fundación de Alejandria por Alejandro el Grande y, después de ellos, los cristianos de los primeros siglos, habrían acomodado naturalmente la tradición local á las condiciones geográficas de la época.

Una palabra tan solo acerca de las otras interpretaciones.

Rechazamos en absoluto, como contraria á la Biblia y á toda la tradición cristiana, las explicaciones que despojan al paso por el mar Rojo de su carácter milagroso, haciéndolo depender de la dirección del viento ó de la hora de la marea; como si Faraón, sus generales y sus soldados hubieran ignorado lo que perfectamente conoce el pobre pescador de la costa. No hay en todo el Antiguo Testamento otro prodigio de que Dios se haya glorificado más por medio de sus profetas. Por consiguiente Fihahiro no era el sitio de un vado en el golfo, ni Mágdalo la torre que defendía ese vado.

El sabio Brugsch hace pasar los Hebreos, no al través del mar Rojo, sino al través de las lagunas del Mediterráneo, cerca del lago Sirbon. No podemos admitir esta interpretación; porque contraria á toda la tradición, que conoce el paso del mar Rojo y no el del Mediterráneo. No se apoya sino en las semejanzas de nombres; y es muy sabido cuánto pueden engañar estas analogías, si no descansan sobre pruebas reales. Pero es el caso, que el mismo Brugsch ha renunciado á esa interpretación.

La explicación del Padre Siccard (*Lettres edificantes*, tomo III, año 1727) es verdaderamente seductora. Hasta principios de este siglo fué tenida por la mejor. Al presente los

sabios la han abandonado. El P. Siccard supone que la corte de Faraón estaba en Memfis, tres leguas al sud del Cairo, sobre la ribera izquierda del Nilo. Según él los hebreos se reunieron en la ribera opuesta, cerca del villorio de Basatin, á una legua del Cairo antiguo, en el punto en donde están aún los cementerios de los judíos. Se dirigieron al este hácia el mar Rojo atravesando el magnífico valle del *Extravio*, uady *Tih*, que viene á salir frente á Bassatin. Como este valle se pierde á los dos tercios del camino del mar Rojo, tuvieron que hacer un rodeo á la izquierda para tomar otro valle un poco mas al norte, que descende hasta el mar Rojo á lo largo del flanco meridional del monte Atakah.

Esta punta del valle, es Etham, la extremidad del desierto á donde los Hebreos deben regresar. La playa del mar Rojo al sud del monte Atakah es Fihahiroth. El monte Atakah es el mismo Belsefón. Los Hebreos pasan el mar Rojo frente á esta playa, y llegan á la otra orilla un poco al sud de las Fuentes de Moisés.

Hé aquí algunas dificultades que suscita esta explicación.

En la época del Éxodo, la ciudad de Memfis estaba muy decaída y raras veces recibía la visita de los Faraones. El valle del Extravio, ya es el desierto, mientras que según la Biblia, el desierto no empieza sinó despues de una jornada de marcha mas allá de Etham. A los Hebreos les habría faltado agua desde Rameses hasta el mar, porque en esos valles no se encuentran sinó algunos pozos del todo insuficientes para dos millones de hombres.

No se comprende como el ejército de Faraón habría podido pasar entre el monte Atakah y el mar, por una playa estrecha é incómoda, ni cómo los Israelitas que eran más de dos millones de almas, habrían podido, durante la noche y tres horas antes de que amaneciese (*jam advenerat vigilia matutina*), atravesar el mar Rojo que, en ese punto, tiene cerca de 25 kilómetros de ancho.

Otros han dicho que los Hebreos salieron de Matarieh cerca de Heliópolis; que fueron á Suez por el desierto, siguiendo el camino que fué mas tarde el de la Mala inglesa y es el que en el día de hoy toma la caravana de la Mecay que en Suez atravesaron las lagunas de la extremidad del golfo.

Esta explicación no se apoya en ningún fundamento sólido; Heliópolis no era ciertamente entónces la residencia de los Faraones.

TANIS

Antes de llegar á Tanis por el canal se encuentran grandes montones de ladrillos rotos y quemados, que es todo lo que queda de la antigua Pakos ó Phakos, que fué por algún tiempo la capital de la tierra de Gesen, residencia de los Hebreos en tiempo de Moisés.

Más interesantes sin embargo son las ruinas de Tanis, residencia del Faraón de Moisés.

Esta ciudad llamase *Tan* en la lengua del antiguo Egipto, *Zoan* en Hebreo, *Tanis* en griego, *Sîn* en árabe.

Las santas Escrituras nos hablan de Tanis ocho veces, con lo que acreditan su antigüedad.

«Ahora bien, Hebrón habia sido edificada siete años antes que Tanis de Egipto (Num. XIII. 23.)» Se sabe que Hebrón era una de las ciudades mas antiguas de Judea: existia mucho antes que Moisés.

Las mismas nos refieren que los prodigios con que Dios aterrorizó á los Egipcios para libertar á su pueblo, tuvieron lugar en los campos de Tanis.

Isaias la pone en el mismo rango de Memfis, la antigua capital: «¡Oh que necios son los príncipes de Tanis! los sabios consejeros de Faraón han dado un consejo desatinado..... Los príncipes de Tanis se han vuelto necios, y estan alucinados los príncipes de Memfis (Is. XIX. II. 13)

Exequiel anuncia la invasión del Egipto por los ejércitos de Nabucodonosor y el incendio de Tanis. (XXX. 14)

Los estudios egiptológicos de este siglo han aumentado nuestros conocimientos respecto á la historia de esta ciudad.

Las tribus asiáticas nómadas conocidas bajo el nombre de Hyksos, que se apoderaron del Egipto bajo la 14.^a dinastía, hacía el año 2200 antes de J. C. encontraron allí un templo celebre ya, y una ciudad á la que ellas dieron mayor importancia. Fué la capital de sus reyes pastores durante cinco siglos.

Con esta época se relaciona la llegada de José á Egipto.

Creese que tuvo lugar á mediados del siglo XVIII an. de J. C. es decir, bajo la segunda dinastía de los reyes-pastores, la 16.^a de toda la serie de los Faraones. Parece tambien que Apapi II fué el rey que elevó á José á una encumbrada dignidad y le permitió recibir á los suyos en la tierra de Gesen.

¿No habrá sido tambien para que quedasen bien con el rey pastor, que José recomendó con insistencia á sus hermanos que, cuando Faraón les preguntara acerca de su condición, le contestaran que ellos y su padre no habian tenido jamás otra profesión que la de pastores de sus rebaños? (Gn. XLVI 32,34.)

Tanis perdió una parte de su esplendor cuando Ahmes I, el fundador de la 18.^a dinastía, arrojó á los reyes-pastores; pero no tardó en recobrar su importancia. Los grandes faraones de la 19.^a dinastía (1400), Setis I, Ramses II, el opresor de los hebreos, Menefat su sucesor, el Faraón del Exodo, con frecuencia establecieron en ella su corte y se complacieron en adornarla con espléndidos monumentos. Un papiro antiguo de aquella época dice que allí la vida era hermosa y llena de encantos.

Es verosímil que Moisés pasara en Tanis sus primeros años. Volvió á ella con Aarón para tratar con Menefat la libertad de su pueblo.

Fué la residencia de los Faraones y el asiento del gobierno,

á lo menos para el bajo Egipto, desde la 21.^a dinastía (1100) hasta el fin de la 26.^a.

Todos los ejércitos que del oriente invadieron á Egipto, encontraron á Tanis en su camino y aumentaron sus ruinas.

En tiempo de Nuestro Señor, Tanis era cabeza de provincia ó gobierno tanítico. Cuál fuera entonces su importancia, lo ignoramos; según Flavio Josefo, no era más que una villa; y al decir de Strabon, era aun una gran ciudad.

Sus habitantes abrazaron el cristianismo y permanecieron fieles largo tiempo. El monge Bernardo, que fué á ella el año 870, da este testimonio; que los cristianos de Tanis son muy religiosos y muy hospitalarios. Fué sede de un Obispo, á lo menos despues del concilio Sárdico (347) hasta el año 1085.

El villorrio de Sân está sobre una altura formada evidentemente con los escombros de antiguas habitaciones; el contorno está lleno de montecillos de un polvo negrusco, muy móvil, compuesto de toda suerte de detritus, como el polvo del arrabal de una gran ciudad. En muchos sitios y especialmente al sud, los montículos están cubiertos de escorias petrificadas.

Las grandes ruinas están al Este; caminamos por un cuarto de hora en esa dirección, siempre sobre el mismo polvo negrusco. Llegados á la cima de una pequeña elevación, nos encontramos de golpe con un montón imponente é indescripible de enormes bloques, rotos, derribados unos sobre otros, alto mas de 10 metros.

Hay allí trozos de columnas, grandes pilares, grandes lozas cubiertas de jeroglíficos, esfinges mutiladas, cabezas, troncos, miembros que á duras penas se reconocen, por lo colosal de sus dimensiones. En medio de esas enormes piedras casi todas de sienita roja ó de diorita negra; se observa un edículo delicadamente esculpido, cavado en un solo bloque de asperón ferruginoso, en cuyo fondo están tres personajes sentados, que representan la tríada de los dioses Amón, Tum y Mut.

Un coloso mutilado de granito, conserva aún restos de pintura en las partes que no han estado expuestas al sol ó á la lluvia. Las carnes han sido teñidas con ocre rojo, como el que se encuentra en el rostro de la gran esfinge de piedra calcarea al pié de las grandes pirámides, las cejas son de un moreno oscuro y la gran peluca plegada es amarilla á dos tintas; esto prueba que los Egipcios pintaban aun el granito. Este primer pedazo de ruinas corresponde al *Naos* ó santuario del templo.

Mas lejos y siempre en la misma dirección al este, véanse las ruinas del pórtico ó *Pronaos* de pilones, la avenida de esfinges y obeliscos que en los grandes templos egipcios, preceden siempre al santuario. Esas ruinas se extienden como 300 metros, se ven enormes columnas con chapiteles de palmas ó flores de papiro. Una de ellas arrojada para formar puente en un sendero, mide 11 metros de largo por 1 y 1/2 metro de diámetro. Mas allá 8 obeliscos, rotos al caer, yacen en dos líneas paralelas; debían tener cerca de 15 metros de alto. En el mayor de estos monumentos se encuentra el nombre de Ramses II.

..*

Todos los viajeros desde Mariette, han observado que el tipo de las cabezas de las esfinges que se encuentran en estas ruinas es diferente del tipo egipcio. En vez de un rostro regular y aquella magestad tranquila, que se nota en todas las estatuas de Memfis y Tebas, tienen rasgos óseos, rostros de pómulos salientes, nariz grande y chata, ojos pequeños, y todo encuadrado dentro de una cabellera de leon. Sin duda que tal sería el tipo de la tribu asiática conquistadora, que se estableció en Tanis.

El recinto exterior del templo descubierto en las recientes escavaciones, está formado por un gran muro de ladrillos de

barro negro mezclado con paja y secados al sol. Ocupa una area de mas de 300 metros de largo por 215 de ancho.

Al nordeste del recinto, en un bajo-fondo, se ve una magnífica columna de granito rojo con los cartuchos de Ramses II. Señala la situación de un segundo templo mas pequeño que el primero. De aqui proviene sin duda una columna que está abandonada al borde del canal de Zagazig, cerca de la estación; pues es del todo semejante á la de este pequeño templo de Tanis.

Habia tambien un tercer templo al mediodia del gran recinto; sus ruinas están al presente casi enteramente cubiertas de arena.

Entre los numerosos descubrimientos egiptológicos hechos en las ruinas de estos templos, fué un acontecimiento el hallazgo de una gran estela conocida bajo el nombre de *Decreto de Canosa* ó *Piedra de Sán*.

Un farmacéutico de Ismailía, pasando por Sán, vió una inscripción en griego en una piedra puesta en descubierto por la caída de un muro del gran templo. El sabio Lepsius de Berlin barrió los escombros y reconoció un texto jeroglífico, del que el griego era la traducción. Mariette descubrió una tercera inscripción en caracteres demóticos, que correspondían igualmente al texto griego. Se comprende la importancia de un monumento de esa naturaleza para fijar el sentido de los caracteres jeroglíficos, sobre el que existen aun tantas incertidumbres.

De los edificios particulares del palacio de Faraón, nada queda, ó mejor dicho, no quedan sinó montañas de tierra y de pedazos de postes, que ocupan muchos kilómetros cuadrados.

Todos los palacios de los Faraones en Tanis, como en Memfis y Tebas y en todo el Egipto, eran de ladrillos de barro secados al sol. Han desaparecido para siempre como el polvo, sin que se haya podido dar con sus vestigios. Solo los templos y las tumbas han dejado ruinas. Para los dioses y los muer-

tos estaban reservadas la piedra y el granito indestructible, eterno; para los vivos bastaba la tierra ó el barro.

Pocos años ha, un inglés, M. Flieders Petrie, se estableció en estos montículos de fragmentos; construyó una pequeña casa, y durante ocho meses revolvió aquellos escombros en todas las direcciones, pasando la tierra por un arnero. Sus trabajos han dado á conocer por el norte un gran templo muy proximo al recinto, un magnífico pozo construido en piedra tallada calcarea. Se descende hasta el fondo por una escalera derecha, de unas treinta repisas, que continúa á hélice por lo largo de la pared cilíndrica.

Las escavaciones no han descubierto ningún sepulero, ni nadie sabe donde se encuentra la necrópolis de Tanis. Probablemente ha de hallarse á algunas leguas de la ciudad, en un otero al que no alcanzaban las grandes inundaciones del Nilo.

Descúbrese á gran distancia (28 kilóm.), en la dirección de levante, los montículos de Tel-Dafaneh, formados con los escombros de una ciudad célebre, llamada en el texto hebreo Taphanhes, Tehaphnehes, Taphnes y que la Vulgata parece á veces confundir con Tanis.

«Y habló el Señor á Jeremias en Taphnes, diciendo: Toma en tu mano unas piedras grandes y escóndelas en la bóveda, que hay debajo de la pared de ladrillos en la puerta del palacio de Faraón, en Taphnes, á presencia de algunos Judios. Y les dirás á éstos: Así habla el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Hé aquí que enviaré á llamar á Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y colocaré su trono sobre estas piedras, que he escondido y asentaré su solio sobre ellas, y vendrá y axotará la tierra de Egipto. . . . (Jerem. XLIII. 8-11).

M. Flieders Petrie creyó haber hallado en 1886 el sitio preciso en donde fué levantado el trono de Nabucodonosor en Tel-Dafaneh; una plataforma enteramente pavimentada con ladrillos delante de la entrada de un gran edificio.

Una tradición cristiana de los primeros siglos dice que Jeremías murió en Taphnes, lapidado por los Judíos.

Hé aquí lo que sabemos de la célebre Tanis, la capital probable del Faraón del Éxodo; y con esto terminamos la exégesis sobre el país de Gesen y el paso del mar Rojo.

Advertencia final

Al concluir la exposición-memoria del *Viaje por los países bíblicos* no podemos menos de reconocer que la presente relación está asaz cargada de citas y pasages de la Biblia, lo que lejos de hacer amena su lectura, la vuelve un tanto pesada, sobretodo para el lector profano en estudios bíblicos.

Pero ¿cómo podría ser de otro modo, si en ello está el verdadero interés de un viaje esencialmente bíblico, hasta el punto de que su itinerario es clásico por cuanto se encuentra descrito en los libros del Pentateuco, especialmente en el Exodo y los Números?

Además, por mi propia condición, al emprender este viaje no podía hacerlo á la manera de un simple turista, para gozar de las impresiones y panoramas del desierto y escribir despues una obra de amena fantasía, una novela interesante literariamente, si se quiere, como «El Desierto» por P. Loti; único sin embargo, que ha pasado como descuidado é indiferente tras las huellas del pueblo hebreo por el Desierto; sino que, inclinándome ante el ejemplo de los sabios excursionistas, que he mencionado en la introducción, debía fundar en la Biblia todo el itinerario de esa peregrinación, pues de ello depende todo su interés é importancia real; y sobre todo, que no fuí á divertirme, sino para dar satisfacción á las exigencias razonables de nuestra fé y creencias.

Cúmpleme asimismo explicar cómo pude realizar en treinta y ocho dias un viaje que otros turistas no hacen en menos de sesenta.

En primer lugar, sábase que, con raras excepciones, los europeos no tienen la resistencia del americano para recorrer grandes distancias en montura, ya sea á caballo ó en camello; así que pude andar mayor número de horas al día, sin que tuviera tampoco que suspender el viaje para descansar, como es costumbre hacerlo, cada seis ó siete días; y mucho menos por razón de la caravana, puesto que cada seis ó siete días, al pasar de una á otra tribu de beduinos, se cambiaban los camellos y sus camelleros, así como la escolta. Me bastaba el descanso de la noche, aunque causara admiración y extrañeza al dragoman, quien me confesaba que, á pesar de haber hecho catorce veces esa travesía con otros viajeros, jamás caminaban mas de seis á siete horas por día, descansando además uno ó dos días por semana; pero á esto yo llamaba poltronería, ó perder tiempo inútilmente.

En segundo lugar, pude ahorrar mucho tiempo adoptando la siguiente medida. Todas las noches despues de terminada la comida y á manera de distracción, nos reuníamos en la tienda el dragoman, el jeque y uno de los beduinos mas vaqueanos del lugar, para formar el itinerario del día siguiente, teniendo por delante varias cartas geográficas. Ante todo se convenía el sitio, término de la jornada para hacer campamento por la noche, y en esa dirección se debía dirigir el grueso de la caravana en línea recta, en cuanto fuese posible, para llegar mas pronto. Hecho esto, determinábamos sobre la carta geográfica los puntos interesantes que yo deseaba ver en los alrededores, aunque hubiese que cambiar de rumbo y hacer una especie de zic-zac, separándonos del grueso de la caravana, porque nosotros podíamos entonces trotar, caminando así tres veces mas; puesto que mientras el camello camina una legua por hora al paso, hace tres al trote; aunque solo puede trotar no llevando carga.

Esta división de la caravana, siempre que era posible por no existir peligro de asaltos ó sorpresas de beduinos merodea-

dores, nos dió un espléndido resultado para ganar tiempo, y recorrer así en treinta y ocho días lo que no se realiza ni en sesenta; como quiera que si siempre hubiésemos marchado juntos con toda la caravana, era necesario ir al paso por los camellos de carga.

Debo notar, por fin, otro tercer medio de abreviar ó de no perder tiempo: á la vez que con la carta geográfica á la vista, formábamos de la manera que he indicado, el itinerario de cada día, tenía la precaución de señalar la dirección magnética por medio de una brújula portátil, que señala la orientación exacta, pues además de los vientos, indica el grado en el círculo correspondiente.

Así pues, á pesar de la vaquía de los beduinos, en tanto zic-zac perdía muchas veces la orientación el beduino-vaqueano, y entónces sacaba yo mi brújula y le decía: *por aquí*, ni mas ni menos.

Esto, que nos ahorra tanteos y pérdidas de tiempo, causaba admiración á los beduinos, considerándome brujo y artificio de hadas á mi sencillísima brújula.





Conclusión

No hay satisfacciones comparables con las que se experimentan en los viajes, sobre todo en los que podríamos llamar clásicos, por la antigüedad de los recuerdos y la grandeza de los acontecimientos de que han sido teatro los lugares visitados; por eso, jamás olvidaré las gratas y á veces sublimes emociones que experimentó mi espíritu al realizar el *Viaje por los países bíblicos*.

A pesar de todas las dificultades, incomodidades y peligros, que lleva aparejados, peripecias, que solo conservaré como recuerdos íntimos y cuya relación no he querido hacer, porque no he viajado como un turista profano; sin embargo, vale la pena sufrirlas y hasta se sufren con gusto porque es un viaje que ha hecho inmortal la travesía del pueblo de Israel, guiado por Moisés, y es una peregrinación incomparable bajo el aspecto arqueológico y religioso.

Y en verdad, si tierra existe en el mundo, que despierte en el ánimo íntimos, grandes y profundos sentimientos, es seguramente y sin contradicción la Palestina y cuanto á ella se refiere. Tales son sus recuerdos y memorias, que se hacen aun mas sagradas y augustas á proporción que van hundiéndose en los remotos y misteriosos confines de las edades.

El viaje de los Hebreos al traves del desierto, aun despues de treinta y cuatro siglos de su éxodo inmortal de Egipto, excita la curiosidad y admiración del mundo y cada

dia se agiganta mas su recuerdo en la memoria de los viajeros, de los peregrinos y de los sabios.

Ni Egipto con su grandiosa civilización y con los interesantes problemas que para la historia plantea; ni la fastuosa Asiria, ni Grecia con el incomparable cortejo de sus glorias; ni la misma Roma, dominadora del mundo antiguo por la fuerza de sus instituciones y ejércitos, y del mundo moderno, por la cátedra de verdad allí erigida, llegan á ejercer en la fantasia y en el corazón imperio semejante al de la Tierra Santa.

A pesar de haber viajado tanto, podria afirmar con un célebre turista: «Yo, que he recorrido toda Europa, tanto que de Roma á Constantinopla y de Lisboa á San Petersburgo no hay un palmo de tierra que me sea extraño, cuando llego á la Tierra Santa, paréceme que hasta entonces nada he visto.»

Pues bien, á pesar de haber recorrido toda la Europa y haber visitado casi toda la América y gran parte del Asia y del Africa, con ser ya cuatro veces que he estado en Jerusalem, siento una sensación y complacencia singular, no habiendo renunciado á visitarla cuantas veces me sea posible.

Mas, si se quiere saber porqué existe tan vivo y universal interés por aquella tierra, y porqué se fijan y se fijarán siempre en ella las anhelantes miradas de la humanidad; no hay más respuesta que esta: porque aquella tierra es el único punto del globo que en nada se parece á los demás, como que en ella se dan la mano lo pasado y lo presente para proclamar la intervención incesante y palpable de la Providencia, la justicia y misericordia de Dios, como que en ella está escrita en sublimes caracteres la historia de la humanidad y nos explica lo que ha pasado desde que vino al mundo el primer hombre, hasta llegar á nosotros; y tratándose en especial del Sinaí, es porque aquel Monte es para el viajero cristiano el mismo trono de Dios, desde cuya cumbre dictó el Señor

su ley al pueblo escogido, convirtiéndolo en sagrado vestíbulo del cristianismo y de la redención del género humano.

Hé aquí porque jamás olvidaré esta cuarta etapa de mis viajes á Oriente.

*
* *

Pero, ya que en este viaje no tengo que describir á Tierra Santa, séame permitido hacer una consideración sintética como coronamiento de esta excursión tras las huellas del pueblo hebreo hasta su entrada en la Tierra Prometida, y exponer así mis simpatías por estos lugares santos, siguiendo á un autor contemporáneo.

En la historia de la humanidad, en efecto, ninguna porción del universo ha sido mas que lo es la Palestina, el objeto del pensamiento religioso. Esta es la Tierra Santa por excelencia; y ella ha sido la cuna del cristianismo. En todos los espíritus que han sido iluminados por la luz del Antiguo y Nuevo Testamento, este nombre de Judea evoca al mismo tiempo los mas trágicos y los mas consoladores recuerdos. Nada ha sucedido en ninguna otra parte, ni mas grande, ni mas fecundo para la humanidad, que en esta estrecha región limitada por el Asia Menor, la Mesopotamia, la Arabia Petrea, y el Mediterráneo.

Este pequeño país en la antigüedad no tiene mas que una vida oculta é interior. Si no tuviésemos para conocer las grandes cosas que aquí se realizaron, desde el Éxodo del pueblo Hebreo hasta Augusto y Tiberio, mas que los monumentos de la historia griega y romana, ¡cuán pocas cosas hubiesen llegado á nuestro conocimiento! El pequeño pueblo cerrado á las naciones *bárbaras*, que aquí vivió una vida tan perturbada, sería tan desconocido para los contemporáneos, como lo fué en realidad á los ciudadanos de Atenas y de Roma.

Concentrado en si mismo entre las montañas y el mar, es-

taba cerrado á las miradas curiosas como por altas murallas. Detrás de él, las viejas civilizaciones del Asia central y extrema marchan con su paso lento y monótono; á su izquierda, se mueve pesadamente el grave y monumental Egipto; á su derecha se despierta la brillante vida de la Grecia; delante de ella, en fin, fuerte y práctica, Roma extiende cada vez más de cerca su mano poderosa. Ni Confusio y Zoroastro, ni los Faraones, ni Platón y Pericles, ni Cicerón y Lucrecio, dudan siquiera de que el centro del mundo no esté ya en Roma, ya en Atenas, en el valle del Nilo, ó en las llanuras de Mesopotamia ó detrás de las montañas del Thibet.....

Derrepente, como por una brecha entreabierta por Jesús á los *gentiles*, las turbas se precipitan en las llanuras de Judea, suben al Sinaí con Moisés, llegan á Sión con David y ascienden las gradas del templo con Salomón. La Palestina aparece de súbito como una tierra privilegiada de Dios, y Jerusalen es saludada como una patria para las almas ávidas de verdad y de vida. Atenas fué la capital de la poesía y del arte; Roma la de la política; pero Sión es aclamada como la cuna y el origen de la verdadera religión.

¿Por medio de qué portentos se ha obrado semejante revolución? Aparece un hombre que se dice Hijo de Dios, que lo prueba con su vida, su doctrina y su muerte, y hé aquí cambiada la faz del mundo y de la historia. Por la palabra del Hombre-Dios, por sus milagros, por su suplicio y por su muerte; por los herederos de su enseñanza y los continuadores de su obra, la Palestina adquiere un renombre glorioso que ninguna otra comarca obtendrá jamás. Belen, Nazaret, el lago de Tiberiades, Caná, Samaría, el jardín de Getsemaní, el Gólgota, son lugares santos, y el pensamiento humano, como un piadoso peregrino, desde hace diez y ocho siglos, no ha cesado de ir de uno á otro de estos lugares santificados por un Dios y sus discípulos. Son lugares inmortales y eternamente elocuentes, y para no citar mas que uno, ni el Pnyx de Atenas, ni la columna rostral de Roma, han

hecho oír acentos más duraderos y fecundos que la Montaña, desde donde Jesús dejó caer sobre el mundo asombrado las ocho Bienaventuranzas; las voces elocuentes de Demóstenes y de Cicerón se han apagado; solo la voz de Jesús se hace oír perpetuamente; porque el cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán jamás: son las palabras de vida eterna.

Se fundan las Iglesias, la Buena Nueva, como una semilla alada llevada por el viento apostólico se esparce, germina y florece, se multiplica y se extiende gradualmente. Pero, mientras que en Occidente el cristianismo prosigue incesantemente su conquista pacífica y su campo de acción se ensancha y extiende á la Europa entera, regada con la sangre fecunda de los confesores de la fé, este pequeño pais de Oriente donde brilló la estrella redentora, cae bajo el poder del fanatismo islámico.

La Media Luna sustituye á la Cruz, los Lugares Santos son invadidos y profanados; la misma Tumba de donde el Cristo salió vencedor, está en manos del infiel. Entonces se levanta un tercer período de gloria, y, en la Europa cristiana, la Palestina vá á ser durante varios siglos el punto convergente de todos los corazones. Desde fines del siglo XI, en que Pedro el Ermitaño lanzó su famoso grito: «Dios lo quiere!» hasta mediados del siglo XIV y mas allá aún, los Santos Lugares se convierten en el objeto casi exclusivo de las preocupaciones de los papas, reyes y pueblos.

No solo para reconquistar los santos Lugares, sino también para quebrantar la potencia otomana tan amenazadora, y salvar la civilización cristiana en peligro, se levantan los pueblos y naciones de Occidente; maravillosa inspiración del heroísmo caballerezco y de una fé ardiente, por las que lugares doblemente santos yá por la historia del pueblo judío y la vida de Jesucristo, lo son tambien para los descendientes de los pueblos cristianos por los *hechos* de los Cruzados. Tanta gloria reflejó sobre ellos, que se acresentó aun su celebridad.

Esta gloria, que no parecía poder aumentar, ha brillado sobre todo en nuestros días con un nuevo esplendor; el siglo XVIII al espirar, termina lanzando una mirada al Oriente.

San Juan de Acre vé reaparecer á los Francos, que un soplo heróico agita y empuja: la campaña de Siria tuvo, sinó la santidad, al menos el prestigio de una cruzada, en la que Bonaparte, ha dejado en Palestina algo de la nombradía que recuerda su genio inmortal.

Desde entonces hasta nuestros días, esta tierra tan célebre no ha dejado de ser el objeto y la mira de las ambiciones políticas contemporáneas: un pueblo maldito, ha concebido la esperanza de volver á él como al hogar paterno, de donde lo arrojó una mano justamente vengadora de su deicidio; las diplomacias enemigas se disputan su influencia sobre esa tierra, mientras esperan que las armas decidan quizás un día de la posesión de esa presa codiciada.

* *

Mientras tanto, esta comarca, objeto de pretenciones diversas y múltiples, resucita y rejuvenece; la civilización contemporánea se infiltra, y ya la ha modificado. Desde 1882, las grandes peregrinaciones de penitencia, contando cientos y miles de peregrinos á las veces, han organizado al través de los Lugares Santos grandes caravanas, como no se habían visto desde las Cruzadas. En estos últimos años, los simples turistas han seguido el ejemplo de los peregrinos y recorrido este país en todos sentidos, con sus guías de viaje en la mano.

Es necesario reconocerlo, la Tierra Santa se transforma: sobre los caminos que frecuentaban solamente los dromedarios, camellos y caballos árabes, se han echado rieles, y el vapor, como en plena Europa, lleva numerosos viajeros; en lugar de las tiendas del beduino y de los caravanserrallos de las antiguas ciudades hay hoteles y posadas, y ya se organizan excursiones

para el Libano, el Sinai y el Mar Muerto, como se hace para los lagos y montañas de Suiza.

¿Es esto un bien ó un mal? Los amantes de lo clásico y pintoresco dirán que es profanación y sacrilegio; pero el porvenir nos dirá mas bien que esta es una de las formas modernas de la conquista, la menos sangrienta, á fin de que la vida civilizada vuelva sobre esta tierra desolada con la semilla que dejan caer la piedad y la industria contemporáneas.

Pero, aunque todo se renueva y se transforma en Oriente, como lo hemos demostrado mas por extenso en nuestro «Viaje bíblico por Asiria y Caldea» siempre será el país de los monumentos sagrados y de los lugares ilustrados por la historia bíblica, la vida del Redentor, los primeros cristianos, por los cruzados y por tantos ilustres peregrinos; y sobre todo, porque allí brilla perennemente sobre el Sepulcro de Jesucristo la estrella redentora del género humano.

Por eso amo á Jerusalem y la amo con toda la veneración del patriotismo, porque la Tierra Santa, en efecto, no es una tierra extranjera: para todo cristiano ella es la tierra de sus antepasados, de sus *padres*, ella es una *patria*, la patria de las almas ávidas de verdad y de vida inmortal.

Y hé aqui porque hemos querido erigir allí para la patria nativa un monumento sagrado, el Santuario de *Hortus Conclusus*.

Apéndice





EL SANTUARIO

DE

NUESTRA SEÑORA DEL HUERTO EN PALESTINA

Colocación de la piedra fundamental -- El Firman Imperial--Bendición de S. S. León XIII

En la seguridad de que será muy grata á los lectores toda noticia que se refiera al proyectado Santuario en Palestina, quiero reproducir la siguiente relación sobre el estado de la obra y de lo hecho en mi último viaje á Tierra Santa.

Llegaba á Jerusalem el 13 de Marzo, despues de mi viaje al través del desierto, é inmediatamente hice acelerar los trabajos preparatorios para la colocación de la piedra fundamental del Santuario de Nuestra Señora del Huerto, haciendo terminar el aplanamiento del trozo de montaña sobre la cual se erigirá el edificio al pié del jardín en el *Hortus Conclusus*. Aunque no estaba expedido el Firman de Constantinopla, sin embargo contaba con el anuncio del señor Patriarca Azarian de que por fin se habia conseguido el permiso del Sultan y que, apenas pasasen las fiestas turcas del Ramadan y del Beyran, se expediría el tan esperado Firman imperial, condición indispensable para la crección de todo edificio de carácter religioso en el Imperio turco.

Por tanto, el dia 17 de Marzo me dirigi al *Hortus Conclusus* desde Jerusalem, acompañado del Reverendísimo Vicario

Patriarcal, Monseñor Tumayan, de Monseñor G. Demetriades y de varias personas que me quisieron acompañar, entre otras, el arquitecto municipal de Jerusalem, que lo será del Santuario y el constructor, ambos armenos católicos.

Hicimos la entrada con toda solemnidad, siendo recibidos por el Jeque beduino del lugar, antes fanático opositor y hoy amigo decidido del proyectado Santuario, tanto que declaró tener á gran honor poner su firma en el acta de la colocación de la piedra fundamental.

Terminadas las ceremonias de la entrada, bendije según las prescripciones del ritual romano la piedra angular, y despues de leída y firmada el acta por los presentes, fué colocada como de costumbre, habiendo traído como recuerdo la lapicera y pluma que sirvió para firmar el acta, así como la pequeña cuchara, con cabo de marfil, que sirvió para echar el primer cemento al cubrir dicha piedra.

Hé aquí el texto del acta, traducido del latin:

PARA PERPE † TUA MEMORIA

«Huerto cerrado y Fuente sellada eres, María. (Antif. de los cánticos de Salomón).

«Para mayor gloria de Dios y en honor de la Santísima Virgen María, de quien es figura este Paraiso de Salomón, el día diez y siete de Marzo del año del Señor, mil ochocientos noventa y siete, reinando el Sumo Pontífice Leon XIII y bajo el gobierno del Patriarca Jerosolimitano, Monseñor Luis Piavi, quienes han aplaudido y bendecido la erección del Santuario, fué colocada por el Arzobispo de Montevideo de la República Oriental del Uruguay, Monseñor Mariano Soler, la piedra

angular del Monumento que los fieles de las Repúblicas Argentina y Uruguay de la América del Sud, dedican á María del Huerto en este lugar, denominado por Salomón en sus cánticos *Hortus Conclusus*, en árabe *Urthas*, á diez kilómetros de la ciudad de Jerusalem y en las inmediaciones de Belen.

El templo y el Asilo, que aquí se construyen, se deben á la piadosa generosidad de argentinos y uruguayos, que erigen este Santuario, así en testimonio de su devoción á la Virgen Santísima del Huerto, como de gratitud por los beneficios recibidos de su Santo Instituto y para honor de ambas Repúblicas Argentina y Uruguay en esta Tierra Santa, cuna de la redención del mundo y origen de su civilización.

Estaban presentes los sacerdotes y seglares que firman». (Siguen las firmas.)

* *
*

Ese mismo día por la tarde tuvimos aviso telegráfico de haber sido firmado y expedido el Firman Imperial en virtud del decreto ó *Irade* del Sultan, habiéndolo recibido pocos días despues.

Como tuviéramos que dejar en Jerusalem el Firman original, el Señor Patriarca Azarian me envió una copia auténtica expedida por el mismo Divan imperial, para el archivo de la obra en Montevideo.

Como recuerdo de la colocación de la piedra fundamental hice imprimir tarjetas con la fecha correspondiente, adornadas con flores disecadas del Hortus Conclusus, para repartir entre los presentes, habiendo traído una buena cantidad para regalar á los principales favorecedores de la obra del Santuario.

He aquí la traducción del Firman Imperial, autorizando la construcción del Santuario del *Hortus Conclusus*;

«A tí, *Ibrahim Bajá*, Gobernador de Jerusalem, condecorado con la dignidad de Beilerbey de Rumelia y del segundo grado del Orden Imperial de Osmanié y de Mejidíé, llegará este nuestro Firman Imperial:

Sabed, por tanto, que el Patriarca Armeno Católico, Pedro Esteban X Azarian, ha solicitado nuestra autorización imperial, como corresponde, para la construcción de un Santuario en el lugar denominado *Hortus Conclusus* en los *Sebasten Suleyman*, jardines de Salomón, en las inmediaciones de la población de Urthas á tres cuartos de distancia de Belen.

Y así como en respuesta á la información oficial, el Consejo administrativo del Mutesarefato envió la relación correspondiente, y habiendo este sido sometido al Consejo de Estado y conforme al proceso verbal del mismo, constató que el mencionado terreno no está sujeto á ningún destino del Islam y que nada obsta á la construcción del edificio allí proyectado para uso nazareno (cristiano), aconsejándonos que es el caso de conceder mi imperial Firman de autorización, necesario en todo el Imperio de la Sublime Puerta para casos análogos, sin perjuicio de los derechos del Islam, por esto fué sometido el asunto con su expediente á mi suprema, sublime é imperial sanción.

En este estado las cosas, expedí mi imperial Iradé (decreto) y en su consecuencia mi Imperial Cancillería expidió á su vez el presente sublime Firman en favor del Santuario de Hortus Conclusus, Sebasten Suleyman, que se proyecta construir en nuestros imperiales dominios para uso de los nazarenos (cristianos), el que será respetado por todos nuestros súditos musulmanes y nazarenos.

Por tanto, Tú, que eres el mencionado Mutesarif, debes procurar que en nuestro nombre y por nuestra autoridad sublime no se ponga dificultad alguna por ninguno de nuestros súbditos á la construcción de dicho Santuario, con tal que no se excedan las medidas métricas del plano presentado

y no permitas que se haga cosa alguna contra mi sublime autoridad é imperial voluntad.»

(Timbre de la Cancillería)
Imperial

El 13 Scewal 1314 (17 de Marzo de 1897.)

El Sultán,
Abdul-Hammid II.

*
* *

Si pues, en el viaje anterior, al realizar la compra del terreno, podía decir que había puesto una pica en Flandes, esta vez creo haber puesto dos: colocar la piedra fundamental y conseguir el Firman, que tanto trabajo ha dado por la oposición del fanatismo musulman, debiendo añadir que ha quedado vencida la repugnancia de los turcos del vecino pueblo Urthas, pues hoy casi miran como una bendición la construcción del Santuario.

Además del trabajo de aplanamiento de la parte montañosa, donde se erigirá el Santuario, gozando del mas espléndido panorama, debo advertir que ya está terminado el gran muro de circunvalación de todo el terreno, hecho con piedra labrada por ambas caras, interior y exterior. La construcción del edificio se emprenderá inmediatamente con lo recolectado hasta ahora en ambas Repúblicas Argentina y Uruguay; y aunque la suma equivale á un quinto del costo total, acaricio la esperanza de poder inaugurar el Santuario en 1900 con el próximo siglo XX; lo que dependerá del esfuerzo y celo de ambas Comisiones centrales de Buenos Aires y Montevideo, pues conviene aprovechar la ocasión de gran facilidad para terminar la obra, ya que se puede ahorrar mas del 20 % en las actuales circunstancias de baratura del material en Palestina.

Cúmpleme advertir para satisfacción de los devotos de la Santísima Virgen del Huerto, que al dar cuenta al santo Padre del

estado de la obra, celebró mucho que fuesen las Repúblicas hermanas Argentina y Uruguay las primeras de América que poseyeran un monumento sagrado en Palestina, haciendo sonar su nombre al lado de la mayor parte de las naciones civilizadas de Europa, que se honran en tener allí un monumento nacional, incluso la cismática Rusia y la protestante Alemania. Así mismo, al referirle los trabajos hechos en la recolección de limosnas para la construcción del Santuario, se dignó otorgar una bendición especial para todos los miembros que componen ambas comisiones colectoras, así como para las Tesoreras de la Obra.

Hé aquí el documento que contiene la mencionada bendición pontificia, traducido del italiano:

Desde el Palacio Vaticano, el 25 de Mayo de 1897.

Exmo. y Rvmo. Señor:

Según los deseos que me manifestara verbalmente, cumplo con el honroso y grato encargo de Su Santidad de consignar por escrito lo que en audiencia particular le declarara, esto es, que otorga benignamente una bendición especial, así á las Tesoreras de la Obra pia del Santuario de *Hortus Conclusus*, como tambien á las señoras que componen las Comisiones de Montevideo y Buenos Aires encargadas de recolectar fondos para el mencionado Santuario, que el Padre Santo aplaude porque glorificará á María, Madre de Dios, en aquel Huerto, que es su símbolo y figura, complaciéndose mucho de que el honor de esa obra toque á las Repúblicas del Uruguay y Argentina, ya que según le informara V. E. ha de ser erigido exclusivamente con el óbolo de católicos argentinos y uruguayos.

De V. E. como Hermano:

(Firmado) † JOÉ MARIA,
Arzobispo de Patras.

Al Exmo. y Rmo. Señor Arzobispo de Montevideo, Mons. Mariano Soler.

Son, pues, mis mas fervientes votos, porque cuanto antes podamos inaugurar ese Santuario de propiciación para ambas repúblicas en Tierra Santa, que será al mismo tiempo un timbre de gloria y honor cristianos para la nación Argentina y para la Uruguay.



Colocación de los grabados

	<u>Págs.</u>
El Desierto y las Fuentes de Moisés.	14
El camello de montura y el joven camellero.	17
La llanura de Rajah con el Convento al pié del Sinaí.	23
Ruinas de Petra.	74
Vista del Serbal en lontananza.	98
El Uady Magharah.	107
El Uady Mokatteb.	111
El Oasis Feiran y el monte Serbal	113
El Monte Moharrad (ruinas del Convento de Faran).	117
El Grupo del actual Sinaí y la llanura de Rajah.	123
El Convento de Santa Catalina (Sinai).	127
La cumbre del Yebel Musa (Sinaí).	137
El Valle Ithm	188
Montañas de Seir ó Edóm (Idumea)	134
Entrada á Petra.	205
Tumbas talladas en la roca (Petra).	208
El Khasneh (Petra).	211
El Monte-Hor (Yebel Neby Harun).	215
Mapas (La península Sinaítica—Arabia Petrea y Desierta —Palestina, etc.)	

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción	5
Itinerario sintético	11
Texto mosaico del itinerario de Israel.	27
Idea general de los países bíblicos visitados.	75
La península sinaítica	81
Itinerario desde Suez al Sinaí.	99
Identificación del Sinaí con el Serbal.	144

SEGUNDA PARTE

Itinerario bíblico de Israel	151
La Arabia Petrea y Desierta	189
Desde el Sinaí á Akabah	197
De Akabah á Petra.	205
De Petra á Gaza por Nakhel	217
Fílistea y Hebrón hasta Kerak.	220
Palestina Transjordana.	233

TERCERA PARTE

Ilustración crítica	247
Cumplimiento de las profecías	248
Autenticidad del Pentateuco	259
Exégesis sobre el país de Gesen y el paso del mar Rojo.	263
Conclusión	303

APÉNDICE

Santuario de <i>Hortus Conclusus</i>	313
Colocación de los grabados.	321